

Con sabor

a vainilla



CON SABOR A VAINILLA

LUCIA M.

2019 El Poder de la Lectura
2ª edición

“El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso, ni jactancioso, ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad, se regocija con la verdad.”

Corintios 13:4-7

Capítulo 1

—¿Qué tienes un qué? —suelto la taza de café sobre la mesa.

La cafetería se queda en silencio, todo el mundo nos mira y Natalia me manda a callar en seguida.

—Pero no grites tanto —dice en voz baja—, que se va a enterar todo el mundo.

—¿Pero cómo que tienes un esclavo? —susurro.

—Un esclavo, Lu, un hombre que hace todo lo que yo le pida.

—Ah, —suspiro aliviada— eso no es un esclavo, se llama marido, o novio en tu caso, y aprovecha porque eso es hasta que conoce a una más joven y te deja.

—Que no, que yo tengo un esclavo de verdad, —carraspea— además de mis rollitos, ya sabes.

Me observa detrás de su taza humeante de capuchino. Pues no, no sé, no entiendo nada. Le doy un sorbo al mío.

—A ver, Lucía, ¿tú no has oído hablar de *Grey*?

—Sí, hija, sí, ¿quién no?

—Pues eso, pero Grey soy yo. Natalia Grey, o mejor, —celebra su ocurrencia— *Cincuenta sombras de Natalia*.

—Entiendo que así es como se llama ahora a los ligues, ¿no?

—Que no, Lu, que no es un ligue, que es mi esclavo y punto.

—Natalia, no es legal tener esclavos —la interrumpo.

—Claro que es legal.

Arqueo las cejas.

—¿A mí me vas a decir lo que es legal y lo que no? —Protesto sacando la abogada de profesión que llevo dentro.

—Él quiere ser mi esclavo y me adora, —porfía— y a mí me encanta ser

su ama y dominarlo.

Me humedezco los labios con el café y saboreo la crema con mi lengua.

—¿Y —me esfuerzo escoger bien mis palabras antes de hablar— qué te hace ese esclavo tuyo?

—Pues lo que yo le diga; me limpia, me hace la cena, me baña...—se aclara la voz— me hace el amor.

—Ah, claro, ya decía yo que estaba tardando. ¿Y pagas por eso o es otra de tus locuras con los tíos?

—¡Qué voy a pagar, Lu! —Niega secándose los labios con una servilleta— Quiero que lo pruebes.

Casi me atraganto.

—¿Qué?, ¡Sí, hombre!

—¿Cuánto tiempo hace que te dejó tu marido?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Cuánto?

—Dos años —pienso un instante— y cuatro meses.

—¿Ves?

—¿Qué veo?

—Que no lo has superado.

—Claro que lo he superado, además, lo dejé yo.

—Ya... ¿con cuántos hombres te has acostado desde entonces?

—Eso no quiere decir que no lo haya superado, yo no soy de ese tipo de mujeres ¿Qué quieres? No me mires así, yo no necesito un *de eso* que tienes tú, yo soy distinta. Estoy bien así, gracias.

—Vale, quiero que lo pruebes.

—No.

—Por fi, Lu, quiero que te lo quedes mientras estoy fuera.

—¿Qué me lo quede?, ¿dónde?, ¿en casa?

—Claro.

No puedo evitar reírme.

—¿Qué pasa?, ¿él no tiene?

Piensa un instante.

—Mhmm, sí, pero vive conmigo.

—Natalia, ¿desde cuándo vive un hombre contigo?

Estoy alucinando, en serio.

—Me voy a Paris mañana al *Fashion Mois* —pronuncia en un exquisito

francés—, será solo un mes. Así no estás tan sola en esa casa tan grande, ¿Cuánto tiempo llevas diciéndome que te hace falta un poco de aventura? Pues aquí la tienes en forma de hombre de uno noventa... ¡Y qué hombre! Con una melena rizada que tiene, una barba, unos ojos de estos que te penetran — se ríe— y un culo... oh, si es que se me están quitando las ganas de irme, de verdad. A lo mejor me lo llevo conmigo.

—Pues llévatelo y os lo montáis en los ascensores de la Torre Eiffel, ya será lo único que te quede por hacer, ¿no?

Si es que aquí, el que no está loco, poco le falta. Un esclavo, dice. Un perverso que no tendrá otra cosa que hacer. A saber. Ah, espera, que se está pensando lo de la Torre Eiffel.

—De verdad, cómo eres —dice.

—De verdad, no, ¿qué le digo yo a mi hija cuando venga a verme? Oh, mira, Cristina, mi esclavo; me hace la casa por el día y por la noche... toma, pruébalo. Vamos, será que no tienes tú amigas a las que se lo puedas dejar a *eso*, no, a mí, a la más normalita de todas ellas, porque conociéndote, tengo que ser la más normal de todas.

—Y antigua.

—O tú muy moderna.

—Pues si le dieras una oportunidad a las cosas nuevas, igual te iría mejor.

—Ah, que me va mal.

—Sí.

—Ah, vale, ¿y en qué me va mal?

—En todo —su tono se vuelve de un rebelde adolescente que me deja pasmada en mi sillón—, no puedes seguir pensando en el pasado, tienes que mirar al frente, ¿sabes? No puedes estar toda tu vida...

—Vale, Natalia, lo que tú digas —me echo hacia atrás en mi asiento.

—No, escúchame; la vida es como un viaje en coche y si no estás atenta a lo que te viene por delante, no te comes un colín. Tu problema es que no haces otra cosa que mirar por el retrovisor. Retrovisor para arriba, retrovisor para abajo, y cuando quieras salir de la autopista en la que te has metido, te vas a dar cuenta de que te has pasado la salida y de que las autopistas son aburridas y no llevan a ningún sitio. Kilómetros y kilómetros de vacío, de suelo gris. Tienes que ir por los pueblos, pasar por las ciudades, conocer mundo. Tienes que querer salir de la autopista antes de que se te acabe la gasolina, Lu, antes de que te quedes sin gasolina y te veas tirada en el kilómetro cincuenta de

cualquier carretera. Porque a los cincuenta, olvídate de salidas, de pueblos y de ciudades. A los cincuenta se acabó.

Espero a que se relaje sobre su sillón. Las dos cogemos de nuevo nuestras tazas. El café ya está frío.

—¿Ya has terminado?

—Sí.

—Vale, —cojo aire— entonces mi vida es un coche.

—Un *Panda* viejo ya para el desguace.

—Un *Panda*, está bien. Y quieres que tire los retrovisores y me salga de la carretera metiendo a un desconocido en casa porque se me va a acabar la gasolina en el kilómetro cincuenta.

—¿Lo vas a hacer?

—¡Por supuesto que no!

—¡Oh, vamos, Lu, Cash te va a encantar!

—¿Cash?, ¿Ese qué nombre es?

—El suyo.

—Ya, imagino, pero qué pasa, ¿no es español?

—Sí, claro.

—¿Entonces?

Sonríe enseñándome sus dientes como los enseñaría un depredador antes de lanzarse hacia su presa.

—Intrigada, eh. ¿Quieres conocerlo? Así se lo preguntas tú misma.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a meter a ningún loco en casa.

—Que no es un loco, cuando lo conozcas verás.

—Natalia, no lo voy a conocer.

—¿A las diez en tu casa?

Capítulo 2

—¿Oye, qué talla de pantalón tienes?

—¿Qué dices, Natalia?

—Es que te estoy comprando ropa para esta noche, que tenemos plan.

—¿Cómo que tenemos plan?

—¿Qué talla de pantalón tienes?

—No sé, hace mucho que no me compro un pantalón. La cuarenta y cuatro, creo.

—Lo que yo imaginaba —me acomodo el móvil entre el hombro y la oreja, y empiezo a pasar perchas—, ¿y de camisa?, ¿Una L o una XL?

—La XL.

—Vale.

Busco la XL entre todas las camisas y la comparo con la L. No me convence. Suelto la XL; que vaya apretadito.

—Pero Natalia, ¿puedes decirme qué plan tenemos esta noche?

—Perdona, —llamo a la chica— ¿este en la cuarenta y cuatro la tendrías?

La chica comprueba el modelo y asiente dirigiéndose al almacén.

—Te voy a presentar a una amiga.

—¿A una amiga?

—Sí, para cuando me vaya mañana que te quedes con ella.

—¿Cómo que me quede con ella, Natalia?

—En su casa, ¿te lo cuento con un almuerzo por delante?

—Natalia, no entiendo nada. Que no es que te entienda muy a menudo, pero ahora sí que me he perdido del todo.

Y menos que vas a entender, pienso riéndome para mí misma.

—Por eso, te invito a comer fuera, ¿dónde te apetece?

—Pues te estaba preparando unas lentejas.

—Lo dejamos para la noche, bueno, espera, hidratos por la noche no. Bueno, mañana te las llevas a casa de Lucía.

—¿Quién es Lucía, Natalia?

—¿A las dos en La Raza?

* * *

A las dos menos cinco lo veo aparecer por la puerta del restaurante. Aunque el camarero le indica mi mesa, yo le levanto la mano. Lleva su melena rizada al aire, una americana oscura que no tarda en quitarse y una camisa de ejecutivo quizás una talla más de la que yo le he comprado. Por fuera, no me gustan las camisas por fuera en los hombres. Siempre por dentro.

—Miedo me das —me saluda dándome dos besos.

—Qué bien hueles —le digo ganando algo de tiempo.

—Me la regalaste tú.

—Por eso lo digo —le guiño un ojo.

Lo observo dejar la chaqueta sobre la silla y remangarse las mangas de la camisa como solo un hombre de verdad sabe hacer. El reloj que lleva también se lo regalé yo. Se sienta y abre la carta.

—He pedido salmorejo, que sé que te encanta, y aquí lo hacen muy bueno; y arroz del chef, ¿Quieres otra cosa?

—No, me fío de ti.

El camarero llega con una botella de vino, una botella de agua y dos copas.

—El agua para mí —dice él—; bueno, dispara que te conozco, ¿quién es Lucía?

—Una amiga que te quiero presentar —digo saboreando un sorbo de vino blanco.

—Ya... ¿y eso de que me quedo con ella?

—¿Cuánto tiempo haces que no sales con una mujer?

—Bueno, salgo contigo.

—Que no sea yo, tú ya me entiendes.

—No sé, desde que conocí a Elena.

—¿Y cuánto tiempo hace que no te acuestas con Elena? —tengo que especificar porque veo que no me sigue.

—¿A dónde quieres llegar, Natalia?

—¿Cuánto? —insisto.

—No sé, no recuerdo, mucho... ¿cinco, seis meses?

—Hijo mío... qué desperdicio—pronuncio mientras mis ojos se resbalan por sus hombros y su espalda.

—Si no fueras tú, pensaría que me estás tirando los tejos.

—Lo hice en su día, pero siempre fuiste muy fiel. Qué idiota —vuelvo a darle un sorbo a la copa.

—¿Tú o yo?

—Obviamente tú, mira ahora cómo estás, con cinco meses de sequía.

—Prueba a tíramelos otra vez.

—Me gusta ser el primer plato, querido —me seco los labios con la servilleta—. Quiero presentarte a Lucía.

—Natalia, yo te lo agradezco, pero de verdad que lo último que me apetece es conocer a una mujer ahora. Hasta que no pase todo esto...

—¿Ni si tan solo fuera sexo? —le interrumpo.

Llega el salmorejo, un cuenco para cada uno. Luego el camarero se marcha.

—¿Cómo solo sexo?

—Solo sexo

—Nunca es solo sexo.

—Bueno, ya os lo arregláis entre vosotros.

—No sé, me huele a una de las tuyas.

—No me digas que nunca has buscado solo sexo en una relación.

—Sí, pero no sé si tengo la cabeza...

—Pues nada —le interrumpo—, sigue revolcándote en tu propia mierda, que ella seguro que está haciendo lo mismo.

Suspira. Lo observo jugar con la cuchara en su cuenco de salmorejo. Sus ojos me descubren y yo finjo apartarle la mirada.

—¿Quién es esa tal Lucía, a ver?

Me llevo una cucharada de salmorejo a la boca intentando disimular una sonrisa orgullosa.

—Una amiga.

—Ya, pero dime algo más.

—Quiere ser tu ama.

—¿Cómo?

—Le he contado una pequeña mentirijilla —él se echa para atrás sobre su silla—, no, escúchame, es que ella es muy moderna, ¿sabes?

—¿Qué le has contado, Natalia?

—Que tú y yo tenemos una relación ama y sumiso.

—¿Eso qué es?

—Eso es que tú eres mi esclavo sexual —sus ojos me miran bien abiertos, no entiende nada—, ¿te suena Grey?

—No fastidies, Natalia, ¿pero por qué le has dicho eso?

—Porque tú le gustas.

—¿Me ha visto?

—Sí, y se muere de ganas de dominarte —siento como se le seca la boca y tiene que beber agua de su copa—, le pones muchísimo.

—¿Y no le vale el sexo normal?

—No. Desde que dejó a su marido no quiere sexo con hombres, quiere dominarlos —digo recreándome en mis palabras.

—¿Y eso qué es?, ¿Un trauma que le ha quedado?

—Eso es que tienes que estar a su entera disposición, vamos, lo que soléis hacer, tener sexo cuando nosotras queramos.

—Hombre, tampoco es así...

—Lo es —no le doy opción a réplica- ¿Te gusta la idea? Va, sé sincero —me inclino hacia él—, te pone.

—No sé, Natalia —se desabrocha el último botón de su camisa. Yo vuelvo a disimular una sonrisa.

Llega el arroz. El camarero se lleva los cuencos de salmorejo. El de él entero, con los nervios casi ni lo ha probado.

—Veintiún días a los pies de una mujer —empiezo a susurrar muy cerca de él—, a su entera disposición para que juegue contigo para su propio placer. Y para el tuyo.

Vuelve a beber agua. Me mira agobiado sin saber qué decir. Yo sonrío para mí misma mientras alargo ese silencio que poco a poco va plantando la semillita.

Mientras me llevo una pinchada de arroz a la boca, lo observo desorientado sin saber muy bien cómo atacar el plato. Al final, explota. Y a mí me da un no sé qué de alegría por dentro que intento disimular.

—Natalia, me metes en unas cosas...

—Te encanto, lo sé —celebro disfrutando de la carne de venado del arroz—, por cierto —doy un sorbo a mi copa de vino—, hay una cosa más.

—A ver, ya no creo que vaya a sorprenderme nada... ¿o sí? —rectifica.

—Para ella te llamas Cash.

Capítulo 3

Mis negativas no sirvieron para disuadir a una Natalia encabezada en que conociera a su... rolo, hombre, esclavo o lo que fuera. Y aquí estoy, dándole vueltas a una casa que ya hacía rato se me había quedado pequeña.

Yo ya escucho coches aparcando por todos lados. Timbres en mi cabeza a cada segundo. ¿Pero por qué estás nerviosa, Lucía? Va, tranquila, solo viene con un amigo. Uno, dos y tres. ¡Un amigo y una leche, un loco pervertido!

La alarma del horno suena al otro lado de la barra americana dándome una excusa para que mis pasos nerviosos recorran una vez más el salón. Una bocanada de aire caliente me golpea la cara al abrir la puerta. Casi está. Cierro, bajo potencia y dejo que se termine de dorar.

Cinco minutos pasan de las diez. Mis nervios esperan en silencio a que suene el timbre para volver a dispararse. La calma justo antes de la tempestad.

Pero no aguantan. Mi impaciencia acaba disparándose antes de que llamen a la puerta. Alcanzo la copa de vino y apuro de un sorbo las gotas de El novio perfecto que quedan en el fondo. Qué oportuno el nombre del vino. Venga, solo un poco más. Me termino de servir el culito que queda en la botella y la tiro al bombo del vidrio. Ya me siento rojitas las orejas, como la canción.

Con la copa de vino entre mis manos, observo meditabunda el salón y la mesa preparada. No sé yo si me he colado con la decoración, que igual sí. Los candelabros no me gustan, debía haber recortado las velas. Se nota que las he comprado expresamente para esta cena. Pero es que a ver si Natalia se cree que yo ceno muy a menudo con visitas. Diez minutos pasan ya, ¿solo? Un sorbo más.

Ya está, la mesa se queda así. Aunque conociendo a Natalia, me da tiempo de reformar la casa y aún tendría que llamarla para preguntarle que por dónde anda. Pero conociendo también mi suerte, sé que basta que me ponga a cambiar algo, para que seguro llamen al timbre y me cojan a la mitad de cualquier cosa. Se quedan así, punto.

Alineo una vez más los cubiertos sobre las servilletas. La cubertería sí que es buena. Ahora, el mantel... no me ha dado ni tiempo ni de lavarlo. Si es que de verdad, Natalia todo lo que hace lo hace siempre así, de improvisto. Yo no sé cómo esta mujer puede vivir con tanto estrés sin planificar nada. ¡Hala, a la aventura! Y yo que soy tonta, le toco las palmas, que es lo único que necesita esta mujer, que le sigan el rollo.

Menos mal que tiene poco uso. Vamos, de Navidad en Navidad, de las noches buenas con Gonzalo y Cristina aquí en casita los tres. Noches buenas por decir algo, porque vaya cenitas que llevamos. Vaya dos añitos, más que noches buenas han sido noches malas. Vamos, hace dos años que compré el mantel, dos usos, dos cenas. Igual es el mantel el que está gafado. ¿Lo quito? ¡Lucía, por favor, relájate! Un sorbo más.

El timbre suena dos veces. Me precipito a empujar la copa y a bebérmela de un trago. La enjuago en el fregadero y la escondo en el lavavajillas. Me acomodo el pelo en el reflejo de la puerta del microondas, me aliso el vestido, me aclaro la voz, y me dirijo con paso firme a la puerta. El timbre vuelve a sonar impaciente.

—¡Voy! —respondo todo lo amable que mis nervios y su impaciencia me permiten, y me decido a abrir esbozando mi mejor sonrisa.

—¿Dónde estabas, Lu? —protesta Natalia.

Y la sigo con la mirada, aun con la sonrisa congelada en mi cara, hacerse hueco para entrar en mi casa. Me giro hacia la puerta. Me asomo, miro a un lado, a otro, escaleras abajo. Nadie. ¿Ha venido sola?

—¿Natalia?, ¿Dond...

—Aparcando —responde sin dejarme terminar la frase.

Estupendo, aún quedan más minutos de angustia ¿Cuánto tiempo hacía que no estaba yo así de nerviosa?, ¿Otra copa? No, definitivamente, no. Tengo que estar fresca para ponerle un poco de cordura a las locuras de esta mujer. Y de este hombre, porque a saber lo que entra por ahí.

Cierro la puerta y me encuentro con los ojos de Natalia examinándome de arriba abajo sin esforzarse demasiado en disimular una sonrisa.

—¿Qué?

—¿Estás nerviosa? —pregunta.

—¿Yo? Qué va —miento, y lo peor es que se me nota—, ¿por qué iba a estarlo?

—Nada, serán cosas mías —se gira hacia la barra de la cocina para soltar

el bolso—. Lo decía porque te has hecho unos tirabuzones preciosos, que ya pensaba yo que se te iba a quedar el pelo con forma de coleta de por vida — me toco el pelo casi por instinto sin saber si sentirme alagada o no—, te has puesto un vestido mono, de hace dos temporadas, pero más antiguos son los *Beatles* y la gente sigue perdiendo la cabeza con ellos, cosa que nunca entenderé, pero —hace una pausa y se gira hacia mí—, lo que realmente va a arrasarse esta temporada Otoño-Invierno en las pasarelas de Jimmy Choo son — sus ojos se resbalan hasta mis pies— esas babuchas de terciopelo raso súper estilosas dignas de la más alta costura del chino de dos calles más abajo.

¡Los zapatos!, ¿Cómo se me ha podido olvidar ponerme los zapatos?

Sonrío intentando disimular mi despiste. Paso por su vera para subir las escaleras hacia mi dormitorio y subo las escaleras a toda leche. Abro la puerta y me descalzo las babuchas haciéndolas volar por todo el desorden del cuarto. Una aterriza sobre la cama y la otra casi deja caer la lamparita de la mesita de noche. Abro la puerta del armario empotrado esperando encontrarlos ahí, pero no están.

—¿A qué huele, Lu?

Cierro el armario. Miro en el zapatero. No están. Va, si me los he probado esta tarde, ¿dónde están? Revuelvo la ropa alborotada para planchar dentro del armario. Tampoco. Entre todos los vestidos que me he probado sobre la cama. Ni rastro. No me lo creo. Tras las cortinas. No aparecen.

—¿Lu?

Las rodillas me crujen al ponerme de rodillas. Mi cuerpo me pide volver a hacer deporte urgentemente. Aparto la colcha. Aparecen bajo la cama, en todo el centro.

—¿Qué dices Natalia?

No los alcanzo. Tengo que reptar, literalmente, porque el somier es muy bajo, hasta introducirme por completo bajo la cama.

—Que huele como a quemado, digo.

—¡Ostras, el pollo! —me doy un cabezazo con el somier al intentar salir a toda prisa.

—¿Qué pollo?

—¡El horno, quítalo!

Llena de pelusas, consigo salir de debajo de la cama. Descalza y con los zapatos en la mano, corro por todo el pasillo de la planta de arriba hasta las escaleras.

—¡Saca el pollo, Natalia! —le grito observando el humo negro que empieza a salir de la puerta.

Pero el umbral de peligrosidad de Natalia es a veces exagerado e injustificado, y lo único que acierta a hacer es a ponerse el guante acolchado e hiperventilar.

Suelto los zapatos, le quito el guante y apago el horno. Al abrir la puerta, una nube de humo negro nos envuelve a las dos. Una nube que nos hace toser y llorar al mismo tiempo.

—¡Pero Natalia, hija!, ¡Abre la ventana, corre!

—¡No, si al final la culpa va a ser mía! —protesta.

Con todos los trapos de cocina que encuentro en el cajón y el guante protegiéndome la mano derecha, me decido a sacar la bandeja con el pollo... o lo que queda de él.

* * *

Natalia, obligada por mí, acaba llamando a su... lo que sea, para sugerirle —ordenarle- que diera un paseo mientras su amiga, o sea, yo, terminaba de arreglarse. Tiempo que aprovechamos para airear la casa y perfumarla, que esto no lo disimulando ni queriendo, y sobornar al japonés de la calle de atrás con una propina de treinta euros si el repartidor llegaba en diez minutos.

El pollo, incinerado, yace ya envuelto en bolsas de basura en la bañera del cuarto de baño de la planta de abajo. No nos atrevemos a sacarlo a la calle por si nos cruzamos con Cash mientras nos deshacíamos del cadáver. Más que nada por no quedar yo como la que no sabe cocinar, que menuda primera imagen. Que vamos, la de él tampoco es que fuera la mejor con sus historias de azotes, pero bueno.

—¡Va, ese debe ser el repartidor! —dice Natalia lanzándose a por su móvil en cuanto escucha el timbre—, págale ya que llamo a este hombre, que lleva una hora dando vueltas, tía.

—Venga, llámalo ya. Si es que la que has liado...

—Sí, yo...

Abro la puerta.

—Ya era hora, dile a tu jefe que la propin...

Mi lengua y mi mente se tropiezan con una electrizante mirada de ojos negros enfundada en un traje oscuro. Mis ojos se resbalan por su corbata hasta llegar a sus manos. Unas manos rudas y morenas de hombre, que acarician el delicado cuello de una botella de vino. Vuelvo a escalar por su corbata, literal, porque me saca más de una cabeza, bordeo su pronunciada nuez, perfilo su boca recreándome en unos labios tostados que se hacen hueco entre una oscura y recortada barba, con una sonrisa que deja entre ver sus dientes y que, no sé cómo, acaba acomodándose también entre mis labios.

—¿Lucía? —su voz grave me saca de mis pensamientos.

Me apresuro a corregir mi sonrisa y a esconder el monedero sin encontrar muy bien qué decir.

—Él es Cash —dice Natalia a mi espalda, que ha presenciado el momento exacto en que aquella mirada desconectó mi lengua de mi cerebro.

Él sonríe haciendo una pequeña reverencia con la cabeza.

—Encantado —su guiño de ojos casi consigue tirarme de espaldas.

—Encantada —repito vacilando sin saber si darle dos besos, la mano, quedarme quieta o hacerme la muerta.

—¿Puedo pasar? —Pregunta—, ya le he dado dos vueltas a la manzana y tus vecinas empiezan a desconfiar de mí.

—Claro, claro, pasa, —¡Y yo descalza todavía!— sí, lo que ha pasado es que...—tengo una especie de nube en la cabeza que no me deja encontrar ninguna excusa.

No me da tiempo de cerrar la puerta, cuando una motillo frena de golpe justo frente la puerta de casa. Los tres nos giramos hacia el repartidor, que se apresura a bajarse de la moto cargado de bolsas sin quitarse el casco siquiera, y corre hacia la puerta.

—En realidad lo esperábamos a él —dice Natalia intentando salvar la situación.

—¿Al chino? —pregunta Cash.

—Es una larga historia —respondo escondiéndome detrás de una fingida sonrisa—. Natalia, ¿Yo te he enseñado ya la nueva solería del baño?

Le guiño un ojo.

—¿Qué solería?

—¡Huy, cómo se me ha podido pasar! Ven, que te la enseñe en un santiamén —la cojo del brazo y tiro de ella—, seguro que vas a querer poner una igual en el tuyo.

—Lu, ¿no me la puedes enseñar...

—¡Qué vengas! —insisto excusándome ante Cash.

—¿Y con este hombre qué hago? —pregunta él con el chino ya justo a su espalda.

—Toma —le doy mi monedero—, págale, pero no le dejes propina que ha tardado muchísimo, él es el responsable de que mis vecinas te miren mal.

Arrastro a Natalia a lo largo del pasillo hasta el baño y cierro la puerta.

—¡Natalia! —susurro en un grito.

Las dos tenemos que llevarnos la mano a la nariz, la peste a pollo quemado es insoportable.

—¿Qué te pasa?

—¡No me dijiste que era así!

—¿Así cómo, Lucía? —pregunta con una media sonrisa orgullosa.

—Así tan... no sé, tan...

Su sonrisa crece junto con su orgullo.

—Te ha gustado, eh.

—No, no me ha gustado.

—¡Mentirosa, te ha encantado!

—Que no, no es mi estilo.

—¿Qué estilo?, ¡Si tú no tienes estilo!

—Perdona, pero sí que tengo estilo, me gustan los hombres un poco más... o un poco menos... ¿puedes dejar de reírte?

—Lu, reconóceme que te ha gustado.

—No.

—¿Ni un poco?

—No, ¿Salimos ya?

—Está bien, pero te ha gustado.

—¿Te acuerdas de la señal? —la detengo antes de que salga por la puerta.

—Sí.

—Si te pestañeo dos veces seguidas, te lo llevas, ¿entendido?

—Entendido.

—¿Seguro?

—Que sí.

—Pero mírame durante la cena, que no vaya a ser muy descarada.

—Que sí, Lucía, no seas pesada.

Se hace hueco y sale del baño.

Me asomo al espejo. Me coloco el pecho bajo el sujetador y cojo aire.
Allá vamos.

Capítulo 4

Cuando salgo del baño, me encuentro con un pasillo a oscuras que me dirige a un salón iluminado solo por el crepitar de las velas de los candelabros. Descubro a Cash sacudiendo una cerilla al aire para terminar de apagarla.

—Así mejor —dice dedicándome una sonrisa.

Mucho mejor, sí. Pero yo no sé si conociendo el historial de vosotros dos, lo mejor sea empezar ya la cena a oscuras. Lucía, ni una sola copa más, que estos dos empiezan con las velitas y a saber dónde acaban.

—Lucía, ¿Estás bien? —la voz de Natalia me devuelve de nuevo a mi salón a oscuras.

—Sí, sí, claro —contesto—, pero oye, los zapatos fuera —improvisamente intentando disimular mi despiste al sentir el frío del suelo en la planta de mis pies—, las cosas de la calle en esta casa, se quedan en la calle.

Cash y Natalia se miran el uno al otro.

—¿Desde cuándo hay que quitarse los zapatos en tu casa, Lucía? —pregunta mi amiga.

Desde siempre, Natalia —le recuerdo yo con tonito de que no pregunte nada más y que me haga caso.

Ella pone los ojos en blanco y protestando se dirige hacia una silla para quitarse los zapatos. Al sentarse, Cash se coloca justo delante de ella. Clava una rodilla en el suelo y con delicadeza, toma el pie de Natalia entre sus manos. Las dos nos miramos y ella disfruta de lo lindo con mi cara, lo sé, se le nota. Los dedos de él desabrochan la hebilla, y ayudándose de la otra mano, desliza el zapato hasta que la descalza dejando el pie desnudo. Cash coloca el tazón a un lado y toma el otro pie. Sin prisas. Con la delicadeza de quien manipula la propia fragilidad entre sus manos. Ya con los pies desnudos, Natalia eleva su pierna hacia él, levantándole la cara por la barbilla. Cash,

aún de rodillas y mirándola a los ojos, besa su empeine.

¿Hola? Yo tengo que carraspear por si se les había olvidado de que estábamos en mitad de una cena. Pero hasta que no besa su otro pie, no se separan. Igual debería haberme puesto yo los tacones y ya está. Verás para parar a estos dos cuando empiecen a entonarse, ya verás. A esto hay que ponerle una solución desde ya. Más vale prevenir.

—¿Lucía, pero por qué enciendes la luz? —protesta Natalia entrecerrando los ojos.

Mejor prevenir que curar, me dan ganas de contestar.

—Mujer, porque no vamos a ver nada y nos vamos a poner perdidos — digo dirigiéndome a la barra de la cocina para sacar las cajas de comida de la bolsa—. Venga, todo el mundo a la mesa a comer.

Vamos, como si fuera la madre de ellos dos. Cuando me giro hacia la mesa con las bolsas de comida, me los encuentro en una especie de tango en el que Cash invita a Natalia a sentarse en su silla. Le separa el asiento y ella acepta.

Yo alucino. Que aprovechan cualquier despiste, oye. Luego él se acerca a mí. ¿Qué hace? Me coge las bolsas, las coloca sobre la mesa y se vuelve hacia mí tomándome los brazos.

—Oh, no, si yo no sé...—me corta la respiración.

Siento sus manos recorrer mis antebrazos en una especie de descarga eléctrica de alto voltaje que cortocircuitan todos mis sentidos. No sé muy bien qué ocurre después. Mis pies se dejan llevar por él. Una de sus manos suelta la mía y un instante después, la siento asiendo mi cintura. Con un movimiento firme, me aprieta contra él. Mis ojos se resbalan desde los suyos hasta una media sonrisa que aparece entre sus labios.

Cuando puedo coger aire y recuperarme del cortocircuito, me descubro sentada sobre mi silla con mis cinco sentidos —o seis, yo creo que he desarrollado uno nuevo— cargados de electricidad estática buscando con urgencia una toma de tierra donde descargar. Y la encuentran en la mirada de Natalia, que disfruta como una niña chica sonriendo orgullosa de no haberse perdido detalle de aquella escena.

Intento recomponerme recolocando mis cubiertos sobre el mantel. Toda la culpa es del mantel, debía haberlo quitado.

Cuando ya estoy preparada para volver a la cena, vuelvo a mirar a Cash, que se desabrocha su chaqueta para dejarla sobre la silla. Con una técnica casi ensayada, observo como se desabotona las mangas para acomodárselas sobre

los antebrazos. Vuelvo a descubrir a Natalia observarme desde la oscuridad a un lado de la mesa, y yo me precipito a fingir estar ocupada con cualquier otra cosa.

—Bueno, voy a preparar los platos —me aventuro a romper el eterno silencio que se había creado.

—Yo voy sirviendo el vino. *El novio perfecto*.

Yo no sé si eres el novio perfecto, pero para un rato pareces perfectísimo, hijo mío. ¡Lucía, por favor! Los miro fijamente. Ellos a mí también. Me quedo esperando su reacción. ¿Lo he dicho en voz alta?

—Un pajarito me dijo que te encanta, ¿no?

Suspiro. No, menos mal, solo lo he pensado.

Los tres nos miramos cómplices. Qué calor que dan las velas, ¿no? Sí, Lucía, seguro que son las velas. Me doy cuenta de que Cash está esperando una respuesta mía.

—Sí, sí, me encanta —contesto al fin.

Y él se decide a abrir la botella y servirnos mientras yo destapo las cajas. Qué cutre, por favor. Mira cómo nos hemos vestido, velas encendidas, vino... y comida para llevar del chino. Qué imagen le tengo que estar causando, de verdad.

—¿Tú no bebes? —pregunto al ver que deja la botella a un lado sin servir su copa.

—No bebo alcohol.

—Anda ya, pero si esto casi que no tiene alcohol. Sírvete una.

—No, gracias, prefiero agua. ¿Tienes fría en la nevera?

—Sí, claro.

Hago ademán de levantarme pero él me lo impide.

—Tranquila, dime tan solo dónde guardas los vasos.

—En el armario.

Los ojos se me resbalan al culo que le hace el pantalón de pinza. Jesús. He formulado mal la frase. Ese culo no es del pantalón de pinza; es su culo natural. Natalia me golpea con un pie bajo la mesa. La miro. Se pasa la mano por la boca para decirme que me limpie las babas. Yo vuelvo a negarle con un gesto rotundo que me guste su amigo. No es mi estilo. Él es... que no y punto. Cash vuelve a la mesa y se sirve el agua de la botella.

—Por el viaje de Nat.

Natalia asiente alzando su copa. Luego los ojos negros de Cash se

encuentran con los míos. Son como los de Medusa, te petrifican.

—Y por habernos conocido —pronuncia casi en un susurro, alzando la suya al centro.

No puedo dejar de pensar en lo cutre de la cena. Tres personas adultas ya, sirviéndose tallarines de unas bandejas de plástico en mitad de una cena que aparenta ser formal. Qué vergüenza.

—Siento que la cena sea esto... Natalia me ha cogido de imprevisto —me excuso improvisando algo para no decir que ha quemado mi cena estrella.

—No te preocupes, la conozco bien —sonríe—, todos sus planes son así de locos.

—Me gusta improvisar —dice Natalia sin levantar la vista de su plato—, el caos. En la improvisación es cuando se conoce la verdad de las personas.

Aprovecho para darle un sorbo a mi copa de vino.

—Cuánta profundidad en una frase, Natalia —sonríe—, no parece tuya —sonríe buscando la complicidad en la mirada de Cash.

—Soy una persona de instintos —añade dedicándome una mirada que, a través de la luz de las velas, parece en llamas— y el instinto surge, no se puede planear ni controlar.

—Bueno...—bebo de nuevo sin añadir nada más.

—A ver —protesta lanzando un suspiro—¿Qué tiene en contra de los instintos la señora letrada? Ella es así —le explica a Cash—, siempre le busca la puntillita a todo, sino, no es feliz.

—¿Yo? Nada. Pero podría si vuelves a llamarme señora.

—A ver si eres capaz de dispararle el instinto en este mes que vais a estar juntos —le dice a Cash.

Él y yo nos atragantamos al mismo tiempo. Nuestros ojos se encuentran y se repelen al instante.

—Natalia me ha dicho que quieres...—no sabe cómo continuar.

—¿Yo? —me sorprende.

¿Qué quiero que te quedés? Ahora sí que me he perdido del todo. Agarro mi copa de vino y descubro que ya no queda más. Cash se ofrece a servirme.

—Tiene dos habitaciones libres...—dice— Aunque igual te aloja en la suya.

A Cash se le derrame el vino y al precipitarse a limpiarlo, deja caer su copa de agua.

—Lo siento —dice utilizando su servilleta para secar el mantel.

Le doy un puntapié a Natalia bajo la mesa en toda la espinilla y ella responde, por sorpresa, con un rodillazo que hace temblar toda la mesa. Cash tiene que soltar la servilleta y la botella de vino para sujetar los candelabros.

—Además, ella siempre me dice que está cansada de vivir sola en esta casa tan grande, ¿verdad? —dice resentida por mi patada.

Si las miradas matasen, Natalia hubiera caído fulminada al suelo, como las cucarachas; patas arriba.

—A ver, cansada tampoco...—rectifico—, aburrida más bien, pero solo a ratos.

—Ya os divertiréis los dos. Te quedas en la habitación de su hija que casi nunca viene a verla.

Vuelvo a buscar su pierna con mi pie, pero lo que encuentro es la pata de la mesa. Los candelabros vuelven a temblar y esta vez dos de los cirios se caen llenando todo el mantel de cera ¡Si es que debí haberlo quitado, el mantel este da mala suerte! ¡No, la que da mala suerte es Natalia!

Cash tiene que hacer malabares para recomponer la mesa, las copas y las velas. Mientras él se encarga de limpiarlo todo, Natalia y yo nos enzarzamos en un fuego cruzado de miradas asesinas. Le parpadeo dos veces seguidas con fuerza. Hala, la señal. ¡Natalia!, ¡La señal, llévatelo! Ella me imita. ¿Cómo? ¿Me imitas? ¡Que te lo lles!

—¿Pasa algo? —pregunta Cash observándonos discutir en silencio después de haber conseguido salvar, más o menos, el desastre.

—Nada, que parece que a Lucía se le ha metido algo en el ojo.

—Y en casa.

—¿Queréis que os deje a solas? —dice haciendo ademán de levantarse de su asiento.

—No —respondo yo intentando ser educada—, si Natalia ya va a dejar de ser una niña chica e inmadura como lleva siendo toda su vida, ¿a qué sí, Nat? —le digo con tonito.

—Yo me ausento un segundo mientras vosotras...—vuelve a intentar excusarse Cash.

—No, Cash —responde Natalia—, si Lucía ya va a dejar de ser una amargada como lleva siendo toda su vida, ¿verdad, Lu? —me responde con el mismo tonito.

—En serio, yo me salgo un momento al...

—¡Que te sientes! —le ordenamos las dos al mismo tiempo. Él obedece volviéndose a sentar en silencio.

—Tranquilo —clavo el tenedor con fuerza en los tallarines—, todo está bien.

—Pues eso —conviene Natalia pinchando también con fuerza el tenedor en su plato.

—Pues eso digo yo.

Y comienza una sonora guerra de cubiertos sobre platos y miradas que aún parecían más infernales a la luz de las velas que seguían encendidas.

—Chicas —esta vez, Cash se levanta decidido—, ¿el baño?

—Al fondo a la derecha lo tienes, cariño —dice Natalia fingiendo voz gentil, como quien no tiene una guerra abierta conmigo.

Y se marcha. Puedo escuchar sus pasos a alejarse lo largo del pasillo. Natalia y yo nos quedamos comiendo en silencio sin apartarnos la mirada la una de la otra.

—¿Y bien? —pronuncia.

—Nada de y bien ¿Por qué le has dicho que mi hija no viene a verme? Eso es mentira.

—Porque no viene a verte, Lucía.

—Sí que viene —mi respuesta le hace enarcar las cejas—, lo que pasa es que ahora está muy liada con la universidad.

—Ya... pues que se quede a dormir en tu cuarto.

—Yo no soy como tú de *ligerita*.

—Pues en el despacho de Gonzalo.

Intento decir algo pero no encuentro las palabras. Se me atropellan los pensamientos con la lengua.

—¿Necesitas otros dos años para vaciar ese cuarto o ya puedes? —insiste.

—¡Dios! —grita Cash desde el baño.

Acto seguido retumba un sonido metálico en todo el baño. Natalia y yo saltamos de nuestras sillas.

—¡El pollo!

Capítulo 5

—¿De verdad te sigue pareciendo buena idea que me quede en casa de la quemapollos?

¡Ay, qué pesado!

—Que sí —termino de extenderme bien el pintalabios—, además, técnicamente se me quemó a mí.

—¿Y esa es tu amiga la de... los látigos?

—No seas malo...—Guardo el maquillaje en el neceser y salgo del baño —, es muy buena.

—Parece un poco... no sé, no es como me la esperaba. O por lo menos como tú me la habías pintado.

—¿Y qué esperabas? ¿Que te recibiera vestida de cuero con un látigo?: ¡De rodillas, perro, lámeme la punta del tacón! —Imito una voz grave- Eso forma parte de su vida privada.

Meto el neceser en la maleta grande y cierro los ojos intentando hacer memoria. A ver, ¿qué se me olvida?

—¿Y si me voy contigo? —propone saliendo conmigo del cuarto de baño.

—¡Ay, Por favor! ¿Quieres relajarte y disfrutar?

—Es que sigo sin ver el plan de quedarme con ella, de verdad. Además, ¿Cuándo me traiga a mi gordita, qué?

—¿No tienes con quien dejarla este mes?

—No la voy a dejar con nadie, Natalia.

—Bueno, seguro que a Lucía no le importa. Si a ella le encantan.

—Yo creo que debería saberlo si voy a quedarme con ella, Natalia, ¿la has avisado?

—¡De verdad, qué os gusta complicarlo todo! —cojo aire y suspiro— Me tienen que tener preparado un resort todo incluido ahí arriba solo por aguantaros, de verdad.

Vuelvo a la habitación a ver si me he dejado algo.

—No sé por qué no me dejas las llaves de aquí y ya está —de nuevo su voz detrás de mí.

—Porque no.

—¿Pero por qué?

Me giro hacia él.

—Estoy intentando recordar si se me olvida algo, por favor. Un segundito. Gracias.

—Tus vecinos ni se enterarían de que hay alguien en casa.

Nada, que no hay manera.

—Pues ese es el problema; que no quiero que te quedes aquí encerrado durante un mes, solo, dándole vueltas a la cabeza, amargado, pidiendo comida para llevar porque te dé pereza salir a la calle y duchándote cada cinco días. No, lo siento. Necesitas actividad, un poquito de alegría, chico —digo pasándole la mano por las puntas de su melena— y un saneamiento de puntas también.

—¿Y la alegría es la loca de tu amiga? —dice apartándome las manos de su melena.

—Pues sí, la loca de mi amiga, sí. No pienso permitir que te quedes solo, te pongas como te pongas. Fin de la conversación.

—¿Te da miedo que me quede solo?

—Pues mira, sí. Hala, ya te lo he dicho, por pesado.

—Vaya, espera, que ahora creo que empiezo a entender de qué va todo esto. O sea, que todo este rollo es por mí, porque te da miedo que me quede solo.

—Es por los dos —cierro los ojos intentando repasar mentalmente la maleta. Pero su voz vuelve a colarse en mi instante de paz.

—Ya...—se apoya sobre el marco de la puerta— ¿y por qué tienes miedo de que me quede solo, si se puede saber?

Suspiro. Ya está, desisto. Si se me olvida algo me lo compro allí mismo.

—¿Puedes ayudarme con las maletas, por favor? —le digo.

—¿Qué tienes miedo de que haga?

Me planto frente la puerta. Cojo aire y me vuelvo a girar hacia él.

—A que hagas cualquier tontería —digo alargando las vocales—, por favor, ¿me ayudas con las maletas?

—¿Cómo qué?

—A que bebas —él me aparta la mirada—. Me da miedo que si te quedas solo dándole vueltas a la cabeza, vuelvas a beber.

Se queda en silencio, su mirada se desploma sobre el suelo. Igual he sido demasiado dura. ¡Si es que no me deja en paz!

—Mira, cariño —intento acercarme a él—, yo te conocí en el mejor momento de tu vida, ¿vale? Cuando eras el rey de todo, cuando eras capaz de dar un salto y subirte en lo alto de la Torre Pelli. Pero también te he visto cuando no eras capaz ni de levantarte de la cama, ¿Sabes? Y no quiero volver a verte así.

—¿Y cómo me ves ahora? —pregunta.

—Frágil —le confieso-; como un tanque recién pintado. Y me encantaría quedarme aquí contigo hasta que pase todo, pero este máster es muy importante para mí y me han dado plaza a última hora, no puedo decir que no.

—En ningún momento te he pedido que te quedes aquí, Natalia.

—Lo sé.

—¿Y eso es lo que le has contado a tu amiga?, ¿Qué necesito ayuda?

—No. Ella no sabe nada de ti. Ni tu nombre. En este mes va a saber de ti solo lo que tú quieras que sepa.

—¿Y si no quiero que sepa nada?

—Pues no sabrá nada —me sello los labios con los dedos.

Me acerco a él. En un primer contacto es reactivo a mis manos, luego se deja acariciar.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—No sé.

—Así a ojo, ¿A cuántas personas les has podido salvar la vida?

Suspira poniendo los ojos en blanco.

—¿Y eso qué tiene que ver ahora, Natalia?

—¿A cuántas? —insisto.

—No sé... puedo decirte a quién no.

—Pues ahora eres tú quien está al otro lado del fuego. Eres tú quien necesita que lo salven.

—¿Y quién viene a salvarme?, ¿La quemapollos?

—¿Sabes? Ella también necesita que la salven. Y lo que quiero es cada uno salve al otro.

—¿Qué le ha pasado?

Me vuelvo a pasar los dedos por mis labios.

—Las reglas son las mismas para los dos: vais a saber del otro lo que el otro quiera que sepáis de él.

—¿Y esto qué es?, ¿una especie de terapia que has leído en alguna revista? Metes a dos amigos que tenga la misma vida de mierda en una casa y a ver qué pasa. ¿No habrás llenado las habitaciones de cámaras, no? Igual hasta nos forramos con esta tontería tuya.

—No me des ideas, anda —digo—. *Si nada puede salvarnos de la muerte, al menos que el amor nos salve de la vida.* Lo leí en Facebook y a lo mejor vengo de Francia con esa tatuada en francés, ya verás.

—¿A mi edad es un poco tarde para creer en el amor, no crees?

—Hala —doy una palmada al aire—, pues ya tenéis algo en común; ninguno de los dos cree en el amor. Va, coge las maletas.

Capítulo 6

No puede ser, ¿pero a dónde va con tantas maletas?, ¿Y el otro, qué hace con un sombrero? Pongo las luces de intermitencia y me paro justo delante de ellos. El coche de atrás me pita al tener que cambiar de carril y me mira desafiante al pasar justo por mi lado. ¿Pues no ves que he puesto las luces, idiota?

—Natalia —me bajo del coche—, ¿dónde quieres meter todas esas maletas? Hola, Cash, perdona —me excuso.

Él me saluda cogiéndose con dos dedos el ala de su sombrero de cowboy.

—Pues en el maletero.

—¿Tú te crees que el maletero del Mini es como el del jumbo ese que tienes tú? mira —abro el maletero—, aquí no cabe nada...

Y me sorprendo a mí misma observando el desorden del mismo. A ver quién me manda a mí a abrirlo delante de este hombre. Descubro papeles que no sabía ni que existían. Carpetas que daba por perdidas. Hasta un peine lleno de pelos. Entre lo de ayer y el maletero, de verdad, vaya imagen, Lucía. Te estás luciendo, nunca mejor dicho.

—Normal, si lo tienes todo lleno de papeles.

—Esto son informes que tengo que llevar a casa —me precipito a ordenarlos, no sé siquiera ni cuánto tiempo llevan aquí ni de qué casos son. Qué desastre.

—¿Bueno y cómo lo hacemos?

—Pues eso digo yo —convengo cruzándome de brazos.

Y aquí nos quedamos los tres, analizando las tres maletas de Natalia y el poco espacio del coche.

—A ver —dice Cash—, la de mano, si quitamos la bandeja de atrás, puede ir en el maletero.

Una de las grandes puede ir tumbada en el asiento de atrás con Natalia sentada encima, y la otra la llevo yo delante como pueda.

—Cash, eso así no entra ni a la de tres y mira la hora que es ya —protesta Natalia.

Pero nada, él sigue intentándolo. En un último empujón, consigue meter la maleta haciendo que Natalia dé un salto de alegría.

—¡Venga, todos adentro! —dice metiéndose la primera en el coche.

Luego lo hago yo y por último Cash, que tiene que acomodarse la última maleta sobre las piernas.

—Los cinturones —advierto.

Cash, haciéndose hueco como puede, se abrocha el suyo.

—Si es que yo no sé, hija, que te vas menos de un mes, a saber lo que llevas ahí metido.

—Antes muerta que sencilla. ¿Te imaginas que voy a un máster de moda repitiendo conjunto del día anterior?

—Ponte el cinturón, anda.

—¡No puedo, está debajo de la maleta! Va, sal ya —ordena.

—Bueno, yo no me hago responsable de lo que pase.

Quito la doble intermitencia y pongo el intermitente de la izquierda para incorporarme a la carretera, porque ahora tengo a otro coche en doble fila delante de mí. A ver si me dejan salir, que esto en Sevilla es como que te toque la lotería.

Con Natalia estresada y yo sin saber qué decir delante de Cash, el viaje transcurre en silencio sin poder encender una radio que llevaba estropeada hacía años ya. Cash y yo nos miramos en los semáforos, devolviéndonos sonrisas que intentan disimular la falta de conversación. Natalia, al otro lado del retrovisor, mira impaciente la carretera, comprobando el reloj de su muñeca a cada minuto.

—¿Y tú de cuándo crees en el amor, Natalia? —pregunta Cash como si tuvieran una conversación pendiente.

¿Natalia en el amor? Qué tontería, pienso.

—¿Y esa pregunta? —responde Natalia.

—Por lo que me has dicho antes.

—¿Todavía estás con eso?

—¿Natalia en el amor? —intervengo— Tú estás loco, ¿Desde cuándo dices que os conocéis?

—Pues sí que creo, lista. A mi manera, pero creo.

Me da por reír.

—¿Y tu manera cuál es? Pregunto.

—Pues a mi manera... muy distinta a la tuya por lo que veo, ¿Cuánto queda?

—Ya vamos a entrar en la A-4, tranquila que llegamos.

—¿Pero te has enamorado alguna vez o no? —pregunta Cash.

—¿Natalia?, ¿Tú crees que ella es de las que se enamoran?

—Oye, pues sí que me he enamorado —protesta.

—Ya, ¿De quién? —insisto mirándola a través del espejo retrovisor.

—Ahora mismo no lo sé, pero sí he estado enamorada —dice—. Pues mira, de Roberto, por ejemplo.

—¿De ese? —Sonríe Cash—, pero si lo dejaste al volver de... ¿dónde estuvisteis esquiando?, ¿En Italia?

Un momento, ¿le ha contado lo de Rober?, ¿El leñador? En serio, no entiendo la relación de estos dos, ¿Desde cuándo lo conoce y por qué nunca me ha hablado de él? Me pierdo en estas relaciones tan modernas.

—Porque empezó a hablarme de futuro. En plan de empezar a vivir juntos y eso, quita, quita.

—Natalia —le devuelvo la mirada por el retrovisor— si te enamoras de alguien, significa que quieres compartir tu vida con esa persona, es normal que habléis de futuro.

Cash conviene.

—Bueno, ¿qué estáis los dos en contra mía?

—No has estado enamorada y no pasa nada, de verdad —le digo.

—Que sí, de Ramón, ea, ¿qué me dices de él?

—No dejas a alguien de quien estás enamorada porque tenga un hijo —le corrijo- y menos con nuestra edad. Los solteros a nuestra edad ya no existen. O están divorciados o con suerte viudos.

Cash me mira sorprendido.

-Créeme, soy abogada matrimonial y una muerta da menos por saco que una ex.

—No tenía uno, tenía dos. Y uno podía ser perfectamente mi hermano pequeño.

—¿Sabes que para ese niño eras la fantasía erótica de todos los niños de su instituto, no?

Esta vez Natalia y yo lo miramos en silencio.

—Madrastra y hermanastra sexy al mismo tiempo. Vosotras no sabéis lo que es eso para un adolescente —dice alucinando él mismo.

—Cash, que tú seas un perverso no significa que todos los hombres lo sean —dice Natalia.

—No, el resto son peores, créeme —se defiende.

¿Peores? O yo llevo demasiado tiempo desconectada del mundo sexual actual o es que siempre he sido una ignorante.

—Mira —hago memoria—, el último con el que recuerdo que me diste bien la lata fue con... ¿cómo se llamaba?

—A ver, sorpréndeme —dice cruzándose de brazos.

—Con ese que era bombero, ¿cómo se llamaba?

Cash se gira hacia mí sorprendido y luego hacia ella.

—Huy, el bombero —desestima Natalia—, pues anda que no hace tiempo de eso ni nada.

—¿Un bombero? —Pregunta Cash—, a mí no me ha contado nada de un bombero.

—Ni falta que hace —dice Natalia.

—No hace tanto, Natalia, ¿cuándo fue?

—No lo sé ni es nada relevante hablar de él.

—¿Te duele hablar de él? —pregunta Cash.

—Sí, un dolor...—responde con ironía— ¿tú no serás tonto, no? —Suspira—, ¿falta mucho?

—Carlos, se llamaba Carlos.

—Podemos cambiar ya de tema, por favor —dice pasándose dos dedos por la frente, como cuando empieza a perder la paciencia.

—¿Qué te decía de él, Lucía? Cuéntame —insiste Cash.

—¡Lucía, no! —me manda a callar antes siquiera de que pueda articular una sola palabra—. Además, eso no fue enamoramiento, eso fue una tontería, una confusión de sentimientos. Punto, no pasó nada.

Cash y yo nos miramos aguantándonos una risa. Natalia parece que se enfada y decidimos parar. Al menos por ahora.

—Os estoy viendo —dice desde la parte de atrás— y no me hace gracia. Igual tenéis razón y nunca me he enamorado de nadie. Hala, ¿contentos?

Cash se acomoda sobre su asiento ocultándole una sonrisa a Natalia. Yo también. Vaya con el bombero, qué cosas, quién lo diría. Y mira que ya ha entrado y salido gente de su vida desde entonces. Ya le preguntaré en privado,

ya. Esto no se va a quedar así.

Llegamos justo cuando ya debía estar embarcando. Cash no tarda en bajarse del coche y descargar las maletas en tiempo record, mientras Natalia y yo nos despedimos apresuradas.

—Lu, gracias por traerme. Toma —me ofrece un sobre que me niego a coger.

—¿Eso qué es?, ¿Dinero?

—¿Cómo va a ser dinero? Cógelo y lo abres cuando yo me haya ido.

Miedo me da. Dudo un instante en cogerlo, ella tiene que volver a insistir.

—Va, Lucía, que tengo que entrar ya.

Me veo obligada a cogerlo, pero lo hago con dos dedos, como si fuera a explotar de un momento a otro. Porque además, estoy segura de que vaya a hacerlo antes o después.

—Cash, un beso —pero se dan dos, uno por mejilla—, portaos bien. O no —nos guiña un ojo que estoy segura de que a Cash le resulta igual de incómodo que a mí, o no. Conociendo su historial, seguramente solo me incomoda a mí—. Os aviso cuando llegue, ¡Chao!

La observamos marcharse a lo largo de la terminal hasta que la puerta se cierra y nos vemos reflejados en el cristal. Dios, qué bajita que soy al lado de este hombre. No sé si me saca más a lo ancho o a lo alto, ¿Pero a este hombre qué le daban de desayunar de pequeño?

Nos miramos. Me sonrío. Y yo a él. No sé qué decir.

—¿Quieres abrirlo tú? —propongo ofreciéndole el sobre.

—Igual es solo para ti —dice levantando las manos—, te lo ha dado a ti.

—Vamos, que te da el mismo miedo abrirlo a ti que a mí, ¿verdad?

Interpreto su sonrisa nerviosa como un sí.

A ver qué tiene que decirme que no me haya podido decir en persona antes de marcharse.

La empiezo a abrir con cuidado de no romper el sobre. Observo la impaciencia de Cash en el traqueteo de sus piernas.

—Voy, es que no me gusta romper los envoltorios, mi hija también se desespera cuando abro un regalo... vale, ya está.

Cojo aire. Desdoble la carta y empiezo a leer. Y sí, explotó. No me lo puedo creer.

Capítulo 7

Llegamos. No me puedo creer que estemos aquí. Hay dos parejas por delante de nosotros. Cash y yo nos miramos. Él me sonrío riéndose de mis nervios. Claro, para él es muy fácil. Ser hombre, en general, es muy fácil. Con nada que se pongan, están listos para casi todo, así con ese estilo desaliñado que se lleva ahora, ya van bien para cualquier cosa. Ser mujer es más complicado. En todos los sentidos. Y a mí me da igual la ropa, ya ves, no soy una Natalia de la vida. Pero es que mira cómo va aquí el personal. Es que hasta los hombres. De hecho, ni aun habiéndome arreglado para salir a cenar, me hubiera arreglado tanto como estas que están aquí al lado, de verdad. Si es que yo no tengo ni ropa así. Que no, que estas cosas no se hacen. Que no puede decirme que vaya vestida como para llevarla al aeropuerto, y luego me diga que tenemos reserva en el Abades. No, esas cosas se avisan. Que siempre tengo que ir dando la nota, vaya donde vaya, de verdad.

—Buenas noches, ¿tienen reserva?

Cash le entrega el sobre con la invitación.

—La señorita Lucía María Martínez y...—parece que intenta buscar un apellido que no encuentra— Cash.

El hombre nos escruta con la mirada. Sobre todo a mí, que acaba de pasar una morena que parece que vaya a presentar las campanadas en la primera, que claro, ni yo, ni mis vaqueros estamos a la altura. Nosotros asentimos forzando una sonrisa.

—Adelante, bienvenidos. En seguida les acompañamos a su mesa —dice devolviéndole el sobre a Cash con una sonrisa que no tarda en repetir al matrimonio de atrás.

Bueno, matrimonio por decir algo. Igual es otra a la que le han hecho una encerrona como a mí. O a él. Quien sabe, con la de locos que me estoy dando cuenta que hay sueltos por ahí, vete tú a saber. Fíjate, quién diría que a este

hombre le gusta vestirse de cuero y que lo azoten. A saber qué están pensando de nosotros. Vamos, llamar la atención la llama. Aunque solo sea por el sombrero.

—Bienvenidos, síganme por aquí, por favor —se presenta el camarero con una reverencia y el brazo enfundado en un mantel blanco.

Cuánta cortesía. Igual que en Casa Benito, que llegas, te sientas donde quieres y te reciben desde la barra con un “¡Rubia, ahora mismo te recojo yo la mesa!, ¿Lo de siempre, no?” Más bueno que es Beni, que faltas dos días seguidos y ya te echa de menos. Aquí echan de menos tu tarjeta.

Qué bonito el salón. Y qué amplio. Y qué de gente, por favor, y yo que pensaba que estos sitios estarían vacíos. Huy, mira, un piano. Ay, ¿Esta melodía cuál es? Intento leer el título en la partitura, pero sin gafas, de lejos, no veo nada.

Nos acomodan en nuestra mesa. Cash me retira la silla ofreciéndome asiento. Le sonrío, él me devuelve la sonrisa con un guiño de ojos. Por un momento, recuerdo ayer cuando descalzó a Natalia. ¿Te imaginas que se arrodilla? Qué vergüenza, y yo con los pies sin arreglar.

—Buenas noches, en seguida les atiende su camarero. Espero que aprovechen y disfruten de la velada.

Nos volvemos a mirar. Yo intento disimular una sonrisa que no delate que no estoy acostumbrada a comer en sitios así.

El camarero llega con una bandeja. Nos vuelve a dar las buenas noches dejando sobre la mesa una botella de vino y otra de agua. Acto seguido, también de la bandeja, coge un sobre blanco que deja en mi lado de la mesa, y otro rojo, que deja en el lado de Cash. En el mío puedo leer mi nombre. En el de Cash, el suyo. Por un instante, pienso que es la carta, pero la encuentro justo en el otro extremo. Y por otro lado, no tendría sentido que estuviera personalizada con nuestro nombre.

Cash y yo nos miramos con la misma incertidumbre. Luego miramos al camarero.

—¿Esto qué es? —pregunto.

—La señorita Cruz dejó esto para sus invitados —dice abriendo la botella de vino.

Cruz la que nos ha caído a nosotros con ella, pienso cerrando los ojos en un suspiro.

—Solo a ella, por favor —advierde al camarero al verle servir mi copa.

—Lo sé —dice con una media sonrisa—, para usted agua del tiempo, ¿verdad? —presume orgulloso con un movimiento rápido y seco al retirar la botella para no derramar ni una sola gota.

Cash asiente. ¿Cuántas más cosas les ha contado Natalia de nosotros?

—¿Y qué es? —insisto sin atreverme a coger el sobre.

Se encoge de hombros.

—Lo que sí puedo decirles, es que se les ha invitado a un menú degustación gourmet.

—¿Cómo invitados?

—Invitados...—no encuentra la manera de explicarlo.

—Pensaba que solo teníamos la reserva hecha.

—No, no —responde amable—, están invitados a una degustación. Miren, el menú consta de ocho platos: cuatro entrantes, dos principales y dos postres. De entrantes probarán nuestras Olivas líquidas, Corte de Foie Micuit, Texturas de atún rojo de almadraba y...

Mi mente se pierde entre los nombres de los platos. Mis ojos se deslizan sobre la carta que lleva mi nombre. Intento leer algo a través del sobre, pero es imposible. Observo el de Cash. Luego a él, que parece que sí que presta atención al camarero. A saber qué está tramando Natalia, de verdad, a ver qué se le ha ocurrido ahora.

—El primer vino de la degustación es un rosado Miraval Rosé de dos mil quince —la voz del camarero vuelve a colarse en mi cabeza al escuchar el vino.

—¿Cómo el primero? —Pregunto—, ¿hay más?

—Cada plato lo acompaña un vino diferente, señora.

—Señorita —le corrijo—, ¿cuántos platos son?

—Disculpe, señorita —se sonroja, yo le quito importancia—, son seis platos y dos postres.

—¿Seis copas de vino?

El camarero asiente. Yo me llevo las manos a la cabeza. Ya me están entrando los calores y no todavía no he probado ni este.

—No obstante, aquí tienen una descripción de la degustación y el orden en el que se les va a marchar. Si tienen alguna pregunta, no duden en hacérmela saber. Con permiso, buenas noches y que aprovechen —se despide con una pequeña reverencia.

—No me he enterado de nada, solo de que Natalia pretende que me tome

seis copas de vino. ¿Me vas a ayudar, no?

Cash sonrío con un gesto negativo.

—Yo, agua.

—Pues les voy a decir que no las traigan.

—Bueno, tú déjala que las traigan y te mojas los labios. Invita Natalia — sonrío.

Desde luego, tiene razón. Pero si lo que pretende es emborracharme, la lleva clara.

—¿Por esta cena sorpresa? —dice acercándose su copa de agua.

Alcanzo la mía, sonrío y brindo.

Primero huelo el vino, como la que entiende, ¿sabes? Lo nuevo y observo la marca que deja en el cristal. Aunque no estoy segura de que esto también se haga con los rosados. Y lo pruebo. Me sabe a frutos rojos. Muy ligero. Vuelvo a probarlo. ¿Cómo dijo que se llamaba? Mhm. Está riquísimo.

—¿Qué hacemos con los sobres? —pregunta.

Los dos nos miramos por un instante. Luego, nuestros ojos se resbalan hacia ellos.

—Te iba a hacer la misma pregunta —sonrío— ¿tú sabías algo de esto?

—Nada —contesta.

Tomo aire.

—¿A la de tres? —propongo.

—Tres.

Coge su sobre y lo abre de inmediato. Yo también. De dentro saco una carta que tengo que desdoblar. Los ojos de Cash ya se deslizan por el texto a toda velocidad.

—Hey, eso no vale, espérame.

Rebusco las gafas en el bolso. A ver.

¡Bienvenida a tu primera cita!

Enhorabuena, Lucía, al fin he conseguido sentarte en una mesa con un hombre, ¡Mira que me ha costado trabajo, eh!

Por favor, deja de mirar por el retrovisor y mira hacia delante, ahí, al pedazo de hombre con el que estás cenando.

Levanto la vista de la carta. Él también, y nuestros ojos se encuentran por encima de nuestras cartas antes de que los dos sonriamos nerviosos. ¿Qué le

habrá puesto a él?

Como sé que os iba a costar trabajo, y no quiero que metáis la pata en la primera cita, he decidido romper el hielo por vosotros.

Os he propuesto un juego: Cada uno tiene diez preguntas aquí escritas. Tú tienes las impares y él las pares. Así que empiezas tú. Hay que responderlas todas, desde la primera a la última. Y no vale saltarse preguntas.

Si no os da tiempo de responderlas todas aquí... podéis dejaros alguna para casa. Tú ya me entiendes.

¿Lo harás?

La moderna de tu amiga Natalia.

Capítulo 8

Después de leer la primera pregunta, Cash y yo volvemos a mirarnos. Su sonrisa parece igual de nerviosa que la mía. Esta mujer está loca si se piensa que voy a preguntarle estas cosas a un hombre que no conozco. Ahora entiendo para qué son las seis copas de vino. Alcanzo la mía y le doy un sorbo largo. Él bebe también de la suya y los dos volvemos a soltar las copas sobre el mantel blanco impoluto casi al mismo tiempo. Por unos segundos, nos reímos nerviosos acomodándonos sobre nuestros asientos. Imagino que los dos estamos esperando a que el otro diga algo.

—Empiezas tú —pronuncia él.

—Ah, ¿pero vamos a jugar en serio?

—¿No?

Cojo de nuevo el sobre. Mis ojos vacilan entre los suyos y la primera pregunta. Él me mira con una mezcla de entre expectación e incertidumbre. Yo no puedo evitar que se me escape una risa que intento esconder tras la carta.

—¿Qué? —pregunta.

—No sé —le digo soltando la carta sobre la mesa—, pues empieza tú.

Él niega con la cabeza.

—No, yo tengo las pares —dice— y tú, además, tienes vino. Que conociendo a Natalia, va a hacer falta. A unas malas le puedes echar la culpa a él.

Me sorprendo al comprobar que lo único que queda en la copa es un culín que no tardo en apurar.

—O a Natalia —apunto.

—O a Natalia —conviene.

Jugando con el vidrio de la copa entre mis dientes, releo para mí misma la primera pregunta.

¿Por dónde empezarías a desnudarme?

Esto no puedo preguntárselo yo así. ¿De verdad ella le pregunta estas cosas a los hombres con los que sale?

Me aclaro la voz y me acomodo sobre la silla para acercarme un poco más a él. Él también se inclina hacia el centro de la mesa.

—Eh... a ver —antes de lanzarme, compruebo que no haya nadie escuchándonos— ¿Qué... es lo primero en lo que te fijas en una mujer?

—Ah, bueno —suspira echándose hacia atrás en su asiento—, me habías asustado, me la imaginaba peor.

Y lo es. A saber qué le ha escrito a él.

—En sus manos —confiesa.

Acto seguido, me las miro descubriendo que las tengo horribles, y hago ademán de apartarlas, cuando de repente, siento las suyas sobre las mías. Sus dedos pulgares empiezan a dibujar círculos sobre ellas. Huy.

—Las manos no engañan, ¿sabes? —dice a media voz acercando su silla a la mesa—, reflejan la personalidad de la persona —guarda silencio intentando darle un toque misterioso a su súper poder— ¿Quieres saber qué me dicen tus manos sobre ti?

Yo no sé muy bien qué decir, pero creo que no hace falta que responda, la pregunta es retórica. Sus labios sonrían y sus ojos se resbalan una vez más desde los míos hacia mis manos.

—Me dicen que estás un poco nerviosa —dice acariciando con sus dedos la palma ligeramente húmeda de mis manos—, y nerviosa en general —sus dedos repasan ahora la cutícula de mis uñas—, pero consciente de que forman parte de tu imagen como profesional, por eso solo te comes la cutícula y te dejas crecer las uñas —dice bordeando el filo de mis uñas con la yema de sus dedos—, eso demuestra algo de autocontrol —me dice al tiempo que se acomoda para continuar— El esmalte negro me dice que eres clásica, elegante y reservada. Aunque también; práctica y simple en apariencias, porque solo te pintas las uñas cuando tienes un juicio y no te importa llevarlas despintadas cuando eres tú misma, como ahora. No llevas anillos, lo que me dice que eres discreta, y un reloj adelantado diez minutos, que significa que eres diez minutos impuntual —sonríe mirándome un instante a los ojos—, lo cual también significa que eres optimista y creativa, aunque con falta de confianza en tus virtudes, por eso lo de adelantarlo.

Yo me mantengo en silencio, alucinando y aprendiendo de mí misma a través de mis manos.

—Y por último, tus nudillos me dicen que eres una persona activa y que te gusta aprovechar el tiempo, *tempus fugit* —esto último lo pronuncia a media voz volviendo a detenerse en mi mirada—, que siempre vas con tanta prisa, que no tienes tiempo de secarte las manos después de lavártelas, por eso los tienes ligeramente agrietados.

Después de decir aquello, levanta definitivamente su mirada hacia la mía y sonrío orgulloso.

—¿Cómo ha ido? —pregunta sin dejar de sostener mis manos sobre las tuyas— ¿diez de diez?

Yo balanceo la cabeza de un lado a otro mientras me pienso la respuesta.

—¿Nueve de diez? —insiste.

Aprieto los labios en un dubitativo gemido.

—¿Ocho?, ¿Siete? —sus manos pierden fuerza sobre las mías— ¿cinco?

—A ver —las estiro para poder observármelas mejor—; toco la guitarra, por eso me dejo las uñas largas, pero sí, soy un manojo de nervios, por eso me como los padrastrós. Que luego siempre se me acaba infectando alguno, pero no aprendo, aunque me prometa que no lo volveré a hacer—le explico, él asiente con cara de circunstancia—. El color negro es porque me pega con la toga. Cuando tengo alguna cita, me pinto las uñas de rojo vino, que no sé qué querrá decir ese color de la personalidad, pero me encanta. ¿Eh, qué más? Los anillos —recuerdo—, no llevo anillos porque el oro y la plata me dan alergia, se me hinchan los dedos y luego no me salen, un desastre. Pero me encantaría llevar uno de esos en el dedo gordo, ¿sabes cuál te digo, no?. No sé, me gusta. Durante una época llevé anillos de cuero, en mi época más hippie —ni puedo evitar que se me escape una sonrisa al recordarme a mí misma con rastas— pero al tiempo empiezan a oler mal y es muy desagradable. Lo de los nudillos es alergia a la humedad. O al frío, la verdad es que no lo sé muy bien, y me salen sabayones. Y mira que me echo cremas y me seco con una toalla especial, pero nada. Desde chica, eh —se me olvida algo, creo— Y el reloj es porque es de cuerda. Era de mi abuelo y cada vez que me lo pongo le tengo que dar cuerda y ponerlo en hora, y entonces va variando. Unos días está adelantado, otros atrasado y muchas veces no está ni en hora. ¡Menudos sustos me he pegado mirando el reloj y pensando que era una hora que no era, sabes!

Se queda mirándome con gesto ofuscado. Sus manos dejan de sujetarlas

mías y yo las retiro excusándome con una sonrisa.

—Ah, y lo del sudor es hiperhidrosis palmar, que se llama, me sudan todo el año, a todas horas. Mi hija dice que soy un *Pokémon*. También me pasa en la planta de los pies; hiperhidrosis plantar. No puedo caminar descalza porque me resbalo, esto es en serio, no puedo ni ir en chanclas. Uso calcetines gordos todo el año. Pero es un sudor que no huele, mira —le digo ofreciéndole las manos de nuevo—, es un sudor limpio, como agua.

Él las mira sin saber bien qué hacer. Cuando me doy cuenta de lo ridículo de ofrecerle las manos como una niña para que las huela, las retiro forzando con disimulo forzando una sonrisa.

Su cara es de desconcierto. Como si no acertara a decir nada.

—Lo siento —me excuso apurando las últimas gotas de vino—; *Fallaces sunt rerum species*.

Se aclara la voz antes de hablar.

—¿Eso quiere decir...? —pregunta rascándose la cabeza.

—Las apariencias engañan, Séneca. Como me citaste a Virgilio, pensaba que, no sé, te gustaba el latín. Yo lo tuve que estudiar en la carrera...

—Sí, vamos, lo que es un: ir a por lana y volver trasquilado.

Me saca una sonrisa espontánea.

—Pero, oye, que sabes mucho de manos, eh.

—Debería haberte dicho que me fijo en los pechos y ya está.

—¿También entiendes tanto de eso? —pregunto con una sonrisa en los ojos.

Se acerca aguantándome la mirada.

—Enséñamelos y te digo —me propone en voz baja.

El camarero llega pidiéndonos permiso para colocar los platos. Nuestras miradas tardan un instante en desenredarse porque ninguno de los dos quiere perder aquel pequeño pulso que acabábamos de echarnos. Al final soy yo la que se retira para recibir al camarero con una sonrisa.

La verdad es que no sé lo que es. Un plato hondo con hierbas y una cuchara blanca tan mona como pequeña, con un líquido verde. Por las dimensiones, yo creo que no han calculado bien, ¿no han visto el porte de este hombre? Menos mal que son la tira de platos, porque si no...

—Nuestras olivas líquidas —anuncia mientras me coloca una copa de vino vacía que portaba en la bandeja, y acto seguido, me presenta una nueva botella de vino— Vermut Martínez Lacuesta —dice sirviéndome la copa—, un Rioja de veinticuatro hierbas aromáticas y caramelo, en perfecta sintonía con nuestro

entrante. Que aprovechen —añade, retirándose con una reverencia de cabeza.

Los dos nos miramos sin saber muy bien cómo atacar el plato. Él se lanza el primero. Agarra el extremo de la cuchara y con un tenedor intenta colmarla de las hierbas que la acompañan, entre las que puedo distinguir romero y orégano. Ante la imposibilidad de hacerlo, suelta el tenedor y se ayuda con dos dedos en forma de pinza. Se la acerca a la nariz antes de introducísela en la boca. Yo analizo su expresión y, casi sin darme cuenta, me descubro imitando sus gestos.

—Pues ya está —dice soltando la cuchara en el plato—, primer plato de la degustación probado.

—¿Está bueno? —pregunto.

—Bueno, sabe a aceituna —dice sin saber qué hacer con las hierbas que se ha metido en la boca—. Entre tú y yo, hubiera preferido un platito de aceitunas, pero bueno.

Cojo la cuchara y sin llenarla de hierbas, me la llevo a la boca. Después del dulce del vino, el cítrico me da un latigazo en el paladar que me hace gemir.

—Yo también prefiero las aceitunas —digo soltando la cuchara en el plato para agarrar mi copa de vino.

Agito el vermut al aire, huele bien, y me mojo los labios. Luego me los repaso con la lengua. Está mejor que el otro. Pero vamos, que el plato no nos ha durado ni veinte segundos. Ahora entiendo lo del juego, para no morirnos del aburrimiento entre plato y plato.

—Bueno, señor mentalista, te toca —le digo.

—Ah, ¿pero quieres seguir jugando?

—Claro.

Cash se recuesta sobre el asiento y coge de nuevo su carta para leerla. No sé qué lee, que le hace sonreír. Mientras espero a que se decida juego con el cristal de la copa y mi boca. Se aclara la voz y antes de decidirse a hablar, me dedica una mirada rápida.

—¿Cuál es la base a la que más lejos has llegado en una primera cita?

No entiendo la pregunta. No sé a qué se refiere con base, pero no quiero preguntárselo y parecer una antigua, así que intento ganar algo de tiempo saboreando el vino.

—En la primera cita, eh... —me hago la pensativa—, ¿y tú?

Sonríe. No cuela.

—Te toca responder a ti. Venga, sé sincera —dice jugando con sus dedos sobre la mesa.

—¿Y... qué te iba a decir?, ¿Para ti qué es una base exactamente?

—Pues... una base. Lo típico del béisbol y las citas.

No sé ni cuántas bases hay en béisbol. Creo que no he visto un partido de béisbol en mi vida. ¿Hay equipos de béisbol en España?

—¿Te gusta el béisbol a ti? —pregunto intentado sacarle algo de información.

—No sabes qué es eso de las bases, ¿no?

—Pues mira, la verdad es que no.

—A ver —se pasa una mano por la barba—, las bases son como los avances en las citas. Llegar a la primera base es darle un beso. Con lengua —añade—. La segunda base es... un poco de tocamientos.

—Como el *petting*, ¿no?

Sonríe.

—Sí, como el *petting*. Y la tercera base es sexo completo —yo voy asintiendo conforme él me explica—. Y luego está el *Home run*.

—Que es cuando te vuelves a casa sin comerte una rosca, ¿no?

Se ríe.

—No, el *Home run* es cuando directamente vas a la tercera base.

—Ah... ¿Y en ese deporte todo el mundo se come algo o también te puedes quedar en el banquillo?

—Sí, también puedes *ponchar*.

—Qué palabra más gráfica, ¿no? Es como *ponch*, pisar una caca —me río yo sola.

—Literal —dice—. Tienes pinta de haber ponchado a muchas de tus citas.

—¿Eso te lo dicen mis manos o mis pechos?

Sonríe.

—Solo he visto tus manos —se acerca al centro de la mesa—, por ahora.

—Y por hoy —sentencio volviendo a mojarme los labios con el vino.

A lo tonto ya me lo he terminado.

—¡*Strike* uno! —dice dejándose caer sobre su asiento.

—¿Eso es cuando te hacen la cobra?

A Cash se le escapa una carcajada.

—Más o menos.

—O sea, que te he hecho una cobra en la primera cita

—Metafórica.

—Pero cobra, al fin y al cabo.

—Apuesto a que nunca has hecho un *home run*, ¿eh?

Pues claro que sí que he hecho un *home run*.

—¿Lucía? —una conocida voz de mujer me sobrecoge a mi espalda—
¡Qué sorpresa!

Capítulo 9

Mi cuerpo se vuelve rígido por momentos. ¿Quién es, quién es? Cierro los ojos intentando ponerle cara a aquella voz antes de girarme. ¡Alicia, no puede ser! Cash no sabe interpretar mi mirada.

Me giro hacia ella y nuestras reacciones son indirectamente proporcionales la una de la otra.

—¡Lucía!, ¿Pero qué haces aquí?

¡Eso digo yo! Me siento torpe. No sé si levantarme, quedarme sentada o si fingir que soy mi hermana gemela. Al final, opto por levantarme.

—¿Qué tal, Alicia? Qué sorpresa —no imaginas cuánto.

—Ya te digo —dice analizando mi ropa, aunque decide no decir nada. De quien sí que dice algo es de quien era imposible no fijarse; Cash, claro—. Y qué bien acompañada, ¿no?

No me da tiempo de decir nada cuando se dirige hacia a él, dejándome a mí hablándole al aire.

—Hola, yo soy Alicia —dice casi sin darle tiempo a levantarse—, compañera de trabajo de Lucía, encantada.

—Encantado, yo soy Cash.

—Un amigo —interrumpo colándome entre ellos dos.

—Cash...—repito para sí misma saboreando cada letra de su nombre. Y eso que es cortito. Y casi que su cuerpo también con la mirada. No sé si recordarle que él no entra en la degustación.

—¿Y estáis celebrando algo? —pregunta— ¿Qué calladito te lo tenías, eh, Lucía? —me da con el codo.

—No, no que va...—me excuso con una sonrisa tan improvisada como forzada—, es una cena de amigos, sin importancia.

—Hombre, Lucía, sin importancia...—dice mirando a su alrededor—, que no estamos en *El Tremendo* con una tapa de pescado frito.

—Es que he bajado a verla y me ha querido sorprender —intenta ayudarme Cash.

Sorpresa la que se ha llevado ella, pienso yo, asintiendo amablemente con la cabeza.

—Ah... pues yo he venido a celebrar mi aniversario con Javi —dice haciéndose a un lado para que pueda saludarlo—, lo que pasa es que estamos un poco moscas y ahí estamos los dos... en fin, que hemos venido porque teníamos la reserva hecha desde hace un mes, que aquí si no reservas con tiempo, no cenas. Vamos, tú lo sabrás.

—Ya, ya...—digo como si también me hubiera costado horrores conseguir una reserva mientras sonrío sin saber cómo seguir con aquella conversación.

Que a saber cómo ha conseguido Natalia reservar de un día para otro. Una de dos, o lo tenía planeado desde hace tiempo, o tiene un contacto de peso aquí dentro. Pero vamos, que prefiero no saberlo.

—Bueno...—digo apartándome el pelo tras las orejas—, pues eso.

—Bueno, os dejo que cenéis tranquilos —me guiña un ojo—, por cierto, antes de irnos nos tomamos una copita en la terracita, ¿no?

—Él no bebe alcohol —advierto fingiendo desilusión—. Otro día.

—Tienen cócteles sin alcohol —conviene dirigiéndose a Cash.

—Ah, vaya...—busco alguna excusa rápida—, pero mañana madruga.

—¿Pero no estaba de visita?

—Los probamos luego, claro —interviene Cash.

Mi mirada lo atraviesa.

—Claro que sí —celebra—, que como tenga que aguantar toda la noche los morros de Javi...—pone los ojos en blanco— Luego os veo. Chao.

Cash y yo volvemos a sentarnos. Justo llega el camarero con nuevos platos. Los presenta y me sirve un nuevo vino, pero no me entero de nada. Es la voz de Cash la que me arrastra de nuevo a la cena después de que el camarero ya se haya ido.

—¿Qué casualidad, no? —dice rellenándose la copa de agua.

—Mucha, mucha —le doy un sorbo al vino. Dios, este está mucho más ácido. Qué repeluco—. Y tú encima le tocas las palmas. Ya verás mañana en el bufet, ya.

—Seguro que no es para tanto.

—¿Qué no? —Sonrío de buena gana—, tú no sabes cómo son. Sobre todo Alicia, esta es la peor. Pero si yo hay veces que me la cruzo en el pasillo y nos

hacemos las despistadas para no saludarnos. Y mira lo que ha tardado en venir a saludarme. Eso es porque me ha visto contigo.

—Anda ya... prueba el foie y relájate, que queda mucha cena.

Cuando me decido a empuñar el cuchillo para untar, un móvil empieza a sonar. Un mensaje tras otro, y otro, y otro. Cash y yo nos miramos. ¿Es el mío?

—¿Voy a ver, vale? A ver si es mi hija.

Él asiente. Lo encuentro. Sí, es el mío. No deja de vibrar y sonar. A ver. Me ajusto las gafas un momento. No. No puede ser. Dieciséis mensajes de WhatsApp, me aparecen en la pantalla. Y subiendo. Despliego. Todas del grupo *Las Locas de la Toga*. ¿Pero cómo es posible que ya se lo haya dicho a todo el mundo? ¡Si no ha tenido tiempo!

—¿Eh? —escucho de fondo a Cash que me pregunta algo, yo no sé ni dónde estoy.

—Que si todo está bien. Te has quedado muy...

Muerta es como me he quedado.

—Sí, sí... es el grupo del trabajo —miento, o sea, no miento, pero no es de trabajo, quiero decir— ¿me disculpas un segundo? Es una urgencia.

—Claro —sus manos me invitan a levantarme.

—Gracias, no tardo nada —antes de levantarme le doy un buen sorbo al vino que consigue acabar con él. Me va a hacer falta.

Ya llevo dos, por cierto.

Huy, no sé si es la tensión al levantarme tan rápido, o el vino, pero por un momento parece que esté montada en un barco. Ojalá, así me iba directa a saltar por la borda.

De camino al baño, vuelvo a mirar el móvil. Treinta y dos mensajes. ¿En serio? Me apresuro a llegar al baño. La puerta está cerrada. Cuarenta mensajes. Sale una mujer. Un intercambio de sonrisas y cierro la puerta. Bajo la tapa y me siento.

Alicia: ¡No os vais a creer a quién acabo de encontrarme con su ligue secreto! — adjunta todos los iconos de misterio que encuentra.

Lola: ¿A la Nur?

Alicia: Mejor todavía.

Nuria: Yo no he salido hoy, lista, mañana tengo juicio. Además, ya os he enseñado fotos.

Lola: Las fotos no cuentan, que engañan, tienes que presentarlo oficialmente en persona.

Alicia: Lo vais a flipar —adjunta el emoticono del grito de Münch.

Lola: ¡Ay, dilo ya!
Alicia: ¡A Lucía!
Nuria: ¿A Lucía?, ¿Qué Lucía?
Lola ha borrado este mensaje.
Alicia: ¡Lola, que Lucía está en este grupo!
Lola: ¿Ah, sí?
Nuria: Venga ya, no me lo creo, foto.
Alicia ha enviado una foto.

La abro. No puede ser. La amplío. Somos Cash y yo riéndonos. Deslizo. Cash y yo brindando. Deslizo. Tomándonos de las manos en el centro de la mesa. Cierro la galería y vuelvo al chat.

Carmen: Huy, ¿y ese quién es?
Sofía: Del bufet no es, desde luego.
Carmen: No, no, ni cliente suyo, te lo digo yo. Ahora solo está trabajando para un hombre.
Alicia: Es un amigo.
Carmen: Y bastante feo, que va, no es ese.
Lola: Sí, claro, amigo...
Alicia: Ha bajado a verla.
Lola: ¿Bajado?, ¿De dónde es?
Carmen: Madre del amor hermoso, pero si se parece al de Juego de Tronos.
Nuria: Del cielo.
Estefanía: Es Aquaman.
Lola: Sí, venga, bajaros de las nubes, anda, que tampoco es para tanto.
Nuria: ¿En *Tinder* se encuentran tíos así?
Estefanía: Que no es de *Tinder*, que dice Alicia que es un amigo que ha bajado a verla.
Alicia: Se llama Cash.
Lola: ¿Cash? ¿Cómo el supermercado?
Nuria: ¿Y ese nombre de dónde es?
Lola: ¿Y tú con quién estás en ese sitio, Alicia?
Carmen: Con Javi, es su aniversario.
Alicia: Sí, hija, sí, y de morros.
Estefanía: ¡Ay, felicidades, tía! ¿Cuántos hacéis?
Alicia: 8.
Nuria: ¿Entonces Aquaman de dónde es?
Carmen: Pero la pobre parece que hace 20 años, ¡Esta juventud! Cuando lleves 30 como yo con el mío...
Alicia: Que no sé de dónde es, luego nos vamos a tomar algo.
Lola: ¿Con Lucía y su novio?
Yo: ¡No es mi novio!
Alicia: Sí, venirse, a la terracita, que es independiente y se está muy a gusto.
Carmen: ¡Anda, eh, lo que te tenías callado, Lucía!
Nuria: ¡Y bien callado!

Yo: ¿Cómo que venirse, Alicia?
Lola: Pues yo me apunto.
Nuria: ¡Jura! Yo también. Ven a recogerme
Yo: ¿Esto no es en serio, no?
Carmen: Ajajaja ¡Cómo si no las conocieras, Lucía!
Lola: Estoy con la Sofía y la Eva en Los Coloniales, vente y nos vamos juntas.
Estefanía: ¿Nur, tú no tenías juicio mañana?
Nuria: ¿Perdona? acabamos de descubrir que Lucía está saliendo con el hermano de Thor, esto es prioritario. Además, me ha tocado con Paco, va a ser una vista rápida.
Alicia: Oye, Lucía, ¿dónde estás? Que os acaban de servir los platos.
Yo: En el baño.
Alicia: Pues aligérate, que lo tienes mirando el reloj cada dos por tres.
Lola: Si es que es mucho hombre para ella sola...
Lola ha enviado un audio:

¡Lucía! Que soy Eva, que estoy con Lola y Sofía en Los Coloniales, ¿Qué te iba a decir? Dile que llame a algún amigo, no? Unos que sean así como él, que vamos para allá.

Estefanía: Pero si dice que es solo un amigo, el chico está libre ¿no?
Alicia ha enviado una foto .

La abro. Una de Cash de hace unos segundos. Solo, sirviéndose agua en su copa.

Yo: ¡Que no vayáis a venir, eh!
Nuria: Lola, ¿Dónde tienes aparcado el coche?
Lola: En el Rectorado.
Alicia: Míralo, si estoy por acercarme yo, lo tiene aburrido perdido.
Yo: ¡Eo!
Nuria: ¿Si voy en Cabify luego me llevas a casa?
Lola: Tú lo que quieres es beber.
Yo: Por favor, ¿estáis hablando en serio? Es una cena de amigos, hace mucho que no nos vemos...
Nuria: ¡Que mañana tengo juicio!
Estefanía: No sería la primera vez que salimos antes de un juicio, vaya...

Nada, que no me leen. O me leen pero les da igual, como siempre.

Alicia acaba de cambiar el nombre del grupo a: Las abogadas de Aquaman.

Alicia: Bueno, ya se ha mosqueado Javi. Dejo el móvil, ¡Luego os veo, no tardéis!

Carmen: Mañana me contáis cómo es el chico, que mi Manolo ya está pidiéndome el bibi...

Lola: Carmen, esos detalles ahórranoslos, por favor.

Estefanía: El bibi, dice ajajaja, qué arte tiene la Carmenchu.

Nuria: En 10 minutos me recogen ¿Vais muy arregladas? Decidme la verdad

.Salgo del chat alucinando. Descubro que tengo un mensaje pendiente en una conversación privada con Carmen. No sé si abrirlo.

Carmen: Huye.

Yo: Gracias.

Bloqueo el móvil y lo pongo en silencio. O sea, no. Imposible. Esto no puede estar pasando. Me asomo al espejo y me devuelvo la mirada intentando asimilar todo esto y averiguar qué he podido hacer yo para que me pasen estas cosas. He debido ser una persona horrible en mi otra vida. O un animal carroñero que se alimentaba de crías indefensas o algo así. Horrible, de verdad, sino, nada de esto tendría sentido.

Está bien. Tengo que sacar a Cash de aquí como sea. Y tengo que hacerlo ya.

Capítulo 10

—¿Estás bien, Lucía?

Se ofrece Cash levantándose de su asiento al verme llegar con la frente impregnada en sudor, que en realidad era agua, y unas ojeras marcadas con una toallita a posta en el baño.

—No sé, algo ha debido sentarme mal.

—Vaya...—se lamenta ayudándome a tomar asiento—, ¿Quieres que nos vayamos?

—No, por Dios...—le digo.

¿Pero qué haces idiota?, ¡Di que sí!

—O sea, si quieres...—rectifico.

Cash vuelve a su asiento y se aclara la voz antes de decir nada. Yo lo observo de reojo mirar cada plato como un niño mira los caramelos detrás del cristal de su tienda favorita.

—No te preocupes, aguanto, creo que se me está pasando —pronuncio con tono mortecino.

Pero tú lo has querido, le amenazo para mí misma.

—No, mujer, si ves que estás muy mal...

No le da tiempo de terminar la frase cuando finjo una arcada que hace chirriar su silla al separarse de imprevisto de la mesa.

De repente, todo el restaurante se queda en silencio. No hay ruido de cubiertos, ni risas, ni nada. Me incorporo desde mi fingida postura de encontrarme mal y me encuentro a Cash a un metro de la mesa, mirándome con los ojos como platos; y al resto de comensales girados hacia mí.

—¿Se encuentra bien, señora? —es la voz del camarero.

—Señorita —digo entre dientes—, y no, ¿no me ve?

—Se ha puesto así de repente —dice Cash intentando excusar mi tono.

—¿Le traemos una sal de frutas o algo?

¿Sal de frutas?, ¡Que me saquen de aquí es lo que necesito!

—Yo creo que con que me dé un poquito el aire...

—No, tú no te levantes, a ver si te vas a caer —dice Cash acercándose a mí.

¡No, Cash, si lo que quiero es irme de aquí!

Grito en mi mente como si pudiera comunicarme con él por telepatía. Pero él no sabe interpretar mi mirada ¡Hombres!

—Voy a llamar al gerente.

¡Al gerente no, por Dios!

Observo al camarero ausentarse.

—¡Cash! —Susurro—, ¡Sácame de aquí!

—¿Qué?

—¡Que me sa...—viene Alicia y tengo que volver a hacerme la enferma—
¡Ay, qué mal me encuentro!

—¿Qué le ha pasado? —pregunta, yo hago como la que me encuentro tan mal que no escucho a nadie.

—No sé, ha sido así, de repente.

Llega el camarero con el gerente.

—Muy buenas noches, ¿qué ha ocurrido?

Otro más.

—No sé, estábamos cenando tranquilamente. Fue al baño y cuando llegó le encontré mala cara y...

—Un poquito de aire...—repito desde mi mal fingido estado moribundo.

—¿Es intolerante a algo? —pregunta.

¡A mis amigas!, ¡Empezando por Natalia y terminando por todas las buitres del buffet!

Yo niego con la cabeza.

—Bueno, no se preocupen, vamos a llamar a un médico por si se tratara de un alimento en mal estado. No la muevan, por favor —dice.

¡Ay, Dios, la que he liado!

—Señores —anuncia el gerente en voz alta—, sin ánimo de crear una alarma social, por favor, si alguno sintiera síntomas como náuseas, fatiga...

¿Pero este tío es tonto?

No le da tiempo de terminar la frase cuando la gente empieza a gritar. Sillas arrastrándose, cubiertos sobre la mesa, la gente entrando en pánico. Entre el bullicio, agarro a Cash por el cuello de su camisa y lo arrastro hasta a

mí. Él casi tiene que ponerse de rodillas.

—¡Sácame de aquí! —le vuelvo a gritar en voz baja gesticulando cada palabra que me entienda.

—Pero Lucía...—dice reajustándose el cuello.

—¡Ahora! —le ordeno.

—¡Ay! —grito fingiendo un desmayo.

Él reacciona y me coge entre sus brazos. Yo me dejo caer totalmente flácida sobre él. Entonces el griterío ya se descontrola por completo. Cash se pone en pie y entre la gente que empieza a correr de un lado a otro como pollo sin cabeza, empieza a caminar conmigo en brazos. A lo *Oficial y caballero*. Con todo el restaurante en llamas. Yo lo observo desde su regazo, abrazada a él. De una patada abre la puerta y me saca de allí. Me incorporo sobre sus brazos y lo beso en los labios. La gente se detiene a nuestro alrededor. Se suman palmas, una lluvia de pétalos.

* * *

Tres golpes secos y firmes sobre la puerta me devuelven a la realidad de aquel baño de lujo, pero con olor a baño de bar normal y corriente, en el que me había encerrado.

—¿Disculpa? —una voz con tono impertinente desde detrás de la cabina— Hay más personas que también quieren usar el servicio.

Me precipito a ponerme en pie y a tirar de la cisterna para disimular. Abro la puerta y me encuentro cinco caras de mujeres cabreadas; dos a cada lado y en frente, la más bajita y menos agradable de todas, exigiéndome una explicación. Lo único que se me ocurre es forzar una sonrisa y pronunciar un *lo siento* que parece que no les sirva de nada.

Me hago hueco entre ellas y sus protestas, y me dirijo al lavabo. Mientras me lavo las manos, pienso un instante en llevar a cabo aquella fantasía que acababa de tener. Pero sale mal seguro, Lucía. Conociendo mi suerte, acaban evacuando el restaurante y cerrándolo por mi numerito.

Cierro el grifo. Secándome las manos con papel, me miro directamente a los ojos a través del espejo. Tienes que sacarlo de aquí, me repito. Como sea. Cojo aire. Vamos allá.

Capítulo 11

Llego de nuevo al salón de comensales, Cash, que estaba recostado sobre su asiento y con los brazos cruzados buscando algún tipo de distracción en las mesas contiguas, se incorpora al verme y se despereza con cierto disimulo. Justo al lado de nuestra mesa también espera un camarero con mal disimulada impaciencia.

—Lo siento —me excuso ante la mirada de los dos hombres, mientras cuelgo el bolso sobre mi silla.

—Tranquila —responde Cash con la voz ronca de haber permanecido en silencio durante un buen rato— ¿todo bien?

Por un momento, recuerdo aquella escena en mi cabeza sobre fingir un desmayo para que me sacara en volandas de aquí, como si estuviéramos en una de esas películas malas que le gustan a Natalia, donde todo se soluciona con desmayos.

—Sí, sí, todo bien.

Mientras tomo asiento, miro al camarero, que no sé qué quiere.

—¿Seguro? —insiste.

—Sí, sí —intento improvisar algo mientras me acomodo mi colgante al cuello—, solo era... mi jefe. Que también es mi ex marido —explico sin saber por qué.

No entiendo la capacidad que tengo de enredarlo todo sin motivo.

Sin querer darle importancia a lo que acabo de decir, le aparto la mirada y descubro que nos han servido dos platos nuevos y a mí en concreto, dos nuevas copas de vino. Cuando me dispongo a coger una, reparo en el camarero, que sigue de pie junto a la mesa, esperando algo. Con una fingida sonrisa intento darle la venia para que haga lo que tenga que hacer y pueda marcharse o lo que sea.

Devolviéndome la sonrisa, desenfunda un soplete de entre un mantel blanco

que sostiene entre sus manos.

—Con permiso, les voy a terminar de preparar el tataki de salmón con crema de aguacate y almendras.

Miro mi reloj adelantado diez minutos. Solo espero que no dure mucho la presentación, porque estas arpías, de un momento a otro, aparecen por la puerta y se acabó. Así que tenemos que salir de aquí, ya.

Cuando el camarero enciende el soplete, doy un respingo sobre mi silla. La temperatura sube al instante, mientras el salmón, expuesto directamente a las llamas, empieza a cocinarse. El resto de comensales se giran hacia nuestra mesa para disfrutar del espectáculo. Algunos con disimulo, otros con descaro. De pronto un flash. ¡Alicia! Con un gesto le ordeno que aparte la cámara del móvil, pero no hace caso. Vuelve a hacer otra. Hala, otra foto para el grupo de *Las abogadas de Aquaman*. Cash me mira sin saber interpretar mis gestos. Si supieras que te están haciendo un reportaje...

—Perfecto —dice el camarero retirando el soplete—. Buen provecho.

Se despide con una reverencia y se marcha. Vuelvo a mirar el reloj. Las once menos diez. Que en realidad son las once menos veinte. Desde Los Coloniales hasta aquí, en coche, si cogen por el Postigo, Paseo de Colón todo recto, y con el ansia que tienen..., estas a las once están aquí. Cash carraspea arrastrándome de nuevo de mis pensamientos a la esta degustación que parece no tener fin.

—Perdón...—cojo la primera copa de vino y le doy un sorbo, pero pensando en lo que se me puede venir encima, decido parar de beber y dejarla sobre la mesa.

—¿En calidad de qué te llamaba? —dice.

Mi cara hace innecesario explicarle que no entiendo la pregunta.

—Quiero decir, ¿de jefe o de exmarido?

—Ah...—a ver para qué le cuento yo nada, si es que encima, es mentira—, de jefe, de jefe. En calidad de exmarido no hablamos nunca. Eso es pasado. Bueno, a veces, cuando hablamos de Cristina, ya sabes...—Lucía, para que te lías.

—Entiendo que Cristina es vuestra hija en común, ¿no?

—Sí, nuestra hija. Oye, ¿puedo? —señalo su botella de agua intentando cambiar de tema.

—Claro —se él mismo para servirme.

En cuanto lo hace, la vacío de un trago.

—Bueno, pues vamos a comer —sonríó sin querer volver a tocar ya ningún tema relacionado ni con Gonzalo— Esto es foie, ¿no? —cojo un panecillo, unto con mi cuchillo y me lo llevo a la boca.

—Sí, de pato con especias —dice intentando hacer memoria al tiempo que coge la carta.

Al morder el panecillo, me detengo antes de llegar a comérmelo.

—¿De pato en serio?

—Sí, con especias orientales acompañado de verduras...—al verme soltar el panecillo sobre mi plato, deja de leer—, ¿No te gusta?

—No como pato.

—¿Eres vegetariana?

—No, como carne, pero no como pato. Es que tuve uno de chica; Paquito.

—Paquito —repite él sin saber si tomarme en serio o no.

—Sí, le pusimos Paquito. Lo que yo no sabía es que mi madre lo había comprado para criarlo y cocinarlo después. Yo dormía con él, te lo juro, y lo sacaba a pasear como un perrito, todo. Un día entré en la cocina llorando porque no encontraba a Paquito... y me encontré a mi madre con un delantal blanco lleno de sangre, el suelo teñido de rojo... toda una carnicería. Horrible. Aquel día vino casi toda la familia. No recuerdo qué celebramos, pero nadie comió pato. Sobró entero. Vamos, yo no me pude ni sentar en la mesa. Durante un tiempo fui vegana. Hasta que mi padre, con mucho diálogo, que era como se llamaba la babucha con la que nos pegaba a mi hermana y a mí, me dijo que se me tenían que quitar las tonterías, que tenía que comer de todo, que de lo contrario me iba a morir. Total —me excuso por el monólogo—, que no como pato. A veces me dan mis neuras y dejo de comer carne y eso, pero termino cayendo otra vez, me gusta demasiado. No sé. ¿Lo otro qué era?, ¿Salmón?

Diez minutos pasan de las once cuando ya solo falta uno de los dos postres por venir. Más de una hora y veinte para que te sirvan todos los platos ¿a quién se le ha ocurrido esto? Este ritmo se aguanta porque lo llaman degustación gourmet y pagas lo que pagas, pero que si te lo hacen en cualquier otro bar, vamos, llamas al encargado y hasta al de recursos humanos para ver qué puñetas pasa con la comida. Para que respire el paladar después de cada sabor, dicen. Y estas que están a punto de venir. Cada vez que el recepcionista pasa a alguien, se me encoge hasta el alma de pensar que es alguna de ellas.

Cash, que no para de observarme mirar hacia la puerta, se gira también un instante hacia ella. Aprovecho para volver a mirar el reloj. Siguen siendo y diez. A lo mejor no vienen y era todo un farol para burlarse de mí. ¿Habrá dicho algo nuevo en el grupo? Él me pilla mirando el reloj una vez más. Yo disimulo fingiendo estar acariciándome la muñeca, pero no cuela.

—Lucía, si no estás cómoda nos vamos...

—Que va, claro que estoy cómoda —digo escondiéndome el reloj bajo la manga—, lo siento, no es por ti...

—¡Lu! —un grito atraviesa toda la sala.

Un grito que hasta interrumpe al pianista. Cierro los ojos intentando respirar hondo. No, no era un farol. Ya están aquí.

—¡Lucía! —la voz de Lola voz suena cada vez más cerca.

—Es por ellas —sentencio agarrando la primera copa de vino que alcanzo de las tres que me quedan, para vaciarla de un solo trago.

—¿Lucía, qué tal? —ya está justo detrás de mí.

Tengo que levantarme para recibirla.

—¿Qué sorpresa, no? —dice apoyando sus manos sobre mis hombros.

¿Sorpresa? Ni te lo imaginas.

Sus manos me atrapan como tentáculos para abrazarme como si fuera su mejor amiga del buffet, y hasta de la vida, si me apuras.

La gente ahora se gira para observar el espectáculo y las voces. Yo me disculpo por todas, aunque mi mirada también podría interpretarse como un grito de socorro o de súplica por una muerte rápida. Pero nadie la sabe interpretar y se giran molestos.

En cuanto los brazos de Lola me sueltan, se dirige a por su verdadera presa; Cash.

—Yo soy Lola, compañera de Lu en el buffet.

¿Y esta quién se cree ahora para llamarme Lu?

Cash se levanta muy educado y le da un beso por mejilla. Las manos de Lola no tardan en tocar y palpar bien los brazos de él. Sin darme cuenta, me veo rodeada por Alicia, que ya ha llegado a nuestro encuentro, de Sofía, que aparece como un espectro a mi lado, y Nuria.

—Cuidado que esta te lo levanta, eh —me dice.

—Menuda es —añade Alicia por lo bajini.

—Ya te digo —confirma la última.

Cuando Lola se gira hacia nosotras, las tres se apresuran a recibirla con la

más falsa de sus sonrisas. A mí me coge desprevenida sin saber disimular mi desconcierto. Si es que hasta entre ellas son así.

—¿Qué casualidad, verdad? Nosotras solemos venir mucho a la terracita —dice.

Sí, mucho, mucho. Todos los días vienes tú aquí.

—Pues nosotros nos vamos a tomar algo después —dice Alicia—, vamos, Javi y yo hemos terminado ya de cenar.

Javi se suma a la reunión y nos saluda a todas con una sonrisa. Cash le ofrece la mano y ambos se la estrechan con fuerza. Un camarero pide permiso para pasar entre todos nosotros y aprovecha para decirnos que no podemos estar aquí en medio.

—Pues os esperamos a fuera, ¿no, Lu? —dice Lola antes de que el grupo empiece a dispersarse.

¡Que no me llames Lu!

Cojo aire y lo suelto lentamente intentando que no se me note mi vena psicótica.

—Claro, ahora nos vemos —asiento con todo el entusiasmo que puedo fingir.

—¡No tardéis, que yo mañana tengo juicio! —dice Nuria.

—No, no, tranquilas. Pero vamos, que si veis que se hace tarde, lo posponemos, eh.

—¡No! —coinciden todas girándose hacia mí.

Cash y yo nos miramos sobrecogidos.

—Os esperamos, no te preocupes, mujer —intenta suavizar Lola con una sonrisa diga de bruja mala de cuento.

Cash y yo volvemos a sentarnos en silencio.

—Eso era lo que me pasaba —digo sin saber si beberme la última copa de la cata.

—¿Qué casualidad, no?

—No, no es casualidad, estaba todo planeado.

—¿Cómo planeado?

—Alicia ha corrido la voz por el grupo de WhatsApp del buffet, ¡si hasta te han hecho fotos y todo! Lo que te cuente es poco.

—Me estás tomando el pelo...—sonríe echándose hacia atrás sobre su silla—. Creo que has bebido demasiado vino por hoy —intenta sonar divertido, pero a mí no me hace gracia.

Mientras rebusco el móvil en el bolso, llega el camarero con el último de los platos de la degustación. Una hora y media desde que nos sirvieran el primero. Anda que repito experiencia. Presenta el plato, pero yo no presto atención.

—Mira —espero a que el camarero se marcha para enseñarle el móvil con las fotos—, esta de cuando me leías la mano- Esta de cuando he estado en el servicio, y esta de cuando el salmón —Cash mira la pantalla sin dar crédito—. Están locas, tenemos que irnos sin que se den cuenta.

Guardo el móvil e intento buscar una salida de emergencia o algo así.

—Imposible —me dice—, las tienes en la terraza todas mirando hacia aquí.

—¿En serio? —me giro rápido para pillarlas, pero ellas ni se esfuerzan en disimular, cuando lo hago, me saludan al otro lado de la cristalera.

—¿No ves? Locas —me precipito a coger la penúltima copa de vino.

—Pero Lucía...—se aclara la voz—, ¿tan raro es que salgas a cenar con un hombre?

Me separo la copa de los labios sin llegar a beber de ella.

—Ah, ¿qué encima la rara soy yo?

—Hombre, no sé, parece que están alucinando, como si fuera algo excepcional.

—No, alucinando estoy yo.

—¿Cuánto tiempo hace que no sales con un hombre?

¿En serio me está preguntando esto? Dejo la copa a un lado.

—A ver, Cash, están así por el morbo. Porque están aburridas y no tienen otra cosa en la que pensar. Y ya está. Son unas amargadas, eso es lo que son. Esto para ellas es como el Sálvame ese pero en vivo y en directo. Y el tiempo que yo lleve o no sin salir con un hombre, es cosa mía.

—Vale, tranquila —dice cogiendo su cucharilla para probar el postre—, ¿Y qué le vas a contar de nosotros?

—Pues no lo sé porque no hay un nosotros, ¿sabes? —Me lanzo a probar lo que parece un helado de vainilla— A ver, ¿Cómo nos hemos conocido? Bueno, no, espera —rectifico haciendo malabares con el helado dentro de la boca, evitando que el frío roce mis dientes—, ¿cuánto tiempo llevamos juntos? Eso es lo primero que van a preguntar —Me meto otra cucharada en la boca— Y dónde. Y que de dónde eres. Y a qué te dedicas. ¡Pero si es que eso no lo sé ni yo! Y que si Gonzalo lo sabe, y Cris —termino de decir con la boca llena.

Con la ansiedad, acabo con el helado especial del chef en menos de diez segundos. ¿Y si me hago la desmayada ahora mismo? Una hiperglucemia. Total, ya hemos sido la atención de todo el mundo con las ordinarias estas.

—¿Y si le contamos la verdad? —se aclara la voz dejando su cuchara sobre el plato— Soy un amigo que ha venido a pasar unos días a tu casa, ya está —dice encogiéndose de hombros.

No hace falta que le diga nada más.

Capítulo 12

—Nos van a pillar —le digo entre dientes mientras caminamos hacia ellas. Nos esperan con sus sonrisas afiladas y sus garras bien preparadas para destripar nuestra relación recién inventada y sacada del horno.

—Tú improvisa...—dice cogiéndome de la mano.

—Cash, ¿qué haces? —Sin dejar de mirar de frente a las abogadas del diablo, que más que en la terraza, parece que nos esperaban justo en a las puertas del averno, le aprieto la mano al borde de la taquicardia— Cash, por favor te pido que no vayas a improvisar, lo que hemos hablado, eh —Cash sesea para que me tranquilice— no, *chsss*, no. Cash, que me voy y te dejo aquí solo con ellas, eh.

Sí, al final sí que debí haber fingido el desmayo.

—Pues sí que te sudan las manos, sí —dice.

—¡Huy, qué buena pareja que hacéis! —nos recibe Nuria con una copa de diseño entre sus manos— Yo soy Nuria, que antes no nos han presentado —se lanza al cuello de Cash, literal, porque tiene que ponerse de puntillas para darle dos besos.

Yo aprovecho para soltarle la mano. Que me sudan, dice.

Después de Nuria, lo rodean entre todas para presentarse, incluido Lola. Otra vez.

—Oye, ¿por qué no vais pidiendo otra ronda? —Propone Lola a los hombres—, que las mujeres vamos al baño un momento —dice con un guiño de ojos.

Javi acepta con una sonrisa y se gira hacia la barra. Por un momento, me quedo ahí en medio sin saber qué hacer.

—¿Lucía? —dice Alicia, que se vuelve hacia mí, con ella, el resto de mujeres que ya habían comenzado a dirigirse hacia el baño.

¿Yo también? El baño va a ser peor que un interrogatorio de la INTERPOL.

Me giro hacia Cash como un perrillo al que abandonan en la carretera, esperando a que diga algo que me salve de ellas. Pero ese algo no llega. Siento los brazos de Alicia y Nuria enredarse entre los míos para acompañarme al baño. Al caminar, no sé si por el vino o qué, las observo exagerar sus risas, sus expresiones, sus sinuosas sombras en las paredes del pasillo como en una de estas películas de Tim Burton que tanto miedo me daban de pequeña. Bueno, de pequeña y de ahora, que a mí el de la silla de ruedas de *Pesadilla antes de Navidad* me sigue dando repelús.

—¡Pero Lucía, tía! —es la voz de Nuria, que me arrastra de mis pensamientos a aquel baño que hacía las funciones de zulo en el que me acababan de secuestrar, sin que la ONU pueda hacer absolutamente nada para rescatarme.

La puerta de la cabina del servicio se cierra. Nuria, Alicia y Sofía me rodean. Muy cerca, expectantes, con sed de respuestas, de detalles que no existen y que voy a tener que inventar y recordar. Que eso es lo peor de todo; recordar cada mentira que diga.

Detrás, justo en mi trasero, choco con el lavabo de mármol que no me deja dar ni un paso más.

—¿Qué pasa?, ¿Qué bien que hayáis tenido todas la noche libre, no? —improvisó.

—¿Cómo que qué pasa? —dice Sofía.

—No te hagas la tonta, ya te hemos pillado —dice Alicia—, ahora cuéntanoslo todo —pronuncia recreándose en el *todo*.

—¿Contaros el qué? —se me hace imposible ganar más tiempo ya.

—¿El qué va a ser? —La voz de Nuria suena con eco desde dentro de la cabina— ¡Va, no te hagas de rogar!, ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Pues...—digo inflando los mofletes.

—¿Lo sabe Gonzalo? —me interrumpe Alicia.

—¿Y tu niña?

Se me empiezan a acumular las preguntas, yo no sé ni a quién mirar.

La cisterna del váter suena y la puerta se abre. Parece Lola subiéndose las medias y ajustándose el vestido.

—A ver, lo más importante, ¿te lo has tirado ya o no? —dispara, dejando sorda toda la estancia.

Todas se giran hacia mí, el resto de preguntas dejan de tener importancia. La respuesta queda lista para sentencia.

—Claro que no —intento que suene natural.

No sé interpretar sus caras.

—Anda, ya, ¿cómo no se lo va a haber tirado? —desestima Nuria con bastante seguridad pero buscando al mismo tiempo mi aprobación— ¿No habéis visto la espalda que tiene?

—¿La espalda nada más? —dice Alicia.

—Y el pelo, de ahí puedes tirar con fuerza que no te traes ninguno.

—De ahí me colgaba yo como la de Tarzán.

—¿Cómo la mona, querrás decir, no? —dice Lola.

—Que no, que no nos hemos acostado —insisto interrumpiéndolas en sus conjeturas.

Se vuelven a girar hacia mí.

—Ay, que va a ser verdad. No me digas que es gay. Por favor, qué desperdicio.

—No, no, ¿Qué va a ser gay? —les digo yo siendo consciente en ese mismo instante de que acabo de perder la coartada perfecta para quitármelas de en medio.

Pero no me dan tiempo para rectificar.

Las tres suspiran aliviadas.

—¿Entonces?

—Entonces nada, no sé —no encuentro ninguna excusa.

—¿Está casado? —se aventura Alicia en voz baja.

—Eres su amante —Nuria también baja el tono.

—No —les respondo en un susurro sin saber por qué.

—Pues chica, eres tonta —dice Lola saliéndose del círculo para plantarse delante del espejo. Alicia y Nuria hacen lo mismo.

En ese momento vuelve a sonar la cisterna y Sofía sale de la cabina abrochándose los pantalones.

—Bueno, ¿entonces qué? Que no me he enterado de nada —dice.

—Que está libre —dice Lola retocándose el labial frente al alargado espejo del bajo.

—¿Qué sí? —pregunta Sofía.

—Libre, entero y de todo, vamos —y me dan ganas de añadir: “os lo podéis llevar a vuestra casa esta misma noche”. Pero no lo hago.

—¿Cómo estoy? —dice Lola girándose hacia nosotras al tiempo que se acomoda el pecho.

—Lola...—dice Alicia intentando controlar su instinto de depredadora, por decirlo suavemente.

—¿Pues no dice que son solo amigos?

Cuando llegamos de nuevo a la terraza, encontramos a Javi y a Cash hablar como si se conocieran de toda la vida. Miedo me da. Aquí las risas las carga el diablo.

Él, sentado sobre un taburete alto, con el codo apoyado en la barra y una copa entre sus manos, parece sacado de uno de esos anuncios de perfumes en plena campaña de Navidad, de miradas y guiños traviosos en blanco y negro, música de fondo y un susurro sugerente en francés. “*Le nouveau petit ami de Lucia*”. Pues así.

¿Y sabes qué es lo peor? Que él lo sabe y se recrea en todos sus movimientos. Al acomodarse sobre su asiento, al recogerse la melena, al llevarse la copa a los labios. En todo.

—¿Qué me habéis pedido? —dice el afán de protagonismo de Lola, que es la primera en hacerse hueco entre los hombres.

—Un Cosmopolitan —dice Javi acercándole su copa.

Lola coge su vaso y bebe de manera casi ensayada, al tiempo que se sienta en un taburete entre ellos dos.

—Gracias, Sol, está estupendo —dice acariciándole ligeramente la pierna.

A esta le da igual que estén casados o que no. Yo miro a Alicia, pero ella no le presta atención, anda entretenida con las otras dos. A saber de qué hablan.

Cash me acerca el que ha elegido para mí. Una copa naranja con el borde bañado en azúcar y una rodaja de piña en uno de los extremos.

—Special Hawaiian —pronuncia.

—¿Esto está muy cargado? —pregunto antes de probarlo— que a mí la cata de la degustación me ha dejado ya lista para irme a dormir.

—No, Pruébalo —me dice.

Bajo la mirada de los tres, chupo de mi pajita. Mhm. ¿En este sitio está todo bueno?

—Nos ha dicho el chico que a esos les llaman los *Rompebragas* —dice Javi dándole con el codo a Cash.

Él me hace un gesto con la cara como para que no le haga caso.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque son muy dulces y parece que no tienen alcohol pero...—pone los ojos en blanco.

—Pero te despiertas con las bragas rotas —dice Lola pretendiendo ser graciosa, pero sin serlo.

Sin embargo, a los hombres les hace gracia. De verdad, qué básicos. Con cierto disimulo, dejo mi copa sobre la barra. Necesito conservar la poca lucidez que me queda.

—Bueno, Cash —dice Lola saboreando su nombre con un sorbo de su cóctel—, ¿de dónde ese ese nombre?

El trío de mujeres posponen su conversación y se suman a la nuestra.

Cash sonrío con la seguridad de quien sabe que, con una sonrisa, tiene media conversación a su favor.

—¿De dónde crees que es? —dice acomodándose sobre su taburete.

Las cuatro mujeres se cuadran frente a él, no sé si de manera consciente o inconsciente, pero lo hacen. Lo que yo te diga, sabe que es guapo y se aprovecha. Esa pregunta no la hace un feo porque la respuesta le puede salir por la culata.

—De Texas —se arriesga Nuria.

Cash la mira con una sonrisa en la mirada que casi consigue derretirla allí mismo.

—Justo —conviene.

¡Venga ya, eso es un farol! ¿Pero no se dan cuenta?

—Lo sabía —celebra buscando la aprobación de las demás—, es que eres igual que los hombres de allí, vaya —dice.

—¿Has estado en Texas, Nuria? —le pregunto desde mi total ignorancia.

Al escuchar mi voz, parece que durante un instante, se desencantan de la hechizadora voz del tejano y vuelven a Sevilla.

—No, no. Pero he leído muchas novelas y es que son como él, en plan — intenta describirlo con palabras pero los gestos hacen innecesarios cualquier adjetivo; fuertes, altos...— y con el sombrero —añade.

Yo sonrío para mí misma. No hay hombres fuertes y altos en Murcia, por lo visto.

—Bueno, ¿y cómo conociste a Lucía? —Pregunta Lola— porque conocer a Lucia es difícil.

—¿Cómo difícil? —vuelvo a colarme en la conversación desde mi taburete, a un lado de todos ellos, justo al otro extremo de Javi, que somos un

poco los que sobramos de aquí.

—Hombre, Lucía —dice Lola— ¿Dónde se te podría conocer a ti?, ¿En el buffet?, ¿En el súper?

— Pues yo qué sé, lo que es una vida normal, ¿no? —me encojo de hombros.

—Hombre, normal tirando a aburrida, la verdad.

¿Y esta que va todos los días a Texas o qué? Prefiero no decir nada y darle un sorbo a mi cóctel. Verás tú al final con el *Rompebragas* si no me hace romperle a una algo a la de la vida fascinante.

—¿Dónde creéis que un tejano como yo podría conocer a una mujer como Lucía?

Otra vez esa sonrisa que las hace derretirse a todas. Javi y yo nos miramos y nos reímos de todas ellas, incluido de su mujer.

—Ay, pues no sé... como no hayas ido a su casa para algo.

—El fontanero —dice Sofia haciendo reír a las demás.

—Que va —dice Nuria—, a él le pega tener un rancho o algo así, con caballos y eso.

Sí, en Castilleja, pienso.

—Sí, es mi profesor de hípica —digo, sin poder controlar una risa al tiempo que le doy un sorbo a mi pajita.

Jesús cómo sube esto.

Un momento. ¿Qué pasa? Miro a Cash, que confirma lo que acabo de decir.

—No —dice Nuria sorprendida llevándose las manos a la boca.

¿No, qué?

Cash asiente de nuevo. Espera, ¿qué pasa? ¿Que se lo han creído?

—¿En serio montas a caballo, Lucía? —pregunta Sofia.

—¿Yo qué voy a montar a caballo, Sofia? Si me dan miedo los perros grandes. Anda ya...

—Venga, cuéntaselo, Lucía —me dice Cash, que pega su taburete al mío.

—¿Qué dices? ¿El qué?

—Es que no nos cuentas nada, tía —protesta Alicia.

—Pero vamos a ver —me separo de Cash—, que yo no he montado a caballo en mi vida.

—Es que está aprendiendo y le da vergüenza, pero ya sabe montar muy bien —insiste Cash.

—Vale, vamos a hacer una cosa —digo levantándome de mi asiento, al

hacerlo siento como el suelo se mueve bajo mis pies—, vamos a dejar de beber y...

No me da tiempo de llegar a la barra para soltar el vaso, cuando Cash me agarra por la cintura, me arrastra hacia él haciéndome hueco entre sus piernas. Aún me estoy recomponiendo del movimiento cuando siento que acomoda ligeramente mi espalda sobre su pecho.

Yo me quedo paralizada. No sé qué está ocurriendo, no sé cuándo ha empezado a irse esto de las manos. Solo sé que sin darme cuenta, he acabado entre las piernas de Cash, con sus pulgares en los bolsillos delanteros de mis vaqueros, y con Lola recelosa, intentando matarme con la mirada.

—Cuéntanos más —insiste Nuria, moviendo sus rodillas con impaciencia.

Cash se aclara la voz cerca de mi oído y a mí me da un escalofrío que empieza en el cuello y termina en los dedos de los pies.

Capítulo 13

—Tranquila —le susurro entrelazando mis dedos entre los mechones de su melena.

Puedo sentir sus nervios con cada respiración; cada vez que llena sus pulmones de aire y lo suelta hasta quedar prácticamente vacía.

—Eso es, te estás portando muy bien hoy, pequeña. Ahora abre la boca.

Ella se resiste, me aparta la cara.

—Tranquila...—sin perder la suavidad, le sujeto la boca con firmeza y le introduzco el dedo pulgar.

Cuando consigo que la abra, le coloco la mordaza. Cabecea y yo tengo que controlarla.

—Tranquila, confía en mí. En cuanto te la ponga, empezamos a jugar, ¿de acuerdo?

Intenta deshacerse de ella una vez más, pero ayudándome con las dos manos, consigo pasarle el cuero por detrás de la orejas y se la ajusto con más experiencia que fuerza.

—¿Ves? Ya está —la acaricio.

Ella vuelve a sacudir su cabeza, pero ya no puede quitársela. Sus ojos me miran sumisos.

Su saliva se resbala a lo largo de la mordaza hasta mis pantalones. Yo sonrío sujetándole la cara con las dos manos, y acaricio su frente con la mía.

—¿Preparada para tu primera vez?

* * *

Intento girarme hacia Cash para protestar, pero con un gesto firme me lo impide.

—Shh...—lo escucho sesear a mi espalda.

Sus manos sobre mi cintura vuelven a acomodarme entre sus piernas.

Las cuatro mujeres tienen puesto todos sus sentidos en la historia de Cash, mientras con sus bocas, juegan con el plástico de las pajitas.

* * *

Los relinches salvajes de un caballo a un lado del camino, llaman la atención de una distraída Lucía que camina a paso ligero en su rutina diaria de ejercicio.

Las enérgicas protestas del animal, hace que se adentre en los matorrales que separan el camino principal de las praderas. Sin reparar en las ramas sueltas que acaban arañándole los brazos, avanza hasta toparse con una valla de madera que le impide el paso. Tras ella, descubre a un hombre de gran porte que sostiene, al extremo de una cuerda, un caballo de vigorosos músculos marcados a la luz de un sol que no termina de apagarse a última hora de la tarde.

Lucía no puede evitar agarrarse con sus delicadas manos al madero, observando aquel pulso entre hombre y bestia. Con el corazón encogido, observando a aquel desconocido vaquero de torso desnudo, luchar contra el poderoso animal. Sin querer ser descubierta, aguanta la respiración con cada tirón de la bestia que arrastra los pies de aquel hombre, levantando una nube de polvo y arena alrededor de ellos que prácticamente los hace desaparecer. Una batalla con la naturaleza más salvaje e indomable que, poco a poco, mengua su fuerza.

Los relinchos y rebuznos se enmudecen, los tirones cesan y la humareda deja ver de nuevo sus figuras.

*

—¿Ya estás más tranquila? —le susurro recogiendo cuerda para obligarla a que trote en círculos más pequeños, cada vez más pegada a mí, hasta que consigo que se detenga.

Al abrazarla, puedo sentir los golpes acelerados de su corazón a través del pecho. Acaricio su piel húmeda por el esfuerzo y el calor.

—Eso es, mi niña, tranquila. Ya está.

Recorto las riendas liándolas en las palmas de mis manos. Tengo que

hacerlo ahora que está cansada, antes de que se recupere. Aseguro las cinchas de la montura.

—Eso es, tranquila, no pasa nada —le digo al tiempo que coloco el primer pie en el estribo.

Lleno mis pulmones de aire y me agarro a la montura. Antes de impulsarme, mi cabeza me traiciona. Por un instante, mi mente recrea el dolor de mi última caída y del hombro dislocándose con el impacto. Me fuerzo a apartarlos rápidamente. Tiro hacia mí de la montura e intento subirme de una sola vez. Pero antes de que consiga pasar la pierna, la yegua comienza a dar vueltas en círculos y tengo que agarrarme a su crin con fuerza para que no me deje caer.

—¡Tranquila, soy yo, tranquila, preciosa!

*

Lucía se descubre a sí misma agarrada con fuerza a aquella valla de madera, de puntillas y con la respiración mantenida, hasta que aquel hombre de fuerza extraordinaria, consigue montar al caballo.

Entonces suelta todo el aire que mantenía en los pulmones sin poder evitar que se le escape un gemido del que se avergüenza. Siente cómo los músculos de sus piernas se relajan y las plantas de sus pies vuelven a posarse sobre la húmeda hierba de la ladera.

El hombre golpea con los talones el lomo del caballo y el animal reacciona acelerando el trote, saltando, poniéndose a dos patas con imponentes relinchos antes de doblegar su voluntad a la del hombre que la hace estremecer.

En mitad de aquella lucha de voluntades, los ojos del desconocido interceptan la sonrisa de Lucía, paralizándola de golpe, haciendo que sus manos se separen de la madera y se precipite a darse la vuelta y salir de allí.

Con una sensación de vergüenza y algo que no sabe identificar, como a quien pillan haciendo algo que no debe, se adentra de nuevo en la maleza que separa aquel rancho del camino.

Se incorpora al camino con los nervios, que casi pueden confundirse con la excitación, borboteándole en el vientre.

Sus zapatillas de deporte, al pisar con forzada prisa, hacen sonar la gravilla. Vuelve a colocarse los cascos inalámbricos intentando refrescar su mente después de haber presenciado aquella batalla entre hombre y bestia.

Pulsa el *play* y la voz de Michael Buble se cuele en un susurro a través de sus oídos.

Sus pasos empiezan a caminar al ritmo del bombo de *Feeling good*, mientras las imágenes de aquel vaquero de mirada penetrante y melena revuelta, montando y sometiendo al indomable e imponente caballo del que cualquiera, en aquel estado rebelde, sentiría un miedo paralizante, siguen revolucionando sus pensamientos.

De pronto, una sombra empieza a crecer a su espalda. No quiere mirar hacia atrás. Acelera el paso y, con torpe disimulo, pausa el reproductor. Suenan los pasos de un caballo detrás de ella. Un escalofrío recorre cada uno de los capilares de su piel.

La sombra de aquel desconocido sobre el animal engulle la de ella hasta hacerla desaparecer.

Lucía empieza a trotar y el hombre ordena al caballo a hacer lo mismo, puede oírlo en sus pasos. Entonces cambia del trote a la carrera y parece que la sombra se aleja de ella, los pasos del caballo de quedan atrás. Pero tiene que frenar de golpe al sentir cómo el suelo se vuelve blando y empieza a engullir sus pies. Un barrizal atraviesa el camino. Lo que parece que es un río en invierno, ahora es una capa de fango con una minúscula corriente de agua sucia que casi no se aprecia correr.

De nuevo, los pasos profundos del caballo sobre la tierra se acercan de nuevo a ella. La sombra vuelve a cubrirla por completo.

—¿Qué quieres? —se gira hacia él.

El sol la ciega, no puede verle el rostro. Solo su figura a contraluz sobre la bestia.

—Te advierto que si no dejas de seguirme, llamaré a la policía —amenaza desenfundando el móvil.

Puede observar la sombra de los hombros del hombre moverse en lo que parece una risa.

—Adelante —dice él con voz grave.

—¿No me crees capaz? —coge el móvil con las dos manos, lo desbloquea y entonces descubre que no hay cobertura.

Aun así, finge realizar una llamada para asustarlo. El hombre vuelve a reír.

—Me he criado entre estos montes... sé que no hay cobertura hasta dos kilómetros más allá, hasta *La venta del águila*. He visto que venías hacia aquí y he venido tan solo a ayudarte a cruzar. El río que atraviesa la aldea en

invierno, cambia su cauce en verano y forma estos barrizales en el camino. Vas a estropear tus deportivas —dice el desconocido señalando los pies de ella.

Lucía baja su mirada hasta sus botines recubiertos por una capa asquerosa de barro. Luego observa las botas de él, altas y negras, manchadas de arena y paja. Aunque aguanta el farol de la llamada a la policía durante unos segundos después de que él termine de hablar, al final, tiene que aceptar que es mentira y guardar de nuevo el móvil en la funda del brazo.

Con una mano intenta cubrirse del sol, pero aun así, le es imposible ver la totalidad de su rostro.

—No he montado nunca a caballo —le confiesa— me dan miedo. Prefiero volver a pie.

Y con esa sentencia, comienza a caminar en dirección contraria.

—Por ahí estas a una hora a pie de la carretera nacional. Si cruzas por aquí, en quince minutos ya tienes cobertura y puedes llamar para que te recojan.

—No te preocupes, yo corro muy rápido —dice sin detener su paso.

—Al sol le queda una media hora. Veinte, más bien.

—¡Mi móvil tiene linterna! —celebra levantando el móvil desde la distancia.

—Y puedes cruzarte con jabalíes salvajes —con aquella frase los pasos de ella se desaceleran, pero vuelve a reanudarlos—, y lobos que bajan del monte a cobijarse del frío de la noche.

Ahora sí, se detiene. Después de unos segundos en los que aquel desconocido guarda silencio, se gira hacia él, encontrándose ofrecida la ruda mano del hombre.

—Confía en mí —dice.

El sol sigue impidiéndole verle el rostro, pero puede intuir una sonrisa de dientes blancos en una pronunciada mandíbula bajo una descuidada barba que quiere imaginar morena.

Al tacto, siente las palmas de sus manos ásperas, imagina que del trabajo de campo. Sucias, muy morenas comparadas con las suyas. Y grandes.

—Coloca ese pie ahí —ordena.

Lucía, aunque torpe, obedece sin soltarse de su mano.

—Nunca lo he hecho —dice presa de sus inseguridades.

—Tranquila —dice acercándole una cincha —agárrala fuerte. Si no lo haces, te caerás.

Aquella frase hace que los sentidos de Lucía se agudicen. Sus manos asen el cuero de las riendas.

—Coge aire —dice.

—Espera, espera, no puedo.

—Una.

—No, no, en serio —los nervios le hacen sudar las manos.

—Dos.

—No, no, por favor.

—Tres.

* * *

Me sorprendo a mí misma con la respiración en el aire, agarrada a las manos de Cash como si fueran las riendas de aquel caballo salvaje. Cuando me descubro en aquel taburete entre sus piernas, me precipito a soltarle la mano y a beber de mi copa. Las cuatro mujeres se han sentado a nuestro alrededor y lo observan casi sin pestañear.

—Eso es —el timbre de voz de Cash se cuele a través de mi piel con un escalofrío—, ya puedes abrir los ojos.

* * *

—¿Ya? —pronuncia sin querer abrirlos del todo.

—Ya está.

Lucía abre los ojos muy poco a poco, sobre el animal, a casi dos metros del suelo.

—No puedo mirar, siento que me voy a caer.

—Tranquila —aquella palabra esconde una risa.

—No te rías.

—Vas a cortarme la circulación.

Lucía repara en que está apretando la mano del desconocido con toda su fuerza. Entonces suelta y comprueba que le ha dejado las marcas de sus uñas.

—Lo siento.

—Tranquila —el desconocido le deja que se agarre a las riendas.

Siente la voz de aquel hombre sin nombre y sin rostro, penetrar en sus oídos y en su piel a través de ellos, poniéndola en guarda cada vez que siente

su aliento.

—Ahora vamos a movernos.

—Pero despacio, por favor.

Con un movimiento firme de cadera, el caballo da su primer paso haciendo botar a la mujer sobre el lomo del animal. Ella busca el contacto del pecho del hombre sobre su espalda, la tranquiliza. Y poco a poco, acaba encajada entre la montura y el desconocido. Sintiendo el caminar de la bestia entre sus piernas, y la respiración del desconocido en su nuca. Sonríe, le gusta sentirla haciéndose hueco entre las costuras de una camiseta que muestra gran parte de su piel erizada al sol, entre arena y sudor que no era suyo.

* * *

Siento la humedad del aliento de Cash en mi cuello. Mis sentidos, adormecidos por el vino, parece que empiezan a desperezarse con su voz. Mi respiración se queda suspendida, arriba del todo, justo antes de caer en caída libre en cualquier momento. Sus manos abandonan las mías, me acarician el vientre, bordeando las costuras de los vaqueros, rozando la de mis braguitas con sus dedos. Mis pulmones no pueden aguantar el aire por mucho más. Siento los mechones de su melena en mis hombros, su boca perfilando mis orejas.

De pronto, el sonido de una pajita sorbiendo el final de un vaso con hielo vacío. Es Nuria, ensimismada, con la cabeza en aquel verano, en las manos del hombre sin rostro.

—¡Nuria! —protesta Lola sobresaltando a su amiga y a todas las demás.

—Lo siento —se excusa intentando oxigenar sus pensamientos.

Me deshago de las manos de Cash, aunque no de su voz. Me separo de sus piernas y del calor de su pecho, y me recompongo el pantalón y el chaleco sin atreverme a mirarle a los ojos.

—¿Y cuánto dices que cuestan esas clases? —pregunta Sofia aclarándose la voz.

Capítulo 14

—¿Cómo se te ocurre contarles que eres mi profesor de hípica?

Aún no me lo puedo creer. Él se encoge de hombros al tiempo que le da un buen bocado a su hamburguesa, con cuidado de no manchar la tapicería del coche.

Mojo una patata en ketchup y mientras la saboreo, me da la risa. Una risa de esas de las que se te saltan la lágrimas.

—¿Qué pasa?—dice tapándose la boca con la mano.

—Que estás loco... —digo secándome las lágrimas—, oye, ¿y sabes montar a caballo o no?

Él niega con la cabeza y yo respondo dándole un manotazo en la pierna.

—¿En serio?

—No tengo ni idea de caballos... —dice ayudándose con su refresco para bajar la hamburguesa— he montado y tal, pero no tengo ni idea de doma.

—Pues se lo han tragado enterito, te lo digo yo que las conozco.

—¿Y a ti te ha gustado?

Sonrío mordiendo la pajita de mi refresco.

—Ha estado bien —finjo cierta indiferencia.

—¿Ha estado bien, solo? —dice.

—A ver, a mí me persigue un desconocido en mitad del campo con un caballo... y de los gritos que pego me escuchan hasta en la venta esa que dijiste, que por cierto, sería inventada también, ¿no?

Cash sonrío y luego niega con la cabeza.

—Existe —pronuncia dejando su hamburguesa sobre el salpicadero.

—¿En serio? —él vuelve a asentir— ¿y el rancho ese?, ¿es de aquí de Sevilla? —a todas las preguntas, él asiente con una sonrisa divertida—
Llévame un día —le propongo.

—¿Quieres que te lleve? —pregunta él.

Yo no sé si es el vino o el pavo de los cuarenta, que es mucho peor que el

de los veinte. O los dos. Pero siento que me pongo hasta nerviosa al decirle que sí. Por un momento empiezo a fantasear con aquella aventura de amor entre vaqueros y caballos. Y sin darme cuenta, me descubro tarareando *Cántame*, de María del Monte, en mi cabeza.

*Yo iba de peregrina
Y me cogiste de la mano.
Me preguntaste el nombre
Y me subiste a caballo.*

—¿En qué piensas? —me pregunta.

En aquel Cash tejano y en aquella Lucía perdida que se deja subir por un desconocido a lomos de un caballo salvaje, me apetece contestarle ¿Y si pudiera cambiar mi vida por esa?, ¿Qué tonterías estás pensando, Lucía?

—En nada —contesto finalmente acomodándome sobre el asiento del copiloto.

Frente a mí, dentro de aquel Mini a oscuras, cae toda la inmensidad del universo. Sin más ruido que el de las hojas movidas por el viento y sintonías, casi imperceptibles, de radio lejanas que del resto de coches aparcados en mitad de la nada. Entre las estrellas, como aquel juego de los libros de dibujo de unir puntos enumerados hasta formar figuras, mi mente empieza a dibujar la cara de Gonzalo y de Cristina. ¿Qué pensarían de mí?, ¿De estar a esta hora en un descampado con un desconocido?, ¿De desear cambiarlos por una aventura de vaqueros con él?

—¿Nos vamos? —propone como si pudiera sentir mi malestar repentino.

Yo asiento abrochándome el cinturón.

—¿Conduzco yo, no? —pregunta con la mano ya en el contacto.

—Sí, por favor.

Enciende el motor y da marcha atrás. Con las luces apagadas para no molestar y cortarle el rollo a las demás parejas de adolescentes —quiero imaginar que adolescentes y no adultos locos como nosotros—, sortea obstáculos del terreno hasta que se incorpora a la carretera.

Las luces de las farolas y las líneas de la carretera se amontonan en mi cabeza. No sé por qué, mis pensamientos han entrado en una especie de espiral de vacío y tristeza de la que no consigo salir. A veces, una sonrisa se asoma a

mis labios al recordar la cara de mis compañeras, pero entonces aparece Gonzalo para hacerme sentir culpable.

El viaje transcurre en silencio hasta que Cash aparca justo en frente de casa.

—¿Te ayudo o puedes? —se ofrece quitando la llave del contacto.

—Aunque estoy desentrenada, he bebido más veces —abro la puerta y salgo del coche sintiendo el relente de la noche y el suelo moverse ligeramente bajo mis pies.

Las dos, marca mi reloj. Que en realidad son menos diez.

Cash saca del maletero su maleta, yo ni me acordaba ya, y luego cierra con el mando a distancia antes de devolverme las llaves.

No tardamos en entrar en casa. Cuando lo veo quitarse los zapatos, sonrío. Yo lo imito para no contradecir la norma que me inventé ayer para disimular mi despiste.

—Ven, te enseño tu habitación —le digo abrazándome a mí misma, para entra en calor, en mitad de un bostezo.

Odio cuando el alcohol empieza a marcharse y te de bajón. Es cuando se comenten las mayores tonterías de la vida de una persona.

Cash me sigue escaleras arriba y le muestro la habitación de mi hija.

—Seguro que no es como tu habitación en aquel rancho —sonrío—, no hay paja ni leña para el fuego... pero está bien.

—¿Esta es Cristina, no? —dice cogiendo una foto de una de las estanterías.

—Sí, bueno..., ahora no tiene nada que ver con esa de la foto. Tiene todo el cuerpo lleno de pirsins y tatuajes, el pelo teñido de morena, en fin... pero sí, es ella.

Asiente sin querer preguntar nada más y yo lo agradezco. En mi reloj observo que ahora sí que son las dos de verdad.

—Bueno —me aclaro la voz separándome del marco de la puerta—, te dejo que te cambies y que estés tranquilo. Que menuda noche te han dado mis compañeras...

—Me ha encantado —pronuncia.

Yo me quedo un instante enredada en su mirada.

—Buenas noches —acierto a decir, en lugar de un *a mí también*.

Y al cerrar la puerta y dirigirme a mi habitación, me dan ganas de volverme y decirle que me encantaría pasar la noche con él sin ninguna pretensión, solo por no dormir sola. Pero me apresuro a encerrarme en mi dormitorio antes de

que eso ocurra. No vuelvo a beber. Al menos no con un hombre en casa.

Me descalzo, me quito los vaqueros, el sujetador, y me pongo las bragas y la camiseta de dormir. Me meto en la cama ya con la luz apagada y descubro varias conversaciones de de Whatsapp al conectarme al WiFi.

Natalia: Ya he llegado.

Como metas la pata en esta cita que te he organizado, te mato.

Yo: La que te va a matar voy a ser yo.

Ni te imaginas la que se ha liado.

Mañana te cuento, pero vamos, que esta te la pienso devolver.

Salgo de la conversación de Natalia. Entro en la siguiente.

Eduardo: Huy, qué callada estás hoy. ¿Te pasa algo?

¿Sigue en pie el Skype de esta noche?

Bueno, ya pasa media hora de la hora de Skype y no estás. Imagino que estarás liada con algún caso. Cuando vuelvas me avisas.

Veo que no has leído mis mensajes, espero que todo esté bien. Estoy un poco preocupado.

He intentado esperarte despierto, pero mañana trabajo temprano.

Buenas noches, preciosa.

Me quedo mirando aquella frase en la oscuridad de mi habitación. Empiezo a sentirme mal conmigo misma.

Yo: Disculpa, Eduardo, he tenido un día complicado. Mañana hablamos, ¿vale?

Buenas noches, cielo.

Capítulo 15

—¿Que quieres que haga qué?

—Que sí —insisto incorporándome sobre la camilla.

Con gestos, porque no sé decirlo en francés, le digo al masajista que me disculpe un segundo. Él sonríe y yo lo sigo con la mirada, enfundado en aquella bata blanca ajustada a sus brazos, hasta que abandona la estancia dejándome sola.

—Pero Natalia...—lo escucho suspirar al otro lado de la línea.

—A ver, cuéntame, ¿cómo fue ayer?

Vuelve a suspirar.

—Es muy largo de contar.

—Solo lo importante: ¿Os acostasteis?

—No, no nos acostamos.

—¿En serio?, ¿Y qué hicisteis?

—Cenar.

—¿Y las preguntas?

—Natalia, ¿tú en serio le preguntas a un hombre en la primera cita: por dónde empezarías a hacerme el amor?

—Pues claro, para ir calentando un poco el ambiente, sino corres el riesgo de que la conversación se vuelva seria y aburrida y al final, te quedas a dos velas —le explico— ¿qué te dijo ella?

—Obviamente cambié la pregunta.

—¿En serio?, ¿Y qué le preguntaste: cuál era su película de amor favorita?

—No, algo más normal.

—Tú deja de improvisar y hazme caso a mí, que ya os vale, ni poniéndoos al otro a tiro sois capaces de terminar la noche bien.

—A mí me gustó la noche tal como fue. Fue divertida —se ríe, no sé qué esconde aquella risa, y por un instante pienso que igual sí que han hecho algo y

me lo están ocultado. Pero luego caigo en que estamos hablando de Lucía. No, definitivamente no ha ocurrido nada.

—Venga, ve preparándote —le digo con ganas de colgar para volver a estar entre las manos del francés.

—Pero Natalia, escúchame —sonrío, me lo imagino apartándose los rizos de la frente y llevándose dos dedos al entrecejo—, ¿tú estás segura de que a esta mujer le gusta eso que dices?

—Que sí.

—No sé yo...

—Lo que pasa es que yo te he vendido a ti como que también entiendes del tema y claro, estará viendo que no tienes ni idea, estará desconcertada.

—Claro, es que no tengo ni idea, Natalia.

—Por eso, hazme caso y deja de poner pegas.

—¿Cómo voy a entrar en su cuart...—insiste.

—Que sí.

—Pero...

—Shh.

—Nat...

—¡Shh! ¡Shh! Ya está.

—Es que no lo veo.

—Es que no tienes que ver nada, eso es lo que nos gusta ahora a las mujeres, mandamos nosotras, estáis para servirnos.

—Pues no lo entiendo.

—Las mujeres no queremos que nos entendáis, cariño.

—¿Y qué queréis?

—Que nos deseéis.

Silencio al otro lado, parece que se convence.

—¿Lo vas a hacer? —pregunto cerrando los ojos.

Suspira una vez más.

—Que sí —contesta con desgana.

Celebro por todo lo alto que lo he convencido tapando el auricular con la mano para que no escuche nada al otro lado del teléfono.

—Ese es mi chico. Pues venga, que ella madruga para ir a trabajar —le digo impaciente.

—Que sí, que voy, que ya voy —su voz suena haciendo un esfuerzo para levantarse de la cama.

—¡Y no improvises!

—Que no.

—¡Ya me cuentas!

Cuelgo el teléfono y carraspeo para llamar al francés. Él obedece, y eso me gusta. Al final, con la tontería, le voy a coger yo también el gusto a esto de dominar. Entra con una sonrisa amable y yo se la devuelvo traviesa. Lo sigo con la mirada pasear por toda la estancia hasta situarse junto a la mesilla para coger el aceite. Me devuelve la mirada al sentirse observado por mi descaro y sonrío de nuevo, esta vez nervioso. No le hace falta saber español para que sepa cómo me pone el niño este.

*

It's like rain on your wedding day!

It's a free ride when you already...!

Mi mano se precipita a alcanzar el móvil para interrumpir Ironic de Alanis Morissette a la hora de siempre: las ocho y veinte. Me coloco bocarriba sobre la cama y me acomodo el móvil sobre el pecho. La claridad de la mañana intenta colarse entre mis párpados pero yo me resisto llevándome un brazo a la cara para taparme los ojos. Mi corazón vuelve a relajarse después del sobresalto que todas las mañanas me produce la alarma. Mis músculos se destensan de nuevo, mi respiración profunda lo envuelve todo, el silencio se acomoda en mis oídos, todo parece ralentizarse poco a poco...

It's like rain on your wedding day!

It's a free ride when you...!

Me apresuro a apagar la alarma, otra vez. Miro el móvil para asegurarme de que son las ocho y veinticinco. Lo son. Me maldigo entre dientes, me dan ganas de llorar. No, no quiero levantarme, hoy no ¿Por qué? Me dejo caer de nuevo sobre la cama. Busco la sábana con mis manos, luego con mis pies, no la encuentro. Me incorporo —intento expeler un mechón de pelo de la boca,

pero al final tengo que ayudarme con la mano— y la encuentro en el suelo. Resoplo y me dejo caer de nuevo sobre la almohada con toda la pereza del mundo, de verdad, si yo solo quier...

It's like rain on your weddi...!

¡Que sí, pesada, que ya lo sé! Suspiro.

Si yo solo quiero ser rica y no tener que trabajar, ¿es mucho pedir?

Y media. Está bien, lo pilló; soy pobre, tengo que levantarme. Suelto el móvil, ya no hay más alarmas. No termino de desperezarme cuando de repente me sobrecogen tres golpes en la puerta ¡Cash! ¡Se me había olvidado!

—¡Un momento! —Grito con la voz ronca, qué vergüenza— ¡Un segundo!

Me precipito a coger la sábana del suelo y me cubro con ella. Me tapo de los pies al cuello y me incorporo apoyándome sobre el cabecero.

—Pasa —le digo acomodándome el pelo como puedo, qué vergüenza, de verdad.

El pomo se gira y la puerta se entreabre lentamente. Aparece Cash, sin camiseta, vestido con mi delantal y una bandeja entre sus manos... Un momento, ¿por qué no tiene camiseta?, ¿Y qué hace con mi delantal?, ¿Y por qué me trae el desayuno? Demasiada información para mi cabeza a menos de dos minutos de haberme despertado, no sé asimilarlo todo tan de repente. Siento hasta que me mareo.

—Cash...—pero no sé continuar.

Él sesea y se acerca a la cama con la bandeja hasta que la posa con mucho cuidado sobre mis rodillas.

—Como no sabía qué desayunabas te he preparado de todo un poco —sonríe y yo juro que no entiendo nada, tengo que comprobar que estoy despierta palpándome la cara y el pelo con mis manos. Sí, lo estoy. Recién levantada, con ojeras, malos pelos, olor a habitación cerrada. Qué vergüenza.

Ha preparado un tazón de cereales con leche —con los cereales aparte para que no se pusieran blandos, vamos, como si supiera cómo me gustan a mí — rebanadas de pan con la tarrina de mantequilla y la de mermelada de melocotón al lado, un cuchillo para untar, un vaso con zumo de naranja y una manzana verde recién lavada.

—Muchas gracias, Cash —me sale pronunciar sin entender muy bien tanto trabajo, si yo casi ni desayuno.

Coge el vaso y me lo ofrece sin dejarme termina de hablar. Se lo acepto con las dos manos y me lo acerco a los labios para humedecérmelos. Siento un escalofrío intenso en el paladar, está dulce, dulce de verdad, tanto que empiezo hasta a salivar.

—Buenísimo —gimo lamiéndome los labios.

Él sonrío.

—Me alegra que te guste —se queda mirándome un instante—, si quieres algo más, solo tienes que pedírmelo.

Asiento dándole un nuevo sorbo al vaso y cuando se gira para salir de la habitación, espurreo todo el zumo sobre la cama ¿¡Y sus pantalones!? ¿Qué hace desnudo?

—¿Estás bien? —se gira asustado hacia mí.

—¡Sí! —no sé ni cómo reaccionar.

Hace ademán de acercarse a mí para retirarme la bandeja llena de zumo.

—Estoy bien, estoy bien, tranquilo —le digo impidiendo que me quite la bandeja.

—Tranquila, mujer —me interrumpe—, te quito la bandeja...

—¡Que no, que estoy bien! —le digo.

Se detiene. Yo me precipito a sonreírle sin querer ser demasiado borde. Pero de verdad, ¿a quién se le ocurre traerme el desayuno desnudo?

—Si estas sábanas a penas se manchan, mira ¿ves? Ya está —le digo volviéndome a llevar el zumo a los labios— el zumo buenísimo, eh, bueno, bueno, de verdad, vamos.

Me mira confundido.

—Estoy bien, gracias —insisto volviendo a hacer como la que bebe como si no hubiera pasado nada.

Y con la mano le digo que puede salir de la habitación, que me deje sola. Él asiente algo desorientado y sale del cuarto cerrando la puerta con cuidado a su espalda.

Me precipito a soltar el vaso sobre la bandeja y me la quito de las rodillas intentando no manchar nada más. La dejo sobre la mesita de noche y busco el móvil entre las sábanas manchadas de zumo. Está loco, este hombre no está bien de la cabeza.

*Miami me lo confirmó
(¡Gente de zona!)
Puerto Rico me lo regaló,*

Me incorporo de nuevo sobre la camilla y busco el móvil en la mesita auxiliar. El francés detiene de nuevo el masaje.

Llamada entrante: Lucía.

Le digo al chico que siga y yo vuelvo a tumbarme deslizando el dedo sobre la pantalla para atender la llamada.

—¿Se puede saber a qué tipo de majara me has metido en casa!?

Tengo que apartarme el teléfono de la oreja.

—Bonjour, Lu —sonríó en un gemido que dejo escapar al sentir de nuevo los dedos del francés masajear mis hombros, mis trapecios, perfilar mi columna...

—¡Bonjour, tú! —su voz estridente a través de la línea me separan de las mágicas manos del niño de ojos azules— ¿Se puede saber qué estás haciendo? —pregunta.

—Relajarme...—juro que casi atravieso la camilla del placer de sentir esas manos deslizándose firmes a lo largo de mi espalda hasta el dorso de la toalla que me cubre los glúteos.

—No quiero saber cómo...—dice— ¿Se puede saber qué tiene en la cabeza este hombre?

Suspiro.

—¿Por qué Lu? —pregunto alargando las vocales— ¿Qué te pasa ahora?

Me incorporo para mirar al chico, que sigue clavando sus dedos en mis lumbares, y le indico que siga por las piernas. Él asiente con una sonrisa sumisa y yo me tumbo de nuevo.

—Nada, que me ha traído el desayuno a la cama...

—¿Ves? —le digo, esta vez tengo que esforzarme en aguantar un gemido cuando siento los dedos del masajista abriéndose en abanico sobre mis piernas, zigzagueando a lo largo de mis gemelos hasta pinzarme los talones.

—¡Desnudo! —Me grita despertándome de nuevo del placer de aquellas manos impregnadas en crema jugando con mis pies— ¡me ha traído el desayuno a la cama desnudo, Natalia! Con el culo al aire y lo otro... ¡colgando

detrás del delantal!

No puedo controlar soltar una carcajada al imaginarme la escena.

—¿Y no te ha gustado?

—¿Cómo que si me ha gustado, Natalia? ¡No! ¡No lo conozco, este tío está loco, Natalia, lo-co! Y encima se me queda ahí en la puerta mirándome, en plan como si la rara fuera yo, ¿sabes?, ¿Perdona? ¿Qué se pensaba que iba a hacer? ¡Venga fiesta, entra que yo también me lo quito todo, vamos, llama a más gente!

—¡Ay, qué exagerada eres, Lucía!

—¿Exagerada? —se aclara la voz— Natalia, dile que se vaya ahora mismo.

—Lucía, escúchame; te quedan veinte días con él ¿Por qué no te relajas y te dejas llevar?

—¿Que, qué?

—Que te relajes y te dejes llevar.

—¿Cómo quieres que me relaje con un hombre que anda desnudo por mi casa, Natalia?

—Lucía, pues disfrútalo, hija.

—Pero Natalia —coge aire, me la puedo imaginar llevándose una mano a la cabeza para recolocarse la melena hacia atrás—, Vamos a ver...

—Lucía, tengo que colgar —la interrumpo sintiendo que el francés pone fin a la sesión.

Me incorporo y me doy media vuelta. Lo encuentro limpiándose las manos con papel antes de agarrar el pomo de la puerta. Yo le digo que no, que se espere. Frunce el ceño, no entiende lo que le quiero decir. Y yo, que no sé cómo decírselo en francés, dejo caer al suelo la toalla que me cubre el pecho. Espero su reacción con una sonrisa traviesa en los labios, recorriendo su cuerpo con mis ojos hasta que observo como su mano se despega del pomo. A mí me sube un no sé qué que me pone a mil. Me encanta.

—Lucía —la interrumpo, no sé qué me estaba contando ahora— déjate llevar y aprovecha las oportunidades que te da la vida —le digo dejándome impresionar por el francés que cada vez tengo más encima de mí— y si no te las da; te las creas tú misma.

—¡Para ti es muy fácil decirlo...

Y cuelgo envolviendo a aquel niño rubio de manos orgásmicas entre mis piernas. A su espalda, mientras él me hace temblar con su boca en mi cuello y

mis hombros, busco a Cash en Whatsapp. Abro su conversación entre escalofríos.

Yo: Le ha encantado.

Pulso enviar con las dificultades de tener la lengua del francés enturbiando mi mente. Cuando lo pongo en silencio, me deshago de él. Con una mano, me agarra el muslo y me tumba sobre la camilla. Pero yo lo detengo. De eso nada. Le quito la bata y lamo sus abdominales de piel pálida recubierta de lunares. Desde su ombligo, lo miro a los ojos.

Voulez vous coucher avec moi?

Capítulo 16

—¡Natalia! —pero no hay respuesta—¿Natalia?

Me ha colgado. Tiro el móvil sobre la cama y me llevo una almohada a la cara para amortiguar un grito que no consigue desahogarme.

Siento el corazón golpearme nervioso bajo el pecho. Vuelvo a buscar el móvil entre las sábanas. Las nueve, ya no llego al bufet. Empiezo a agobiarme, la respiración se me acelera.

Tranquila. Me incorporo sobre la cama para que circule mejor la sangre y me siento a intentar relajarme como cuando hacía yoga. Muy bien, Lucía, tranquila, no pasa nada. Solo tienes a un hombre desnudo paseándose por tu casa. Tienes cuarenta y dos años, has visto a muchos hombres desnudos, no pasa nada, todos tienen lo mismo.

¿Pero a alguien le parece normal?, ¿Cómo me voy a ir yo ahora a trabajar y dejar a este majara solo en casa? Para que cuando vuelva haya montado aquí vete tú a saber qué fiesta para salidos. ¡Qué no, qué no puedo irme! Desbloqueo el móvil y busco a Gonzalo entre los contactos. Cojo aire y lo llamo. Descuelga al instante.

—¡Gonzalo —no espero a que responda—, hoy no puedo ir a trabajar!

—Buenos días, Lucía —pronuncia con calma, intentando ignorar mi atropellado saludo.

—Buenos días —repito intentando desacelerar un poco.

—Mejor así —lo escucho sonreír—, cuéntame, ¿qué te pasa?

—Que no puedo ir a trabajar hoy.

—Ya, eso ya me lo has dicho ¿pero qué te pasa?

—Que estoy mala —improviso—, me debió sentar mal la cena de ayer...

—La cena, ya...—dice con un tono que no sé interpretar.

Un momento, ¿ya se lo han contado? Me separo el teléfono de la oreja para mirar la hora en él. Pero no le ha podido dar tiempo. ¿En serio?, ¿Qué lo estaban esperando en la puerta en plan piquete para contárselo?

—¿Qué es lo que sabes? —le pregunto sin poder evitar llevarme un padraastro a la boca.

—¿De qué?

—De ayer.

Silencio al otro lado. Suena su sillón al echarse hacia atrás sobre él. Casi puedo visualizarlo quitándose las gafas para frotarse los ojos.

—A ver, Gonzalo, te lo puedo explicar...

—Lucía —no me deja continuar—, el viernes le firmé la baja de maternidad a Marisa y te he agendado a dos de sus clientas para esta mañana. Te avisé el mismo viernes por la mañana y te subí las horas a la plataforma.

¿Pero entonces sabe algo o no?

—Ah... entonces no sabes nada, ¿no? —insisto.

—¿Qué tengo que saber, Lucía?

—Nada, nada.

Intento que no se me note el suspiro de alivio.

—¿A qué hora?

Gonzalo hace un esfuerzo para no protestar.

—Tienes las horas en el *Calendar*, Lucía...—lo escucho incorporarse con desgana sobre su asiento—, no puedo llevar el horario de todo el buffet... a ver —parece que revisa en su ordenador—, a las diez tienes a Angustias Castillo, para una herencia de su difunto marido; y a las once tienes a Elena García, lo que más te gusta.

—¿Divorcio? —pregunto, su sonrisa a través del teléfono hace innecesaria la afirmación— pues no, listo, hace tiempo que dejaron de gustarme los divorcios.

—¿Desde cuándo? —se sorprende.

Desde que redacté el mío y no fui capaz de entregártelo, me dan ganas de decirle. Pero no lo hago.

—Bueno, pues voy a darme prisa entonces —le cambio de tema.

—¿Ya te encuentras mejor de la cena? —me pregunta de nuevo con tonito.

—Sí, ya se me ha pasado.

—Qué mal se te ha dado siempre mentir —pronuncia dejando su sonrisa en el aire.

—Y mira que te he tenido cerca para aprender, eh. Pero nada, no hay manera.

Después de aguantar la llamada unos segundos por si respondiera a

aquello, cuelgo. Y como cuando desnudas tu antebrazo en enfermería y sientes a la enfermera rociarte con el algodón y el alcohol, cierro los ojos esperando el pinchazo de esa mezcla de tristeza, impotencia y culpa que me asalta siempre que hablo con él. Pero esta vez duele menos, casi ni me entero. Quizás porque tengo otras cosas de las que ocuparme; como de las locuras de Natalia y del loco que me trae el desayuno desnudo a la cama que me ha metido en casa.

Salgo de la cama de puntillas y me acerco a la puerta intentando distinguir algún ruido detrás de la misma que me ayudara a adivinar dónde está o qué hace, pero no escucho nada. Todo está en silencio. Me separo de ella conteniendo la respiración y corro el pestillo, que tuvimos que poner en la habitación Gonzalo y yo para que Cristina no entrara sin avisar, intentando no hacer ruido. Recorro el desorden de la habitación hasta el armario y saco el portátil que no tardo en encender y acomodarme sobre mis rodillas. Esto no debe ser muy distinto de preparar un caso; primero debo recopilar información del sujeto que tengo entre manos. Venga, vamos, dale un poco de vidilla. Siempre consigue sacarme de quicio el tiempo que tardan en encenderse estas cosas. Y lo que se ensucia un teclado blanco —introduzco una uña entre las letras— no, no quiero actualizar nada. Ya, ya sé que me caducó el antivirus. No, no quiero renovarlo ¿Licencia para qué? Suspiro armándome de paciencia. Aquí está, el *Explore* ¿A mí por qué nunca me sale Google como página predeterminada? Lo tecleo. Por fin ¿Y qué busco? ¿Qué sé yo de estas cosas? ¡Nada! Que es lo mismo que se me debió pasar a mí por la cabeza cuando acepté que se quedara en casa un desconocido ¡nada! Y míralo, desnudo como si fuera por la suya. Por lo pronto, exhibicionista, tecleo. Que a lo mejor por eso no tiene casa. Sus vecinas lo echaron de la suya por exhibicionista y ahora mendiga en la de otras mujeres buscando su venganza personal. Si mira que están hartos de decirlo en la tele; los guapos, ahí está el peligro. Los guapos son los peores. Van de apuestos y de sanos y cuando se ganan tu confianza y se te meten en casa, aparecen en la primera plana de todos los periódicos. Claro ¿Quién va a sospechar de un hombre tan elegante? Pero vamos, que con buena ha ido a dar. A ver, Lucía, que empiezas a inventarte expedientes y al final acabas acusándolo al pobre de quién sabe qué. Presunción de inocencia, Lucía, presunción de inocencia.

Por exhibicionismo no me aparece nada. Tecleo *Grey*, que es el libro que

ha puesto todo esto de moda. Me aparecen las portadas de los libros, de la peli, los protagonistas, escenas, reseñas... ¿pero cómo se llama lo que practican? No encuentro nada. Borro *Grey*. Escribo esclavo. Nada. Esclavo sexual. Aquí hay algo. Sumisión. Un enlace me lleva a otro. Dominación. Me aparto un mechón de pelo de la frente y me lo acomodo detrás de la oreja. Las páginas cada vez son más oscuras y tenebrosas, y mi curiosidad empieza a ponerme nerviosa. Sadomasoquismo, las iniciales BDSM empiezan a repetirse junto con palabras en inglés que no sé qué significan. Salgo a Google de nuevo y tecleo BDSM. Pulso *Intro*. Empiezo a leer que es un estilo de vida, una cultura, ¿una qué? Todo empieza a sonarme a secta. Cruzo mis piernas sobre la cama y me acomodo de nuevo el portátil sobre ellas. Sigo navegando entre foros siniestros y páginas de encuentros que no dejan de sorprenderme.

Amo busca sumisa para ampliar cuadra.

¿Cuadra? Me descubro a mí misma aguantando la respiración leyendo atentamente cada anuncio.

Pareja busca esclavo para dominar en Sevilla. Fetichismo de pies.

Sumiso busca amo o ama para humillación y bondage. Envío fotos por privado.

Busco ama que me inicie en el BDSM, lluvia y caviar. Discreción.

¿Alguna domina que quiera usarme? No sexo. Tengo sitio. Pago.

Salgo de aquella sórdida página casi sin entender —ni creer— nada de lo que leo.

Vuelvo a Google. Tecleo BDSM y clico en imágenes. No puedo evitar llevarme de nuevo un padraastro a la boca.

¿Pero esto qué es? Tengo que acercarme a la pantalla sin dar crédito. ¿Pero qué tiene esa en la boca? Comienzan a aparecerme fotografías horribles que parecían sacadas de la imaginación de Giger de gente embutidas en trajes de cuero negro, con máscaras o caras pixeladas, con cadenas, con látigos y velas y fustas y pinchos ¡y agujas! ¡Qué horror! ¿Eso es sangre o cera? Doy veinte

vueltas a la pantalla del portátil para intentar descifrar una postura ¿Pero que hace esa ahí colgada? Cierro el portátil ¿Pero dónde me he metido? Vuelvo a abrir el portátil y a borrar el historial. Seguro que eso no es ni legal, verás que acaba viniendo la policía a mi casa.

Está loco, es un psicópata y viene a por mí; soy la siguiente. Seguro que quiere atarme a la cama o peor aún; ¡al techo! Seguro que es un fetichista de estos sádicos que disfruta torturándome lentamente para enterrarme luego en el jardín, o me meta en el congelador, ¡o me coma! ¿Te has ido para salvarte no, Natalia? Qué lista eres, eh, como sabías que estabas en peligro huiste y me dejaste a mí la carga, por eso insistió tanto en que me quedara con él ¡Es un encanto, es un encanto! ¡Sí, es un encanto pero si descuartiza a alguien que descuartice a la tonta de mi amiga! ¿No? Total como está sola, a la pobre nadie la va a echar de menos.

Busco de nuevo el teléfono entre las sábanas. No, todavía no puedo avisar a nadie. El siguiente paso es encontrar pruebas concluyentes. Guardo el móvil entre mis manos como quien esconde un lingote de oro, en cualquier momento podría necesitarlo.

A ver, tengo a un psicópata —presunto psicópata—, me corrijo, en casa, pero no tengo pruebas, necesito encontrarlas. Sin pruebas solo conseguiría que me tomaran por loca a mí ¡a mí! Que soy la única cuerda de la historia. Tengo que actuar con normalidad hasta que encuentre algo, de lo contrario, lo alertaría y la próxima vez cortaría la línea de teléfono o quién sabe qué, y ese sí que sería el fin, no tendría escapatoria, toda enterita para él, su sueño hecho realidad. No, solo tengo una oportunidad. Primero debo encontrar pruebas. Pruebas —miro a mi alrededor intentando atraerlas a mí— pruebas venid a mí... ¡Su maleta! Eso es, la maleta con la que ha venido. Me levanto de la cama y me enfundo las babuchas. Espera, necesito un arma. Cojo la lámpara. No, muy aparatosa. Unos tacones, no ¡Cuántas veces me habrá dicho mi hija que me apuntara a defensa personal! ¡Si eso no vale para nada! Le decía yo. ¿Qué no vale para nada? Mañana mismo me apunto. Nunca sabes cuándo te pueden meter un loco en casa.

Con el móvil como defensa, me decido a salir de la habitación; necesito llegar hasta su maleta.

Trago saliva lentamente e intento controlar mi respiración antes de abrir. Agarro el pomo y lo hago girar muy lentamente. No se abre, ¡no se abre, me ha encerrado, socorro! Forcejeo con la puerta hasta que recuerdo que yo misma he

echado el pestillo.

Lucía, que ves fantasmas donde no los hay, por favor, relájate. Está bien. Normalidad. Cojo aire y lo suelto quitando el pestillo antes de abrir la puerta.

Escucho el trasteo de cacharros en la cocina, parece que está fregando. Lo que yo te diga; es el invitado y se pone a fregar a las nueve de la mañana; loco.

Salgo de puntillas de mi habitación y con el sigilo y la habilidad de una espía rusa, recorro a hurtadillas el pasillo —a hurtadillas en mi propia casa, que tiene tela la cosa— hasta que llego a la habitación de Cristina —la nueva sala de torturas de *Cash El Destripador*.

Me decido a girar el pomo. No suena, me tranquilizo, pero si lo hacen las bisagras. Me quedo inmóvil, el trasteo continúa en la cocina, parece que no se ha enterado. Abro solo lo suficiente como para que pueda entrar y vuelvo a encajar la puerta con cuidado de que no suenen las visagras. Vale, bien. Cama hecha, ventana abierta, cuarto limpio. Aparentemente en orden. El orden de un psicópata, el orden del caos. Debe tenerlo todo planeado; aparentar ser un hombre normal para luego *¡zas!* —o tal vez es que es un hombre normal de verdad. No, después de las fotos que he visto y la gente pidiendo esclavos para cuadra, normal, lo que se entiende por normal, no es. Miro a mi alrededor y encuentro la maleta cerrada en una esquina. Me acerco a ella y la tumbo. Cojo aire antes de decidirme a correr la cremallera y cuando lo hago, lo hago muy poco a poco para no hacer ruido y siempre mirando de reojo hacia la puerta —aunque a estas alturas mirar hacia la puerta era inútil porque si entrara, me pillaría con las manos en la masa igual. Cremallera desabrochada. Siento nervios y miedo y ansiedad y yo qué sé qué más cosas. Las palmas de las manos me sudan —a mí me sudan siempre, pero cuando digo que me sudan, quiero decir que me sudan pero de verdad, por encima de lo que para mí es normal— y tengo que secármelas constantemente en la camiseta de pijama. Venga, Lucía. Uno. Dos y... la abro de golpe.

Para sorpresa mía, solo encuentro ropa ¿Ya está? No puede ser. Comienzo a remover la ropa, a mirar bien por los laterales, en el fondo. Nada. Abro cada bolsillo, compruebo si tiene trasfondo. Nada. Solo ropa, ni rastro de esposas, ni cadenas, ni fustas, ni...

—¿Estás buscando algo?

Me caigo de culo. Un escalofrío me deja sin respiración y me pone toda la piel de gallina. Está justo detrás de mí.

—No, no —improvisamente levantándome del suelo con torpeza— quiero decir

sí, sí estoy buscando algo.

Me giro hacia él —que sigue desnudo solo con mi delantal— y tengo que corregirme para no quedarme mirando la silueta de su paquete tras mi delantal. Él me mira esperando una respuesta que ni yo misma soy capaz de elaborar. Si es que la que parece una loca soy yo, rebuscando en su intimidad. No, perdona, el psicópata es él —presunto— además, es mi casa y puedo rebuscar donde y cuando quiera.

—Estoy buscando un...—recorro la habitación con mis ojos en busca de algo que me saque de allí—... un... una camiseta. Sí, una camiseta de... de mi hija. Que me ha llamado que viene ahora —improviso una mentira tras otra— ahora viene y que la quiere, ya sabes, estas crías —sonrío buscando una complicidad que no encuentro— Era —rectifico— es, es su favorita, una negra de un grupo de esos de *pum chin pum* alternativo de los festivales, por lo visto vienen a tocar otra vez y quiere llevarla para... ¿la has visto? No, seguro que no la has visto porque yo tampoco —respondo yo por él— Pero yo ya me voy, eh, la he buscado y no la he encontrado, así que voy a ver si está en otro sitio —lo rodeo y me dirijo a la puerta intentando escabullirme—. Me voy. Adiós.

—Espera —dice autoritario dejándome congelada en el marco de la puerta—, ¿has mirado en su armario?

—No —me precipito a contestar.

En ese armario no hay ropa de mi hija desde hace dos años.

—Pero ¿Sabes que te digo? Que la busque ella. Que los niños de hoy en día están muy mal acostumbrados. *Mamá búscame esto, búscame lo otro*, y no puede ser. Ya lo sabrás cuando seas padre —le digo— que a lo mejor eres padre ya y estoy yo aquí dándote lecciones, porque no sé ni lo que estoy diciendo y me ayudaría bastante que tú también dijeras algo ahora, pero tranquilo, no digas nada, sigue fregando, quiero decir —rectifico— fregando o haciendo lo que quieras, no tienes por qué limpiar si no quieres, puedes ver el fútbol, no sé, leer... Yo ahora necesito ir al baño y lo necesito ya.

Y desaparezco dejando mi silueta en el aire como hacen los dibujitos. Atravieso el pasillo como si el suelo me quemara las plantas de los pies rezando para que no me dijera nada más y me dejara salir de allí. Qué vergüenza, de verdad. Entro en el baño y cierro con pestillo antes de sentarme en el váter, que a mí los nervios me descomponen el estómago. Tonta, tonta, ¡tonta! ¿Ahora qué va a pensar de ti? Que tienes un TOC, eso es lo que va a

pensar. Loca, que estás loca. Que te obsesionas, que te salta el *click* y te pierdes y ves locos por todos lados. Pero es que como para no hacerlo. Si es que toda la culpa la tiene Natalia. Y te digo una cosa, que no haya encontrado pruebas a la primera, no significa que no sea un psicópata. Quizás sabía que iría a mirar en su maleta y las tiene en otro sitio. No, Lucía, no vas a mirar ya en más sitios. Lucía, respira, relájate. Seguro que es un hombre normal, ya está, déjate llevar como dice Natalia. Eso es, empiezo a respirar con tranquilidad, déjate llevar. Me giro hacia el dispensador de papel, pero solo queda el turulo de cartón. Tengo que estirar el brazo para alcanzarlo del mueble. A ver, Natalia no me cargaría a mí el muerto de tener a un psicópata en casa. Paradójico, por cierto, porque quien iba a cargar con el muerto sería él, o sea yo, quiero decir, conmigo. Es igual. ¡Ostras, las diez menos veinte, no llego! Me levanto de un salto de la taza. No me da tiempo de ducharme. Me desnudo y me coloco frente el lavabo. Y yo con estos pelos y estas ojeras. Me masajeo la cara como veo hacer a las *Youtubers* para bajar el hinchazón, pero nada, no hay manera. Anda que menudas pintas. Abro el grifo y sin dejar que se caliente el agua, me froto la cara y las axilas con jabón. Qué desastre. Agarro el cepillo de dientes y, mientras me seco el cuerpo, hago malabares para aseármelos.

¿Y las fotos que he visto qué? ¿Y si le gusta todo eso? ¿Y si también le gusta a Natalia? ¿Y si Natalia también está loca? ¿Y si son de la secta BDSM esa y quieren convertirme a mí también? O peor, ¿y si me quieren para sus rituales? Lucía, para. Para ya. Cuelgo la toalla de nuevo y me cojo una cola frente al espejo para intentar arreglar un poco esta melena de leona recién levantada. Al final se me quedará el pelo en forma de coleta, como dice Natalia, ¿Pero es que tú ves normal el nivel de estrés que manejo ya desde por la mañana?

Saco el neceser con el maquillaje y me hago lo básico. Mira qué hora es. Yo no sé para qué me veo tantos vídeos de maquillajes, si luego nunca tengo tiempo. Cierro el bolsito y agarro el pomo para salir cuando reparo en que estoy desnuda yo también. Lo que me faltaba, que interpretara mi despiste como una respuesta a su provocación. Me envuelvo en la toalla como si acabara de salir de la ducha y antes de salir echo un poco de *flus-flus*.

En el pasillo no hay nadie. Descalza recorro toda la segunda planta hasta mi habitación. Lo primero que veo al entrar es su culo expuesto mientras hace mi cama. Cierro la puerta de la impresión.

—¡Perdón! —grito desde mi lado de la puerta.

—¿Lucía? —escucho su voz y sus pasos dirigirse hacia mí.

Y yo huyo de allí antes de que abra. Cuando ya estoy prácticamente en la escalera, escucho el pomo girarse.

—¿Lucía? —su voz suena ya en el pasillo, yo estoy ya en la planta de abajo — ¿qué haces?

Agarrándome la toalla para que no se me cayera, y desnuda completamente debajo de ella, me dirijo al sótano para intentar rescatar algo de ropa para lavar y salir de allí. Pero antes de entrar en el sótano me detengo. En el sótano no, que es donde ocurre todo en las películas. Escucho sus pesados pasos retumbar en el pasillo. Yo no sé dónde meterme, empiezo a dar vueltas como pollo sin cabeza ¿Salgo a la calle así?

—¿Lucía? —sus pies hacen crujir la madera de la escalera.

—¿Sí? —me hago la disimulada abriendo la nevera.

—¿Qué haces? —pregunta ya en el salón.

Agarro la botella de leche, que es lo primero que encuentro, y bebo a morros de ella.

—Se me había antojado leche —improviso girándome hacia él.

En una de sus manos, descubro ropa interior mía. Mis ojos empiezan a saltar entre los suyos y su mano con mi ropa sin saber qué decir. ¿Qué pretende hacer con ella? Seguro que además también es un loco salido como los chinos que compran la ropa interior usada de las famosas. ¿Pero a quién he metido yo en mi casa, Dios mío?

—¿Dónde echas la ropa sucia? —pregunta cortocircuitando mis pensamientos.

—¿La ropa sucia?

—Sí, esto —dice mostrándome su mano con varias mudas de bragas y calcetines que habría encontrado desperdigados por el suelo de mi habitación. Qué vergüenza, de verdad.

—En el sótano —digo señalándole con la mano la puerta tras la barra de la cocina que conduce a él.

Pero dentro de la barra, holgadamente, solo cabe una persona. Él se espera a la entrada a que yo pase. Y yo lo hago con paso lento, pegada a la puerta de la nevera, manteniéndole su mirada de ojos negros e intentando no rozar nuestros cuerpos desnudos, separados solo por una toalla y un delantal. Después de aquel acercamiento tenso de respiraciones aceleradas y

palpitaciones, él sonrío haciéndose camino hacia la puerta del sótano.

—¿Qué le pasa a tus pantalones, Cash? —pregunto sin poder aguantarme.

Él se detiene y se gira hacia mí. No entiende la pregunta. Se mira las piernas desnudas y luego me mira a mí.

—Lucía, no llevo pantalones.

—Bien, en eso coincidimos —contesto—, ¿y por qué no llevas pantalones? Yo llevo pantalones, o sea, ahora mismo no, pero la gente normal, a menos de que salga de la ducha, lleva pantalones ¿Es que te has duchado esta mañana y no encuentras los tuyos?

—Natalia me dijo que...

—Natalia es Natalia —lo interrumpo— y yo soy yo. No vayamos a hacer la que es blanca, negra.

—¿Entonces no...

—No.

—Per...

—No.

—¿No te gusta mi culo?

—No. O sea, sí —rectifico—, quiero decir, no lo sé, no lo he visto, no me he fijado. Y seguro que tienes un culo precioso, eh, seguro que sí. Si Natalia dice que lo tienes, es que lo tienes. Ella entiende mucho de eso. O sea, no de culos, que también, pero lo que quiero decir, es que entiende de estilos y seguro que tu culo tiene estilo. Mira, no lo sé, pero no quiero que vayas sin pantalones por mi casa, ¿vale? Vamos, no por mí, yo soy muy moderna, sino por mi hija, ¿imagínate que viene, porque ella tiene llaves, y te ve ahí desnudo con...—me detengo antes de describir su paquete—, ¿entiendes, no?

—Sí, lo entiendo —asiente ajeno a todo lo que yo me traigo con él en mi cabeza— ¿hay algo más que no te guste que haga?

—No —pienso un instante—, de momento, no.

—De acuerdo —vuelve a asentir—, entonces voy a subir a ponerme unos pantalones.

—Y una camiseta —añado—, una camiseta también.

—Vale —contesta—, ¿Una normal está bien, no?

Me quedo mirándolo en silencio, sin entender muy bien su pregunta.

—Es broma —explica volviendo a pasar muy cerca de mí para atravesar la barra hacia su habitación. O sea, la de Cristina.

No, no mires. He dicho que no mires, Lucí... Pero es que tiene un culo tan

perfecto, tan firme, tan, tan... duro. De verdad. Y su espalda trazada de músculos que se marcan al andar. Sus piernas esbeltas, con el vello justo, doradas, tostadas al sol como si de verdad fuera un vaquero. Sus pies grandes, bien tallados, de pisadas firmes que hacen estremecer los peldaños de madera. Cuando se aleja y no puede verme, me recreo en su cuerpo. De nuevo deslizándome por sus pantorrillas, zigzagueando las curvas de su trasero, sus brazos, sus hombros, su melena rizada, sus ojos ¡Sus ojos! Rápidamente le aparto la mirada y me precipito a fingir estar ocupada con yo qué sé, volviendo a meter la leche en el frigo antes de que se caliente. Muy bien, Lucía, enorme tu credibilidad. Primero le llamas la atención por llevar el culo al aire, y a la primera que se da la vuelta, te pilla mirándoselo con la baba fuera. Muy tú, cariño, eres única. Y encima es que te ha catado como a una mirona a escondidas.

Capítulo 17

Carmen observa desde su despacho a Gonzalo acompañar a una señora mayor hasta el suyo. Cuando la cabeza del jefe aparece de nuevo delante de la puerta de Carmen, esta tiene que precipitarse a fingir estar ocupada y a hacerse la sorprendida.

—Qué susto, Zalo, que una ya no está para estas cosas —sabe que actuar no es lo suyo.

—Lo siento. Cuando llegue Lucía, dile que la señora Castillo está en mi despacho y que la estamos esperando.

—De acuerdo, jefe.

En cuanto escucha la puerta de Gonzalo cerrarse, rebusca el móvil en el bolso y entra en el nuevo grupo de *Las abogadas de Aquaman*.

Carmen: Reunión en el despacho de Lola. Ya.

No le da tiempo de salir cuando escucha las demás puertas de los despachos abrirse. Todas acuden con urgencia a la llamada de la secretaria del buffet dejando para luego sus tareas.

—¿Qué ha pasado, Carmen? —pregunta Alicia cerrando con cuidado la puerta del despacho.

—La *Suavona*, que todavía no ha llegado —se adelanta Lola sin dejar de escribir en su ordenador.

Carmen asiente de buena gana. Sofía se lleva las manos a la boca.

—Y tenía una clienta —apostilla Carmen— esto no lo ha hecho ella nunca. Ni cuando se separaron, vamos, estaba aquí la primera.

—Si es que ayer iba... —comenta Alicia.

—Bueno, ¿y cómo es él?

—Tampoco es para tanto —dice Lola sin levantar la mirada de la pantalla.

—¡Que no, dice! —se ríe Sofia.

—En persona pierde —vuelve a decir fingiendo no prestar demasiada atención a la conversación.

—Ni caso, Carmen —le dice Sofia—. Está celosa.

—Te he oído, y no, no estoy celosa —advierde.

—¿De dónde es?

—De Texas —suspira.

—¿Es guiri?

Alicia y Sofia asienten como adolescentes.

—¿Y cómo ha conocido a Lucía?

—Es su profesor de hípica —dice Sofia mordiéndose el labio.

—¿Desde cuándo Lucía monta a caballo?

Las dos mujeres se encogen de hombros.

—Seguro que era un prostituto —dice Lola, las demás no tardan en reírles la gracia.

Lola levanta las manos del teclado y se aparta las lentes volviéndose seria. El resto mengua sus risas.

—¿Lo dices en serio?

—¿Pero vosotras veis normal que un tío como ese esté con Lucía? —dice con desprecio al pronunciar su nombre.

—¿Pues no perdía en persona? —protesta Alicia.

Lola ignora aquel ataque.

—¿De verdad os creísteis lo que contaron? Por favor, su profesor de hípica, ¿de verdad? Y cómo contaba las historias, cómo la agarraba y le susurraba al oído...

—No me lo recuerdes que me dan hasta escalofríos —dice Sofia bajándose las mangas de su blusa.

Lola se echa hacia atrás sobre su asiento.

—Lucía lo contrató para darse el gusto y tuvo la mala suerte de encontrarse allí con Alicia. ¿Sino, a Santo de qué iban a estar cenando en el Abades?, ¿Qué celebraban?, ¿No dijo que eran solo amigos?, ¿O es que tú vas con un amigo a cenar a un sitio así?

—Hombre... visto así —conviene Carmen.

—Además —Lola se incorpora sobre su asiento—, para todo lo caliente que la puso, ni la besó.

—Es verdad... —asiente Alicia.

—Un tío normal, bueno —rectifica—, un tío normal no se inventa esa historia ahí en medio de la nada, pero un tío normal, si te cuenta esa historia así, es para luego, como mínimo, comerte los morros.

—Como mínimo —fantasea Sofía.

—¿Y por qué no le comió la boca? —pregunta Lola—; Porque es un prostituto, y los prostitutos no te comen los morros. Te comerán otra cosa, pero no los morros.

Lola aparta el informe en el que trabaja y coloca su portátil en el centro de la mesa. Se ajusta las gafas y abre Google en una ventana de incógnito.

—¿Qué vas a hacer?

— Buscar *scort* masculino en Sevilla, ya veréis como aparece él.

Las tres mujeres se precipitan a rodear la mesa de madera barnizada del despacho para observar la pantalla.

Lola entra en la primera página, pero las fotografías no son lo que esperan. Fotos tomadas con el móvil delante de espejos sucios, sin luz, sin calidad, en camas deshechas y pueriles, con las caras tapadas o pixeladas de las maneras y formas más cutres, y mensajes llenos de faltas de ortografía. Lola sale de allí espantada y vuelve a entrar en la siguiente. La expresión de su cara no cambia demasiado.

Gigoló travieso —con b- para mujeres solventes y discretas.

Musculoso hombre que te hará sentir mujer. Cumple tus fantasías. Te recibo —con v- desnudo.

Descubre el placer del sexo latino, mami.

Gigoló para casadas. Solo casadas. Máxima discreción.

Y todas aquellas entradas acompañadas de fotos de genitales sin rostro y erecciones sin escrúpulos que se escapan de entre los calzoncillos.

Lola clica para salir de allí sin querer tocar ni el ratón. Ninguna dice nada.

—No sé, no me imagino a Lucía entrando en estas páginas —dice Sofía.

—Ni a Lucía, ni a nadie —dice Alicia fingiendo una arcada.

—A ver, pon ahí *scort* de lujo —apunta Carmen.

—Eso, eso, pon de lujo, mujer —convienen las otras dos.

Encuentra una página que promete chicos selectos y cualificados. Pero la búsqueda sigue sin mejorar. Fotos de penes de todo tipos y colores, de culos en tanga, de pechos pelados, hipertrofiados sin camiseta y con tatuajes espantosos. Caras de mal-fingidos tipos duros con gafas de sol de mercadillo, posturas imposibles que rozan la vergüenza ajena. De pronto, se abre una ventana emergente con un hombre, con gafas de sol, tocándose frente a la webcam. Las cuatro mujeres se apartan del portátil de la impresión. Y acto seguido, tres golpes en la puerta. Lola, se precipita a cerrar la pantalla del ordenador dando un golpe en la mesa. Pero aquel hombre, atrapado en aquella ventana de incógnito, no deja de gemir.

—¡Lola, quita eso por Dios! —las tres mujeres tras su asiento no saben dónde meterse.

—¡Un momento! —se excusa Lola que vuelve a levantar la pantalla del portátil.

El hombre sigue gritando de placer, pero la pantalla está en negro, no puede cerrar el chat.

—¡Ya voy! —vuelve a decir sin saber qué hacer.

—Soy Lucía —dice al otro lado de la puerta.

Alicia coge el portátil y llevándose por delante el cable del cargador, los informes y los bolígrafos, lo mete en el cajón y cierra haciendo temblar la mesa.

—Pasa, pasa —la voz de Lola suena nerviosa.

La puerta se abre y las cuatro mujeres la reciben tiasas como velas, con las caras rojas, las piernas temblando y los ojos abiertos sin pestañear. Lucía se queda prácticamente como ellas sin saber qué ocurre.

—¿Pasa algo? —pregunta desconcertada.

—Gonzalo —salta Carmen como salta una trampa para ratones en mitad del silencio—, que está que trina.

Lucía arruga el gesto.

—¿Por mí? —pregunta.

Las cuatro mujeres, como en una coreografía ensayada, asienten al mismo tiempo.

—Está en su despacho, corre, que está con una clienta tuya haciendo tiempo.

En un momento de silencio, en el interior del cajón metálico, se escucha el orgasmo de aquel hombre secuestrado a oscuras en una ventana de incógnito.

Alicia se aclara la voz al tiempo que Sofia tose y Carmen estornuda en un intento de encubrir aquello.

—Venga —insiste Lola—, a su despacho, mujer. Que bastante te han entretenido ya hoy, eh —dice fingiendo una sonrisa divertida a la que se suman las demás.

—No te haces una idea, no —sonríe también Lucía cerrando la puerta.

Las cuatro mujeres suspiran aliviadas cuando Lucía desaparece. Tienen que apoyarse sobre algo para no desplomarse al liberar toda la tensión acumulada.

—Lola, por favor, apaga a ese pervertido —dice Alicia aireándose la cara con sus propias manos.

—Quien te manda a ti a meterse en una página de esas, Lola...—dice Sofia recobrando el aliento.

—A esta la descubro yo —porfia Lola colocando el portátil de nuevo sobre la mesa para cerrar la ventana y callar a ese hombre—, ya veréis.

Capítulo 18

Buenos días, Gonzalo. No, así no. Me acomodo la ropa y me aclaro la voz. ¡Buenos días, Gonzalo! Tampoco. Cojo aire. Gonzalo, siento haberme retrasado —miro el reloj, las once. Bueno, menos diez, en realidad. Venga, abre ya. Agarro el pomo de la puerta de su despacho decidida a improvisar, pero es otra persona la que abre desde el interior. Una mujer mayor, encorvada, que tiene que inclinarse hacia atrás para mirarme a los ojos.

—Mira qué chica más mona —dice girándose completamente hacia Gonzalo—, te pareces a mí cuando tenía tu edad. ¡Ay, quién tuviera tu edad!

Aquella frase me recuerda a mí diciéndoselo a Cristina. Y yo que pensaba que ya no me volverían a decir aquello. Como es la vida, que nunca se es lo suficientemente mayor. O lo suficientemente joven, depende de para qué. Pero vamos, que yo no aparento los que tengo, la verdad.

—Bueno, guapo —continúa la mujer—, ¿tú me has apuntado aquí tu teléfono, no? Para yo decírselo a mi hijo cuando lo vea. Muchas gracias por todo, que eres muy guapo y muy profesional. Cuídame bien a las niñas que tienes aquí, eh, que son muy monas todas. Venga, pues me voy, que todavía no he hecho ni la casa —se gira hacia mí y me agarra del brazo— ¿tú te crees que yo tengo ganas ahora de ponerme a hacer la comida, limpiar, sacar al perrillo a que mee y haga popó? Toda a vida haciendo lo mismo, siendo una esclava, hasta el día en que me muera, para que encima, mira, aquí estoy peleándome por los cuatro duros de mi marido *paz descanse* —dice persignándose— en fin, ¿pero sabes qué te digo? Que ahora vivo como quiero —da una palmada—, sin darle explicaciones a nadie, a mi manera, como decía la canción. Pero *Shh*, eso no lo puedo decir yo delante de mis hijos, con ellos tengo que fingir el luto. ¿Luto? Anda ya, hombre. Hombres no quiero yo más ni uno a mi lado ¡Quién volviera a nacer, pero en tu época, claro, no en la mía! No me iba a coger ni uno. En fin, que me voy. Que Dios te bendiga, niña.

La mujer sigue su lento camino hacia el ascensor moviendo la cabeza como

si hablara con ella misma. Yo me quedo sola por un momento en la puerta del despacho de Gonzalo y, queriendo pasar desapercibida, intento escabullirme.

—Lucía...—la voz de Gonzalo suena como un detector de movimiento infrarrojo al segundo paso que doy. Yo maldigo mi suerte entre dientes.

Entro en el despacho con paso lento, intentando amortiguar la bronca que me va a caer, con razón, también te lo digo. Pero claro, si no hubiera tenido a un loco trayéndome el desayuno desnudo a la cama, igual hubiera llegado a tiempo como todos los días durante quince años de mi vida.

—Lo siento, Gonzalo...—intento buscar alguna frase en mi repertorio de excusas, pero antes de que pueda hacerlo, me interrumpe.

—Siéntate, por favor. Cierra, cierra, por favor.

Agarro el pomo de la puerta para cerrar, la chica nueva de prácticas me sonrío como si me conociera y finge no estar atenta a la conversación mientras pone esa cara que todos hemos puesto cuando un profesor nos mira durante un examen; esa de pensar muy fuerte mirando hacia arriba. Tiene que tener la edad de Cristina, y por un momento me da rabia que no sea ella la que esté aquí terminando sus prácticas. Podría tener la vida resuelta y no para de dar tumbos como su madre con su edad. Que en ese aspecto podría haber salido a su padre, y no en el orgullo.

—¿Cómo estás? —pregunta apartando a un lado los informes de su mesa.

—Bien —suspiro dejándome caer sobre la silla—, de verdad que siento no haber llegado a tiempo.

—Tranquila, Lu —odio que siga llamándome así—, tienes malilla cara.

—Gracias —le interrumpo con tonito.

—¿Fue el atún otra vez? —continúa ignorándome mi comentario.

No entiendo su pregunta hasta que recuerdo que la excusa que me inventé para quedarme en casa. Pero no me da tiempo de contestar, cuando, de repente, sesea pidiendo silencio absoluto. Se escuchan las voces de mis compañeras en el pasillo. Se levanta de su asiento y con sigilo se acerca al cristal que da al pasillo. Con dos dedos, aparta las láminas de la persiana para mirar entre ellas sin ser visto.

—¿Qué haces, Gonzalo? —la becaria y yo nos miramos.

—No sé qué es lo que las tiene tan revolucionadas hoy, míralas —dice haciéndome un hueco a su lado—, llevan toda la mañana así ¿Tú sabes algo?

—Que va —miento.

Su mirada desconfía de mi respuesta un instante, luego vuelve a asomarse

al pasillo.

—Claro que lo sabe —dice la becaria haciendo que Gonzalo se gire hacia ella; a mí no me da tiempo de mandarla a callar con mi mirada—, no disimules, si hablan de ti.

—¿De Lucía? —pregunta Gonzalo.

Yo me encojo de hombros intentando ganar tiempo, a ver si la dichosa niña se da cuenta de que me estoy haciendo la tonta.

—Desde ayer no se habla de otra cosa en el grupo —dice alcanzando el móvil de su mesa.

—¿Qué grupo? —Gonzalo revisa su móvil—, Si el único que habla en el grupo del bufet soy yo.

—Es otro que tenemos las chicas. Mira, cincuenta mensajes nuevos desde la última vez que lo miré, hace quince minutos —nos enseña la pantalla desde su sitio.

Yo también reviso mi móvil. En *Las abogadas de Aquaman* están calladas desde ayer.

—Pues en ese tampoco estoy yo —apunto—, ¿Cuántos grupos hay?

¿En serio hay una becaria en ese grupo y no estoy yo?

—¿Cuántos grupos secundarios hay en el buffet? —pregunta Gonzalo, yo vuelvo a encogerme de hombros— ¿Y qué has hecho para que estén así?

—Averigua...—contesto buscando una mirada cómplice de la becaria que no encuentro.

—Su novio —afirma— que está como un tren.

Cierro los ojos mientras me masajeo el entrecejo con dos dedos.

—¿El novio de Lucía? —Se ríe Gonzalo— Te has debido de enterar mal.

—¡Otro! —Protesto— ¿Pero qué os pasa conmigo?, ¿Tan raro es que haya conocido a alguien?

Gonzalo se gira sorprendido hacia mí.

—Ah, ¿pero que va en serio?

—Que sí, que es mi novio, ¿qué pasa?

Gonzalo se sienta desconcertado en su sillón. La becaria se precipita a teclear mi confesión en el grupo.

—Cariño, ¿cómo te llamas? —le pregunto.

—María. María Muñoz.

—María Muñoz, ¿tú quieres repetir las prácticas el año que viene? —la niña se queda paralizada— Pues suelta el móvil y ponte a trabajar.

Acto seguido lo bloquea y se da media vuelta hacia su escritorio. Vuelvo a la mirada contrariada de Gonzalo.

—¿Qué? —pregunto.

—O sea, ¿tienes novio?

—¡Ay, yo qué sé! nos estamos conociendo.

—¿Desde cuándo?

Suspiro.

—Desde hace unos meses —miento.

—No sabes mentir.

—Pues entonces que la acusación cese en el interrogatorio, señor letrado.

—No es un interrogatorio —se afloja la corbata— solo es curiosidad. Como no me habías dicho nada...

—No sabía que tuviera que hacerlo...

No sabe cómo interpretar aquello.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—Nada, Gonzalo... ¿Me das el informe de mi siguiente clienta, por favor?

—Lucía, no te enfades...—se echa hacia atrás sobre su sillón— ¿Qué te pasa?, ¿por qué saltas a la defensiva?

—¿A la defensiva? —Sonrío— Porque no sabía que fuera tan raro que yo saliera con un hombre, Gonzalo. Que me he dado cuenta de que vivo rodeada de gente infantil y aburrida, que tiene que asomarse a ver qué ocurre en la vida de los demás porque las suyas no les satisfacen.

—Vaya, siento haber sido una de ellas —rectifica—, pero no tenías que haberme ocultado nada.

Suspiro poniendo los ojos en blanco.

—Yo no voy por ahí ocultándole nada a nadie, Gonzalo. ¿Tú te piensas que yo me levanto por la mañana pensando; voy a ocultarle esto a esta persona. Yo vivo. Y punto. Y si tengo o no pareja, no voy por ahí ni pregonándolo, ni escondiéndolo.

—¿Pero ya sois pareja? —se inclina hacia mí sobre la mesa.

—Gonzalo, por favor.

—Perdón, perdón —busca un instante el informe entre sus archivos—, te dejé la carpeta con el caso en tu despacho. Y lo tienes que tener también en Drive.

—¿A qué hora tengo la cita con ella?

—Te he citado a la una en el restaurante de Severino.

Me levanto de mi asiento y me dirijo a la puerta.

—¿Cómo está la niña? —pregunta Gonzalo antes de que pueda salir del despacho.

La becaria se gira hacia nosotros con las manos en la boca.

—¿Eres su ex mujer? —pregunta arrugando el gesto.

—Sí, cariño, soy su ex mujer. Soy la L de *G.L Abogados* —le digo, ella gesticula un lo siento antes de volver a girarse hacia su escritorio—. Cristina no sé, hace una semana que no sé nada de ella.

—Bueno, dile que la quiero cuando hables con ella.

—Tú también tienes su teléfono, ¿no?

Capítulo 19

Nada, imposible contactar con Natalia. Me desespera esta mujer. Y yo sin poder dejar de pensar que tengo a un completo desconocido en casa, que igual me recibe con una máscara de cuero y pinzas en los pezones. O peor, que haya montado allí una fiesta de la mazmorra con sus amigos los del foro aquel. Miedo me da volver.

Después de los intentos fallidos de descansar en mi despacho y de tomarme dos cafés que habían servido de poco, según mi reloj, llego a *El Nido* veinte minutos antes de lo previsto. Media hora en realidad. Desde que Cash me dijera que mi reloj estaba adelantado, no puedo evitar pensarlo cada vez que lo miro.

—¡Buenos días, Rubia! —La voz de Severino atraviesa todo el restaurante desde el otro lado de la barra— ¿De servicio o de recreo?

—De servicio —pongo los ojos en blanco, y no he abierto ni el informe del caso, me dan ganas de decirle.

—Niño, prepárale la mesa del fondo —le dice a su hijo.

Que ya sabe que tiene que hacerlo, pero a Seve le gusta aparentar que, sin él, el restaurante no funcionaría—, y una botella de agua fresquita que te llevo en seguida.

Cuando Andrés termina de prepararme la mesa, saco el portátil de su funda y lo conecto a la corriente. Un *beep* en el móvil hace que deje de teclear la contraseña con la esperanza de que fuera Natalia.

Eduardo: 2 mensajes nuevos.

Deslizo el dedo sobre la pantalla, pero los mensajes no se abren. No sé qué he tocado, que antes sí que salían sin tener que abrir el chat.

Eduardo: Buenas tardes, preciosa.

Dame un buen motivo para que no reserve mesa en el Gallinero de Sandra para almorzar.

Llega Andrés con una botella de agua y una copa. Antes de abrirla me pide permiso, yo asiento.

—Gracias —digo humedeciéndome una sonrisa al volver a leer el mensaje. Abro el informe sobre el teclado del ordenador y le saco una foto.

Yo: Tengo almuerzo con una clienta...

Eduardo: ¿Divorcio?

Yo: Uno más...—le adjunto una cara de sueño.

Eduardo: ¿Cuánto tiempo llevaban casados?

Yo: Eso es información confidencial.

A un así, busco el dato en el informe.

Eduardo: Los matrimonios, hoy en día, deberían venir con garantía. Si en dos años no está conforme, presenta el ticket de los anillos en la iglesia y se acabó.

Yo: Sí, claro, ¿y yo de qué como?

Eduardo: Adjunta el emoticono de *El grito* de Münch— Te alimentas del mal ajeno, eres como la bruja mala de una película Disney.

Eres *Lúrsula*, como la de *La Sirenita*, pero con <L> de Lucía.

Yo: Sí, lo había pillado, tranquilo. Perdona, pero hay gente que recuerda con más alegría el día en el que se acabaron los trámites de su divorcio, que el día de su boda. Si tú supieras la de suspiros y lágrimas de alegría que he visto yo en un juicio...

Eduardo: A mí me lo vas a decir.

¿Tienen hijos o no?

Yo: Eres muy cotilla...

Eduardo: Es que mis pacientes no me cuentan nada.

Yo: ¡Normal! —Me río en voz alta — ¿Casi mejor, no? Se les caería toda la baba y te lo pondrían todo perdido.

Eduardo: Bueno, alguno lo intenta, pero no les entiendo. El truco es asentir y achinar los ojos detrás de la mascarilla, aunque no te estés riendo.

Oye, pero en serio, ¿Sabes que los dientes dicen mucho de la persona?

Yo: ¡Como las manos! —no puedo evitar reírme en voz alta al acordarme de Cash ayer.

Me adjunta una emoticono de haberse perdido algo.

Yo: Nada, nada, cosas más...

Voy a leer el informe. Siento lo del almuerzo, de verdad.

Eduardo: No te preocupes, otro día.

Yo: Por cierto...

Eduardo: Dime.

Yo: No he pasado por alto que me hayas comparado con la más fea y gorda de todas las malvadas de Disney.

Antes de cerrar el chat, amplió su foto de perfil. La ha cambiado. En ella aparece con su hijo disfrazado de superhéroe. Salgo de ella y del chat dejándolo en *escribiendo*, y le quito los datos al teléfono para colocarlo bocabajo sobre la mesa. Vamos a ver qué le pasa a esta mujer con su marido —ex marido.

Cinco minutos después de la hora fijada, cuando la sala de *El Nido* ya está salpicada de comensales, mientras sigo leyendo y tomando notas del caso, distingo una silueta que se acerca a mi mesa. Al levantar la vista, me encuentro con una mujer joven, espigada y con el pelo corto como mi hija.

—Buenas tardes —me levanto dejando las gafas sobre la mesa— ¿Elena, verdad?

—Sí, ¿Marisa? —me ofrece la mano.

—Soy Lucía —le corrijo cordialmente invitándola a tomar asiento—, Marisa está de baja maternal y finalmente yo llevaré su caso.

—Estupendo —dice sentándose en su silla— ¿podemos tutearnos? Quiero seguir sintiéndome joven —dice intentando sonar divertida.

—Por supuesto, sí, claro —sonrío—, yo también.

Mientras llega Andrés para tomarle nota de la bebida y de los primeros platos del menú, hablamos de lo típico, los cinco minutos de cortesía para romper el hielo con el tiempo, el restaurante y mal fingidas sonrisas.

—Bueno, he estado estudiando tu caso —me aclaro la voz para empezar a hablar de trabajo— y tengo que decirte que lo mejor es que intentemos llegar a un acuerdo ¿cómo es tu relación con él?

Elena da un largo suspiro.

—No lo sé.

—¿Viven juntos actualmente?

—No —se acomoda el pelo nerviosa—, no, no sé dónde está ahora mismo. Con su hermano, imagino. No lo sé. Lleva fuera de casa unos días. Igual hasta ha recaído, no lo sé.

Me pide disculpas por no poder continuar. Yo le ofrezco un pañuelo y espero paciente a que se recomponga. Tengo que hacerle una señal a Andrés,

que se acerca con los primeros platos, para que los conserve en la cocina hasta que se le pase. Él asiente con una sonrisa dándose media vuelta. Ya está acostumbrado a que los clientes lloren y monten sus numeritos. A veces, los abogados y los camareros, también hacemos de psicólogos.

—Todo esto me deja a mí en muy mal lugar, ¿sabes? Pero he aguantado mucho, muchísimo —dice con la voz quebrada—, y ya no puedo más. Ya no.

—Tranquila, los divorcios ocurren, es algo normal en nuestra sociedad actual, desafortunadamente —aclaro.

—Pero nunca piensas que te pueda ocurrir a ti.

No puedo evitar acordarme de Gonzalo. De todos los planes de futuro que dejamos a media. Y de Cristina, independizada de manera precoz por nuestra culpa y perdiéndome todos los cambios por los que está pasando ahora. No, una nunca se imagina que eso pueda pasarte. Aunque vivas con ello, aunque lo tengas justo en frente de tus narices.

*

—Cristina, ¿qué haces, cariño?

Al entrar en su habitación, la descubro volcando toda su ropa sobre una maleta abierta por completo sobre la cama. No contesta. Solo se sorbe la nariz mientras descuelga ropa del armario y la tira sobre la maleta de manera compulsiva.

—Cristina, ¿podemos hablarlo tranquilamente, por favor?

—¿Estás segura de que es conmigo con quien tienes que hablarlo? —No sé qué responder a eso— ¿desde cuándo lo sabías, mamá?, ¿desde cuándo sabías que papá te engaña con otra?

*

—Perdona —dice intentando controlar sus emociones.

—No te preocupes —la tranquilizo, intentando yo también ahogar mis pensamientos con un poco de agua.

—¿Por qué me decías lo del acuerdo?

—Verás —me aclaro la voz antes de decirle lo mismo que le digo a todos

mis clientes—; las emociones y la justicia no siempre van de la mano. De hecho, casi nunca van de la mano. El ser humano tiende a actuar de manera visceral; mientras que la justicia no entiende de sentimientos.

Andrés llega de nuevo con los platos y esta vez sí consigue dejarlos. Nosotras le damos las gracias después de su *que aprovechen*.

—¿Eso qué quiere decir?

—Eso quiere decir que la justicia va a intentar establecer un equilibrio para ambas partes en el momento de la ruptura. Y en el momento de la ruptura, él está en una posición menos favorecida que usted. Por lo que la justicia va a buscar compensar ese desequilibrio...

—A costa del mío —termina ella, yo asiento— ¿Y todo lo que yo llevo sufrido no cuenta?

—Los sentimientos no se pueden contabilizar, no hay ningún aparato que pueda medir quién de los dos está o ha sufrido más —Elena cierra los ojos asimilando mis palabras y yo espero hasta que con un gesto, me pide que continúe— Estáis casados en gananciales, eso quiere decir que desde el momento en el que os dijisteis el *sí, quiero*, los bienes y la economía familiar, es como la de una sociedad. Ambos sois socios de una sociedad familiar y tenéis las mismas participaciones.

—El cien por cien del capital de esa sociedad, de lo que queda de esa sociedad, es mío.

—¿Siempre fue así? —pregunto.

—No, siempre no —aclara—, desde...—no sabe cómo decirlo.

—No te preocupes...

—No es fácil reconocer que tu marido es un maldito drogadicto, ¿sabes? Reconocerlo te hace sentir culpable, preguntarte si no pudiste hacer algo para evitarlo, si fui una buena esposa...

—No eres responsable de eso, Elena.

—Ya, eso es muy fácil decirlo. Pero está aquí —se señala la cabeza—, siempre está aquí. Y no dejo de buscar el fallo, el momento en el que pude hacer más y no lo hice, ¿Sabes? si pudiera volver atrás te juro que...

Me aparto las gafas y las dejo sobre la mesa.

—Elena, permíteme que te haga la siguiente pregunta; ¿Estás segura de que quieres hacer esto? —Ella me mira confundida— como te he dicho antes, muchas de las decisiones del ser humano, se toman de manera visceral y...

—¿Por qué me lo preguntas? —me interrumpe sorbiéndose la nariz.

—Porque acabas de desear volver atrás y por experiencia, te digo que he visto hacer muchas... cosas —digo, por no decir tonterías— que podrían haberse solucionado con una conversación sincera entre las dos partes.

—Voy a cumplir cuarenta —dice volviéndose seria—, y quiero, deseo, ser madre. Y no quiero que mi hijo tenga por padre a un hombre que lleva dos años escapándose de centros y terapias, adicto al alcohol y a quién sabe qué más cosas. No quiero que mi hijo sufra todo lo que he sufrido yo, ¿entiendes? —se acomoda en su asiento— llevo un año conociendo a otro hombre. Un hombre encantador y maravilloso que ha estado conmigo en todo este tiempo, que me ha escuchado, que ha estado viviendo prácticamente conmigo... pero entonces mi marido, ex marido —se corrige—, salió del centro y...—la mente se le inunda de recuerdos que la llevan muy lejos de esta mesa, unos segundos después, los ojos se le vuelven a llenar de vida—, necesito terminar con esto, desvincularme de él, volver con mi pareja actual y ser feliz. Me merezco ser feliz.

Por su relato deduzco que se ha dado un tiempo con su nueva pareja después de que su marido saliera del centro. Pero prefiero no entrar en ese terreno tan frágil en este momento.

Dejo unos instantes de silencio para que se oxigenen las emociones y antes de continuar le sirvo un poco de agua en su copa.

—¿Durante cuánto tiempo ha estado su marido en tratamiento?

—Mucho. Entraba y recaía. Hasta que hace un año me planté y le di un *ultimatum*. Le dije que si seguía así, tendría que seguir sin mí. Él me prometió que esta vez sería la última y pedí otro préstamo personal para pagarle el ingreso.

—¿Cuándo salió?

—Definitivamente, hace unas semanas ¿todo esto es necesario para el divorcio? —Pregunta.

—Nunca pregunto por curiosidad.

—Lo siento —pronuncia al cabo de unos segundos aguantándome la mirada.

—Estoy intentando montar la posible defensa de su marido. Estamos en una posición muy complicada, ¿su marido sabe lo de su actual relación?

—No, desde que él volvió a casa, dejamos de vernos.

—Si él o su abogado se enteraran de que se ve con otro hombre, sería un punto a en su contra de cara al juez.

—¿Es un punto en mi contra que intente rehacer mi vida?

—Si yo fuera la defensa de su marido, lo usaría para culpabilizarla de la lenta rehabilitación o de una posible recaída en las adicciones de mi cliente, y de los problemas psicológicos causados por su infidelidad durante el proceso de desintoxicación. Reclamaría además el uso que ha estado haciendo del domicilio conyugal para sus aventuras así como el dinero familiar...—Elena tiene que beber agua—. Si descubren lo de su relación con ese hombre, con perdón de la expresión, estamos jodidas.

—¿Ese juez sabe lo que es sacar a tu marido de un bar a las cuatro de la mañana antes de que le partan la cara?, ¿sabe lo que es dormir con las puertas y las ventanas cerradas con llave para que no se escape?, ¿sabe lo que se siente cuando te llaman del banco para avisarte de que estás en números rojos porque tu marido se lo ha gastado todo? Y aun así, apoyarlo, endeudarte una vez más para pagarle una rehabilitación en un centro del que te llaman cada fin de semana porque salió de permiso y no ha vuelto. No verlo durante meses. Siete meses hablando solo por teléfono, luego cuatro viéndolo una hora los domingos. ¿Ese juez sabe lo que es montar tu empresa y tener que trabajar de camarera para poder llegar a fin de mes? —Sonríe contrariada— ¿Y la mala soy yo por intentar salir de ese infierno y rehacer mi vida?, ¿por agarrarme al único hombre que me daba un poco de cariño?, ¿soy yo la que está en una situación complicada?, ¿la que va a perderlo todo otra vez porque la justicia tiene que buscar un equilibrio? No. Lo siento, pero no pienso pasar por ahí. Aunque tenga que hacer una locura.

Intento que el silencio termine de apagar su ira antes de volver a hablar.

—Por eso vamos a intentar llegar a un acuerdo —me aventuro al fin.

—¿Y si no llegamos a un acuerdo?

—Si agotáramos la vía amistosa, pasaríamos a la contenciosa, donde el juez decidirá lo que es justo. Y esa no nos conviene.

—Justo...—sonríe guardándose para ella misma lo que le parece la justicia.

—¿Qué estarías dispuesta a negociar?

—Nada —sentencia.

Yo me mantengo en silencio hasta que, de mala gana, se decide a volver a hablar.

—Su local, eso se lo puede quedar. Aún tiene cuatro meses de alquiler pagados —yo lo apunto—, el coche; la furgoneta la necesito yo para trabajar,

sin ella me vería con una mano delante y otra detrás. La perra, por favor, que se lleve ya a la perra, que para eso es suya. No sé con quién dejarla. Llevo un año esclavizada con la maldita perra. Ahora que ha salido, que se la lleve. En dos días salgo de Sevilla y si no le encuentro algo, tendré que dejarla en la perrera.

—Le doy prioridad a eso, no te preocupes —subrayo especialmente la palabra perro—, ¿Qué pasa con la casa?

—La casa la diseñé yo, fue mi primer proyecto. Me gustaría quedármela.

Por un momento, pienso en que la parte más desfavorecida del matrimonio es él, que es quien no tiene ingresos y tiene que volver a insertarse en la sociedad, por lo que podría reclamar el uso de la vivienda hasta conseguir estabilidad económica. Pero aunque cojo aire para comunicárselo, decido no hacerlo hasta que hable con el otro letrado.

—¿Ya está pagada?

—No.

—Podríamos ofrecerle que corriera tú con los gastos de lo que queda de hipoteca —le advierto.

—Es lo que llevo haciendo todo este tiempo. Y con los del local, y los seguros de los coches...

—Pero tendrías que darle a tu marido su parte.

Elena se ríe contrariada.

—No tengo ese dinero.

—Bueno, veré qué puedo hacer ¿Cuándo empezó la actividad económica de tu empresa; antes o después del matrimonio?

Parece que se lo piensa un instante.

—Después —dice finalmente.

—¿Él participó de manera regular con o sin contrato en la actividad de la misma?

—Sí.

—¿Hubo inyección de dinero familiar destinado a la empresa?

—Vamos, que también le corresponde la mitad, ¿no? —dice cabreada y asiento— ¿aunque solo yo trabaje en ella?

—Podría reclamar el dinero aportado o el cincuenta por ciento de la participación de la empresa ya que su inicio tuvo lugar después del matrimonio y se inyectó dinero de la sociedad matrimonial.

—Cojonuda la justicia...—dice— con perdón de la palabra. Me lleva a la

ruina y encima tengo que pagarle —suspira— ¿Hay algo que pueda hacer para que eso no sea así?

—Vamos a esperar a hablar con la otra parte, ¿de acuerdo? Vamos a intentar agotar la vía amistosa, que normalmente no hace falta llegar a más —miento—, y en cuanto me conteste su abogado, hablamos tú y yo, ¿te parece?

Elena suelta todo el aire de sus pulmones y asiente.

—Intenta que no se alargue demasiado, necesito pasar página, por favor. Como sea.

Capítulo 20

Después de llevarme toda la tarde en el despacho redactando el acuerdo amistoso de separación de Elena a base de cafés y dolor de cabeza, busco en el informe judicial quién es el compañero contrario. Álvaro Delgado. No puedo evitar sonreír. Fue compañero de carrera y estuvo en nuestra boda. Hacía tiempo que no leía su nombre. Guardo la propuesta en Drive y cierro el portátil. Me acomodo los auriculares y salgo del despacho. En el de Gonzalo aún hay luz, pero paso de largo. Imagino que él también puede escuchar mis pasos por el pasillo. El resto de despachos están vacíos, parece que ya se les ha pasado la tontería del tejano. Por fin. A saber con lo que me encuentro ahora.

Mientras camino hacia el coche, entre mis contactos, busco a Álvaro. Cuando lo encuentro, entro en su foto de perfil. Sigue igual, con su nariz y el pelo ese que parecía que no iba a aguantarle, y ahí está, resistiendo ¿Se habrá puesto? La amplío. No creo, ahí se le ve un poco de cartón. Aun así, es de estas típicas personas que son iguales con veinte años que con cuarenta. Pulso en llamar y me guardo el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—Lucía, ¿qué tal? —pronuncia con asombro— Benditas las orejas que te escuchan.

—Buenas tardes, Álvaro, yo también me alegro de escucharte.

—¿Qué de tiempo, no? No sé nada ni de ti, ni de tu marido. Bueno, ni de la niña, ¿cómo estáis?

—Ex marido.

—No fastidies...

—Sí que hace tiempo que no sabes nada de nosotros, sí. Pensaba que al menos mantenías el contacto con él.

—Bueno, con él sí, pero muy formal, no me había comentado nada. Siento si he metido la pata, mujer —dice apresurado—, me siento un poco mal ahora.

¿De verdad hablas con alguien que estuvo en tu boda y que conoce a tu mujer y no le cuentas que te has separado?

—Nada, qué va, tranquilo —sonríó mientras abro el coche a distancia.

—¿Sigues en el bufet con él, no? —pregunta interesado.

—Sí, sí, ha sido una ruptura estrictamente personal, no ha afectado a lo profesional.

—Vaya... yo que te iba a ofrecer venirte a mi equipo.

Sonríó complacida encendiendo el motor del coche. Él sabe mantenerse en silencio esperando mi reacción.

—Gracias, Álvaro, me alaga.

—Eso es que no, ¿no?

Doy marcha atrás para incorporarme a la carretera.

—De momento no. Pero lo tendré en cuenta.

—Pues estoy buscando a una abogada matrimonial que sea tan buena como tú, así que piénsatelo. Bueno —se aclara la voz— ¿a qué debo el honor de tu llamada entonces?

—Pues el honor se debe a que represento a la mujer de un cliente tuyo.

—No fastidies, ¿volvemos a encontrarnos?

—Sí —me río.

—La última vez me diste un buen repaso.

—De eso hace mucho, Álvaro.

—Pues te la tengo guardada, que lo sepas. De hecho, me pasé al mercantil durante un buen tiempo, y ahora he vuelto al matrimonial, hace muy poquito —vuelve a aclararse la voz, imagino que no ha dejado de fumar como un carretero—, ¿Tú no has dejado nunca el matrimonial, no?

—No, soy muy aburrida.

—Entonces me llevas años de ventaja, que sepas que voy a ponerme a estudiar —su sonrisa se ahoga en una tos— ¿imagino que representas a la mujer del señor Vázquez, no?

—Sí, he redactado un acuerdo amistoso.

Me incorporo a la A4 y aprovecho para encender las luces, el sol empieza a esconderse al final de la carretera.

—Muy bueno tiene que ser ese acuerdo para que lo aceptemos, Lucía, ¿lo sabes, no?

—Ya... imagino. Mi clienta está en una situación poco ventajosa. Por cierto, mi clienta necesita que el señor Vázquez se lleve al perro del domicilio

conyugal. No sabe qué hacer con él.

—Se lo comunicaré, pero sin domicilio propio, no es un asunto que dependa de mi cliente.

—En dos días necesita que el perro tenga un hogar, o lo dejará en la perrera.

—En ese caso, si su clienta no quiere responsabilizarse del ser vivo que actualmente la familia tiene a su cargo, y ante la imposibilidad de mi cliente de tomar dicha responsabilidad por falta de vivienda propia, reclamaré que sea mi cliente quien haga uso del domicilio conyugal.

Aprieto la mandíbula.

—Mi clienta dice que el animal es propiedad exclusiva del señor Vázquez. Álvaro esboza una risa ronca.

—¿Existe algún documento que lo acredite?

—En el chip del animal —me invento y aprovecho que no lo tengo delante para arrugar el rostro.

Silencio. De los nervios, tengo que secarme las palmas de las manos en el pantalón. Lo escucho respirar con trabajo al otro lado de la línea.

—Se lo comunicaré a mi cliente.

Celebro mi victoria sin que él pueda escucharme. Ahora solo espero que lo que acabo de inventarme sea cierto.

—Estupendo. Dos días —insisto para crear presión y poder sacar al perro de allí antes de que pueda comprobar si tiene o no chip.

—Espero el correo con su oferta, señorita Martínez. Ya ha podido usted esmerarse con la misma.

¿Señorita Martínez?

—Buenas noches, señor Delgado —contesto.

Los dos nos quedamos en silencio aguantando la línea. Lo escucho reírse.

—El señor Delgado ha colgado, al habla Álvaro otra vez —anuncia.

—Qué serio te pones cuando quieres, hijo —respondo sintiendo aún los nervios en el estómago.

—Voy a por ti, que lo sepas —dice divertido.

—No vas a poder seguir mi ritmo.

—Ya veremos —amenaza—, por lo pronto, espero que el perro tenga chip.

Y no me deja tiempo para contestar. Me cuelga. No puedo evitar reírme al comprobar cómo se pica. Va a ir a por todas. Me lo imagino empapándose de leyes esta misma noche.

Sin darme cuenta, me descubro ya aparcando el coche frente a casa. A punto de dar las nueve. Menos diez, según mi reloj. Desde fuera, la casa parece en orden. Nada de fiestas ni cosas extrañas. El teléfono vuelve a vibrar en mi pantalón.

Llamada entrante: Natalia.

* * *

—¡Hombre, por fin das señales de vida! —me recibe al otro lado de la línea.

Yo termino de desperezarme intentando recomponer el gigantesco nórdico de la enorme cama del hotel.

—*Comment ça va, Lou?*

—Pues no sé, dímelo tú —me recrimina—, ¿por qué no me has cogido el teléfono en todo el día?

—A ver si te crees que estoy aquí por diversión, yo he venido aquí a estudiar y trabajar duro, *mademoiselle* —le digo incorporándome sobre la cama.

Desde donde estoy, puedo ver al niño francés de ojos azules preparar el jacuzzi vestido solo con sus calzoncillos negros.

—Natalia, ¿has hablado con Cash?

—Claro, ya me ha contado la fiesta que os habéis montado.

Me acomodo el móvil entre la oreja y el hombro y alcanzo el teléfono de la habitación.

—¿Qué te ha contado qué?

—Que eres una aburrida que parece que no has visto a un hombre desnudo en tu vida

—¿Te ha dicho que soy una aburrida?

—No, eso te lo digo yo —le digo al mismo tiempo que descifro como llamar a recepción.

—¿Y él?, ¿qué te ha dicho él?

—Él te está preparando una sorpresa para cuando llegues.

—¿Cómo una sorpresa? ¡Natalia, no!

—¡Sí!

—¡No!

—*Bonne nuit* —contesto por la otra línea—, uh... *je veux un menu pour deux personnes...*

—¿Qué dices, Natalia?

—Un momento, que no es contigo, pesada —le digo, vuelvo al fijo— *Excusez-moi, et une bouteille de vin, un bon vin. Merci* —el francés me hace una señal para que vaya con él al jacuzzi. Lo observo quitarse los calzoncillos e introducirse en la espuma del agua— ¿Perdone? Mejor esperen una hora, d'accord? —le digo antes de colgar sin saber muy bien si lo ha entendido.

—¡Natalia, que me voy a dormir a un hotel, eh!

—Lucía, deja de decir tonterías. Ve a casa, cierra los ojos y déjate llevar.

—¿Qué me deje llevar? —Se ríe— ¿Tú has visto las cosas que le gustan?

—Lucía, a él le gusta lo que le gusta a todo el mundo y más te hace falta a ti —le digo levantándome de la cama completamente desnuda.

—¿Ah, sí?, ¿Qué me hace falta a mí?

Recorro el suelo aterciopelado de la habitación hasta el baño. El francés sonrío saboreando mi cuerpo con sus ojos, mordiéndose el labio mientras observo cómo se toca bajo el agua.

—Follar.

—¿Perdón?

Me acerco a él y coloco un pie sobre el jacuzzi. Él se incorpora sin dejar de tocarse con una mano y con la otra, recorre mi pierna llenándola de espuma. El tacto caliente del agua hace que mis sentidos se estremezcan y mi equilibrio tiemble. Luego besa mi pie y con su lengua recorre toda mi piel hasta la rodilla. Me alejo el móvil de la oreja y lo dejo en el interior de los bolsillos de uno de los albornoces que el niño ha preparado.

* * *

—¿Natalia? —me retiro el móvil.

No puede ser, otra vez me ha colgado. Con cuidado, saco la llave de la cerradura intentando no hacer ningún ruido y darme media vuelta hasta el coche. A saber lo que hay ahí dentro. Si recién levantado se me ha plantado delante de mí desnudo, a saber qué tiene ahora preparado. Mientras bajo los escalones de mi casa, busco noches de hoteles en *Google*.

—Oye, oye —una voz justo delante de mí.

Una sombra en la cancela. Eduardo.

—Sorpresa —sonríe enfundado en un traje oscuro al otro lado de la cancela.

—Sí que lo es, sí —pronuncio sin ser capaz de diseñar un plan a contrarreloj.

Se acerca a mí con las manos tras la espalda. Tres pasos. Dos pasos. Se detiene frente a mí. Tengo que mirar ligeramente hacia abajo. En una de sus manos escondía una botella de vino. Una sonrisa deja entrever sus dientes poco uniformes para ser odontólogo.

—He pensado que como los dos hemos tenido un día duro, podríamos relajarnos con un poco de vino y...—con la otra mano me ofrece una bolsa roja de papel.

Sin saber qué decir, meto la mano en la bolsa y de ella saco una versión limitada de *Orgullo y Prejuicio* en DVD.

Su risa aguda interrumpe el silencio. No estoy segura de haber parpadeado desde que lo vi porque me empiezan a escocer los ojos.

—¿Qué te parece? —pregunta inseguro.

Solo me sale sonreír. O sea, no sé. ¿Qué haces aquí?, ¿y el otro ahí dentro?, ¿y yo?

—Bueno, no hace falta que digas nada.

Y sin que mis reflejos puedan reaccionar, aunque puedo ver en cámara lenta como sus labios se acercan a mí, no puedo hacer nada por evitarlo, a mi cerebro no le da tiempo de procesar tanta información. Es el tacto de sus labios recién afeitados y el sabor cítrico del *aftershave* el que me devuelve a la realidad de aquel momento. Sus labios sobre los míos, sus ojos cerrados, sus pies ligeramente de puntillas. Suena el cerrojo de la puerta de mi casa. Lo aparto de mí con mis manos. La puerta se abre. Aparece Cash en el interior. Sin camiseta. Me mira. Y yo a él. Y luego a Eduardo. Y Eduardo a Cash. Y Cash a él. Y yo a ellos. Y ellos a mí.

Capítulo 21

—¡Hermanito! —Improviso abrazándome a Cash— ¡Qué bien que ya estés aquí!

Lo siento quedarse rígido entre mis brazos.

—Hermanita —titubea Cash—. Qué sorpresa.

—¿Qué tal el viaje? Te voy a presentar a un amigo —digo sin darle tiempo para responder—. Cash, te presento a Eduardo. Eduardo, él es Cash; mi hermano.

Los dos hombres se miran con la misma expresión de desconcierto. Ninguno sabía de su existencia hasta ese mismo momento.

—Buenas noches, encantado de conocerte...—Eduardo da un paso hacia él para ofrecerle la mano mientras duda en pronunciar su nombre.

—Cash —le recuerdo yo.

—Cash —repite él—, encantado.

Cash le estrecha la mano sin dejar de mirarme a mí.

—Eduardo, eh —se aventura al final—, mi hermanita me ha hablado muy bien de ti —pronuncia.

—¿Sí? —Eduardo se sorprende manteniendo la sacudida de manos— ¿Te ha hablado de mí? No me lo creo.

—Sí, mucho —insiste sin dejar de apretarle la mano.

—No, hermanito —digo acariciándome el lóbulo de la oreja—, no te he hablado de él.

—Sí que me has hablado, hermanita —dice mirándome a mí—, ¿no?

—No, no te he hablado de él —pronuncio con una sonrisa fingida.

—Ah, no, no me ha hablado de ti —rectifica Cash, que sigue sacudiendo la mano de Eduardo.

—No te preocupes —sonríe Eduardo sosteniendo la mano de Cash—, te entiendo, Lucía, no te preocupes...

—No de verdad, es qu...

—Tranquila —me interrumpe continuando con el apretón de manos de Cash —, yo tampoco me lo he podido callar.

—¿Cómo? —al final tengo que ser yo la que les separe las manos, me están poniendo de los nervios— ¿Qué no te has podido callar?

—Pues que tú y yo —sonríe nervioso—... ya sabes, no quiero que te moleste, pero se lo he contado a mi hijo —no sé qué cara debo poner, que se le cambia la suya—. A ver, solo le he dicho que estoy conociendo a una mujer. Pero le ha hecho más ilusión... quiere conocerte —continúa, yo cierro los ojos llevándome dos dedos al entrecejo—. Me ha dicho que podemos quedar con su nueva novia, los cuatro —no puede evitar sonreír emocionado.

Cash ahoga una risa en la garganta. Eduardo y yo lo miramos, él se hace el distraído.

—El hijo tiene nueve años, Cash.

—Sí, pero es muy mayor de mente, eh —se precipita a explicar—. Estas cosas las entiende con una facilidad... pero no te veas obligada a hacerlo, de verdad —vuelve a girarse hacia mí—, estábamos hablando de mujeres y bueno, surgió la conversación, pero seguro que mañana ya no se acuerda.

—Sí, si se acuerda —suspiro—, esas cosas a los niños no se le olvida.

—Con todo el respeto... ¿Cash, no? —El tejano asiente—, no entiendo a tu hermana —yo arrugo el ceño esperando a ver qué va a decir— mira, llevamos unos tres meses...

—Bueno, tres meses...—interrumpo yo.

—Hablando llevamos tres meses ya —porfia— y todavía se empeña en que no se entere nadie de lo nuestro, como si estuviéramos haciendo algo malo, ¿sabes? ¿Tú crees que estamos haciendo algo malo?

Cash le sigue el rollo y niega repetidas veces con la cabeza. Yo le doy un manotazo en el antebrazo.

—Eduardo, ¿crees que el mejor momento para hablar de esto es delante de mi hermano?

—Ella es que siempre ha sido muy reservada... vamos, a mí no me cuenta casi nada —dice Cash ignorándome, mi mirada lo atraviesa.

—Eso es algo que me encanta de ella, eh —dice—, es muy, ¿cómo te digo? Introspectiva, piensa mucho las cosas antes de decirlas, ¿sabes lo que te digo?

—Sí, te entiendo —Cash se acaricia la barba—, pero tiene sus cosas, te lo digo yo que la conozco bien.

Tengo que hacer fuerza con los labios para que no se me escape una risa.

—Lógicamente, yo tampoco soy perfecto. Que seguro que te ha contado cosas que no le gusten de mí —se ríe encontrando la complicidad de Cash en una sonrisa—, pero, ¿sabes qué te digo? Que ya todo el mundo me ha visto pasarlo mal por mi divorcio, ¿sabes? Mis compañeros de trabajo, mis amigos, mis padres, mi hijo también. Yo me he llevado meses sin ver a mi hijo hasta que se celebró el juicio, ¿sabes? Iba a verlo a escondidas en el recreo jugándomela a que los profesores le dijeran algo a la madre... imagínate, ella lo sabe —me señala con la mirada, luego se aclara la voz para continuar— y ahora me apetece decirle a la gente que estoy feliz, me apetece decirle al mundo, y a mi niño, que he conocido a una mujer como tu hermana. Pero no hay manera...

—Si el problema no son los niños, Eduardo...—digo más para mí misma que para él— No me creo que estemos hablando de esto delante de él.

—Tu hermano no se va a asustar por estas cosas, él también tendrá sus movidas con las mujeres, ¿no?

Cash sonrío para sí mismo.

—Si yo te contara...

—Pues mira, él tampoco me cuenta a mí nada de sus movidas con sus ligues.

—¡Mujeres —Eduardo le da una palmada en el hombro—, que no podemos vivir con ellas...!

—¡Ni sin ellas! —continúa Cash.

Yo me quedo cruzada de brazos en medio de los dos.

—¿Entramos? —propone Eduardo— Que tu hermano va a coger frío.

—Sí, es que es de un exhibicionista...

—Déjalo, si yo tuviera esos pectorales, también iría todo el día sin camiseta —sonríe—, ¿eres el pequeño de los dos, no?

Cash y yo nos miramos. Con una mirada le digo que le responda. Cash se encoje de hombros. Eduardo se gira hacia nosotros.

—No —me aventuro yo invitándolo a entrar en casa.

—¿No? —Se sorprende al pasar por delante de él; le saca una cabeza y medio cuerpo—, ¿qué edad tienes?

—Me quedé en los treinta y cinco —responde Cash—, desde entonces no he vuelto a cumplir años.

A Eduardo le hace gracia y parece que se convence.

—Yo también quise dejar de cumplir años, pero mírame, nadie me creería

—dice quitándose la corbata—. Desde que me divorcié empecé a hacer deporte, ¿sabes? Yo antes era fumador, no me movía casi nada...

—¿Qué te había dicho de la camiseta? —le susurro cuando paso justo enfrente de él.

—Pero...—intenta protestar, pero yo no lo dejo.

—Ve a ponerte una ahora mismo —le ordeno haciéndole una carantoña cuando Eduardo se gira hacia nosotros.

No sé qué nos estaba contando.

—Más cariñosa, mi hermanita —me sonrío pellizcándome una mejilla delante de Eduardo.

—Por cierto, qué bien huele, ¿no? —dice Eduardo dejando la chaqueta sobre el perchero.

Con los nervios no me había ni fijado en el olor. Y es verdad que huele bien. Lanzo una mirada rápida a la cocina. Luego miro a Cash, que se encoje de hombros.

—Estaba preparando la cena —dice.

—Hijo mío, lo tienes todo —dice Eduardo remangándose una camisa que le queda ligeramente grande—; pelo, deportista, un tío sano y encima sabes cocinar. ¿Seguro que eres su hermano, no? Porque no tendría nada que hacer con un tío como tú —sonrío buscando nuestra complicidad.

Nosotros mal fingimos una precipitada risa conjunta.

—Puedes estar tranquilo, es mi hermano, hermano —digo en mitad de aquella risa de Óscar— ¿Quién iba a ser si no?

—¡Un desconocido! —continúa Cash que me busca con su codo.

—¿Te imaginas? —Finjo que no puedo parar de reír apoyándome en él— Un desconocido que cuando llego a casa me tiene la cena hecha.

—Y un baño caliente preparado —me mira Cash siguiéndome el rollo.

—¡Sí, con espuma y pétalos! —me río como la que está a punto de orinarse encima.

Intento invitar a Eduardo a nuestro club de la risa falsa, pero lo descubro mirándonos con una sonrisa a medias.

Cash y yo no tardamos en recomponernos.

—Qué surrealista...—digo en los últimos coletazos de aquella risa, lo que no sabe Eduardo es cuánto esconde de verdad esta frase.

—Voy a ir a lavarme las manos —nos interrumpe—, ¿el pasillo a la derecha?

—Sí —le digo limpiándome unas lágrimas inexistentes.

—¡No! —Interrumpe Cash sobrecogiéndonos— Usa el de arriba, mejor — Eduardo y yo lo miramos mientras él improvisa algo rápido—. El de abajo lo he usado yo para...—no encuentra la excusa y lo intenta explicar con las manos sin mucho éxito, yo tampoco lo entiendo.

—Oh, no te preocupes. Usaré el de arriba —dice—. Sí, hay un virus, ¿sabes? A mí me lo pegó mi hijo, he estado fatal de la barriga.

—Para depilarme —corrige Cash.

—Ah, ya veo —se sonroja—, yo también me depilo, ¿sabes? —conviene—. Bueno, alguna vez. Pero tengo la piel sensible, ¿sabes? Se me irrita — empieza a subir las escaleras—. Y luego además me sale con más fuerza, un desastre. Dicen que el hombre, como el oso: cuanto más pelo, más hermoso — dice antes de perderse en la primera planta.

Finjo que me hace gracia hasta que desaparece.

—Cash, ¿qué hay en el baño? —me giro hacia él.

—Fue idea de Natalia —dice levantando las manos.

—La mato —exclamo al techo enfilando el pasillo hacia el baño.

Al abrir la puerta, un dulce olor a vainilla me golpea la nariz. Lo primero que puedo ver en el interior a oscuras de la habitación, es el reflejo de unas velas deslizarse entre la humedad de los azulejos. Luego una alfombra beige aterciopelada dispuesta en el suelo. El vapor desprendiéndose del agua de la bañera y una fina capa de pétalos rojos sobre la misma. Justo a un lado de la bañera, una mesilla de mimbre con aceites y cremas. De fondo, un piano y un saxofón.

—No...—digo para mí misma.

—Sí —dice la voz de Cash detrás de mí.

—¿Sí, qué? —me giro hacia él.

—No sé —se encoge de hombros.

—¿Cómo que no sabes? ¿Y esto?

—Yo creo que Natalia no sabía nada de tu...—su mirada busca a Eduardo en la planta de arriba.

—Ni lo va a saber —le sugiero a Cash, este niega—. Porque no hay nada que saber.

—Nada —sonríe.

—Nada de nada —insisto, seria.

—Nada de nada —rectifica.

—Nada —digo, tajante.

Cash se sella los labios con dos dedos. En ese momento, suena la cisterna y la puerta del baño de la primera planta se abre.

—¿Pero sigo siendo tu hermano, no? —odio cuando usa este tonito.

—Sí. Y no improvises, tú déjame a mí. Y sube a por una camiseta.

Cash se da media vuelta y yo no puedo evitar fijarme en esos vaqueros perfectamente caídos sobre sus glúteos y en su espalda morena salpicada de lunares, mientras se recoge su melena para ajustarse el moño. Entro en el baño para apartar mis ojos de él y para apagar la música. Y me quedo allí mirando todo aquello con cierta frustración. Por un momento, me imagino desnuda dentro del agua tomándome un gin—tonic mientras Cash, con sus rudas manos de vaquero tejano impregnadas en aceite de coco, me masajea los pies. Lo imagino cubierto por una diminuta toalla de la que se desprendería para introducirse en el agua. Lo acogería entre mis piernas, el agua se desbordaría. Sentiría sus fuertes brazos apoyarse sobre el suelo de la bañera, su pecho sobre el mío, su respiración sobre la mía.

—¿Lucía? —la voz de Eduardo me sobrecoge y yo me precipito a cerrar el baño con un sentimiento de culpa repentino— Huele como a vainilla, ¿no?

—Sí.

Las rodillas me tiemblan al dar los primeros pasos y yo culpo a los tacones delante de Eduardo.

—Por cierto, los zapatos se dejan en la entrada —aprovecho para transmitirle la reciente norma de mi casa.

—Oye, ¿qué te iba a decir? —se acerca a mí en tono confidencial— ¿Tú me habías comentado antes que tenías un hermano?

—Creo que no —respondo tras hacer falsa memoria.

Eduardo suspira aliviado.

—¿Se habrá tomado a mal mi visita? Lo he notado un poco... serio.

Yo pongo cara de incertidumbre e intento no reírme de la que pone él.

—No llevó bien mi separación...

—Entiendo, ¿era muy amigo de Gonzalo?

—No, que va...—intento ganar tiempo acercándome a él para darle un aire misterioso— ahí donde lo ves, es muy religioso —improvisó—. No lleva bien lo de las relaciones fuera del matrimonio y esas cosas —me aclaro la voz mientras juego con los botones de su camisa— es muy ortodoxo.

Se separa de mí con una risa irónica.

—Será que él no lo ha hecho nunca.

—Que yo sepa, no.

Se queda sin saber qué decir.

—¿Es...? —no sabe cómo continuar.

—¿Es qué?

—Que si es... ya sabes —baja el tono de voz mirando hacia las escaleras—, ¿estricto con eso, ya sabes?

—No te sigo, Eduardo —yo también bajo el tono de voz.

—Que si es virgen —susurra.

Tengo que ahogar una risa. No puede ser que lo haya interpretado por ahí. Anda que si supieras lo que le gusta.

—No, o sea, sí, no sé...—siento que me pongo colorada de aguantarme la risa—, lo que quiero decir es que cuidado con lo que haces.

—Lucía, por Dios, ¿qué iba a hacer yo?

—Por si acaso.

—¿Tus padres también son así ortodoxos? —no sé por qué habla tan bajito.

—Viene de familia —tengo que dejar de mentir.

—Claro —dice pensativo—, ahora entiendo tu discreción —yo le respondo con una sonrisa, él me coge las manos—. Perdóname, no lo sabía —dice muy arrepentido.

—Pero tampoco hace falta que te comportes de ningún modo diferente, simplemente...

—No te preocupes, tuve una *novieta* del Opus —dice en plan confidencial guiñándome un ojo—. Confía en mí.

Yo cierro los míos en un largo suspiro. Qué Dios me coja confesada, nunca mejor dicho.

Capítulo 22

Eduardo y yo nos miramos por encima de los platos que Cash ha preparado mientras escuchamos su descripción. De entrante, una *Vichyssoise* con base de puerro, patata, cebolla y nata, rematada con una hoja de albahaca en la presentación. Una completísima *Salade Niçoise* de primer plato y de postre una *Tarte Tatin* de manzana y pera, hecha con edulcorantes naturales, que reposa en la nevera. Viendo el origen francés de todos los platos, puedo hacerme una idea de quién está también detrás de la cena.

—¿Qué buena pinta tiene todo, no? —pronuncia Eduardo frotándose las manos.

—Mucha —convengo—, ¿empezamos?

—Por supuesto —dice Cash agarrando la cuchara para probar la *Vichyssoise*.

Eduardo carraspea haciendo que Cash suelte de nuevo la cuchara sobre el plato. Luego nos ofrece sus manos. Cash y yo nos miramos sin saber muy bien qué ocurre.

—¿Quieres empezar tú a bendecir la mesa tú, Cash? —propone.

Cash parpadea perplejo buscando mi mirada. Tengo que aguantarme la risa.

—Por favor...—le animo tomándome la mano— en casa siempre lo hace él y nos encanta.

Cash no sabe dónde meterse. Eduardo y yo bajamos la cabeza y cerramos los ojos esperando a que Cash bendiga la mesa. Antes de hacerlo se aclara la voz.

—Gracias, Señor, por los alimentos que nos ofreces en tu nombre...— improvisa y parece que no sabe cómo continuar.

—Bendice a nuestro cocinero —añade Eduardo—, por dedicarnos su tiempo y su talento. Bendice también a Lucía, por ser una maravillosa anfitriona.

—Y bendice a esta pareja —pronuncia Cash— basada en la sinceridad y

en la confianza —yo le aprieto la mano para que no siga por ahí—, para que sean muy felices y pronto puedan hacer pública su unión espiritual.

Cash recepciona mi mirada asesina con una sonrisa traviesa.

—Amén —pronuncia Eduardo.

Los dos me miran en silencio. Eduardo me hace una señal enarcando las cejas.

—Amén —digo yo finalmente intentando deshacerme de las manos de los hombres, pero no me lo permiten. Vuelven a cerrar los ojos. Yo tengo que coger aire para no explotar.

—Bendice a Eduardo por agradarnos con su visita; y a mi hermanito pequeño que tanto quiero y que tanto —alargo esta palabra especialmente— voy a echar de menos cuando se vaya con su prometida Nat por ahí muy lejos. Amén.

Sé que Cash me mira, yo me esfuerzo para no devolverle la mirada.

—Así que prometida, eh —conviene Eduardo, que aprovecha tener las manos libres para sacar de su bolsillo un pastillero—. Por el nombre imagino que no es de aquí.

—No, es francesa —le digo yo.

Eduardo selecciona minuciosamente tres pastillas que coloca una a una sobre la mesa.

—Ahora entiendo el menú —conviene volviendo a cerrar el pastillero—. ¿Estás practicando, no?

—Sí, de hecho mi visita ha sido justo para decírselo a mi hermanita en persona. Será dama de honor —me acaricia el antebrazo—, pero claro, igual tenemos que incluir un cubierto más en la mesa, ¿no, hermanita?

Le doy un pisotón en el pie que él no parece ni sentir. Eduardo casi se atraganta con el agua para bajar las pastillas.

—No —desestima con una risa nerviosa—, tu hermana no querría...— juega con sus cubiertos sin mirarnos a los ojos, yo intento dejar pasar aquella conversación—, ¿dónde es la ceremonia? Por curiosidad simplemente, eh.

Yo me masajeo el entrecejo con dos dedos, atención que viene otra historia.

—Aquí —dice—, en un rancho. Va a ser todo muy medieval. Todavía le tengo que enseñar a montar a caballo.

—Sí, él se dedica a la doma de caballos —pronuncio con el mismo tono que usa él a veces, mientras acabo con la *Vichyssoise*. Muy buena, por cierto,

pero no le digo nada para que no se lo crea.

Eduardo, alucinado, no sabe qué decir. No sé cómo se puede creer todo esto. No sé si es peor que mis compañeras.

—*Guau...* —sonríe—, nuestras bodas no fueron tan a lo grande, ¿verdad, Lucía? Al menos la mía —dice.

—No, desde luego que no —asiento.

* *

—*Gonzalo, ¿aceptas a Lucía como tu esposa? ¿Prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, amarla y respetarla todos los días de tu vida?*

Gonzalo me mira con una sonrisa emocionada. Antes de hablar coge aire.

—*Sí, quiero* —dice, no puede evitar que le tiemble la voz.

El cura asiente, luego me mira a mí. Antes de que comience a hablar, ya siento que me falta el aire. Los nervios me ensordecen los oídos, me sé el texto de memoria y puedo leerlo en sus labios, pero no escucharlo. Deja de hablar. Sé que tengo que hacerlo yo. Intento coger aire, pero siento que el velo me asfixia. Gonzalo busca mi mirada. Observo sus lágrimas suicidas atravesándole las mejillas. Detrás suya, encuentro a su familia, agarrada de las manos. Me giro hacia el otro banco. Hacia mi padre y su semblante altivo e inalterable que evita mirarme a la cara. Hacia mi madre y su mirada de súplica mientras se seca las lágrimas con su pañuelo. Vuelvo a la incertidumbre de los ojos de Gonzalo, que me coge de la mano, pero la mía huye de la suya a mi vientre.

—*Sí, quiero* —miento, resignándome a ser de quien llevo toda la vida huyendo.

Siento los labios de Gonzalo acercarse a los míos. Sus brazos rodearme y estrujarme. Siento el revuelo a mi alrededor, a la gente abrazarse, llorar, reír. Siento su mano agarrar la mía para caminar por un pasillo repleto de gente que nos felicita, de flashes, de manos que tiran del traje, que intentan tocarme, de besos desde la distancia. Siento el sol deslumbrar mis ojos. La lluvia de arroz sobre mi cabeza. Los gritos, el bullicio. Pero sobre todo, siento que mi vida deja de ser mía. Siento el vacío inundarlo todo.

* *

Es la melodía de un móvil la que me arrastra de aquel momento en el que cambió mi vida.

Es el de Eduardo, que sonrío enseñándonos que es su hijo quien le llama.

—Disculpadme un segundo —su felicidad me produce cierta ternura.

Al mirar a mi alrededor, como quien despierta de un ligero sueño, descubro que la comida se ha acabado. Los hombres se lo han comido todo. Yo tan solo he picoteado la ensalada.

—¿Estás bien? —pregunta Cash, yo solo asiento— Te has quedado así como ida, ¿no te ha gustado la ensalada?

—Sí, estaba rica —sonrío intentando recomponer mis emociones—. Venga, te ayudo a recoger la mesa.

Me levanto y con la maña de quien ha sido camarera durante siete años de su vida, cargo los platos y los dejo en el fregadero en un solo viaje.

—Oye, Lucía, yo me voy a ir subiendo al cuarto de tu hija para dejaros un poco de intimidad.

Yo niego con la cabeza mientras vierto los restos de comida en la basura.

—¿Cómo qué no?

—Que no, tú te quedas con nosotros.

—Pero Lucía, ¿qué pinto yo ahí en medio? ¿Os toco el violín?

—Y dale, que no es mi novio. Tú te quedas aquí sentadito con nosotros.

—Pero...

—Y ya está.

—Qué...

—Ahí.

—Lucía...

—Sentadito. Ya. Se acabó. Shhh —al final se da por vencido y se encoge de hombros—. Un poco de palique, *ji-ji*, *ja-ja*, y para casa, que mañana madrugamos todos.

—Yo no entiendo tus relaciones, Lucía —dice arrugando el morro.

—Ni yo las tuyas y aquí estamos.

—¿Qué sabes tú de mis relaciones? —dice cruzándose de brazos.

—¡Oh! —No puedo controlar una risa— Mucho, mucho —contesto

alargando las vocales.

—Pues anda que las tuyas...

—¡Ay, mi hermanito! —le riño cariñosamente al sentir que Eduardo deja de hablar por teléfono y viene hacia nosotros— ¿Cuántas veces te he dicho que a tu hermana mayor no se le protesta? —busco la aprobación de Eduardo — Estos niños, que nunca van a aprender. ¿Qué tal con tu nene?

Se acerca con una sonrisa en el rostro.

—Bien, le encanta contarme qué tal le ha ido en el cole, ¿sabes qué me ha dicho?

Yo niego. Siento nervios. O miedo. O ambas cosas. Él camina hacia mí, me coge por la cintura y pega su cuerpo al mío. Yo miro a Cash de reajo.

—Me ha dicho que mañana lo lleva la abuela al cole —una sonrisa baila en sus labios—, ¿sabes qué significa eso? —por mi expresión deduce que no — Que puedo quedarme a dormir contigo esta noche.

Siento cómo se me seca la garganta. Busco a Cash para que me saque de esta.

—¿Te apetece? —pronuncia esperando una respuesta. Con los ojos consigo hacerle una señal para que recuerde que el ortodoxo de mi hermano está delante— Quiero decir —se recompone—, si a tu hermano no le importa, claro.

Aprovecho para escurrirme de entre sus brazos como una culebrilla.

—A mí...—se queda en silencio al verme hacerle señas como una loca.

Yo me precipito a hacerle todo tipo de gestos en todos los idiomas que conozco y que soy capaz de inventarme, para hacerle entender que diga que sí, que le importa muchísimo.

—A ver...—rectifica sin entender nada, yo le hago un guiño de ojos para que continúe por ahí, un guiño de ojos que justifico delante de Eduardo como un picazón repentino—, yo... no sé, realmente...

Eduardo me mira a mí totalmente contrariado. Yo, sin palabras, le digo “*te lo dije*”.

—Lucía, ¿de verdad voy a dormir en el sofá?

Termino de prepararle el sofá.

—Mi hermano es muy tradicional, ya te lo he dicho.

—Lucía, me estás tomando el pelo —yo me quedo mirándolo muy seria—.

¿Quieres que suba y hable con él? ¿Le pido tu mano?

—Eduardo, por favor.

—Es que entonces me voy a dormir mejor a mi casa en una cama de verdad —protesta.

—¿Y demostrarle a mi hermano que solo querías quedarte a dormir por el sexo? —me quedo mirándolo muy seria— Eso diría mucho de ti, Eduardo.

Él se queda mirando el sofá con las manos en la cintura. Luego da un largo suspiro.

—No me creo que esté haciendo esto con casi cincuenta tacos, de verdad.

—Es solo por unos días —le digo.

—¿Y puedo subir más tarde? —dice— Sin que se entere.

—Eduardo...

—Está bien, está bien... con la iglesia hemos topado, Sancho.

—Toma, aquí tienes agua por si te entra sed por la noche.

Se sienta en el sofá y empieza a desabrocharse el cinturón del pantalón con notable desgana.

—Buenas noches —le doy un beso en la frente.

—Buenas noches —dice a regañadientes.

Antes de subir las escaleras, observo a Eduardo dejarse una camiseta interior blanca para dormir, e introducirse entre el sofá y las sábanas con gesto frustrado. Lo dejo a oscuras y empiezo a caminar hacia mi cuarto. Cuando llego a la puerta de la habitación de mi hija, llamo con tres golpes suaves y espero a que Cash me dé permiso. No responde. Compruebo que hay luz bajo la puerta. El suelo cruje al otro lado. El pomo se gira y la puerta se abre. Mis ojos quedan a la altura de su pecho nuevamente desnudo, tengo que escalar por él hasta sus ojos.

“*Gracias*”, gesticulo uniendo mis manos frente a mis labios.

—Ya me dirás por qué, hermanita —susurra.

Posa una mano en mi nuca y me arrastra ligeramente hacia él para darme un beso en la mejilla.

Luego cierra la puerta y me deja en el pasillo. Yo miro hacia las escaleras. Escucho a Eduardo suspirar y empiezo a sentirme la peor persona del mundo.

Capítulo 23

Es el primer día en toda mi vida que no tienen que sonar todas las alarmas para despertarme. Llevaba ya una hora despierta antes de que sonara la primera. Me levanté como cuando me quedaba a dormir en casa de una amiga y me desvelaba antes de que lo hiciera el resto de personas. Recorrí todo el pasillo hasta el baño en apnea, para no despertar ni al hombre que tengo en el cuarto de mi hija, ni al que tengo en el sofá. No recuerdo haberme visto antes en una de estas.

Lo primero que hago es sentarme en el váter y preparar una compresa para cuando termine de hacer pipí, estoy a punto de ponerme mala.

—¿Lucía? —suenan una voz al otro lado de la cortina de la ducha que me corta todo el chorro.

Me precipito a levantarme de la taza de un salto al tiempo que me subo las bragas y me bajo el vestido.

—¿Cash?

—Shhh, no grites.

—¿Cómo que Shhh? ¿Qué haces ahí metido con el agua apagada?

—Espíarte —mis pensamientos cortocircuitan y solo consigo emitir un balbuceo—. Lucía, es broma, me estaba secando, ¿puedo salir?

—No.

Me coloco bien el vestido, guardo la compresa en el cajón y tiro de la cisterna.

—Ya, con la toalla, por favor.

Puedo escucharlo sonreír detrás de la cortina.

—No tenía intención de salir sin ella.

—Por si acaso.

Descorre la cortina. Aparece él y su porte con una toalla blanca anudada a

su cintura con el pelo mojado que le llega prácticamente por el pecho. Tengo que hacer un esfuerzo por despegar mis ojos de su cuerpo para mirarme a mí misma en el espejo, descubriéndome con los ojos hinchados y la melena de loca. ¿Es posible que él tenga mejor pelo que yo?

—Oye, Lucía —se aclara la voz saliendo de la ducha—, no sé si pedirte disculpas o no, sinceramente.

—¿Por qué? —pregunto intentando ganar algo de tiempo mientras abro el neceser de maquillaje.

—Pues...—suelta todo el aire— por tener a tu lo que sea Eduardo durmiendo en el sofá.

Me aguanto una risa para no aparentar ser mala persona. Prefiero no decirle que no tenía intención de dormir con él y que, de no haber sido por mi hermano ortodaxamente religioso, no hubiera sabido como decirle que no quería que pasara a mi cuarto. En cierto modo, tengo hasta que estarle agradecida. Lógicamente, no se lo voy a reconocer.

—Creo que deberíamos contarle la verdad —añade antes de que pueda decirle nada.

—Tú estás loco —contesto terminando de perfilarme los labios.

—Con tus amigas fue gracioso, tengo que reconocerlo, pero con tu novio...

—Y dale otra vez, que no es mi novio.

—Hombre, algo sois.

Suspiro guardando el maquillaje en el neceser.

—La culpa la tiene Natalia —le digo.

—No me cuentes más —dice saliendo de la ducha.

—Me registró en una página de estas de citas y ahí lo conocí.

—Me lo creo.

—Y tanto que te lo crees —le digo guardando el neceser en el cajón—, míranos a nosotros.

—¿Pero estáis saliendo o no?

Doy un largo suspiro y empiezo a sentirme mal conmigo misma.

—Yo qué sé...

—Él está hasta las trancas por ti.

Lo escrudiño de arriba abajo.

—¿Tu intención es ayudarme o hundirme un poco más en mi miseria como persona?

Se encoge de hombros haciéndose un hueco delante del espejo para

peinarse con sus manos.

—¿No te ha pasado nunca que lo único que necesitas es hablar con alguien? ¿Solo hablar? ¿Sin pretender llegar a nada más? —le digo volviéndome a sentar sobre la taza, vestida, claro.

—¿Y ver cómo poco a poco la otra persona se encariña y empieza a hacerse ilusiones? —continúa.

—¿Pero no quieres hablar de eso con esa persona para no hacerle daño?

—Bueno, para no hacerle daño y porque quieres seguir teniéndola a tu lado.

—Sí, porque aunque no quieras, yo qué sé, formar una familia con él, estás a gusto con ella, ¿no? Y te escucha, y le escuchas, y es todo lo que necesitas.

—¿Y te sientes mal contigo mismo por hacerlo, por ser un egoísta y tener la sensación de estar jugando con sus sentimientos?

—Como una mierda, sí —me resigno apoyando los codos sobre mis rodillas y mi cabeza sobre mis manos.

—No, no lo he sentido nunca —responde terminándose de acomodarse el pelo—, no sé de lo que me hablas.

—Pues eso —le confieso— y es que encima va y se lo cuenta a su hijo.

—Pues desacelera un poco porque vas a acabar casándote con él como sigas así.

—¿Y cómo lo hago? —cambio de postura apoyando mi espalda sobre el incómodo inodoro.

—Siendo sincera.

—Pues acabo de presentarle a un hermano que no tengo.

Me descubro sangre en uno de los padrastros que no dejo de morderme.

—Si es que yo solo quería hablar con alguien cuando llegara a casa — intento justificarme.

—No te estoy juzgando —pronuncia encontrando mis ojos a través del espejo.

—Ya... pero tienes razón, tengo que hablar con él.

—Si puedes escoger un momento en el que no esté yo delante, mejor — sonrío volviéndose hacia mí para apoyarse en el lavabo.

Sonrío con él. Al bajar la mirada, no puedo evitar fijarme en su paquete detrás de la toalla, que queda justo a la altura de mi cara. Mis ojos saltan de nuevo a los suyos disimulando mi descaró. Pero él se da cuenta.

—Bueno —me levanto de la taza como un resorte.

—¿Hacemos un pacto tú y yo?

—Miedo me das —me cruzo de brazos para escuchar su propuesta—. Con una Natalia tengo suficiente, eh.

—Se acabaron las mentiras.

—Hecho —le ofrezco mi mano.

Me la estrecha y, mirándome a los ojos, posa un delicado beso sobre el dorso de mi mano. Durante unos segundos, me quedo enredada en su sonrisa.

—Lo tuyo no es normal —le digo apartándole la mano para escapar de sus encantos.

—¿Qué? —sonríe sabiéndose irresistible.

—Sí, hazte el tonto, que se te da muy bien —cojo una compresa y un par de tampones.

—¿Lucía?

Sé que se asoma al pasillo desde el cuarto de baño, pero yo sigo bajando las escaleras. Cuando veo a Eduardo en el sofá me precipito a no hacer ruido. Pero él ya está despierto.

—Buenos días —sonríe incorporándose.

Sale de debajo de las sábanas con sus calzoncillos holgados y los calcetines negros de ejecutivo.

—Siento haberte despertado —le digo terminando de bajar las escaleras.

—No te preocupes —me dice recolocándose los pelos— ¿te acerco al bufet?

—Tranquilo, si no después no tengo como volver.

—Cierto —sonríe.

—¿Has dormido bien?

—Sí —miente levantándose para estirar la espalda.

—Lo siento.

Se acerca a mí y me rodea la cintura con sus brazos.

—Hubiera dormido mejor arriba —dice acercando su cara a la mía—, o a lo mejor no habiéramos dormido nada.

Escucho los pasos de Cash bajar las escaleras y me precipito a escapar de los brazos de Eduardo excusándome en mi hermano.

—Qué bien que estéis los dos, así os hacéis compañía en el desayuno —celebro dirigiéndome a la entrada para colocarme los zapatos.

—¿No te quedas? —pregunta Eduardo.

—Tengo mucho lío hoy en el bufet.

—Bueno —Eduardo no encuentra nada que decir—, ¿hablamos?

—Hablamos —contesto—. Hermanito, pórtate bien —hago mucho énfasis en el bien.

—Te quiero, hermanita, pasa buen día —me guiña un ojo desde el otro lado de la barra de la cocina.

Yo pongo los ojos en blanco.

Le lanzo un beso a Eduardo desde la distancia y salgo de casa. Al cerrar la puerta, aunque aliviada porque podría haber sido peor, sigo nerviosa por dejarlos solos. A saber qué sale de ahí.

*

Eduardo se queda en el sofá sintiéndose un extraño.

—Es un torbellino, eh —dice dando un suspiro—, no para.

—¿Quieres desayunar? —le pregunta Cash, que está preparando café.

—No te preocupes, desayuno de camino a la clínica —se acerca con paso lento hacia él—, . Oye, Cash... no quiero que pienses que mi intenciones con tu hermano son...

—No te preocupes —Cash no lo deja continuar y Eduardo se lo agradece — ¿Eres médico? Por lo de la clínica, quiero decir.

—Odontólogo —dice sacando su móvil del bolsillo de su chaqueta.

—Ah, qué bien.

—Bueno, todo el día viendo caries, tampoco es nada del otro mundo — dice, cuando termina de revisar su agenda, guarda el móvil de nuevo en la chaqueta—, no es como domar un caballo. Debe ser un trabajo apasionante.

—Eso es solo un hobby, ¿seguro que no quieres un poco de café?

—Ah, entiendo —se pasa una mano por la cabeza—, vale, está bien, un cortadito. ¿A qué te dedicas, si no es mucho preguntar?

—Pues ahora...—Cash coge aire y lo suelta en un largo suspiro—, estoy replanteándome de nuevo mi vida.

—La crisis de los cuarenta —sonríe dándole un sorbo al café.

Rápidamente tiene que apartar los labios de la taza. Cash decide solo sonreír.

—Oye, tengo que preguntarte algo...—dice dejando la taza sobre la mesa

—, ¿tú crees que tu hermana querrá que la acompañe a tu boda?

Cash se toma tiempo para responder. Termina de servirse el café solo y lo endulza con una cucharada pequeña de canela. Se da media vuelta hasta apoyarse ligeramente sobre la encimera para mirar a los ojos a Eduardo, que espera en silencio sin saber cómo interpretarlo.

—Su hija no tiene nueve años como tu niño —continúa Cash, meditabundo con su taza de café humeante entre sus manos— debe ser complicado ver a tu madre con otro hombre.

—Y pillar a tu padre con otra mujer —suelta intentando defenderse.

—Claro —Cash bebe de su taza dándole tiempo a Eduardo para seguir hablando.

—¿Por qué tu hermana siguió con una persona que sabía que le engañaba?

Cash intenta disimular que es la primera vez que tenía constancia de aquello.

—Perdona, no quería sacar el tema. Es una duda que siempre he tenido aquí —se señala el estómago— no sé, si su hija no se hubiera enterado, ¿seguirían juntos?

Eduardo da otro sorbo a su taza de café hasta vaciarla por completo. El silencio de Cash empieza a incomodarlo.

—Oye —se aventura— voy a usar el baño antes de irme.

—Estás en tu casa, Eduardo.

Eduardo le agradece la cortesía con una sonrisa y rodea la barra de la cocina para dirigirse al baño de la planta baja.

—Eduardo, usa el de...

—El de arriba — dice rectificando su camino—, uso el de arriba.

Cash lo sigue con la mirada hasta que lo ve desaparecer. Suelta la taza y desbloquea su teléfono móvil. Busca la conversación de Natalia en WhatsApp.

Ayer.

Natalia Ele: Si no tiene, compra aceite de coco, que te deja la piel perfecta, —adjunta emoticono travieso—, además os sirve de lubricante.

Yo: Lo tuyo es patológico ya, Natalia.

Natalia Ele: Del gel ese que te he pasado, pon solo dos o tres gotitas, que hace mucha espuma.

¿Cómo llevas los platos?

Yo: Si no dejas de hablarme, mal, Natalia.

Natalia Ele: *D'accord*, ¡es que yo también estoy nerviosa!

Ya me cuentas, petardo. Un beso.

Hoy.

Natalia Ele: Espero que aún estéis dormidos después de lo de ayer. Ya me contarás cuando te despiertes.

Por cierto, tienes que estar atento al correo de casa. Os va a llegar una sorpresita que tienes que recoger tú, *d'accord, chéri*? ¡No puede recogerlo Lucía!

Capítulo 24

La vibración del móvil vuelve a insistir dentro del abrigo colgado sobre la silla. Esta vez, el profesor de patrones de corte se gira hacia a clase. No sabe de dónde procede el ruido, pero mis compañeras no tardan en delatarme girándose hacia mí.

—*S'il vous plaît...* —pronuncia.

—*Oui, excusez-moi.*

Me precipito a rebuscar entre los bolsillos hasta que consigo encontrarlo, y bajo la mirada y el silencio de toda la clase, le quito la vibración. Antes de continuar con la explicación, el profesor pone los ojos en blanco. Me lo imagino pensando: “española tenía que ser”.

Antes de volver a guardarlo, compruebo el remite de las llamadas. Pero no me da tiempo, vuelvo a tener una llama entrante. Es Cash. Afortunadamente, la vibración ya la había quitado.

Responder con mensaje:

Te llamo más tarde.

Dejo el móvil bocabajo sobre la mesa e intento volver a engancharme a la clase preguntándome a qué viene tanta urgencia. Sonrío al imaginarme que es para contarme qué tal anoche.

*

—¿Cómo estás, trasnochador? —Le digo en cuanto descuelga mientras me

termino de ajustar los auriculares— ¿Qué tal el aceite de coco?

—Si yo te contara...—dice con una sonrisa.

—Mira cómo te ríes, ¿qué?

—¿Qué de qué?

—¡Qué te gusta hacerte el tonto! —Vuelve a reírse— Esa risilla significa que sí, ¿eh? ¡Reconócelo!

—¿Sí, qué?

—Que sí que hubo tema que te quema. ¿Qué me llamas para contarme los detalles?

—Natalia, no te llamaría para contarte los detalles de algo así.

—Te lo agradezco. Conozco a Lucía desde hace mucho y no me la quiero imaginar en ciertas posturas...—lo escucho sonreír— pero dime solo algo; ¿dónde fue? ¿En el baño? ¿Lo hicisteis por toda la casa?

—Yo te llamaba porque me ha llamado el abogado.

—Vaya, qué manera de cortar el rollo, chico.

Me siento en una mesa de la cafetería alejada de mis compañeras y miro el reloj de mi muñeca. Aún me quedan quince minutos de descanso.

—Ya. Lo siento —pronuncia aclarándose la voz.

—¿Y qué te ha dicho?

—Pues me ha mandado un acuerdo amistoso de divorcio —hace una pausa.

—¿Y qué dice?

—No sé, me ha dejado un poco... frío. No me lo esperaba. Yo pensaba que nada de esto iba en serio, que solo necesitábamos un poco de tiempo. Echarnos de menos, ¿sabes?

—Hombre, habéis tenido un año y medio de tiempo para echaros de menos, corazón —le digo, al tiempo que le pido un capuccino al camarero.

El camarero es otro niño rubio, lampiño y de brazos pálidos y depilados, y un culo apretado bajo el pantalón negro de uniforme, que podría estar incluido en la carta. Y dicen que cuando llegamos a los cuarenta se nos quitan las ganas de sexo. Me habré quedado yo con las ganas de todas las demás, porque si no, no lo entiendo.

—Ya, bueno, pero no es lo mismo vernos los domingos en una casa sin intimidad ninguna, que... no sé. Te juro que pensaba que tendría la oportunidad de demostrarle que había cambiado. Pero parece que no, que va en serio.

—¿Qué te propone?

—Yo qué sé, la verdad es que no le he prestado mucha atención al abogado. Tengo el acuerdo en el correo, pero no me apetece leerlo ahora —da un largo suspiro, lo imagino echándose hacia atrás en la silla mientras se aparta el pelo de la cara—, ya lo haré.

—Envíamelo —le propongo.

—Está bien, luego te lo reenvío.

El niño sale de la barra con mi café entre sus manos. Lo observo caminar hacia mí durante todo el trayecto del pasillo, con la mirada ensimismada bajo mi mesa. Al llegar a mí, sus ojos saltan hacia los míos y en sus labios rosados se dibuja una sonrisa.

—*Bon appetit!* —dice, dejando el café sobre la mesa.

—*Merci* —pronuncio.

Descubro que con nata había dibujado un corazón en mi capuccino. Cuando levanto la vista para agradecerle el detalle, ya se había dado la vuelta.

—Natalia, ¿puedo hacerte una pregunta? —se me había olvidado que lo tenía al otro lado de la línea.

—Claro —digo mordiendo el sobre de azúcar para verterlo sobre el café.

Desde mi mesa observo al camarero de espaldas hablar con su compañero.

—Prométeme que vas a serme sincera.

—Dime.

El niño vuelve a girarse y, mientras se dirige a servir otra mesa, su mirada vuelve a colarse bajo mi mesa. Me ajusto el vestido por si estuviera enseñando algo, pero no lo parece. No, no lo parece. De todos modos, cambio de postura y me recuesto a lo largo del sillón.

—¿Aunque la sinceridad pueda dolerme? —insiste.

—Que sí, dime, que eres el señor suspense. *Oh, mon Dieu.*

Cuando el niño pasa de nuevo por delante de mi mesa de vuelta a la barra, compruebo que no miraba bajo la mesa, miraba mis pies. No puedo evitar sonreír tras la taza de café. Dejo el café sobre el platito y me acomodo para subir los pies al sillón. Las sandalias beige resaltan el dorso tostado. Levanto mi vista y lo descubro con la mirada fija en ellos. Al darse cuenta, se precipita a recoger la mesa contigua, como si lo hubiera pillado haciendo algo que no debe. Me encanta.

—¿Hay otra persona? —pregunta.

* * *

—Vengo de estar con Carlos —le confieso, al fin, vomitando mis nervios sobre la mesa.

Ella se queda fría removiendo su café con una cucharilla. Evita mirarme, aunque yo no deje de hacerlo.

—Así que para eso has venido...

Yo asiento.

—¿No vas a preguntarme cómo está? —insisto.

—No me apetece hablar de él, Natalia.

—Me pidieron que fuera su tutora —no dice nada— porque su mujer no quería saber nada de él.

La mirada de Elena se ahoga en el café y se precipita a buscar oxígeno en la mía.

—¿Eso te han dicho en el centro?

Yo aguanto el silencio y la mirada en un intento de hacerla sentir mal.

—No —digo finalmente, su expresión se relaja—, pero es la realidad.

—La realidad es que su mujer necesita tiempo —confiesa con una escalofriante frialdad.

—Lleva dos meses sin tomar nada —le digo, intentando rebajar la agresividad de la conversación.

—¿Y qué? —Se acelera— En cuando salga y le quiten la medicación, volverá a hacerlo.

—No, esta vez es distinto.

—Nunca es distinto, Natalia.

—Esta vez no lo está haciendo por él. Lo está haciendo por ti. Sabe que, o cambia, o te pierde. Y ha decidido hacerlo sin medicación. A pelo. —la mirada de Elena se apaga y sus movimientos se detienen.

—¿Pregunta por mí? —pronuncia, como si no fuera ella quien hiciera la pregunta.

Yo asiento.

—Le he dicho que los psicólogos no quieren que te vea todavía. Que necesita estar recuperado para hacerlo. Pero él no es tonto, Elena... y yo no puedo mentirle eternamente.

Sus ojos salen despedidos de aquella oscuridad que la engullía. Sus

pulmones se llenan de aire como si hubiera permanecido en apnea durante todo este tiempo. Tarda unos instantes en tomar conciencia. Después de remover su café de manera automática, suelta la cucharilla, se pasa una mano por la cara y me mira fijamente apartándose el pelo hacia atrás.

—Estoy conociendo a un hombre.

* * *

—No —contesto.

Me descubro con los pies ya en el suelo y el capuccino frío. Lo escucho respirar al otro lado de la línea.

—¿Seguro? —pregunta.

Cierro los ojos dejándome caer hacia atrás sobre el espaldero.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque de pensarlo, me muero, Natalia.

—Te acaba de pedir el divorcio, Carlos. Ese momento llegará.

—Llegará, estoy seguro. Pero me la imagino yendo a visitarme al centro por pena, haciéndome el amor a escondidas en aquel cuarto mientras piensa en otro, mientras hace su vida fuera con otro hombre... y te juro que se me cae el mundo encima.

Yo no contesto.

* * *

—Ni se te ocurra decirle la verdad, Elena —le advierto.

—¿Y qué pretendes que haga? —se le escapa un llanto.

—La única razón por la que quiere rehabilitarse, eres tú. No puedes decirle que estás conociendo a otro hombre. Te lo cargarías.

—¿Y qué hago, Natalia?

—Joder, deja de ver a ese tío ¿quién es más importante en tu vida? ¿Tu marido o uno al que acabas de conocer?

Elena sonrío contrariada.

—No me hagas responder a esa pregunta, por favor, Natalia.

* * *

—¿Está con otro? —vuelve a insistir.

—No —contesto con desgana—. Por favor, deja de pensar en eso.

—Está bien —rectifica—, está bien, lo siento.

—Tómame tu tiempo para pensar en ese acuerdo —le digo.

—Lo haré.

—Y si es haciendo el amor, mejor —intento cambiar de tema.

—¿Siempre estás pensando en lo mismo? —consigo hacerlo sonreír, funciona.

—Sí, debo estar enferma.

—Te dejo, que han llamado a la puerta.

—¡Igual es el paquete que te he enviado!

—Entonces fingiré que no estoy en casa.

—Qué gracioso. ¿No te lo estás pasando bien con Lucía?

Coge aire y lo suelta.

—Es graciosa.

—¿Solo?

—Está bien, es mejor que si me hubiera quedado solo en tu piso.

¿Contenta?

—Aún no.

—¿Aún no?

—Aún no, venga, ve a abrir, que se escucha el timbre desde aquí.

—Gracias por no haberme dejado solo.

Y cuelgo. No me gusta cuando alguien empieza a ponerse sentimental y a ser agradecido. Miro el reloj, la clase ha empezado hace cinco minutos. Levanto la mano y el niño de los pies se acerca a la mesa. Sonrío, pero ahora mismo no me apetece jugar.

—*L'addition, s'il vous plaît?*

Capítulo 25

—Aurora, verás...

Me llevo dos dedos al entrecejo al tiempo que me dejo caer sobre el volante.

—Que no, Lucía, que ya he incluido el cubierto.

—Si yo agradezco mucho el detalle, pero...

—Así lo haces oficial, porque estas cosas hay que hacerlas oficial, ¿cuánto tiempo llevas con él?

Nada, que no me escucha. Suspiro.

—Auro...

—Además, Gonzalo no viene —dice en voz baja.

Me echo hacia atrás en el asiento. No hay manera.

—Es que me parece muy fuerte que nos hayamos tenido que enterar de casualidad. Además, así también se lo restriegas un poco a Gonzalo, que nos ha metido a cada niñata a trabajar en el bufet, ¿o ya no te acuerdas? Porque yo sí.

—¿Pero no dices que Gonzalo no va?

—¿Eh? —Intenta ganar tiempo— Dijo que no sabía. Pero tú te vienes, vamos, es que ya está hablado. ¿Sí o no, Lucía? ¿Eh?

—Que sí, que vale, yo se lo voy a comentar a él.

No pienso hacerlo, ya me inventaré algo.

Al otro lado de la línea escucho un jolgorio repentino y a Aurora precipitándose a mandar a callar a todo el mundo. No fastidies que estaba en manos libres.

—¿Aurora, dónde estás? —pregunto incorporándome sobre el asiento.

—Nada, en la oficina. Sola.

—Ya... bueno, venga, te dejo que voy a comer.

—Pregúntaselo y me dices lo que sea.

—Que sí.

—Pero pregúntaselo de verdad.

—Que sí —repito alargando las vocales.

—Te llamo a las cinco.

—¿Para qué?

—Para que me confirmes.

—Aurora...

—Cinco y media —y cuelga sin darme tiempo a réplica.

De verdad, qué cruz. Prefiero a veinte Eduardos antes que a un solo Cash.

Quito la llave del contacto y bajo del coche. Cierro la puerta a distancia mientras recorro la entradilla. Introduzco la llave en la cerradura y antes de abrir cierro los ojos preparándome para alguna de las ideas de Natalia y Cash. ¿Estará vestido? ¿Estará desnudo? ¿Estará solo?

Abro la puerta y antes de entrar espero a identificar algún sonido. Nada raro. Abro poco a poco con los ojos entrecerrados. Los zapatos en su sitio. Iluminación normal. Ruidos en la cocina. Huele a comida. Doy un paso. Otro más. Cierro con cuidado. Me descalzo. Lo encuentro de espaldas en la cocina. No me ha escuchado con la campana extractora. Tengo que aclararme la voz. Él se gira hacia mí en un ligero susto.

—¿Qué tal? —Dice con lágrimas en los ojos, está cortando cebolla— Me has pillado con las manos en la masa.

Yo examino la casa por si me encuentro alguna inesperada sorpresa. Pero parece que no encuentro nada.

De repente, suena la cisterna del baño de la planta de arriba. Me quedo congelada.

—¿Todavía está aquí Eduardo? —susurro.

—¿Qué? —tiene que apagar la campana un segundo.

—Eduardo, ¿está aquí?

—Ah, no, es la chica de la limpieza.

—¿Cómo?

—Alicia, la chica que te limpia la casa. Por cierto —se inclina hacia mí desde el otro lado de la barra—, no es que quiera meterme donde no me llaman, pero yo no la he visto limpiar, eh. Hemos estado hablando un poco y luego se ha subido con el móvil y limpiar, lo que es limpiar, no ha limpiado.

—Cash, ¿qué dices? Yo no tengo a nadie que me limpie la casa.

Cash se queda descolocado en un desorientado tartamudeo.

—¿Entonces...—consigue pronunciar.

Me encojo de hombros rebuscando el móvil en el bolsillo dispuesta a llamar a la policía.

Suenan pasos en el pasillo de arriba. Se acercan a la escalera. Aparecen unas zapatillas negras y unos vaqueros del mismo color ceñidas a unas delgadísimas piernas. Cash se acerca a mí.

—¿Cristina? —pregunto sin entender nada.

—Alicia —me corrige mi hija terminando de bajar la escalera—, la chica de la limpieza.

Cash nos mira a una y a otra. Yo me llevo las manos a la cara.

—¿Es tu hija? —pregunta Cash, que tampoco entiende nada.

—Sí, hijo, sí, es mi hija...

Cash empieza a reírse.

—¿De qué te ríes? ¿Y tú por qué no me avisas antes de venir?

—¿Y tú por qué no me dices que tengo un tito secreto?

—¿Le has dicho que eres mi herm...

—¿Qué querías que le dijera?

—¿Pues no dijimos que no más mentiras?

—¿Le cuento la verdad?

—No, tú a partir de ahora no digas nada.

—Nada —se sella los labios.

—Eso es.

—¿Qué verdad? —pregunta Cristina mirándonos a uno y a otro, ahora la que no entiende nada, es ella.

—¿Y de qué habéis estado hablando? —pregunto intentando cambiar de tema.

—De cosas de tito y sobrina —responde Cristina.

—Ya, sí, prefiero no saberlas —suspiro—. Cariño, acompáñame un segundo al cuarto, hazme el favor —digo dirigiéndome a las escaleras.

Ninguno me sigue. Me doy media vuelta. Los dos se miran entre ellos y luego me miran a mí.

—¿Qué? —Pregunto encogiéndome de hombros— Venga.

—¿A quién de los dos te refieres, mamá?

—¡A ti!

—Ah, que cariño soy yo —le dice a Cash— ¿A ti cómo te llama?

Cash se encoje de hombros.

—Hermanito —contesta.

—A él, Cash, a secas, ¿cómo lo voy a llamar? Venga, sube conmigo.

—¿No nos vas a presentar antes?

Pongo los ojos en blanco.

—¿No os habéis presentado ya?

—Sí, pero como Alicia, la chica de la limpieza, y como tu hermano. No como Cristina, tu hija. Ni Cash, como tu novio. Tienes que presentarnos oficialmente.

—¡No es mi...—desisto de explicar una vez más que no es mi novio.

¿Qué le pasa a todo el mundo con las presentaciones oficiales?

—Está bien —es una batalla perdida—, Cash, ella es Cristina, mi hija.

Cristina se acerca a él, menuda como era yo a su edad y con dos cuerpos menos que él, tiene que ponerse de puntillas, y él se agacha rodeándola con sus enormes brazos y manos por la cintura.

—Encantada —dice—. Y tú eres Cash, su...

—Mi nada —termino yo—. Venga, para arriba. ¿De qué te ríes?

—Hacéis buena pareja —dice.

—¡Buenísima! —le digo empujándola escaleras arriba.

Yo no puedo evitar reírme, no sé si por los nervios o por lo surrealista de la situación. Cash también sonrío. Tiene puesto mi delantal, pero al menos esta vez también tiene puesta una camiseta blanca y unos vaqueros. Mientras sube delante de mí, observo que se gesticulan cosas.

—¿Qué cuchicheáis?

Pero ninguno dice nada.

Entro en la habitación, que para sorpresa mía, está ordenada.

—¿Esto lo has ordenado tú? —pregunto.

—¿Yo? —Sonrío, no sé para qué pregunto— ¿Qué callado te lo tenías, no? —dice.

—¿El qué?

Me quito la blusa, que está empapada en sudor del coche, y luego el sujetador.

—¿Qué va a ser, mamá? Lo de tu novio.

—Cristina, no es mi novio —si me pagaran por cada vez que tengo que decirlo, no tendría que volver a ponerme la toga en la vida.

Me siento sobre la cama para ayudarme a quitarme el pantalón y las

medias. Me descubro toda la barriga marcada con la hebilla del cinturón.
Tengo que volver a andar.

—Ya, y lo tienes viviendo en casa.

—Está de visita.

—¿Es de Texas de verdad?

Me quedo mirándola en silencio.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Adivina —dice levantando los hombros.

Me levanto de la cama para coger del armario ropa cómoda.

—¿Te lo ha dicho él?

—Me lo ha dicho papá.

—Mira como cuando queréis, os habláis, eh.

—Me llamó desde otro teléfono, no creas, por eso se lo cogí.

—Pues deberías cogerle el teléfono a tu padre más a menudo.

—¿Entonces es de Texas o no? —insiste.

—¿Te ha dicho tu padre que vengas para ver si era verdad?

—No directamente, ¿pero para qué si no me iba a llamar?

—Pues no le vayas a decir que está viviendo en casa, Cristina.

—¿Pero ya estáis viviendo juntos oficialmente?

—Ha venido unos días.

—¿Es de Texas o no?

—Que sí —me rindo—, y tiene un rancho.

—No fastidies.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevas con él? Pero mamá, ¿por qué no me lo has contado antes?

—Porque no me contestas al *Whatsapp*.

—Hombre, porque solo me escribes para preguntarme que si he ido a la universidad.

—¿Estás yendo? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Mañana tengo una audición.

Nada, que no hay manera.

—Eso es que no, ¿no?

—Es una audición muy importante, para un musical.

—¿Y si no te cogen?

—¿Y si sí?

—¿Y si no?

—Bueno, siempre tendré el buffet.

—Para eso tienes que estudiar.

—O no, soy la hija de los jefes.

Me giro hacia ella, me sonrío.

—Que es broma, que sí, mamá, que ya estudiaré.

—¿Sigues en la cafetería esa?

—Sí.

—¿Te hace falta dinero? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—¿Seguro?

—Seguro, mamá.

—Pues venga, para abajo.

—¿En serio, mamá?

—¿Qué?

—¿Vas a bajar así?

—¿Así cómo?

—Mamá... mírate —sus ojos me recorren de arriba abajo—. Yo no sé el tiempo que lleváis juntos, pero vamos...

Me miro los pies en chanclas, con las marcas en el dorso de haber llevado tacones todo el día. Me asomo al espejo. Lo primero que veo es mi cola un poco destartada. Luego una camiseta blanca bien cómoda y unos piratas rojos de cuando hacía yoga.

—¿Y cómo quieres que baje?

—Yo qué sé, mamá. Un poco más...—no sabe cómo continuar— o un poco menos...

—Cuando tengas cuarenta años, me dices. Venga, tira.

Salimos del cuarto y se va flechada para el despacho de Gonzalo. Lo abre. La madera cruje, se había quedado ligeramente pegada al marco.

—Joder, está igual, ¿no?

—Sí —agarro el pomo para cerrarla.

—¿Y por qué no montas algo chulo ahí?

—Un circo voy a montar, Cristina.

—Un estudio de grabación, como en la casa vieja.

—Uno, no, dos estudios voy a montar ahí. Para invitar a Alejandro Sanz a que venga a grabar a casa.

—¿Cómo se lo ha tomado papá? —cambia de tema.

—Pues... no sé.

Cristina se encoje de hombros.

—Está celoso —me dice.

—No creo.

—¿Qué hora es?

—La hora de comer.

Que por cierto, a ver qué habrá hecho este hombre para comer. Al final le voy a coger el gusto a que me tengan la comida preparada cuando llegue a casa.

—Las dos y media —dice para sí misma desbloqueando la pantalla de su móvil—, ¿Qué te apuestas a que de aquí a... una hora, me llama para preguntarme si he hablado contigo?

Capítulo 26

Todo iba demasiado bien. Tanto, que yo ya empezaba a temerme lo peor. De estas veces que piensas; “esto no es normal, algo malo va a pasar de un momento a otro”. Y así es, justo antes de empezar con los cafés.

—Bueno, Cash, como sé que a mi madre no le voy a sacar ni media, te lo voy a tener que preguntar a ti.

Mi mano se detiene para dejar de remover el café. Cash sonrío terminando de verter leche sobre su taza.

—¿Cómo os conocisteis? —dispara.

Cash y yo nos miramos. Yo me llevo la cuchara a la boca para saborear la crema.

—Tu madre lo cuenta mejor que yo —dice, escurriendo el bulto cuando yo ya pensaba que se inventaría una de las suyas.

Me quedo con la cuchara en la boca. Primero miro a Cristina, que me mira con una sonrisa expectante; luego miro a Cash, que no repara en mí mientras endulza su café con una cucharada de canela.

—¿Cómo? —pregunto intentando ganar algo de tiempo.

—Que cómo nos conocimos —me explica Cash dándole un sorbo a su café.

—Ya, ya, si me he enterado.

—Pues eso —dice.

Yo lo imito con gestos.

—Venga, mamá —insiste.

—Pues nos conocimos como se conoce la gente normal —y no tenía intención de continuar, pero el silencio de mi hija y la mirada de Cash, me obligan a hacerlo—. Pues... conociéndonos.

—Ya...—pronuncia poco convencida.

—Pues a través de una amiga.

—¿De quién?

—De Natalia.

—¿De la pija?

—De la pija, sí.

Cristina se queda mirando a Cash detenidamente.

—No te pega nada conocer a Natalia —le dice.

—¿Ves? Eso mismo le dije yo.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Pues nada, eso, nos presentó y ya está. Aquí estamos —le digo, buscando la sonrisa cómplice de Cash.

Pero no la encuentro.

—Mamá, qué poquita magia le pones a las cosas.

—¿Qué magia quieres que le ponga, Cristina?

—Yo qué sé.

—¿Tú cómo crees que se conoce la gente? Se conocen y punto, a ver si te crees que detrás de cada pareja hay una historia...

—Fue en un baile —me interrumpe Cash, captando por completo la atención de Cristina y dejándome a mí con mi retahíla en el aire.

—¿En un baile? ¿Mi madre en un baile? —pregunta mi hija arrugando el gesto— si mi madre solo sabe bailar sevillanas.

—Bailando por sevillanas.

—No fastidies —dice.

Yo me quedo mirando a Cash sin saber qué decir, cuando descubro que Cristina me buscando mi aprobación.

—Eh...—los movimientos de mi cabeza son titubeantes.

—Fue en la fiesta de final de curso de Sevillanas —se inventa Cash.

—¿Desde cuándo vas tu a bailar sevillanas, mamá?

—No, tu madre, no —sonríe Cash—. La invitó Natalia.

Yo asiento intentando convencer a Cristina. Pero no hace falta, lo cuenta con tanta verdad, que parece real.

—Tu madre no quería ir.

—Típico en ella —conviene.

—Oye, que estoy aquí delante, eh.

—Estaba allí en la fiesta sentada en una banqueta, cruzada de brazos...

—Y con la cara así —Cristina pone cara de vieja aburrída y los dos se echan a reír.

—Esa misma —dice Cash.

—Bueno, mientras os reís de mí yo voy a ir haciend...

Cash busca mi mano con la suya sobre la mesa. Un gesto que no pasa desapercibido para Cristina, que como un detector de movimiento, desliza sus ojos hasta nuestras manos. Por un instante, siento que me quema el aire que respiro. Hasta que la veo sonreír y volver a mirar a Cash con naturalidad. Entonces yo también me relajo.

—Yo me fijé en ella durante toda la fiesta.

—¿Cómo iba vestida? —pregunta Cristina a Cash.

—Pues... iba oscura —su pulgar acaricia el dorso de mi mano—, pero llevaba un clavel precioso a un lado de la cabeza —sus ojos me miran imaginándome el día en que nos conocimos en aquel baile inventado—, tan rojo como sus labios. No puedes imaginarte el contraste entre el clavel y sus labios, con su pelo rubio y sus ojos.

Cristina, con la cabeza apoyada sobre sus manos, se gira también para mirarme.

—Mi madre es muy guapa, eso es verdad —conviene Cristina.

—Y tú has salido a ella —dice con una sonrisa.

Cristina sonríe apartándole la mirada.

—Ya sé por qué estás con él —me dice con una risa nerviosa—, es un zalamero de cuidado, vaya.

Yo asiento.

—Cada vez que intentaba acercarme a tu madre, alguien se me cruzaba para saludarme, para bailar... ya sabes —continúa—. Imagínate, no hay muchos hombres que bailen sevillanas.

—Imagino... ¿Pero sabes bailar bien o así en plan como bailan todos los hombres?

—Uh, es todo un profesional —convengo yo exagerando mis palabras.

Cristina hace una mueca de asombro. Cash y yo nos miramos rápidamente en mitad de una disimulada sonrisa cómplice.

—Así que, con la excusa de descansar un rato, me acerqué a la barra, de donde no se había despegado tu madre en toda la noche.

* * *

—Luego, Mari, luego bailamos, que necesito beber algo —me excuso.

—¡Bueno, pero búscame en la siguiente, eh!

Consigo llegar a la barra, a dos metros más o menos de aquella mujer rubia con la que había estado intercambiando miradas mientras bailaba. Apoyo un codo en la barra y espero a que me atienda Antonio.

—Niño, te van a matar esta noche.

Yo sonrío echándome hacia atrás el pelo mojado para secarme el sudor de la frente con el antebrazo.

—¿Qué te pongo? —me pregunta Antonio.

—Una jarra de agua con hielo, por favor —pronuncio.

Antonio se da la vuelta. Y entre las palmas, la guitarra y el cante en directo, nuestras miradas vuelven a encontrarse. Y al hacerlo, la suya sale despedida y finge acomodarse el clavel de su pelo tratando de disimular. Yo sonrío, observando el ritmo en sus pies y el *ria-pita* en sus manos.

*Supe que eras para mí
Cuando sola te vi.*

*Supe que eras para mí,
Cuando sola te vi.*

No esperé a que Antonio me sirviera el agua. Me acerqué a ella. Sus ojos escalaron hacia los míos a lo largo de mi camisa desabotonada y me pecho empapado en sudor. El ritmo de sus manos se detuvo. Sus labios pintados de rojo se separaron ligeramente dejando entre ver sus dientes.

*Que eras para mí,
Cuando tus ojos me miraron
Y el sentido me robaron,
No te supe qué decir
Para que me dijeras que sí.*

La valentía que tuve para acercarme a ella, la siento desaparecer plantado a sus pies, con sus ojos clavados en los míos. Pero ya era demasiado tarde como para echarme atrás.

Para que me dijeras que sí.
A ti yo me acerqué
Y tu mano cogí
Una sonrisa habló por mí,
Tú no preguntaste por qué.

Cogidos de la mano nos hacemos hueco entre la gente hasta la mitad de la pista, donde nos hacen un corillo. Nos colocamos uno delante del otro. Sin dejar de mirarnos, damos un paso hacia atrás, nuestras manos se separan y nos cogemos a la música. Tacón, punta y en la primera vuelta mi mano rodea su cintura y nuestros cuerpos se rozan un instante. Sus manos se mueven embrujando el aire con cada giro. Como una maldición, me arrastra hasta la siguiente vuelta. A un beso de distancia, sus ojos se deslizan hasta mi boca, pero se separa de mí. Como una necesidad que nace más allá del deseo, espero los cinco careos siguientes para sentir de nuevo el olor de su piel y el roce de su cuerpo.

Y bailamos toda la madrugada
Porque hablando no podía decirte
Todo lo que te dije
Bailando por sevillanas.

En el primero, es ella la que se mueve, yo solo la paseo como pasean las mujeres bonitas por el Real. En el segundo, cara a cara, le confieso que me muero por besarla. En el tercero, como el amor primer te roba el corazón, de su pelo el clavel le robé. Y en el último, pegando su cintura a la mía, la dejo caer a un lado sobre mi brazo, a un clavel de distancia entre su boca y la mía.

* * *

—Cristina —interrumpo la historia—, te está sonando el móvil.

—¿Qué? —Tarda un instante en despertar.

—Tu móvil.

—Es verdad —rebusca en sus bolsillos y antes de descolgar revisa la pantalla— Mira —me la muestra en una especie de celebración por su acierto

— ¿Qué te dije?

Capítulo 27

—¿Sí o no, mamá? —escucho la voz de mi hija.

—¿Eh? No lo sé, Cristina, perdóname, hija, me estoy quedando frita...

—Ya, ya veo —la escucho sonreír, casi puedo imaginar que Cash también.

Yo es que llega ya esta hora y no lo puedo aguantar, se me cierran los ojos. Aunque me haya tomado dos cafés. No importa. Mi ratito de siesta no hay quien me lo quite. Me habré quedado pocas veces dormida en el despacho cuando he tenido que doblar turno. Además, que he leído que dormir una pequeña siesta entre turno y turno, favorece el rendimiento. Pero claro, el matiz está en lo que se considere pequeña. Imagino que eso depende del día, ¿no? Vamos, digo yo.

—Os estoy escuchando...—protesto en mitad de mi duermevela al tener la sensación de que hablan de mí.

—¿Qué dices, mamá? —escucho a mi hija aguantarse una carcajada.

—Que estoy despierta...

—Que sí, que sí...

Después de intentar que la cabeza no se me descuelgue de los hombros, decido finalmente acomodarme a un lado del sofá. Mi hija tiene que hacerse a un lado para que yo pueda recostarme sobre el reposabrazos. Ahora sí. Una cabezadita nada más.

Y mientras siento los músculos destensarse y mi cabeza deambula entre pensamientos antes de perderse en el limbo de los sueños, aparece Gonzalo y su llamada a la niña para comprobar si toda aquella historia del tejano que traía revolucionado al bufet, era cierta. Aparece también la risa de Cristina y su expresión exagerada.

—*Está tela de celoso, mamá —dice sacudiendo una mano al aire.*

—*Anda ya... tu padre es ya muy viejo para ponerse celoso.*

—*Te lo juro —dice muy seria—, pero tela, tela.*

—*¿Qué le has dicho tú? Porque tú eres muy exagerada también.*

—*Pues nada, que he venido a verte, tal, y que lo he conocido, que está viviendo en casa.*

Siento que me caigo y tengo que agarrarme a algo. Me descubro en el sofá y vuelvo a relajarme.

—*¿Qué haces mamá?*

—*¿Le has dicho que está viviendo en casa?*

—*Que no, mamá...—finge que tiene algún tipo de retraso—, no soy tontita.*

—*Bueno, realmente...—interviene Cash, las dos nos giramos hacia él. Cristina con curiosidad, yo para matarlo—. Era broma, era broma —se retracta aclarándose la voz.*

—*¿Qué le has dicho? —insisto.*

—*Que estás conociendo a un hombre.*

—*¿Y qué más?*

—*Nada más, mamá.*

—*¿Y él qué te ha dicho?*

—*Pues ha insistido lo mismo que tú. Igualito.*

*

—Se ha quedado dormida —susurro a Cash. Durante un instante, nos quedamos mirándola en silencio—. De siempre le ha gustado dormir siesta ¿sabes que de chica me obligaba?

—*¿En serio? —sonríe.*

—Te lo juro. De cuatro a seis no se podía hacer ruido en casa. Cuando era chica, chica, me metía en el cuarto con ellos y dormíamos los tres fresquitos con el aire puesto. Luego mi padre se levantaba el primero, le preparaba el café a mi madre y a mí un Cola—Cao. Y tenía que llamarla como veinte veces: <<¡Luuu, venga!>> <<¡Cris, vamos>> Yo creo que a él en realidad no le

gustaba dormir siesta. Luego claro, ninguna de las dos nos podíamos dormir por la noche y nos daba la risa mientras mi padre esperaba ya a mi madre en la cama. <<¡Mañana no duerme siesta nadie en esta casa!>> protestaba todas las noches. Pero al día siguiente la dormíamos igual. Tenías que ver a mi madre, cuando me apunté a baile, las cabezadas que se echaba en la grada. Yo me reía de ella con mis amigas, la verdad. Luego le preguntaba si me había visto haciendo tal pase y me decía que sí muy convencida, como si no me hubiera dado cuenta de que se quedaba dormida. Es superior a ella. Mírala, ahora mismo no se entera de nada. Pero de nada, eh. Se puede caer el techo que ahí seguiría.

Me giro hacia Cash para comprobar que me esté escuchando, porque está demasiado callado, y lo descubro ensimismado, observando a mi madre con una sonrisa en sus labios. Me despierta ternura. Y un poco de rabia también. O impotencia. No sé, de que no sea mi padre el que mire así a mi madre ahí sentando. Yo qué sé, no sé por qué pienso esto.

—Apuesto a que no te ha enseñado el sótano, ¿a qué no?

La puerta del sótano con el calor se dilata y al separarla del marco, tiembla haciendo tambalear toda la estructura. Como la última vez que bajé, la luz de la escalera está fundida.

—Baja con cuidado, esta escalera está muy empinada.

Los viejos escalones de madera tiemblan con nuestros pasos, especialmente con los de Cash. Yo bajo la escalera casi de memoria, él lo hace más lento. Al llegar abajo, a tientas pulso el interruptor de la luz. Después de unos segundos y varios parpadeos, se ilumina la habitación. Me sorprende a mí misma. Dos años y nada había cambiado. Nada. Todos los trastos estaban amontonados unos encima de los otros, cubiertos por una lona blanca que ha pasado a ser amarillenta. Un estornudo de Cash a la espalda me sobrecoge.

—¿Eres alérgico al polvo?

—Un poco por lo que parece —dice sorbiéndose la nariz.

—Pues aquí hay polvo para regalar.

Lo único que no está tapado es la lavadora y la secadora. En la esquina del fondo, distingo el piano de pared.

—Ven —le digo recorriendo un estrecho camino libre entre todos los cachivaches.

Él me sigue observándolo todo, sin querer levantar las lonas, pero intentando averiguar qué hay debajo de ellas. Al llegar al piano, separo la banqueta y la sacudo con la mano, Cash vuelve la cara para no aspirar polvo.

—Lo siento —digo sentándome en ella—. Mi madre no te ha hablado de esto, ¿verdad?

Levanto la tapa del piano, cubierta por una fina capa de polvo, para descubrir el teclado, que bajo la misma, continúa blanco impoluto. Guau. Paso un dedo por ellas y me acaricio la yema.

—Sé que toca la guitarra —dice.

Yo sonrío.

—Mi madre lo toca todo —él se sorprende—, de oído. Nunca fue al conservatorio. Si tú supieras la de broncas que tuvo con sus padres, vamos, con mis abuelos. Yo no las viví, lógicamente, eso fue cuando mi madre tenía mi edad. Horribles. Se fue de casa y todo. Ella tiene un don. Coja el instrumento que coja, lo hace hablar. Hablar, cantar y de todo, vamos. En la casa vieja teníamos un estudio de grabación. Si es que yo recuerdo haber grabado cosas con ella, lo que yo no sé es si tendrá guardadas esas cosas — miro a mi alrededor intentando adivinar dónde podrían estar guardados los discos.

Me acomodo en la banqueta y coloco mis manos sobre el teclado intentando recordar alguna melodía al piano.

—¿Tú también sabes tocar? —pregunta.

—Bueno, aprendí de mi madre. Me apuntó al conservatorio pero me aburrí. Lo hacían tan aburrido que no sé cómo mis compañeros no aborrecían la música, de verdad. Y me apunté a baile. Luego también me cansé de baile y me apunté a Karate, y así hasta que descubrí el teatro.

—¿Tu padre también toca algún instrumento?

—Mi padre tiene un oído enfrente del otro. Qué va —desestimo—, las que nos pasábamos horas en el estudio de grabación éramos mi madre y yo. Tú sabes, cuando tenía ocho años o así, luego nos mudamos aquí y cambiaron el estudio de grabación por el despacho de mi padre.

Mi padre nos traía el almuerzo y luego hacía de público en nuestros conciertos. A veces hacía de jurado en concursos que nos inventábamos mi madre y yo, en plan, como si estuviéramos en *Factor X*. Pero que competíamos en plan de verdad, eh.

* * *

—Que pase nuestra siguiente concursante —dice mi padre.

Yo salgo a escena nerviosa con el micro entre mis manos. No puedo evitar reírme al verlo con unas gafas de sol.

—A ver, ¿cómo te llamas?

—Cristina —pronuncio llevándome el micro a la boca.

—¡Uh, fuera! —grita mi madre desde el sofá de atrás.

—¡Mamá, que te calles! —doy un zapatazo al suelo.

—Señorita Lucía, luego le tocará a usted interpretar su canción.

—¡Eso y yo no me voy a callar! —protesto.

—Señorita Cristina, no le he dado la palabra.

—Pues que se calle ¡Es que me está imitando, mírala!

—Lucía —mi padre se gira hacia ella quitándose las gafas de sol—, que la vas a cabrear.

Mi madre intenta ponerse seria prometiendo que ya no va a volver a decir nada más.

—A ver, Cristina, ¿de dónde viene usted?

—De Sevilla.

—Está bien, de Sevilla. ¿Qué canción va a interpretarnos?

—My immortal, de Evanescence. Es mi cantante favorita.

—Pues adelante, todo el escenario es para usted.

—Pero papá... —le susurro—, pregúntame que a quién se la dedico.

—Ah, cierto —mi padre se incorpora sobre su asiento y se aclara la voz— ¿a quién dedica usted esta canción?

—A mi papá, que seguro que me está viendo y me quiere mucho.

—¿Y a tu madre? —grita mi madre desde el fondo.

—A mi madre no.

Mi padre se gira hacia ella para chincharla.

—¿Puedo cantar ya? —les interrumpo.

—Por supuesto, adelante.

Me siento en la silla y me abrazo a la guitarra, literal, porque es igual de grande que yo.

* * *

Es el picor de las lágrimas en mis ojos el que me arrastra de nuevo a la realidad. Me aclaro la voz intentando ocultar mis emociones a Cash y me giro hacia el piano. Aprieto los ojos intentando no tener que limpiármelos con las manos. Tengo que pensar en otra cosa. Va, una canción. Coloco los dedos sobre el teclado e intento recordar algo. Empiezo con unos arpeggios con la mano izquierda y voy recordando notas sobre la marcha.

—Esa es *Titanic* —dice Cash, yo sonrío y cambio la melodía.

Cash piensa antes de aventurarse de nuevo.

—Esa es esta de... la de los niños magos —se rasca la cabeza—, *Harry Potter* —yo vuelvo a sonreír y cambio la melodía—. *El exorcista* —acierta de nuevo— Mhm... *esta es Star Wars*, es muy fácil.

Separo las manos del teclado. A ver si recuerdo alguna menos fácil.

—Esta no me suena...—lo miro de reajo mientras sigo tocando, algunas veces me equivoco, pero él no me lo tiene en cuenta—, me suena, pero no sé...

—*Forest Gump* —resuelvo.

—Es verdad...—reconoce tarareándola.

Yo me río, no da ni una nota.

—¿De qué te ríes?

—A ver esta última —le reto, él se cruza de brazos y se cuadra sobre sus pies para concentrarse.

*

Me despierto sobresaltada. No están ni Cash ni Cristina a mi lado. Intento ver la hora en el reloj de la cocina, pero sin gafas y recién levantada, es imposible. Me revuelvo sobre el sofá intentando encontrar el móvil entre los cojines. Las siete de la tarde. Ostras, ¿cómo se me ha ido tanto de las manos la siesta? ¿Y por qué no me han despertado antes?

—¿Cristina? —pronuncio con la voz ronca y la boca seca.

Me incorporo sobre el sofá. Qué vergüenza, seguro que he roncado. Si es

que ni recuerdo haberme dormido.

—¿Cash?

Pero nadie contesta. De fondo una melodía lejana. No estoy segura de dónde viene. Mis oídos me dicen que del sótano. La puerta está abierta y se refleja la luz de abajo. Me levanto del sofá y rodeo la barra de la cocina. Es mi hija tocando el piano. Cuando voy a dar el primer paso para bajar la escalera, me detengo. Está interpretando *Amélie*.

* * *

Nuestros pasos hacen crujir las tablas de madera del escenario. Yo me dirijo hacia el piano, mi hija hacia la parte central.

—Número siete mil cuarenta y dos —pronuncia enseñando el número que la han asignado.

Luego muestra sus dos perfiles a cámara y le dan permiso para que comience. Deja a un lado el folio y se gira hacia mí. Tan solo en su mirada, puedo sentir que está acojonada. Yo la intento tranquilizar con una sonrisa. Ella se tumba en el suelo y se abraza a sí misma en posición fetal.

* * *

Me siento sobre el primer escalón con cuidado de no hacer ruido y me abrazo a mis rodillas. Tenía doce años y era una audición para *El lago de los cisnes*. Una compañía de baile buscaba bailarinas para una nueva versión contemporánea del ballet con proyección internacional. Cristina compuso una coreografía preciosa con la canción principal de la película *Amélie*, y estuvo ensayándola durante todo un mes. Día y noche. En cuanto salía de la escuela, se ponía a bailar y hasta teníamos que obligarla a comer porque se le olvidaba. La compañía ofrecía la posibilidad de llevar la música en un CD o de que un músico la interpretara en directo. Mi hija me pidió que la acompañara al piano, que yo la tranquilizaba, que se imaginara estar en casa si me tenía en el escenario y que, también —esto lo confesó con una risa nerviosa—, si se equivocaba, yo podría seguirla y disimularlo. Y allí

estábamos las dos en el escenario. Sinceramente, yo no quería que la cogieran. Tendría que marcharse durante tres meses a ensayar a Madrid y luego otros seis de gira por todo el mundo. Ninguna madre está preparada para eso cuando tu hija tiene tan solo doce años. Pero era su sueño. Y juro que nunca le puse más empeño al piano que durante aquel mes de ensayos con mi hija. Nunca me había obsesionado tanto con una melodía y nunca me había subido a un escenario con tanta ilusión y con tantos nervios como me subí aquella mañana.

* * *

Coloco las manos sobre el teclado. Siento el silencio de todo el teatro caer sobre mí. Un foco de luz ilumina a mi hija, de la que solo puedo distinguir su agitada respiración. Cierro los ojos. Cojo aire.

Do, Sol, Mi, Sol, Do, Sol...

El primer arpegio rompe el silencio. El show de mi hija trata sobre una niña a la que la música rescata de la muerte.

Cristina continúa tumbada en el suelo ante la expectante mirada del jurado, mientras yo empiezo el segundo arpegio.

Si, Sol, Mi, Sol, Si, Sol...

El cuerpo de la niña muerta parece que empieza a sentir. Las notas empiezan a colarse en su conciencia. De repente, una mano se mueve en mitad de la oscuridad. Luego un pie. Sus músculos se contraen de manera espasmática. La música se cuela en su sangre como un veneno que la hace retorcerse al ritmo de mis dedos. Su cuerpo vuelve a quedarse inerte sobre las tablas, esta vez, bocarriba, dibujando una estrella con sus extremidades. De pronto, el pecho comienza a vibrar con cada pulso. La música se convierte en el latido de su corazón, haciendo que la espalda se le arquee y se separe de la madera cada vez que mis dedos tocan la nota *Sol*.

Do, Sol, Mi, Sol, Do, Sol...

Su pierna derecha se eleva totalmente a noventa grados sobre el suelo, con el pie en punta, como una lanza que se erige desafiando al cielo. Dibuja un círculo en el aire, se da la vuelta y como si flotara, acaba colocándose de rodillas. Su cuerpo, aún sin energía, permanece lánguido sobre el suelo, con los brazos extendidos a lo largo de su cabeza.

Como si ella fuera una marioneta y mis manos sobre el teclado su tirititero, comienza a desenrollar su espalda. Primero lo hacen sus lumbares. Vértebra a vértebra. Luego las dorsales —los brazos siguen inertes—, le siguen las cervicales, el cuello, la cabeza, su nariz apunta al techo. Sus brazos se activan, se extienden y sobrepasan su cabeza. Y continúa al ritmo lento de mis notas ese movimiento imposible de arco de columna que acaba con las palmas de sus manos apoyadas sobre el suelo en forma de puente humano, a punto de partirse. Su pierna derecha vuelve a elevarse, manteniendo el equilibrio tan solo en tres apoyos. Y luego, como si la fuerza de la gravedad no actuara sobre ella, levanta la otra pierna soportando todo el peso de su cuerpo solo sobre sus manos. Sus piernas dibujan figuras en el aire al ritmo de la música antes de volver a posarse de nuevo sobre el suelo. Con las plantas de las manos y de los pies apoyadas en la madera, aquella niña inerte del principio del show, vuelve a sentir la música en forma de latidos. De nuevo, vuelve a desenrollar su cuerpo hasta quedar totalmente erguida. La niña, que acaba de volver a la vida, se queda de pie, expuesta ante la mirada del jurado durante unos segundos.

Sol, Fa, Sol, Si, Do, Si...

Como si no se creyera que ha vuelto de la muerte, empieza a palparse el cuerpo. Las piernas, el pecho, los brazos, la cabeza, se despeina el cabello. Aunque desde donde estoy no puedo ver su cara, me la sé de memoria. Está viva. Y vamos a celebrarlo.

Sol, Fa, Sol, Si, Do, Si...

Junta sus pies, *plie* y salto. *Grand plie* y salto de nuevo. Recorre el escenario de un extremo a otro volando, celebrando la vida, extendiendo sus brazos y sus piernas hasta lo imposible en cada salto. Con caídas perfectas, suaves, posándose sobre la madera. *Plie*, el pie derecho acaricia el suelo dibujando un círculo a su alrededor, luego gira una vez sobre ella misma, sobre el pie izquierdo en media punta, como giran las muñecas de las cajitas de música. Repite la misma pirueta con la otra pierna. *Plie*, salto, sus piernas se extienden en el aire a ambos lados de su cuerpo.

Me está pidiendo ritmo. Mis dedos se deslizan por las notas aumentando la velocidad. Mis ojos saltan del piano a mi hija y de mi hija al piano. Siento que se va a atrever, que está a punto de hacerlo.

Teníamos preparados dos finales. Quiere intentar el difícil. Los dedos de mi mano derecha saltan de nota en nota.

Si, Mi, Si, Si, Mi, Si, Mi, Si...

Cristina se prepara. No puedo quitarle los ojos de encima. Junta sus piernas. Abre los brazos y los lleva por encima de su cabeza totalmente estirados.

Si, Re, La, Do, Fa, Si, Fa, Si...

Pie derecho en media punta y comienza a girar sobre sí misma manteniendo la vista en el jurado. Una vez, dos, tres, cuatro, cinco giros consecutivos en media punta. Se detiene. *Plie*, salto. Vuelve a prepararse para el final. Pie derecho en media punta. Y cuando parece que va a repetir en media, se coloca en punta completa, manteniendo todo el peso de su cuerpo y el equilibrio sobre la punta de los dedos de sus pies. Y comienza a girar en una serie imposible de *Fouttes*. Una, dos, tres, cuatro y hasta diez giros consecutivos. *Plie*, salto, extiende sus piernas en el aire y cae al suelo, justo con mi última nota, con las piernas totalmente abiertas en un perfecto *Split frontal*.

Por unos instantes, el silencio engulle todo el teatro. Suena el eco del piano perdiéndose en el anfiteatro y la respiración acelerada de Cristina abrazada a su pierna delantera. Luego el jurado se pone en pie y comienza aplaudir. Cristina levanta la cabeza del suelo. No se lo cree. Yo me sumo a sus aplausos. Mi hija se gira hacia mí. Se levanta y corre a darme un abrazo que casi consigue tirarme de la banqueta.

* * *

—¿Te cogieron? —me pregunta Cash cuando termino la interpretación.

Esta vez sí tengo que limpiarme las lágrimas con el dorso de la mano.

—No —me aclaro la voz.

—Vaya... lo siento.

—Hubo movida ¿sabes? Me dijeron que sí, que había sido seleccionada. Durante una semana pensé que estaba dentro. Lo celebramos, aunque yo sé que a mis padres no les gustaba la idea de que me fuera, ¿sabes? Se lo comunicamos a mi familia, fuimos a comprarnos ropa para los ensayos, una mochila súper grande... todo. Pero a la semana me llamaron para decirme que finalmente me quedaba fuera —Cash se queda con la misma cara con la que me quedé yo—, sí. Por lo visto un padre le había aflojado pasta a la compañía

para que cogieran a su hija...—Cash se muerde el labio—, sí. Mis padres los demandaron y tal, pero no hubo manera de demostrar aquello. En casa ese caso se convirtió en una obsesión y yo dejé de disfrutar del baile. ¿De qué servía prepararme tan a fondo y llegar a superar una audición si luego, a golpe de talonario, iba a quedarme fuera? Así que un día me planté delante de mis padres y les dije que dejaba de bailar. Ellos no supieron encajar la noticia. Yo les pedí que dejaran la denuncia y que ya está, que se acabó. Que no quería volver a hablar del tema. Y a los pocos meses descubrí el teatro, que es a lo que me dedico ahora. Bueno, dedico... intento dedicarme. Pero es complicado. Muy complicado. Al final el talento es secundario.

—Y por eso tienes que estudiar —es la voz de mi madre, que comienza a bajar la escalera. Yo pongo los ojos en blanco.

Cash, que se había sentado en el suelo, se gira hacia ella.

—No me habías dicho que fuerais una familia de artistas.

—Sí, uh, una cosa...—dice con tono irónico.

—Ni que tuvieras aquí una orquesta —dice.

—Sí, bueno, una orquesta...

—Tiene de todo, mira —me levanto de la banqueta del piano y me acerco a las lonas que cubren los instrumentos.

—Cristina, no le quite las sábanas a todo, que luego...

Pero no la escucho. Tiro de una de ellas. Aparecen timbales de distintos tamaños, un cajón flamenco y un xilófono.

—Cristina...—protesta alargando las vocales.

Tiro de otra. En el interior de una caja, aparecen instrumentos de viento metal de la familia del saxofón, que no sé cómo se llaman.

Al lado de la caja, varias fundas de guitarra. Una de ellas la reconozco especialmente. Me llevo las manos a la boca.

—¿Esta es la que te regaló papá?

—No lo sé, Cristina —dice, evitando mirarla—. Venga, ponle otra vez las sábanas.

Me siento de nuevo sobre la baqueta y me acomodo la funda entre mis piernas. Cuando corro la cremallera, puedo ver el color rojizo de la madera.

—Ostras, no la recordaba tan chula.

La desenfundo. Es una preciosidad hecha a mano, rojiza con acabados en blanco que se extienden a lo largo incluso del mástil.

—Cristina, esa guitarra cuesta un ojo de la cara —dice poniéndose

nerviosa—, vuelve a guardarla en su funda, por favor —dice, cubriendo de nuevo los timbales con la lona blanca.

—¿Cuánto es un ojo de la cara? —pregunta Cash.

—Seis mil, siete mil euros —dice—. Cristina, hazme el favor.

Cash silva al escuchar el precio.

Esta vez obedezco y la vuelvo a guardar en su funda. Pero entonces encuentro la suya. La de siempre, la que de todas, siempre usaba.

—¡Ostras, mamá, esta es la tuya!

Tengo que hacer equilibrios para acceder a ella entre todos los trastos. Su funda es inconfundible. Deshilachada y descolorida, pero llena de recuerdos y abalorios que un día me contó, pero ya no recuerdo. Corro la cremallera, que se atasca varias veces, agarro la guitarra por el mástil y la saco. Esta vez, la que silva soy yo. Mientras me la acomodo, observo a mi madre, con los ojos llenos de nostalgia, mirar su guitarra entre mis brazos.

—Va, mamá, cántate algo —le propongo afinándola de oído.

—Cristina, no me voy a cantar nada —protesta aclarándose la voz—, guárdala ya, por favor.

—Venga, ¿cómo era esa de Mónica Naranjo que te gustaba tanto? —lanzo algunos acordes al aire.

—Cristina —se cruza de brazos—. Además, no la estás afinando bien.

—¿Qué dices? Has perdido tu oído, eh. Está perfecta.

—No, no lo está —protesta.

—¿Tú cómo la escuchas, Cash? —le digo con un guiño de ojos, intentando que me siga el rollo.

Cash, que pillá por donde voy, sonrío.

—Yo la escucho genial, Lucía está perdiendo facultades, sí. Yo creo que no es tan buena como me has contado.

—¿Tú qué eres también un experto músico? —le dice a Cash—. Mejor no contestes, que capaz eres de inventarte ahora que has dirigido la sinfónica de Londres. Venga, guárdala ya.

—*Negra por fuera* —entono mal queriendo para picar a mi madre.

—Cristina, ¿lo estás haciendo queriendo, no?

—Es así, mamá.

—¿Cómo va a ser así?

—Va, cántala tú —propone Cash.

—Que no voy a cantar nada.

—*Por dentro color de algodón* —continúo entre risas cantándola lo peor que puedo.

—Cristina, dame esa guitarra —extiende su mano cabreada ya.

Para mí misma, lo celebro con una sonrisa.

—No, espera —me hago de rogar.

—Cristina, que te la vas a cargar —su voz se acelera. Se hace hueco entre el resto de instrumentos y me la quita de las manos.

*

Cuando mis manos tocan el mástil de la guitarra, siento cómo mis pulsaciones rápidamente se adormecen. Me quedo observándola, repasando todas sus cicatrices, que son también mías. Recuerdo cada uno de sus arañazos, de sus golpes, de las pegatinas con los bordes levantados, de las firmas desdibujadas con permanente. El agujero de la caja me engulle y me escupe en otros tiempos. Siento el traqueteo de la furgoneta camino a nuestro primer bolo. El olor a quemado. El bullicio de la gente en los pubs. Alcohol. La frustración de mi padre. Un callejón que huele a meado. Un policía que me insulta. El sonido de las monedas al caer en la funda de la guitarra. Un abrazo de otra raza. Las lágrimas de mi madre. Un concierto. El olor a tabaco y drogas. Dejar la carrera. Una canción sincera. Un álbum de fotos rotas. Las plazas de Alemania y de Londres. Un beso distante en una cama ajena. No llegar a fin de mes. Robar. La lluvia en los portales. El frío de los escalones. La sonrisa de los niños. El casero llamando a la puerta. Llenar un teatro. Un corte. El dolor en la yema de los dedos. Mendigar una cama. Decir que sí. El sabor de la sangre. La felicidad. El miedo que me hace temblar. El dolor del rechazo. No eres mi hija. El sol en los ojos cada amanecer. No te reconozco. El insomnio. Los ojos rojos. El sol. La rabia pudriéndose en mi garganta. La risa. El THC. La vida. La muerte.

Como en mitad de un tsunami, consigo sacar la cabeza para respirar en mitad de aquella marea de sentimientos encontrados en la guitarra.

Me descubro observada por Cash y por mi hija. Desorientada, tengo que sentarme en la banqueta del piano.

—¿Estás bien? —pregunta mi hija.

—Sí.

Y aunque quiero soltar la maldita guitarra y guardarla en su funda. No puedo evitar colocármela bajo el brazo.

Es una guitarra común, hecha a granel en una fábrica. Igual ya no, pero imagino que se fabricaron millones como esta. Sin embargo, juro que parece que está fabricada pensada para mí. Su caja encaja perfectamente en mi regazo. Como si la guitarra fuera una extensión más de mi cuerpo. O yo de ella. Como un puzle: ella no puede sonar sin mí.

Y yo no puedo vivir sin ella.

No me hace falta escucharla para saber si está afinada. Las yemas de mis dedos recuerdan el tacto de las cuerdas y solo pasándolas por ellas, sé cuál está afinada y cuál no.

—Parece que ha vivido mucho esa guitarra —dice Cash.

—No imaginas cuánto...—sonríó, cerrando los ojos para concentrarme en la afinación.

—¿Fue tu primera guitarra?

Asiento terminando de tensar la última cuerda.

—Me la regaló mi padre cuando tenía catorce años —sonríó para mí misma—. Cuatro años más tarde me dijo que era la peor inversión que había hecho en su vida.

Mi mente vuelve a ser absorbida por el agujero negro de la caja de aquella guitarra. Me quedo allí atrapada entre sus paredes de madera desvencijada y las humedades de mis recuerdos. Solo escucho el eco de las notas que mis dedos conjuran jugando con las cuerdas.

Negra por fuera,

Por dentro color de algodón.

La pantera duerme

En mi ropa interior.

—¿Cuándo vas a dejar de mentir, Lucía?

—¡No estoy mintiendo!

Mi padre me cruza la cara de un guantazo. Mi madre se lleva las manos a la

boca aguantando un grito.

—He estado en la universidad. Tus profesores dicen que llevas meses sin ir a clase.

Noche azul,

Teñida de luna y pasión.

Y aparece ese hombre

Que quema la selva y aplasta el amor.

—Esto no es lo que hablamos.

—Lo siento, la noche no ha ido como esperábamos —dice con aquella manera repugnante que tiene de comer chicle.

—Yo he cantado igual.

—¿Lo tomas o lo dejas? —insiste.

Le quito el billete de mil pesetas de las manos y me lo guardo de mala gana en el bolsillo.

—Pero si quieres más, pásate por mi casa esta noche —pronuncia con una sonrisa asquerosa en su boca.

Lo cojo por los hombros y con toda mi rabia le pego una patada en los huevos.

Cojo mi guitarra y me marcho, dejándolo retorciéndose de dolor en el suelo mugriento de aquel callejón.

—¡Olvídate de cantar en ningún bar de la zona, zorra!

Mírame, sé perdonar.

Pero soy mujer, respétame.

Vivo en libertad.

Después de dejarme la mano golpeando la pared de los dos alemanes

borrachos que tengo por vecinos, me dejo caer sobre la cama. No sé si lloro de rabia, de impotencia o de lástima. Rebusco el móvil en mi riñonera y entro en la bandeja de entrada. Tengo que limpiarme las lágrimas con el dorso de mi mano.

<<Lucía, soy tu madre. Llevamos dos meses sin saber nada de ti. Solo sabemos que no estás en España. Por favor, llámame. Te quiero.>>

Comía en tu mano.

Tu boca me dio de beber

Mientras me colabas

Entre jaulas de papel

—¿Lucía? —es la voz de un hombre a mi espalda.

Termino de darle el último trago que vacía mi botellín de cerveza y me giro. No lo reconozco.

—¿Tú estudiaste derecho en Sevilla, no? Yo fui compañero tuyo.

Mis ojos lo escrutan un instante.

—Creo que me sueñas, sí.

—Gonzalo —me tiende la mano— te he visto ahí arriba y guau...

Y ahora tú abusas de mi soledad,

Te regalo el cuerpo, no lo quiero

Pero mi alma se va.

—Tranquilízate, por favor, Lucía. Mírame. ¿Cuánto le debes?

—Tres meses.

—¿Eso cuánto es en dinero? ¡Dime!

—No lo sé.

—Bueno, no te preocupes. Quédate aquí —me dice—, voy a ir a hablar con él y le voy a dar el dinero, ¿vale? Luego te vas a venir a Sevilla conmigo.

Me quedo mirándolo en silencio.
—¿De acuerdo?

Ya no puedo más.

Sé perdonar.

Pero soy mujer, respétame.

Yo vivo en libertad.

La puerta se abre. Mi madre se echa a llorar en cuanto me ve. Se tira sobre mí para abrazarme. El llanto no la deja respirar. Yo la acojo en mi regazo. Al fondo del pasillo aparece mi padre. Su mirada altiva se detiene en mí unos segundos. Luego desaparece.

*Cuántos sueños y mentiras
En el circo de la vida.*

*Yo lucharé, sobreviviré
Al destino que me arrastra hacia tus pies.*

—GL Abogados —pronuncia pasando la mano por una placa imaginaria en la pared de la planta de oficinas que acaba de comprar su padre.

Se gira hacia mí y sonrío orgulloso.

—GL ¿por qué?

—De Gonzalo y Lucía —introduce su mano en uno de los bolsillos de su pantalón para sacar un sobre—, toma.

—¿Qué es?

—Ábrelo —dice, nervioso de alegría.

Abro el sobre y desdoble una carta con el sello de la CEU San Pablo de Sevilla. Es una matrícula a mi nombre.

—Te he matriculado en derecho para que puedas terminar la carrera y trabajar conmigo en el buffet.

Siento que me ahogo.

*Acuérdate que se perdonar,
Pero soy mujer, respétame.
Yo vivo sola en libertad.*

—Estoy embarazada.

Gonzalo se lleva las manos a la cara.

—¿En serio? —pregunta.

—Sí —él se levanta de la cama y empieza a dar vueltas por la habitación

—. No sé cómo ha ocurrido, de verdad, yo...—me incorporo con él.

Se detiene, se gira hacia mí y se pone de rodillas tomándome de las manos.

—Lucía, cástate conmigo —implora.

Yo vivo en libertad.

Capítulo 28

—¡Oh, mamá, para ya! Se te va a enfriar la pizza.

—La última, la última, lo prometo —dice atropellándose así misma—. ¿Te acuerdas de esta?

Miro a Cash poniendo los ojos en blanco.

—Tú has sido la que le ha dado la guitarra —me dice.

—Sí, si es que encima ha sido idea mía, que es lo peor.

—¡Shh, escucha! —Coloca los dedos en los trastes, intenta silbar pero se ríe—, es que si me hacéis reír no puedo, ¡shh!

Cash y yo intentamos mantenernos serios mientras mi madre recuerda los acordes. Yo cojo un trozo de la pizza que ha pedido él.

—Oye, está buena, eh —gimo tapándome la boca con la mano—, ¿qué es lo que lleva?

—De todo —se encoge de hombros destapando la caja para coger un trozo.

—¡Ah, ya! —mi madre se aclara la voz—. Esta te la tenía que cantar todas las noches —dice alargando las vocales mientras se cruza de piernas sobre el suelo.

—¡Ya sé cuál es! —me río.

Empieza a lanzar acordes mientras silba la melodía principal de *Toy Story*.

Tururu turu—turu turu tuu...

—*Hay un amigo en mí...*—la acompaño— *Y cuando echas a volar y tal vez añores tu dulce hogar.*

—*¡Hay una serpiente en mi bota!* —nos interrumpe Cash tapándose la nariz para imitar a *Buddy*.

Mi madre y yo nos reímos.

—Mira, *Buddy* es vaquero como tú —se ríe.

—Sí, es compañero mío en el rancho, lo tengo allí trabajando a media jornada. Es buen tipo.

—*Lo que te digo debes recordar, porque hay un amigo en mí* —sigo

cantando por encima de ellos.

—Todas las noches tenía que cantarle algo para que se acostara.

—Dicen que la música amansa las fieras.

—Oye, que yo no era mala, ¿a qué no, mamá?

—Bueno...—mi madre le hace un gesto a Cash.

—Mentirosa —le digo—, no le hagas ni caso, yo he sido una hija ejemplar.

Mi madre me sigue la corriente como a las locas y continúa hablando.

—Y yo intentaba cambiarle la canción, pero no había manera. ¡Yo quiero *Buzz*, yo quiero *Buzz*! Decía. Tenía la cinta de la primera película, que era en VHS, gastada. Se sabía todo los diálogos. La recuerdo una vez, que entró en la cocina y me pilló a mí quitándole puntos negros a Gonzalo y después de quedarse mirándonos con cara de asco, se llevó el antebrazo a la boca como *Buzz* y dijo: “No parece que haya restos de vida inteligente”. Con la voz de pito esa que tenía de enana.

—Yo no hablaba así, lista —protesto.

—Cuando eras pequeña sí.

—¿Tú has visto cómo me hace bullying mi propia madre? Ay, espera — desenredo mis piernas para sacarme el móvil del bolsillo, que siento que vibra— a ver quién me llama.

*

Mi hija se aleja para hablar por teléfono y Cash y yo nos quedamos sentados en la alfombra alrededor de las dos cajas de pizza a domicilio que hemos pedido. Me inclino un poco hacia delante para coger los bordes de pizza que ha dejado Cristina.

—En esa caja hay más, eh —dice Cash.

—Ya, pero a mí lo que me gustan son los bordes.

Me dejo caer hacia atrás hasta tumbarme, coloco los bordes de pizza sobre mi pecho y me llevo uno a la boca mientras miro con ternura a mi hija hablar por teléfono. Sonrío, Gonzalo nos mataría si nos viera comer sobre esta alfombra.

—¿En qué piensas? —pregunta.

Desde mi posición, lo miro a los ojos cuando siento que una lágrima se resbala por mi mejilla. Le aparto la mirada esperando que no se haya dado cuenta. Lo siento tumbarse a mi lado, recostando su cabeza sobre una mano.

Con la yema de un dedo seca mis lágrimas repasando mis mejillas. Los dos nos quedamos mirando a Cristina pasear de loseta en loseta en el recibidor.

—Éramos uña y carne, ¿sabes? —Tengo que apretar los labios para controlar mis emociones— a veces tenía la sensación de que no era su madre, si no su hermana —me paso la palma de la mano por la cara para secarme las lágrimas—, nosotras hemos llegado a hablar de cosas que a mí ni se me ocurriría mencionar a mi madre, eh.

>>Hace dos años que no la veía reír. Yo ya pensaba que nuestra relación sería irrecuperable. Lo había intentado por todos los medios. La he llamado hasta que me bloqueara. Me he plantado en la puerta de su casa y me he llevado allí horas sentada en las escaleras. Hasta le propuse que fuéramos a terapia... todo —me giro sobre mí misma hacia Cash—. Y tiene que venir un...—sonríó al no encontrar cómo llamarlo—, tejano bailaor' de sevillanas a enseñarme a hablar con mi hija —tengo que sorberme la nariz.

>>Llevo toda mi vida odiando la música. Toda.

—No digas eso...—dice de nuevo repasando mis lágrimas— Estoy seguro de que te ha dado muchas alegrías. Acaba de darte una, ¿no?

—Sí —sonríó para mí misma, no había pensado en eso hasta que él acaba de decirlo—. Pero también me las ha quitado. Mira —me incorporo hasta acabar sentada. Luego doy un largo suspiro—. Mi felicidad más sincera ha sido gracias a la música. Las risas estas de dentro, ¿sabes cuáles te digo, no? Las de aquí —me señalo la boca del estómago—. Esas han sido gracias a ella. Las mejores amistades, los mejores años... toda mi felicidad más verdadera, ha sido gracias a ella. Pero también lo han sido las lágrimas más amargas. La infelicidad más negra, más oscura. La soledad, las ganas de...—tengo que aclararme la voz—. La música es un veneno que he deseado miles y miles y miles de veces sacarme del cuerpo ¿sabes? He deseado no sentirla, no saber tocar ni un solo instrumento, nada. Que no significara nada para mí.

—Joder —llega Cristina protestando.

Yo me giro hacia ella.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—El chaval que me iba a llevar a la audición, que su padre necesita el coche mañana y no puede llevarme.

—Vaya, ¿y dónde es?

—En Carmona —dice, tecleando en su móvil—, voy a mirar a ver si hay algún autobús.

—¿A qué hora es? —estiro el brazo para alcanzar el móvil del sofá.

—Pues no sé, mamá, parece que no hayas hecho ninguna audición —no recordaba ya cómo se estresa—irá por orden de llegada e irán repartiendo números, como siempre. Pero yo necesito llegar de las primeras, que a las dos curro. *Tss...* y ya le debo un par de horas a mi jefe.

Entro en el calendario del bufet y reviso mi agenda para mañana. No puede ser, es que además mañana es la boda de Aurora y está todo el mundo fuera menos yo, que me ofrecí para que ellas fueran a la ceremonia. Me llevo un padrastro a la boca. Ni me acordaba. Y encima quieren que lleve a Cash, ya verás cuando aparezca sin él. Me deslizo por el horario aun sabiendo que soy la única mañana en la oficina para ver si puedo cambiarle el turno a alguien, pero soy la única mañana. No puedo escaparme, imposible. A ver cómo se lo digo yo.

La miro de reojo y la veo resoplar buscando en los horarios de los autobuses.

—El primer autobús sale a las diez. Como yo llegue allí a las diez y media u once, a saber a qué hora canto yo, ¿sabes?

—Llama a tu padre.

—Que va, estará trabajando.

—Mañana solo estoy yo de guardia en todo el bufet, se casa una compañera a las doce de la mañana, pero vamos, que si tiene que llegar tarde, no pasa nada. Llámalo.

—¿A ti no te han invitado?

Observo a Cash seguir nuestra conversación como un partido de tenis.

—Yo voy al convite después, tú sabes que a mí las iglesias... venga, llámalo antes de que sea más tarde.

—Que no, que paso, mamá. No me apetece ir con papá.

—¿Quieres que te lleve yo? —propone Cash.

Cristina y yo nos giramos hacia Cash y luego nos miramos entre nosotras.

—¿Qué? —pregunta Cash levantando los hombros.

—¿No te importa? —pregunta Cristina.

—No, que va, yo te acompaño. Nunca he estado en una audición.

—Pero se puede alargar toda la mañana, eh.

—No me importa.

Cristina sonrío mirándome, como buscando mi aprobación. Yo enarco las cejas.

—Ostras, pues muchas gracias, en verdad —me resulta muy chica y muy tierna su sonrisa—. Entonces... me quedo aquí a dormir, ¿no?

Aquella proposición me coge desprevenida. No sé muy bien qué decir.

—¿A dormir?

—Sí, ¿no? —insiste Cristina—, para que no tenga que bajar a Sevilla a recogerme, salimos los dos de aquí, ¿no? ¿Qué haces llorando, mamá?

—No, no —me seco las lágrimas—, si no estoy llorando —le digo—. Sí, claro, quédate a dormir, mi vida.

—¡Ay, mi viejita! —me dejo abrazar por ella, yo no sé si lloro o sonrío— ¿qué te pasa?

Cash me mira con una sonrisa casi paternal en su rostro.

—Nada, que estoy mala y estoy muy sensible —me separo de ella—. Sí, quédate a dormir, claro, mi vida, esta es tu casa. Puedes dormir conmigo y nos levantamos juntas, ¿a qué hora quieres que te despierte?

Cristina se echa a reír no sé muy bien de qué.

—¿Cómo voy a dormir contigo, mamá? Tú dormirás con él y yo en mi cuarto —mira a Cash mordiéndose los labios para aguantar una risa.

Él y yo nos miramos muy serios.

—Mamá...—dice Cristina— que ya soy mayorcita, que sé que tú también haces tus cositas con los hombres.

Capítulo 29

No puede ser. Primero Natalia me lo mete en casa y ahora mi hija me lo mete en la cama. Me levanto del váter para ajustarme el tampón y luego tiro de la cisterna. Y encima yo con la regla.

¡Lucía!

¿Qué?

¡Que está tu hija en la habitación de al lado!

A ver, que no quiero decir que si no la tuviera... pero hombre, si no la tuviera, mejor, que nunca se sabe.

Me estoy volviendo loca, ya discuto hasta conmigo misma. Menos mal que al menos lo hago para mí misma. ¿Te imaginas que lo hiciera en voz alta? Me encerrarían con la de cosas que me digo yo a lo largo del día.

Coloco la bolsa de tela, en la que a escondidas he guardado toda la lencería que he encontrado en mi armario, sobre el lavabo y comienzo a emparejar conjuntos. Cuando ya los tengo todos por parejas, bajo la bolsa al suelo y me cruzo de brazos. No puede ser. Empiezo a mirar etiquetas para comprobar las tallas porque todos me parecen súper chicos. Dios mío, ¿pero cuándo me compré yo estas cosas? Todos son una talla menos, ¡Algunos incluso dos! ¿Pero cuándo he estado yo tan delgada?

Descarto todos los que son dos tallas más pequeños y los devuelvo a la bolsa. Me quedo con dos sobre el lavabo y me pruebo por curiosidad una de las dos bragas. Me doy media vuelta y me miro el culo en el espejo. Me da hasta vergüenza. Es que se nota que no es mi talla, para empezar porque se me clavan en todo el medio del culo, pero es que además me hace chicha por todos lados. Me las quito. Cojo un sujetador. Horrible. O sea, es que antes de ponérmelo ya sé cómo me va a estar. Lo cierro en el último enganche y al girármelo para colocármelo en su sitio, me araña todo el costado. Es que me parte la teta en dos. Me lo coloco todo lo abajo que puedo y el aro se me clava

por todos lados. Al desabrochármelo veo en el espejo que hasta me ha dejado marca.

¿Cómo me meto yo en la cama con este hombre? Desnuda no, desde luego. Y con las bragas de dormir, menos. Alcanzo el camisón del perchero de detrás de la puerta. Es que con esto se me transparenta todo. Me lo quito. De verdad, nunca pensé que meterme en la cama con un hombre fuera tan complicado.

Está bien. Me coloco en frente de los dos conjuntos. Dejo caer el que me acabo de probar en la bolsa y rezo para que el que me queda, me esté un poco mejor. Y parece que los rezos sirven de algo. O no. Me doy media vuelta. No, más bien han servido de poco. Finjo los movimientos de meterme en la cama y girarme de un lado a otro frente al espejo y el sujetador me pellizca la piel. Además, me hace unas mollas que yo esas mollas no las tengo, te lo juro. Es que esto, que supuestamente me tiene que hacer más sexy, me hace más horrible, ¿cómo es posible?

Después de mirarme desde todos los ángulos y posturas que se me ocurren; sacando culo, metiendo barriga, cogiendo aire, de perfil, del otro perfil... me coloco el camisón por encima del conjunto, que no pega ni con cola. En fin. Mira, me meto rápido en la cama y ya está.

Me suelto el pelo y me lo cepillo con un poco de agua para dejármelo liso. Me repaso un poco la base de maquillaje y me corrijo las ojeras. Me cepillo los dientes y mientras me echo el enjuague, rebusco mis perfumes en la estantería. No sé cuál coger, tampoco quiero que parezca que me estoy arreglando para dormir. Al terminar la frase en mi cabeza, me miro en el espejo. ¿A quién quiero engañar? Te estás arreglando para dormir. Escupo el enjuague en el lavabo y termino eligiendo *Agua de Sevilla* para rociarme las muñecas y el cuello.

Vale. Bueno. Me quedo unos segundos mirándome a mí misma a través del espejo. ¿Y si me voy a dormir mejor al sofá?

¡Lucía, venga, ya está! Agarro el pomo de la puerta y salgo del baño. De camino a mi dormitorio me cruzo con mi hija por el pasillo.

—Mamá, hija, ¿por qué has tard...—no termina la frase, se queda mirándome de arriba abajo mientras pasa por mi vera.

—¿Qué pasa? ¿Cristina? ¿Qué? —Le pregunto, mi hija se encoje de hombros sin dejar de caminar— ¿Cristina, qué significa esa cara? —pero me ignora, entra en el baño y cierra la puerta muy despacito sin querer hacer ruido.

¿Pero está niña es tonta?

Va, venga, Lucía, ni caso. Después de intentar convencerme a mí misma, entro en la habitación iluminada solo por la luz de la lamparita de la mesilla de noche. Y allí está él en la cama. Durmiendo.

Me quedo en el marco de la puerta con las manos en mi cintura. No me lo puedo creer. Durmiendo. Al entrar, cierro la puerta y enciendo la luz principal preparándome para excusarme con un “lo siento”. Pero ni se inmuta. Enciendo y apago, enciendo y apago. Nada. ¿En serio me pongo todo esto para que esté durmiendo? Me siento en mi lado de la cama de mala gana y del cajón alcanzo la crema para los pies. Increíble. Y yo aquí, con el aro que me va a destrozar la teta y los tirantes pegándome pellizcos cada vez que me muevo. Me unto la crema en los talones y la extiendo a lo largo de la planta y entre los dedos. Dejo el bote en la mesa de noche haciendo ruido y es al introducirme en la cama cuando se sobresalta y se gira hacia mí. Yo apago la luz de noche y él, al desperezarse, da con los brazos en el cabecero.

—Lo siento —dice pasándose una mano por la cara—, me he quedado dormido ¿qué hora es?

—Las doce y pico.

—¿En serio? ¿Sí que has tardado, no?

Sí, hijo, sí, y ni te has fijado en lo que llevo puesto.

—¿He tardado mucho? —me hago la tonta.

—Un poco, ¿no? —siento que se gira hacia mí— Qué bien hueles.

—¿Sí? No sé...—hago como la que me huelo a mí misma.

De repente, siento un beso en el hombro que me tensa hasta las pestañas.

—Buenas noches, hermanita —susurra, dándose la vuelta hacia el otro lado de la cama.

Cuando mi cuerpo se recupera del cortocircuito, me incorporo ligeramente sobre la almohada.

¿Buenas noches, hermanita? Me quedo un segundo en silencio y miro por encima de mi hombro. ¿En serio se ha vuelto? ¿Y ya está? No fastidies. ¿Buenas noches, hermanita? Me dejo caer sobre mi almohada de nuevo. ¿En serio? ¿Puede ser el único hombre que se haya metido en mi cama que me haya dicho “Buenas noches, hermanita” y se haya girado? ¿Puede ser el hombre que menos me haya insistido del mundo? ¿Puedo estar en la cama con el hombre más soso del planeta?

¿Y qué esperabas, Lucía? ¿Pero si eras tú la que le huías! Vamos, no habrás

tenido oportunidad de habértelo tirado cuando te llevó el desayuno a la cama, Lucía, que te lo trajo desnudo, Lucía.

Ya, pero ahí no nos conocíamos.

Ah, y ahora sí. Un día después ya sí lo conoces.

Es distinto.

Si es que hasta le has presentado a tu novio, hija mía, ¿qué quieres?

Que yo no tengo novio.

Y rechazaste un baño con espuma y un masaje.

No, perdona, yo no lo rechacé. El otro vino por sorpresa...

Así que ahora, Eduardo, es el otro, eh.

Ahora me siento mal...

¿Y qué vas a hacer?

¿Yo? Nada.

Sácale conversación.

¿Conversación? Pero si se ha girado, eso significa que quiere dormir.

Pues nada, quédate así.

¿Así como?

Caliente perdida.

Es que además, ¿se puede saber por qué estoy tan sumamente caliente? O sea, yo no recuerdo haber estado así en años.

Claro, es que hace años que no tienes a un hombre en la cama.

Porque no he querido yo, eh. Oportunidad he tenido.

Me vas a comparar al dentista con el tejano.

Pero es que ha sido entrar en la cama y como que me ha subido un no sé qué así para arriba. Yo así no puedo dormir hoy, de verdad que así no puedo.

Tócate.

¿Cómo me voy a tocar aquí?

Aquí no, enferma, en el salón.

Mis ojos se abren y se clavan en la mesita de noche, como si pudieran atravesar la madera, buscando en la esquinita del fondo del segundo cajón, donde guardo el vibrador.

Que no, que no. Me envuelvo en la sábana. Que soy una mujer adulta capaz de controlarme. Además que yo no quiero tocarme sola, yo lo que quiero es que me toque él. Cierro los ojos y me obligo a respirar hondo.

Saco un brazo de debajo de la sábana. Me coloco bocarriba. Saco el otro. Lo meto. Saco un pie. Me pongo bocabajo. Vuelvo a meter el pie. Me ajusto

los tirantes del sujetador y al acomodarme las braguitas, el roce me gusta. Repito el gesto. Una vez más. Una última. Dios, es que estoy muy caliente. ¿Él también lo estará?

Puede ser. Es un hombre.

¿Y si está tan caliente como yo y estamos aquí los dos perdiendo el tiempo?

Hay una forma de saberlo.

Sí, claro, diciéndoselo.

Mira a ver si tiene calzoncillos o está desnudo. Si está desnudo es porque quiere tema.

Me imagino el calor de su cuerpo desnudo al lado mío y tengo que tragar saliva

La palma de mi mano se posa sobre mis braguitas y empieza a acariciarme muy suavemente, como si yo misma no me diera cuenta. Me estiro sobre la cama intentando mirar bajo las sábanas, pero no lo consigo.

Lucía, por favor, que te va a pillar, qué vergüenza. Duérmete, por favor.

Saco las manos bajo las sábanas y, al airearse el interior, siento un fuerte olor a mí misma. Me precipito a tapar la sábana de nuevo.

Qué vergüenza, que esto también lo va a oler él. Dios mío, la que estás liando, Lucía, de verdad, que pareces adolescente.

¿Qué quieres? Te juro que no soy yo, que no sé qué me pasa.

Que llevas demasiado tiempo sin sexo, eso es lo que te pasa.

No lo puedo evitar. Mi mano se cuele de nuevo bajo las sábanas. Pero me pongo una condición: solo por encima de las bragas. Y solo de pensar en esa restricción, que imagino que me lo prohíbe él, me empiezan a sudar las manos. Imagino que se gira hacia mí con su figura imponente y me susurra: si quieres tocarte, solo puedes hacerlo por encima de tus braguitas.

Tengo que volver a parar mi mano. Me descubro tensa sobre la cama, con la respiración acelerada y con un dolor que se me ha metido ya hasta en los lumbares.

Estás fatal, Lucía.

¿Pero él no era un esclavo de esos? ¿Y si me giro y le digo: esclavo, fóllame ahora mismo? Estoy en mi derecho como ama, ¿no? Y luego, cuando yo haya terminado, girarme y dormirme. Y dejarlo caliente toda la noche tal y como estoy yo. Para que al despertar, lo vuelva a tener a mis pies para que me vuelva a dar placer. Y si lo hace bien, igual dejo que también termine él. O no.

Ya veré.

Estoy enferma.

Por un momento ensayo la frase en mi cabeza. “Esclavo, fóllame.” Con su entonación, su ritmo, su cadencia.

¿En serio estoy pensando en decírselo?

Él se quedó en casa con esa condición. Que la cumpla. Me aclaro la voz.

No puedo. Vuelvo a detener los movimientos. Lucía, deja ya de rozarte que no riegas.

¿Y si él está igual que yo? Tengo que ver si está receptivo. Está bien. Miro si tiene pantalones, y si tiene, me estoy quietecita.

Mi mano vuelve a deslizarse hasta mis bragas.

Con la otra mano, levanto un poco la sábana. Vuelve el olor a mi sexo. Se va a dar cuenta, tengo que levantarla mucho. Y lo peor es que el miedo me da aún más morbo.

Venga, levanto solo un poquito.

Mientras levanto la sábana poco a poco, siento como mi dedo corazón, desobedeciéndome, se cuele bajo la tela de mis braguitas. Yo lo corrijo en seguida.

Lucía, por favor.

Solo voy a mirar. Si tiene pantalones, lo dejo. Lo prometo.

¿Y si no?

Si no ya veré. Cojo aire. Mi mano se cuele entera bajo las bragas. No me puedo resistir. Me lubrico los dedos con mi propio sexo y empiezo a acariciarme sin querer tocar directamente sobre mi clítoris, como si en realidad no me estuviera tocando.

Miro y me duermo, trato de convencerme. Resoplo. No va a llevar. Estoy seguro de que no va a llevar nada.

Bueno, ¿eso es lo que quieres, no?

¡No sé lo que quiero! Me estoy agobiando.

Con la mano libre voy levantando la sábana poquito a poco. En la oscuridad aparecen las puntas de su melena. Luego sus hombros, empiezan a distinguirse lunares en su espalda.

Cuanto más destapo, más me parece que estoy haciendo algo que no debo y más me pone.

Sigo levantando sábana. El olor de mi vagina me envuelve. Ya puedo ver un poco de vello en sus lumbares. Zigzagueo los hoyuelos de la parte baja de

su espalda. Mantengo la respiración. Empiezo a tocarme el clítoris. Primero con la palma entera, luego solo con el corazón y el anular. Trago saliva. Los círculos de mis dedos tensan todos los músculos. Su espalda parece que no tiene fin. Sigo destapando. Solo un poco más. Más rápido. Aprieto los labios.

—¿Lucía? —su voz ronca me sobrecoge.

Me precipito a bajar la sábana y saco la mano de debajo de mis bragas. El corazón se me va a salir por la boca y siento como, con la misma fuerza, la sangre golpea mi clítoris.

—Dime —respondo con la voz acelerada

—¿Te pasa algo? —dice, girándose ligeramente hacia mí.

—¿A mí? —intento ganar algo de tiempo hidratándome la garganta con mi propia saliva—, no, ¿por qué?

—No sé, no dejas de moverte —dice, pensativo.

—¿Moverme? —me hago la inocente— Ah, lo siento, no me he dado cuenta.

—No, no te preocupes —se excusa volviéndose a girar hacia su lado de la cama—, era solo curiosidad.

Yo me giro también para darle la espalda.

“No dejas de moverte” repito para mí misma. Imbécil.

Capítulo 30

Mi dedo sigue deslizando las noticias de Facebook de manera automática, pero ya hace tiempo que dejé de leerlas. No dejo de pensar en el mensaje de buenas noches de Eduardo, que no he podido leer entero porque no quiero que vea que lo he leído y no le he contestado, que dice algo sobre sentirse mal de haber ido muy rápido. Pero la que se siente mal soy yo, porque la culpa no es suya. Es mía, que no sé lo que quiero. O lo sé, pero no se lo he dicho. Yo qué sé. Deslizo las noticias por última vez y salgo de la aplicación. Las dos y cuarto de la mañana. Bloqueo el móvil y lo dejo sobre la mesita de noche. Me quedo mirando el techo, iluminado con la luz azulada de la pantalla del móvil, que se va apagando poco a poco. Me acomodo la cinta del sujetador, luego el aro, tiro del puente hacia abajo, pero no hay ninguna posición con la que resulte cómoda dormir. Mira, se acabó.

Me incorporo y me quito el sujetador. Dios, ahora sí. Siento la sangre correr de nuevo, mi piel respirar, la libertad atravesado todos mis sentidos en forma de hormigueo. Levanto un poco el culo del colchón y me quito también estas bragas que parecen de castidad y las dejo caer a un lado de la cama. Ahora sí, suspiro.

—Lucía —escucho susurrar a Cash.

—Perdón —le susurro yo también—, prometo que ya me estoy quieta.

Se gira hacia mí. Su peso hunde el colchón y siento que mi cuerpo se cae ligeramente hacia él.

—¿No puedes dormir? —pregunta.

—No.

—Yo tampoco —reconoce colocándose bocarriba, cruzando sus manos en el pecho.

Yo imito su postura y los dos nos quedamos mirando el techo.

—¿Puede ser la calor? —me incorporo para buscar el mando del aire.

—No, yo estoy bien —dice.

Aun así, yo lo enciendo igualmente. Suelto el mando y vuelvo a colocarme bocarriba mientras trazo figuras entre los puntitos de luz que se reflejan en el techo a través de la persiana.

—Gracias por acompañar mañana a Cristina a la audición. Le hace mucha ilusión.

Puedo sentirlo sonreír, pero no dice nada.

—Justo mañana se casa una compañera —siento la necesidad de justificarme—, y me ofrecí para que ellas pudieran ir a la iglesia, tú sabes...

—Sé que la llevarías si pudieras —me dice.

No sé por qué, me tranquilizan sus palabras.

—Mañana igual salgo del bufet directamente para el convite, te lo digo por si llegas y no estoy, que sepas que... estoy allí. Prometo no llegar muy tarde.

Cash sonríe.

—Puedes volver cuando quieras.

—Ya, ya lo sé —sonríe—, pero a mí no me gustan esas cosas. Voy por compromiso, a mí las bodas...

—Imagino que habrás cantado en ellas, ¿no?

—Oh, muchas veces —sonríe haciendo memoria—, muchas...

—¿Y eso sí te gustaba?

—La vida suena distinta con música —pronuncio girándome hacia él.

—Si tu vida fuera una canción...—formula girándose hacia mí para mirarme con sus ojos negros—, ¿cuál sería ahora mismo?

—Ostras, ¿en serio? —sonríe.

—Piensa en una, la que se te venga a la mente ahora mismo.

* * *

—¿Estás segura? —pregunta Toffer antes de encender la máquina.

Apoyo mis codos sobre la camilla para incorporarme. Con mis manos, me tapo el pecho y me giro hacia él.

—Segura.

—Tus padres te van a matar.

—Para cuando se enteren, ya me habré ido de casa —digo, colocando de nuevo la cabeza en el agujero de la camilla.

Escucho el zumbido de la máquina. Siento el roce frío de la crema y el de

sus manos enfundadas en unos guantes negros. El primer pinchazo me sobrecoge. Aprieto todo mis músculos, él separa la máquina de mi espalda.

—Sigue, por favor —le suplico.

La aguja vuelve a entrar en mi piel. Una y otra vez. Mis manos aprietan con fuerza las patas de la camilla. Juro que mis lágrimas no son de dolor.

* * *

Me recojo el pelo y me doy media vuelta para enseñarle mi tatuaje.

—Vaya...—siento la yema de su dedo acariciar mi piel—, no te imaginaba con un tatuaje.

—Tendría que repasármelo —digo—, me lo hice antes de cumplir los dieciocho.

—*Aunque duela, quiero libertad* —lee, repasando la frase con su dedo.

Me suelto el pelo y me vuelvo de nuevo hacia él. Esta vez, me siento sobre la cama cruzándome de piernas.

—Es de la canción *Sobreviviré*, de Mónica Naranjo también. Me he sentido tan identificada con sus letras toda mi vida...

—¿Por qué una loba? —pregunta.

Le aparto la mirada y con mis manos, empiezo a jugar con los dedos de mis pies.

—Imagino que era porque me veía así.

—¿Ya no?

—Ya estoy domesticada —sonríe contrariada descruzando las piernas para apoyar mi espalda sobre el cabecero.

—¿Tu exmarido?

* * *

El sol me calienta la planta de los pies apoyados sobre la ventana del despacho de casa. Mis dedos improvisan acordes mientras yo improviso letras, o recuerdo algunas. Solo me dejo llevar, nada más. No me apetece otra cosa. Lo echaba de menos, necesitaba cantar. Nunca había estado tanto tiempo sin hacerlo.

Tres golpes en la puerta interrumpen mi concierto. Yo me precipito a bajar los pies de la cornisa y dejo la guitarra a un lado. No había escuchado llegar a

Gonzalo de la calle.

—¿Qué tal? —Asoma la cabeza— ¿Tomándote un *kit-kat*?

—Sí, descansando un poco —improviso.

Gonzalo se acerca a mí y, girando el espaldero de la silla de la ventana hacia escritorio, me da un beso en la frente.

—¿Cómo lo llevas?

—Con judicial, liada —resoplo.

Él sonríe. Agarra el mástil de la guitarra con una mano y la funda con la otra para guardarla en su interior.

—Bueno, poco a poco. ¿Sabes? Mañana dice el arquitecto que ya tendremos la licencia para la obra del bufet —sonríe corriendo la cremallera.

—Qué bien —pronuncio forzando una sonrisa.

—Venga, te cronometro —dice mirándose el reloj de su muñeca—, en media hora, subo y te pregunto lo que lleves.

Antes de cerrar la puerta me lanza un beso.

* * *

Yo frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—No, que va. No sé dónde estaría ahora mismo si no fuera por él, ¿sabes? —me llevo un padraastro a la boca— Igual ni estaría.

—Exagerada.

—No, en serio. De verdad, no tengo nada malo que decir de Gonzalo.

Sus ojos observan un momento la habitación. No sé qué hora es, pero la luz que se cuele a través de la persiana, es notablemente más clara.

—¿Por qué me miras así? —Sonrío intentando apartarle la cara con mi mano— ¿En qué piensas? ¿Te estoy aburriendo?

Él reacciona torpe, creo que se está quedando dormido, he hablado demasiado.

—¿Quieres saber qué pienso? —dice.

—Sí.

En ese momento, escuchamos pasar el primer coche por mi calle. Él no lo sabe, pero es el coche del vecino, que sale hacia el trabajo siempre a la misma hora. A las seis y veinte de la mañana.

—Venga, dímelo —insisto—. ¿Qué piensas?

—Estaba pensando que no creo que se pueda llegar a domesticar a una

verdadera loba.

Se da media vuelta y acomoda su cabeza sobre mis piernas.

—¿Me cantas algo para dormir? —dice.

—¿Ahora? Está Cristina durmiendo.

—¿Llevas toda la noche rajando sin parar y te preocupa ahora tu hija? —

Pregunta—. Cántame algo así flojito, a media voz solo para nosotros.

—¿Qué quieres que te cante?

Se encoge de hombros y cierra los ojos.

—Lo que quieras...—pronuncia con la voz arrastrada por el cansancio.

—No sé, así en frío...

—Solo quiero escucharte cantar.

Lo observo sobre mi muslo, con los ojos cerrados y una media sonrisa esperando a que empiece.

—A media voz, ¿eh? —susurro.

No abre los ojos, solo asiente. Yo solo me quedo mirándolo intentando encontrar alguna canción. Al principio no sé qué hacer con mis manos, hasta que ellas solas empiezan a acariciar su pelo. Mis dedos se enredan entre sus rizos, juegan con ellos suavemente como si quisieran alisarlos.

—*Me disfrazo de ti, te disfrazas de mí...*

Sonríe al escucharme, pero el sueño no le deja abrir los ojos. Aquella sonrisa suya desdibuja poco a poco hasta que todos los músculos de su cara se quedan relajados.

—*Y jugamos a ser humanos en esta habitación gris.*

Los primeros rayos de sol se cuelan en la habitación a través de los agujeros de la persiana. Su respiración se vuelve profunda. Mis párpados también se cierran.

—*Muerdo el agua por ti, te deslizas por mí...*

Despierto en mitad de una cabezada. Cash sigue sobre mis piernas. Ya es de día. Me acomodo abrazándome a él.

—*Y jugamos a ser dos gatos que no se quieren dormir.*

Capítulo 31

Y como cuando parece que te vas a caer de la cama, abro los ojos de golpe con el sonido al abrirse de la puerta de la habitación de mi hija. La habitación ya iluminada completamente por el sol y los pájaros revoloteando nerviosos en las ramas del naranjo del jardín.

Cash, abrazado a mis piernas, duerme con una respiración profunda. Tan profunda que igual podría considerarse un leve ronquido, pero que no llega a ser molesto.

Con cuidado de no despertarlo y aguantando la respiración, me estiro sin querer mover mis piernas hacia la mesita de noche, hasta que al fin consigo alcanzar el móvil. Un minuto para la alarma. No he dormido ni dos horas. Resoplando, desbloqueo el móvil y desconecto la alarma. Menos mal que hoy estoy sola en el bufet, a ver si me puedo echar una cabezadita allí.

Desde el salón llegan acordes de guitarra. ¿En serio se va a poner a tocar la guitarra ahora? Que no son ni las ocho de la mañana. Chasqueo la lengua e intento deshacerme de Cash para bajar a llamarle la atención cuando, de repente, siento su majo sujetar mi muslo.

—Dame un segundo, Cash —le susurro—, que voy a decirle a Cristina que...

Él sesea. No entiendo.

—Déjala que cante —se aclara la voz—, está nerviosa.

—Ya, pero no es hora de ponerse a...

—A mí no me molesta —pronuncia—, ¿te molesta a ti?

Vuela, vuela, vuela conmigo,

cuélate dentro dime “chico”.

Vuelvo a acomodarme sobre el cabecero.

—No, a mí no me molesta —contesto yo.

Él se gira para colocarse bocabajo sobre la cama. Con el movimiento, arrastra la sábana con él, dejando ligeramente su culo desnudo al aire.

—¿Has dormido desnudo? —le pregunto.

Con una mano, se sube la sábana para taparse de nuevo el culo. Luego no puede evitar sonreír.

—Sí, lo siento —dice, mirándome con su melena alborotada.

—No, tranquilo, si no pasa nada.

—Es que no puedo dormir con ropa.

—Ya, ya, no te preocupes, de verdad, si yo tampoco puedo, en realidad —contesto pensando en el juegucito que me traía conmigo misma y sus calzoncillos.

Siento sus ojos colarse tras mi camisón y yo, de manera automática, me lo acomodo.

—¿También estás...—piensa un instante antes de continuar— desnuda?

—¿Eh? —intento ganar tiempo— No, no... yo, ¿oye, esta canción... tú la conoces? La verdad es que no la reconozco.

*Dame calor, sácame brillo,
hazme el amor en nuestro nido.*

Vaya, igual la letra no va a ayudarme... Mi cuerpo se tensa cuando siento su mano acariciar mi pierna desde la rodilla al interior del muslo. Con un movimiento suave, se cuela entre mis piernas. Mirándome a los ojos, sonrío posando un beso en mi ombligo. Su melena cae salvaje sobre su cabeza y mi vientre.

*No quiero nada, nada más,
me sobra respirar.*

Siento el cosquilleo de su barba deslizarse desde mi ombligo hasta mis

braguitas.

—¿Cash?

Con una mano se cubre con la sábana. Lo escucho aspirar mi olor. Sus dedos se cuelan entre el dorso de mis bragas y mi piel. Tiran de ellas dejándome desnuda bajo la sábana.

—¡Cash!

Intento cerrar las piernas, pero él me lo impide.

*Todo es tan de verdad que me acojono cuando pienso en tus pequeñas
dudas,*

y eso que si no te tengo reviento,

quiero hacértelo muy lento.

Sus manos agarran mi cintura, sus dedos se clavan en ellas. Con un movimiento ligero y firme, tira de ellas deslizándome con él al interior de la sábana. Su sonrisa a un mordisco de mis labios. Mi lengua traviesa encuentra la suya en el interior de su boca. Su cabeza empuja la mía hasta quedar atrapada entre él y la almohada. Sus manos asían mis muñecas sobre el colchón. La humedad de su boca se resbala desde mi cuello a mi pecho. Siento como se erizan.

Todo, todo, todo, todo.

Yo quiero contigo todo.

Poco, muy poco a poco, poco

—Cash...—mis palabras se rompen en un gemido al sentir su pene rozar mi vagina— Cash, por favor —tengo que humedecerme la garganta para poder hablar—, estoy mala.

—Estás estupenda.

Una embestida con todo su cuerpo vuelve a hacerme estremecer. Su mano

derecha deja libre mi muñeca. Recorre con firmeza mi brazo, mi cara, su pulgar se lleva mi labio con él. Se desliza por mi cuello, mi pecho, repasa mis costillas, zigzaguea mi cintura hasta colarse entre mis piernas.

Solos, solos, solos, solos.

Yo quiero contigo solo.

Que venga la magia y estemos solos.

Sus dedos se enredan en mi Tampax. Y al tiempo que su boca me devora el cuello, lo siento deslizarse desde mi interior. Presa de un mordisco, lo siento salir.

Solos, rozándonos todo, sudando,

cachondos, volviéndonos locos,

teniendo cachorros, clavarnos los ojos, bebernos a morro.

—Cash, Cash, para —con las palmas de mis manos lo separo de mí.

—¿Qué te pasa?, ¿No te apetece?

Resoplo llevándome las manos a la cara.

—¡Pues claro que me apetece!

Su boca vuelve a arremeter contra mi cuello. Siento su pene rozarse conmigo a punto de penetrarme de un momento a otro.

—Cash, Cash que estoy mala —protesto en mitad de un gemido.

—¿Lo dices por mí? —pregunta.

—Yo qué sé —resoplo asiéndome a su cuerpo—, por los dos.

Dame, que aún te queda,

dame un poco más

Dame que lo quiero todo.

Su dedo pulgar juega con mis labios. Mi lengua lo busca, lo saborea. Incorporo mi cabeza para introducirlo en la boca. Mi pecho deslizándose sobre el suyo. Casi puedo sentirlo dentro de mí.

—Para, para, para, para, para —pronuncio todo lo rápido que puedo saliendo de debajo de su cuerpo—. Que estoy mala, Cash.

—Pero si a mí no me importa y a ti tampoco —dice, volviéndome a coger de la cintura para colocarme debajo de él— Yo solo quiero estar dentro de ti.

—Y yo también estoy muy caliente, Cash, mírame —le muestro todo mi cuerpo de punta.

No le hace falta mirarme. Sus brazos envuelven mi espalda y su cabeza se hunde en mi pecho como una bestia desesperada.

—Que no, Cash, que no quiero que nuestra primera vez sea así.

—¿Así cómo? —pregunta, esta vez con cierta desgana.

—Pues mala —le digo—, que nos vamos a poner perdidos —pone los ojos en blanco antes de cerrarlos y apartarse de encima de mí.

Antes de incorporarme, coloco una mano sobre mi vagina para no manchar las sábanas. Cash se hace a un lado y se tumba bocarriba con su vigorosa erección al aire ligeramente impregnada en sangre. A él parece no importarle.

Al sacar un pie de la cama, piso el Tampax estrujándolo contra la alfombra.

—¡Hala! —protesto— ¿ves? —chasqueo la lengua— Ya se ha manchado la alfombra, ¿pero cómo lo tiras al suelo? Ten cuidado a ver si también te has manchado tú y me pones las sábanas perdidas.

Recojo el tampón del suelo y al separar la mano de mi vagina, descubro una carnicería ahí abajo.

—Dios... quédate ahí, no te muevas.

Al final tengo que abrir la puerta con el codo. Antes de salir, miro a un lado y a otro del pasillo. Anda que como me vea mi hija.

Dame, que aún te llega y todo llegará

Dámelo sólo a mi solo

Siento que cada vez quiero más.

Entro en el baño y cierro sin poder echar el pestillo. Me deshago del tampón en la basura y abro el grifo del lavabo. Qué desastre. ¡Vaya día que he

elegido para ponerme mala, eh! La sangre me llega a las rodillas y ya parece que he matado un cochino sobre el lavabo. Espero que no se mueva de la cama. Corro la mampara y me meto en la ducha. Descuelgo la alcachofa. La sangre se mezcla en el suelo con el agua, que sale fría al principio, colándose entre los dedos de mis pies. A medida que se templá, subo el chorro hasta llegar a mi vagina. Aún me tiemblan las piernas.

La puerta de baño se abre y se vuelve a cerrar. Una sombra gigante se acerca al otro lado. No me da tiempo de protestar cuando Cash ya está dentro de la ducha.

—¡Cash!

Le apunto a la cara con el chorro, el espurra el agua hasta que consigue quitarme la alcachofa de las manos para colocarla sobre su soporte en la pared.

—¿Cash qué haces? —no puedo evitar fijarme en su desesperada erección.

Con un beso me pega a la fría pared de azulejos de la ducha. Sus rudas manos se agarran a mis nalgas, me las separa y de un golpe me sube a su cintura.

—Lucía —dice entre beso y beso, con la barba y su melena empapada—, te deseo. Necesito estar dentro de ti.

Mis manos se agarran a su espalda. Lo siento entrar, poco a poco. Mis uñas se clavan en su piel. Ahogo un grito en su cuello. Y me dejo caer sobre él.

—¡Jo—der! —sale de su garganta.

—Sí, joder —gimo sintiéndolo entero dentro de mí—. Despacio, por favor —suplico.

—Sí —exhala salpicando en agua de mi pecho—, despacito.

—Así —resoplo.

—Me encanta así —gruñe.

—Mírame —le ordeno cogiéndole la cara con las manos.

Me encanta la cara de los hombres cuando no pueden resistirse y luchan desesperados por contenerse. Juego con mis dedos en su boca.

—Dime que estás a punto de correrte.

Puedo ver las venas de su cuello.

—Cuando tú me digas —dice, mordiéndome la palma de la mano.

—¿Mamá?

Los sentidos se me paralizan. Cash y yo nos miramos y dejamos de respirar. Por un momento no sabemos si lo que hemos escuchado es real o es

nuestra imaginación.

—¿Mamá, eres tú? —pregunta Cristina.

Cierro los ojos aún ahorrajadas sobre Cash. Le tapo la boca con la mano que segundos antes mordía y me aclaro la voz.

—Sí, ¿qué te pasa?

—Ah, que no sabía si eras tú o Cash —dice, entrando en el baño y cerrando la puerta a su espalda— ¡Ostras! ¿Qué te ha pasado, estás bien?

—Sí, ¿por qué? —pregunto con miedo de que sospeche que Cash está conmigo al otro lado de la mampara.

—Porque está el baño lleno de sangre, ¿qué te ha pasado?

—Ah —le pido a Cash me pose de nuevo en el suelo—... que me he cortado depilándome.

—Pues menudo corte... ¿estás bien?

—Sí, la sangre es muy escandalosa. Ahora lo recojo yo, no te preocupes.

En un instante de silencio al otro lado, podemos escuchar que levanta la tapa del váter y se sienta sobre ella. Cash se agacha ligeramente para salir de mi interior. Los dos sentimos un escalofrío que tenemos que ahogar.

—Oye.

—Dime —la atropello antes de que continúe.

—Me gusta Cash —dice convencida.

Cash y yo nos miramos. De fondo, podemos escucharla hacer pipí y eso hace que Cash tenga que morderse el labio para no sonreír. Yo lo mando a callar, no sé cómo le pueden dar ganas de reírse en un momento como este.

—Me alegro.

—Le gusta escucharte cantar —pronuncia— y hacía mucho tiempo que no te veía reír así.

—Bueno...

—Ni tan si quiera con papá —dice, tirando de la cisterna.

Cash y yo nos miramos en silencio. La puerta vuelve abrirse y a cerrarse después. Nuestros músculos se destensan. Suspiramos aliviados y nos dejamos caer cada uno sobre una pared. Nos miramos sin llegar a creérnoslo. Sus labios se relajan en una sonrisa aun nerviosa que no tarda en contagiarme.

—Estás loco —pronuncio.

—Tú me vuelves loco.

Capítulo 32

Eduardo: Buenos días, Lucía. Me gustaría hablar contigo, ¿te apetece cenar esta noche?

—Rubia, se te va a quedar todo frío —la voz de Severino me arrastra de nuevo a la barra de su bar— ¿Un caso complicado? —pregunta.

—No, no... qué va —hago un esfuerzo por darle un sorbo al café, pero es que no me entra nada, tengo como un no sé qué en el estómago— Ponme la cuenta cuando puedas, por favor.

—¿No la pongo a la cuenta del bufet?

—O sea, sí, eso. No sé qué me pasa hoy.

Severino se apoya en la barra, justo delante de mí, con gesto pensativo. Ante su mirada, mis dedos dejan de darle vueltas al móvil.

—A ver, déjame ver —carraspea—. Pérdida del apetito, cabeza ida, nervios y pendiente del teléfono. ¿Alguien nuevo en tu vida?

Me saca una sonrisa.

—Severino, por favor —él me aguanta la mirada en silencio.

Sus ojos grises de párpados arrugados me echan un pulso que acabo perdiendo.

—No, de verdad, yo ya soy mayorcita para esas cosas.

Severino me retira el café y la tostada. Sobre la barra, coloca un platillo y sobre este un vaso de carajillo. Vierte orujo hasta llenar la mitad del vaso y luego lo rellena con café. Me acerca el platillo deslizándolo a lo ancho de la barra.

—Esto es lo que mejor va para lo que tú tienes.

Vacilo un instante antes de beberme el vaso de un trago. Lo siento bajar ardiendo por la garganta, quemándome el esófago hasta el estómago. Cuando consigo abrir los ojos, encuentro un vaso de agua que me había preparado

Severino y que no tardo en vaciar también de un solo trago.

—En unos cinco o diez minutos, haz lo primero que se te pase por la cabeza.

—Eso nunca sale bien.

Severino sonrío volviéndose a colocar delante de mí.

—¿Sabes lo que nunca sale bien? —No me deja responder— No intentarlo.

El teléfono vibra en mi mano. Le doy la vuelta con la absurda ilusión de que fuera Cash. Cuando leo “Natalia” en la pantalla, pienso en que ni tan si quiera hemos intercambiado nuestros números. Antes de descolgar, me excuso ante Severino.

—¿Lu? —Saluda fingiendo acento francés— No hay quien dé contigo, *mon amie*. ¿Qué tal con Cash? Cuéntame.

No me siento preparada para contarle que casi hemos tenido relaciones. Así que improviso.

—¿Pero te lo has tirado ya o no?

Cierro los ojos y suelto un gemido confuso.

—¿Eso qué significa, Lucía?

—¡Que no lo sé!

—¿Cómo que no lo sabes?, ¿Estabas borracha?

—¡No! A ver... ha habido —no sé qué palabra usar— penetración pero ninguno de los dos... ha culminado ¿Entiendes?

—Hija mía, Lucía, eres rara hasta para follar, de verdad —resopla.

—Y ahora estoy hecha un lío porque yo no estoy acostumbrada a estas modernidades y no sé si tengo que hacer algo, si solo ha sido un momento de... calentón, si somos algo ¡No lo sé, llevo toda la mañana pensando!

—¿Ser qué, Lucía? —me interrumpe— ¡*Oh, mon Dieu!* ¿Quieres relajarte? ¿Dónde estás?

—¿Yo?

—*Oui, toi.*

—En el bufet.

—¿Y Cash?

—Con mi hija en una audición.

—¿Cómo? ¿Le has presentado a tu hija? ¿Me he perdido algo?

—Es una larga historia...

—Pero Lucía...—la escucho resoplar al otro lado de la línea.

—¿Qué? Que no ha sido idea mía, se presentó en casa y ya está.

—Vale, escúchame: déjate de presentaciones y protocolos y vamos a lo que vamos —se aclara la voz—; que es follar.

De un momento a otro, siento el calor del carajillo subirme a la cabeza.

—¿Invitarlo a la boda de una compañera del bufet cuenta como protocolo? —suelto sin pensar, como me había dicho Severino.

Al instante de decirlo, cierro los ojos esperando una respuesta de Natalia, sin saber si arrepentirme de haberlo hecho o no.

*

Me quedo en silencio pensando en la pregunta de Lucía mientras, al otro extremo del sillón, el niño camarero del restaurante del hotel, me mira con sus ojos azules lamiendo cada uno de los dedos de mis pies.

—¿Una boda cuándo?

—Hoy —responde—, para esta tarde —se le acelera la voz—. Natalia, que no sé qué me pasa que me apetece estar con él. Mira, seguramente te reirás porque tú eres así y porque tú te hubieras pasado toda la noche dándole que te pego al tema, pero ayer no dormimos en toda la noche. Estuvimos hablando, no sé, conectando, se quedó dormido en mis rodillas y no sé, seguramente sea la puñetera regla, pero no dejo de pensar en él. Mira, déjalo, no me hagas paso.

—¿A qué hora te viene bien que te recoja?

Con mi pie, aparto al francés de mí. Lo observo de rodillas, desnudo e imberbe frente a mí. De mi escote saco la llave de su castrador. No puedo evitar sonreír al notar su pene morado intentar escapar de su prisión de metal.

—¿Qué?

—Que a qué hora te viene bien que te recoja Cash para ir a esa boda.

—Pues no sé, el convite es justo a la hora de comer... pero no sé si él querrá, tendría que decírselo, ¿crees que debería invitarlo o no?

—A las dos te recoge —le confirmo.

Me separo el móvil de la oreja dejándola protestando y cuelgo. En la agenda busco a Carol. Mientras suena el marcaje, me deslizo ligeramente sobre el sillón y me abro de piernas. El francés tiembla excitado. Tiro de la cadena de su collar y me acomodo su cabeza entre mis muslos mientras reposo mis pies sobre su espalda. Con la mano con la que sujeto su correa, le acaricio

la cabeza mientras él adora mis braguitas.

—Carol, necesito un favor.

—¡Nat! ¿Qué tal por París?

—Bien, tía, estudiando mucho.

Doy un tirón a la correa para que el niño le ponga más ganas.

—¿Qué favor necesitas, cariño?

—Necesito que me vistas a un hombre para una boda. Tiene que estar listo para hoy a las catorce horas.

—¿Qué tipo de boda?

—Una boda estilo: “va mi ex y quiero restregarle lo feliz y bien follada que estoy”.

—Me encantan esas bodas —sonríe.

—Te paso su teléfono por WhatsApp.

—¿Presupuesto? —pregunta.

—El que necesites para que se hable más de él que del traje de la novia.

—No quisiera tenerte de enemiga.

—Yo tampoco.

Cuelgo el teléfono. Vuelvo a apartar al francés de entre mis piernas. Me pongo en pie y le ordeno a que me quite las bragas. Cuando lo hace, se las quito de las manos, le tomo la cara y las introduzco en la boca.

—*Bon gars!* —le digo dándole una bofetada antes de sentarme y volver a acomodarme su cara entre mis piernas.

Capítulo 33

—¿Cash, verdad?

—Sí, imagino que tú eres Carol.

—Así es, encantada —después de darle dos besos, se queda observándolo con descaro.

Da una vuelta a su alrededor, comprueba la holgura de su pantalón, pasa una mano por su espalda y hasta se aventura a tocarle el culo. Luego de planta delante de él. Le repasa las cejas con el dedo pulgar. Le levanta la barbilla con las manos para examinarle la barba y por último suspira cruzándose de brazos.

—Toma, esto es para ti —le entrega una bolsa—, de parte de Natalia. Vamos, ese es nuestro coche —señala a un Cabify estacionado en segunda fila mientras se coloca el teléfono en la oreja.

—Su, voy para allá, prepárame un italiano: cuarenta y cuatro de cintura con poca caída; arriba cuarenta y seis, dos botones y solapa ancha. Sí, tonos grises. Pajarita.

*

—Bueno, me alegro de que haya ido bien entonces —le dice a su hija a través del teléfono—. Sí, lo he invitado —Lucía se retira de la cama para observar todos los vestidos y combinaciones que ha colocado sobre ella— y aquí estoy, sin saber qué ponerme. ¡Voy! —Responde al timbre de casa— Te cuelgo, que han llamado al timbre, no sé quién será.

Antes de salir de la habitación, vuelve a observar la cama llena de vestidos, accesorios y zapatos.

—¡Ya voy, ya voy! —grita, precipitándose a bajar las escaleras— Dios, qué prisa tendrá.

Al abrir la puerta, se encuentra con dos mujeres y un hombre cargados de maletines y fundas de lo que parecen trajes. Se queda con la palabra en la boca.

—¿Lucía?

*

Natalia Moda: ¿Cómo vais?

Carol recibe el mensaje justo cuando Cash sale del probador. Su y ella se miran orgullosas.

—¿Le cogemos un poco las mangas? —propone Carol.

—Estaba pensando lo mismo —conviene—. Quítate la chaqueta, por favor.

—Un momento —interrumpe Carol para sacarle una foto que envía a Natalia.

Carol: Natalia, este hombre seguiría siendo sexy con unas sandalias y unos calcetines blancos ¿De dónde lo has sacado?

Natalia Moda: ¿Has llamado a Thiago para que le arregle la barba?

Carol: Sí, y las cejas, ya viene de camino. Tranquila que estará a tiempo.

Natalia Moda: No, no lo dejes salir hasta las dos y media. Quiero que lleguen tarde, cuando estén todos sentados y que se paseen por el salón bajo la mirada de todo el mundo.

Carol sonrío.

*

—¡Natalia esto no era necesario! —grita a través del teléfono— ¡Y cógeme el teléfono!

Mientras el hombre trabaja en su melena, una mujer le arregla los pies para que pueda llevarlos al descubierto en unos tacones que la han enamorado y por los que está dispuesta a pasar por la piedra pómez. La tercera mujer se planta delante de ella y empieza a sacar vestidos de sus fundas.

—No, ni en broma me pongo ese vestido.

Los tres trabajadores se miran y sonrían.

—¿Qué?

—Ya nos lo dijo Nat. ¿Y este? —propone Rafaela.

Lucía coge aire y se deja acomoda sobre el sillón. Le encanta, pero no quiere que se le note. Seguro que Natalia les dijo que elegiría ese.

—No está mal —miente— ¿puedo ver los otros?

*

—Venga, ya... a un tío como tú esto no le puede doler.

—Pues duele...—protesta Cash apartando las pinzas de sus cejas— además, mí me gustan mis cejas.

—Las tienes horribles.

Cash se incorpora y Thiago recula sobre su taburete.

—A ver, que a lo mejor no me he explicado bien: yo me dejaba hacer por ti lo que tú quisieras —dice Thiago muy convencido—, que soy maricón pero no tonto, ¿sabes? Pero qué quieres que te diga, hijo, las cejas no son tu fuerte.

Carol y Su se ríen con el brasileño. Cash vuelve a tumbarse resignado.

*

Natalia se sienta en su mesa reservada para dos en el centro de París y le pide al camarero, en un francés muy ensayado, que la sorprenda con un vino blanco. Su móvil vibra sobre la mesa. Rafaela le ha adjuntado tres fotos que aún no puede abrir.

Rafaela: Lista, ya está esperando al muchacho.

Llega un mensaje nuevo de Carol.

Carol: Acaba de montarse en el coche.

Al terminar de leer el mensaje, siente una caricia en el cuello. El azafato del vuelo que la trajo a París rodea la mesa hasta sentarse en su silla.

—*Bounjour, chérie* —pronuncia él.

Natalia lo recibe con una sonrisa mientras bloquea su móvil y lo coloca a un lado de la mesa. Luego le ofrece una mano que él no tarda en besar.

Capítulo 34

Nerviosa perdida —pero sin querer moverme demasiado para no estropear el peinado, o desmaquillarme, o arrugar el vestido— no dejo de dar vueltas por todo el salón, esperando impaciente a que suene el timbre. Y en cuanto suena, cientos de miles de hadas o mariposas ¡o lo que sea! Empiezan a revolotearme en el estómago.

—¡Voy! —grito hacia las escaleras para que mi voz suene lejana y no piense que estaba esperándolo detrás de la puerta.

Me miro en el espejo. Estás espectacular. Suspiro. Vale, naturalidad. Me miro en el espejo. Cojo aire y abro la puerta.

—Guau...—pronuncia.

Como en un anuncio de Calvin Klein, en blanco y negro y cámara lenta, se aparta las gafas de sol rasgando patilla. Sus ojos se resbalan hasta mis pies, escalan por la pierna desnuda que se escapa del vestido, zigzaguea las curvas de mi cintura, se cuelan con descaro en el interior de mi escote, se recrean en mis labios, hasta mis ojos.

Los míos se derriten en su sonrisa. Lo recuerdo en la cama, sobre mí, desnudo. Desprendiéndose de mis braguitas. Luego en la ducha, bajo el agua, a punto de explotar dentro de mí. El tacto mojado de su piel, mi mano entre sus dientes, su lengua recorriendo mis dedos.

—¿Lucía? —me devuelve a la realidad.

—Imbécil —sonríó golpeándole con mi bolso en el brazo.

—Hola.

—Hola —respondo, nerviosa, sin saber cómo debo saludarlo después de lo de esta mañana. Si con un beso, con dos, dándole la mano o haciéndole el amor aquí mismo.

Él sonrío como si estuviera leyendo mis pensamientos.

—¿Me invitas a pasar? —propone.

Juro que todo me parecía tan real que siento la piel de gallina y ese desasosiego tan primario que solo el sexo despierta.

—Sí. Bueno, en realidad deberíamos irnos ya —tartamudeo—, son las dos y...

Da un paso al interior de la casa, mis ojos quedan a la altura de su pajarita. No me da tiempo de reaccionar. Cuando levanto la vista, un beso suyo me sorprende.

Vuelvo a recordarlo bajo el chorro de agua, dentro de mí. O justo antes, cuando se rozaba conmigo bajo las sábanas.

Cuando se retira, me descubro de puntillas sin querer dejar de besarlo. Sonríe. Qué vergüenza. Disimulo repasándome el labial con los dedos, pero es bueno, no deja marca.

—Lo sé, pero quiero darte algo. Será solo un segundo —dice, cerrando la puerta a su espalda.

Juro que tengo que controlar mi instinto de desvestirlo aquí mismo.

Me entrega una pequeña bolsa de papel que no me había dado cuenta que traía con él. Lo miro arrugando el entrecejo sin saber si atreverme a mirar en su interior.

—¿En serio? No deberías haberte molestado... ¿Qué es? —pregunto impaciente.

—Prométeme que te lo vas a poner —dice, impidiendo por un instante que la abra.

Abro la bolsa imaginándome algo de lencería. Del interior, saco una cajita en vuelta en papel de regalo que, al agitarla, suena algo en su interior. No parece una prenda.

—¿Qué es? —Pregunto de nuevo quitándole el papel— Esto...—le doy una vuelta a la caja— Esto es una...—pronuncio leyendo la caja— ¿bola vaginal?

—No preguntes, solo pónitelo.

—¿Dónde quieres que me lo ponga?

Él enarca una ceja.

—¿Ahí? ¡Tú estás loco! —le devuelvo la caja.

—Es una bola china, Lucía.

—Como si es francesa —digo apartándole para coger las llaves de la mesita— yo no me meto eso ahí.

—Pero...

—Ni peros ni peras, venga, vámonos.

Ni loca, vamos. Agarro el pomo de la puerta y salgo de casa esperando que Cash lo haga conmigo. Descubro en frente de casa un coche que nos espera con el motor en marcha. Me giro hacia Cash, que no se ha movido de su sitio. De repente, cierra la puerta quedándose dentro de casa.

—¿Cash? —me giro hacia el chófer, que nos mira sin entender nada, para excusarme.

—¡Cash! —Le grito acercándome a la puerta— ¿Qué haces?

—Si no te la pones, no voy a la boda —dice desde el otro lado

No sé si reírme o qué.

—¿Estás de coña, no?

—No.

—¡Cash! —Golpeo la puerta con la palma de la mano, luego vuelvo a excusarme ante el conductor— Cash, por favor, abre la puerta.

—¿Te vas a probar mi regalo?

—Cash —digo entre dientes—, ¿quieres dejar de comportarte como un niño y abrir la puerta? El señor del coche no está mirando —no escucho nada al otro lado— ¿Cash?

—¿Pero te la vas a poner?

—¡Qué abras la puerta!

Tengo que rebuscar las llaves en el bolso y abrirla yo misma.

—Tú no estás bien de la cabeza, ¿lo sabes, no? —pero no está.

Escucho la tele. Entro en el salón y allí está, sentado en el sofá haciendo zapping.

—Vale, ya sé, esto es una broma que me está gastando Natalia, ya lo entiendo. Okey, me la he tragado entera. Venga, vámonos.

Desde su sitio en el sofá, me ofrece la cajita. Yo alcanzo un cojín y se lo lanzo.

—¿Quieres dejar la maldita bola? ¿Por qué no te la pones tú?

—Porque no es para mí, es vaginal.

—¿Y no la podemos probar otro día?

—No.

—Pues hoy no va a ser, así que levántate y vámonos.

—Pues no voy a la boda.

—Cash —me llevo dos dedos al entrecejo sin querer estropearme el maquillaje—, tengo la regla, no puedo ponerme eso ahí ¿lo entiendes?

—Sí puedes, con una compresa.

—¿Ahora que eres un experto en esto también?

—Yo no; Natalia —dice haciendo zapping.

Rebusco el móvil en el bolso y me precipito a llamar a Natalia.

El número al que intenta llamar no se encuentra disponible.

Tiro el teléfono en el bolso y respiro hondo para no matarlo a él e ir a Francia para matarla a ella.

—Vale ¿Quieres quedarte en casa, no? Pues nos quedamos en casa. Hala, ya está. No vamos a la boda.

Rodeo el sofá y me dejo caer de mala gana fingiendo comodidad.

—¡Estupendo! —dice quitándose los zapatos.

Yo me quedo mirándolo sin dar crédito. Miro el reloj, menos veinte. El del coche esperando que tiene que estar flipando con nosotros, y Cash riéndose de una estúpida serie que apuesto no ha visto en su vida. Intento ganarle el pulso, pero no tiene intención de moverse el muy imbécil.

Le quito el mando, apago la tele y cierro los ojos tragándome todo mi orgullo.

—Dame esa maldita caja —desisto ofreciéndole la mano— que sepas que lo hago por Natalia —miento—, por la ropa y por las molestias. No por ti.

Lo hago por ser la envidia de todo el bufet, me reconozco a mí misma. Cash sonrío orgulloso entregándome la cajita.

—¿Cómo se pone este cacharro?

Capítulo 35

—Lola, ¿qué tal? Escúchame, que el conductor no sabe llegar...

—¡Hola, Lucía! —me interrumpe— ¡Es Lucía! —le comenta a alguien apartándose el teléfono de la boca— ¿Ya vienes? ¿Viene el vaquero contigo? ¡Dime que sí, por favor!

Yo pongo los ojos en blanco.

—No, no viene.

—Oh, ¿en serio? ¿Por qué? ¿Y si lo llamo yo? Pásame su número.

—Lola, estoy en mitad de la nada —ignoro su comentario— ¿tú sabes decirme dónde está la hacienda esa?

—Huy, yo qué va... además, llevo ya unas copitas encima. Hija, es que hace un calor que es imposible no beber. Pero en serio, ¿por qué no me...

—Pásame a alguien que sepa decirme dónde está la hacienda, por favor —no la dejo seguir.

—¿Alguien sabe decirle a Lucía cómo llegar? —grita, yo tengo que apartarme el auricular de la oreja— ¡Espera, Lucía! Voy a preguntarle a la novia.

—¡Pero no le preguntes a la...—da igual, no termino la frase, total, va a hacer lo que quiera.

Cash se gira desde el asiento del copiloto hacia mí con gesto impaciente. Yo suspiro excusándome en Lola.

—Es que no le llega la señal al GPS —protesta el chófer.

—Lo siento mucho, de verdad —me disculpo—. A ver si doy con alguien normal y me dicen dónde es.

—No te preocupes, mujer —dice él, achinando los ojos para cubrirse del sol mientras mira por la ventanilla— ¿tú crees que me dejarán tomarme un refresco? Es horrible el calor que hace —se huelga la corbata.

—Claro que sí.

—¿Lucía? —escucho al otro lado de la línea.

—Sí, ¿quién eres?

—Soy Carmen, ¿qué te pasa, *miarma*?

—Hija, que estamos perdidos en mitad del campo y no sabemos llegar.

Me aparto el teléfono de la oreja y pongo el manos libres.

—¿Y el vaquero no sabe orientarse con las estrellas? —dice.

Yo no sé qué contestar. Cash y el conductor se giran para mirar el móvil. Luego me miran a mí y yo me encojo de hombros. A los pocos segundos, Carmen estalla en una carcajada.

—¿Era broma, mujer! Si es de día, qué tontería. A ver, cuéntame, ¿qué ves a tu alrededor?

Los tres intentamos pasar por alto aquel comentario.

—Pues Carmen, qué quieres que te diga... hierbas.

—¿Habéis pasado un pequeño riachuelo seco?

—Sí, sí —lo hemos pasado —contesta el chófer—, me ha puesto el coche perdido.

—¿Ese es Cash?

—No, es el conductor. Cash está al lado.

—¿Ha escuchado lo de las estrellas?

—No, Carmen, no... te acabo de poner. Estábamos en el riachuelo, ¿para dónde tiramos?

*

—¡Ya te veo, ya te veo! —grito desde la parte de atrás del coche al ver a Carmen en la puerta de la hacienda.

Cuelgo el teléfono. El coche se detiene justo delante de Carmen. Vuelven los nervios y al moverme para quitarme el cinturón, vuelvo a sentir aquella bola en mi interior y me quedo paralizada. Ya ni me acordaba de ella. El chófer baja del coche y yo agarro del brazo a Cash cuando intenta hacer lo mismo.

—¡Cash! —le susurro— Que sepas que sigo enfadada.

—Ahá.

—Ahá —lo imito— ¿Esto estará testado, no? ¿Te has leído el prospecto? ¿Y si se me va más para arriba?

Cash abre los ojos como platos.

—Se me olvidó decírtelo...

—¿El qué? ¡Cash, no me asustes!

—¿Cómo se te va a ir para arriba, Lucía? Tendrás un tope ahí abajo.

—¿Cómo que tendré un tope, Cash?

El chófer abre mi puerta.

—Que no va a pasar nada —me dice volviendo a intentar bajar del coche.

Yo vuelvo a agarrarle de la camisa y lo miro desafiante sin saber qué decirle.

—Te mato, que lo sepas. Como alguien se entere de esto —le amenazo sellándome los labios con los dedos como si fuera una sicaria Albano-Cosovar—, te mato.

Acepto la mano de Antonio, el conductor, y bajo del coche. Carmen se lleva las manos a la boca.

—¡Dios mío, Lucía! ¡Estás espectacular!

—Gracias —sonríó acomodándose el vestido.

—¡No pareces ni tú!

Eso no sé cómo tomármelo. Sus ojos saltan detrás de mí y se queda boquiabierta. Imagino que ya ha visto al vaquero. Me giro hacia él.

—Él es Cash. Ella es Carmen, compañera del bufet.

Carmen, nerviosa, ni acierta a ponerse de puntillas para que Cash le dé dos besos. Ella se agarra a sus brazos. Y lo palpa bien, con las dos manos. Cash me mira intentando separarse de ella sin saber muy bien qué hacer.

—Bueno, Carmen —digo, tirando de Cash para agarrarme yo a su brazo, hasta que consigo que Carmen lo suelte— ¿vamos dentro?

Ella solo asiente repetidas veces sin quitarle los ojos de encima. Se da media vuelta y empieza a caminar.

—¿Yo me quedo aquí en la puerta? —pregunta el conductor.

Cash y yo nos miramos.

—¿Tendrás otros clientes, no? —pregunto.

—Ah, no, me han pagado el día entero para quedarme aquí y llevaros después de vuelta. Pero no sé si tengo que quedarme aquí o puedo... entrar. Nunca he hecho esto.

—Claro, entra —improvisa Cash—, aparca allí con los autobuses y tómate algo.

—Sin alcohol —puntúo yo.

—Lucía, estás hablando con un profesional —me corrige Cash—. Ahora le digo al catering que te sirva algo.

—Está bien, gracias —dice volviéndose a montar en el coche para moverlo de sitio.

Yo tiro del brazo de Cash cuando descubro a Carmen como a cincuenta metros de nosotros.

—Vámonos —pero después de dar unos pasos, comienzo a andar despacio, sin querer separar las piernas— espera.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa? Que parece que se me vaya a caer.

—¿El qué? —dice, mirándome de arriba abajo.

—La bola, imbécil —se ríe y yo me suelto de su brazo— ¿te imaginas que se me caiga en mitad del salón y empiece a rodar por ahí y todo el mundo buscando a la salida de la dueña?

—Lucía, eso no va a ocurrir. Además, llevas unas bragas puestas, se te quedaría ahí.

—Esto pesa más que las bragas. ¿Y si se me escurre y suena *plong* en el suelo, como una bola de billar, y todo el mundo se gira y me ve con las bragas por los tobillos? ¡Que vayas más lento!

—Lucía, hace cuarenta grados aquí fuera.

—¡Te aguantas!

*

Ya está todo el mundo sentado. Entramos justo cuando Aurora se dispone a decir unas palabras antes de dar paso a la comida. Cruzamos la puerta con el enorme salón dividido en mesas en completo silencio. Al final del comedor hay un pianista y un saxofonista que justo han dejado de interpretar para dar paso a la novia. Todas las miradas se dirigen desde Aurora hacia nosotros. Cash también lo siente, los dos nos quedamos congelados a medio camino entre la puerta y la mesa de los novios. El silencio duró poco, no tardaron en empezar los murmullos. A mí me da hasta vértigo ver a tanta gente mirándome, y mira que he estado en escenarios repletos de personas, pero es distinto. Casi puedo escuchar a todas las del bufet criticando el más mínimo despiste.

—¡Oh, Lucía, qué alegría verte!

Aurora me recibe con un afectuoso abrazo edulcorado por la emoción del día que es.

—Siento el retraso, nos hemos perdido y...

—¡No te preocupes! —Se acerca a mi oído en plan confidencial— Además, al final has venido con tu hombre, eh... no han dejado de hablar de él, y no es para menos —me guiña un ojo y se separa— te presento a mi, ya marido, Manuel —dice muy orgullosa con una sonrisa infantil en sus labios.

—Ya nos conocíamos, Aurora —sonrío.

—Pero no como mi marido.

Mientras me acerco para saludar a Manuel, ella sola se presenta a Cash.

—Y tú debes de ser el famoso vaquero.

Cash sonrío sabiéndose observado por todo el salón.

—Cash.

—Cash —repite ella recreándose en el seseo de su nombre.

La realidad es que suena como si abrieras un botellín de refresco. Y ahora mismo, con el calor que hace, es como si estuviéramos en el desierto ¡Están todas locas por probarlo!

Aurora se acerca a su oído para decirle algo que le hace reír.

—Él es mi marido, Manuel.

Las delicadas manos del cirujano se pierden entre las rudas manos del vaquero. El médico tiene que mirar hacia arriba para dirigirse a Cash, que le saca dos cabezas y tres o cuatro cuerpos.

—Encantado, Cash. He escuchado a las damas de honor hablar más de ti que del ramo. Es un placer ponerte cara.

—He tenido que hacer unos cambios —me dice Aurora en voz baja—, para no sentarte junto con Gonzalo, ya sabes. Tu mesa es aquella. Son familiares míos, vais a estar muy cómodos, ya verás.

Cash y yo cruzamos, bajo la atenta mirada de todo el mundo, el salón atravesado de mesas, sillas y cubiteras de vino, hasta llegar a la nuestra.

<<Bueno —a Aurora le entra la risa nerviosa—, estoy muy nerviosa en realidad, eh. Y muy feliz de teneros a todos aquí en este día tan especial para Manuel y para mí...>>

—Está allí —me dice Cash en voz baja, con un ligero movimiento de

cabeza.

—¿Allí quién?

—Gonzalo.

Me quedo mirándolo arrugando el entrecejo.

—Yo no estoy buscando a...—interrumpo mi mentira con algo que me parece aún más inverosímil— ¿Cómo sabes quién es Gonzalo?

Intento recordar, antes de que responda, si tengo alguna foto de los dos en el salón. Pero juraría que las quité todas.

—Porque es el único que no te ha quitado ojo de encima. Está así, como cuando deslumbras a un conejillo en la autopista.

Me hace sonreír.

—No seas malo —contesto, resistiéndome a mirar.

<<Así que, nada, ¡vamos a comer! Que luego tenemos muchas sorpresas para vosotros>>

—Es normal...—vuelve a susurrar él, fingiendo que escucha hablar a la novia.

—¿Normal? Hace ya dos años que lo dejamos. No debería interesarle lo más mínim...

—Él también ha venido con su novia —me interrumpe.

—¿Han vuelto? ¿O está con otra?

Una sensación repentina de nervios me hace girarme sobre mí misma como un resorte. Mis ojos interceptan los de Gonzalo, al que sorprendo mirándome. Él sonríe nervioso excusándose en un improvisado saludo. A su lado está Lola, que también se precipita a saludarme muy efusiva con la mano, y Carmen. Cuando vuelvo a girarme para mi mesa, encuentro a Cash intentando esconder una risa. Yo le doy un manotazo en el brazo. Se lo había inventado.

—¿Ves como es normal? —porfía.

Capítulo 36

Cash y yo nos miramos satisfechos después de que retiraran los platos de los postres antes de servir el digestivo.

—¿Sigues con ganas de pedir los filetes empanados del menú de los niños?

—No, pero he dejado sitio para ti —dice, mordiendo el borde de su copa de agua.

—Cash...—digo en voz baja fingiendo una sonrisa para el resto de la mesa —. Aurora ha tenido un gusto exquisito con el menú, ¿no os parece? — comento en voz alta para cambiar de tema por si alguien había escuchado a Cash.

—Digo —dice su tía Frasca, con un exagerado acento de pueblo—, bueno, cuéntame, ¿cómo es mi niña trabajando?

—Ah, ¡puesss! —me aparto de la mesa haciendo chirriar la silla, casi me traigo el mantel conmigo.

Silencio. Todo el mundo se gira hacia mí, yo miro a Cash. Aquella bola del infierno ha empezado a vibrar en mi interior. Con gesto endemoniado, le pregunto a Cash que qué hace, que la pare de inmediato. Con una sonrisa traviesa y estúpida, gira suavemente la cabeza de un lado a otro. Yo le insisto.

—¿Estás bien, cariño? —me pregunta la señora.

—Sí, sí —respondo, volviéndome a acercarme a la mesa—. Estoy bien, tranquilos —me excuso ante todo el salón— ¿Y tú puedes estarte quietecito, cielo? —le digo a Cash con tonito.

El idiota se encoge de hombros delante del resto de la mesa. No, si al final siempre quedo yo como la loca.

Poco a poco vuelve el rumor de la gente. Mientras yo, en silencio, siento como me vibran hasta las pestañas. ¿Esto va a pilas? ¿En serio tengo metida una pila ¿Y si me da un calambre? ¿Y si me intoxico? Un segundo, ¿se oye? Me concentro para ver si se escucha la vibración. La gente me mira como si

estuviera loca. Pero no, no se oye. Por Dios, qué vergüenza.

—¿Estás bien, Lucía? —pregunta Cash.

—¿Tú qué crees? —le digo, borde.

—Estabas contándole cómo es su sobrina como abogada.

Cojo aire e intento tranquilizarme. Busco acomodarme sobre mi asiento y casi sin querer, encuentro una postura en la que... uh.

—Pues su... *¡sobbrinnna es!*

La bola aumenta la vibración. Yo me agarro al mantel y las copas se caen sobre la mesa. Tengo que precipitarme a ponerlas bien.

—¡Huy, la mesa parece que está coja! —improviso removiéndome sobre la silla.

De repente, cambia el movimiento, es como parpadeante, y juro que me da en todo el clítoris. Es como tener a alguien bajo la mesa. Vuelvo a buscar una postura sobre mi asiento, esta vez, una donde no me dé tan directamente. Pero es imposible.

—Aurora es muy...—un escalofrío me pone los ojos en blanco, Cash se ríe al ver la piel erizada de mis brazos—... Oh, Dios mío.

—¿Cómo dices?

—¡No lo *sssssssééé!* —me encojo y dejo de respirar a ver si así yo qué sé, siento menos.

Pero no funciona, tengo que hacer un tremendo esfuerzo por controlarme.

—¿Te ha sentado mal la comida? —pregunta su marido.

—*Sssssí* — Levanto la cabeza de la mesa, me siento roja, rojísima, y con todos los pelos por la cara.

Todos me miran preocupados. Cash se muerde el labio aguantándose la risa. Yo lo maldigo para mis adentros. Agarro la copa para beber lo que queda en ella, pero el pulso me tiembla, casi me lo derramo encima. Vuelve a cambiar de vibración, de forma o de yo qué sé ¿Cuántos programas tiene esto?

—*Diosss* —se me escapa un gemido— *Tennnnn... go* que ir un *segunnnnd... do* al baño.

Me separo de la mesa volviendo a arrastrar la silla. Intento levantarme, pero mis piernas están adormecidas. Al hacerlo, siento que me mareo, las rodillas se tambalean. Me llevo las manos a mi vagina para intentar parar aquello. Pero me doy cuenta del descaro y tengo que disimular llevándomelas al vientre. Busco el cartel del baño por todo el salón. No soy capaz ni de enfocar bien. Cuando doy el primer paso, el imbécil de Cash pone aquella

tortura a su máxima revolución y yo doy un bote que casi me tira de los tacones. Agarrándome de silla en silla me abro camino hacia el baño a toda la velocidad que puedo y con todo el mundo pendiente.

—Lucía...—Gonzalo intenta agarrarme del brazo cuando paso por su mesa.

—Ahora no es el momento, Gonzalo, créeme.

—Pero, Lu...

Lo dejo hablando solo. intento recomponer mis pasos para andar como una persona normal. Me cruzo con los del catering, que me miran como si estuviera borracha, y yo a punto de tener un orgasmo delante de un convite entero. Llego al baño, cierro la puerta de un portazo y aquella bola se detiene en seco dejándome excitada cómo nunca antes me habían dejado.

Cash aparece en el interior del servicio de señoras, me pilla echándome agua en la nuca y en las muñecas.

—¿Pero tú eres gilipollas? —le grito.

Cierra la puerta. Se acerca a mí y rodeándome la cintura con un brazo, me pega a él.

—¿Cómo se te ocurr...

Me muerde la boca. Mi mano desciende precipitadamente hasta su pene erecto bajo sus pantalones. Nos miramos.

Un instante después, mis manos le liberan de su pajarita y mis dedos se tropiezan desabotonando su camisa. Los suyos desabrochan mi vestido. La hebilla de su cinturón suena metálica al caer al suelo. Nuestros dientes chocan. Me sube a su cintura. Mi espalda siente el tacto frío de los azulejos y la humedad de su lengua sobre mi pecho. La luz se apaga. Mis manos buscan torpes el cerrojo de uno de los compartimentos. La puerta se abre y choca contra la pared. Me bajo de su cintura y lo empujo dentro sentándolo sobre la taza del váter. Cierro. Escupo sobre su pene, lo masajeo y me coloco a horcajadas sobre él. Se muerde los labios al sentir el roce de los labios de mi vagina. Ayudándome con mi mano, me dejo caer sobre él. Sus manos aprietan mi espalda como si quisieran arrancarme la piel. Mis dedos se hunden en su melena venciénole la cabeza hacia atrás. No puedo dejar de moverme, de rozarme, de gemir. Mis piernas temblorosas empiezan a quemarme. Yo me agarro a las paredes de aquel cubículo para continuar. Siento que me voy, que me corro como nunca antes lo había hecho. Aprieto la mandíbula, cierro los ojos. La puerta del baño se abre y se enciende la luz automática.

La respiración se me corta. Me aprieto a él. Unos tacones se detienen antes de entrar en el servicio. No puedo controlar mis espasmos. El aire se me escapa de los pulmones, entre los labios. Siento todos los músculos en tensión, el corazón latiendo con fuerza, mandando sangre a un clítoris que acaba de explotar de placer. La garganta empieza a dolerme de aguantarme un grito. Siento a Cash temblar agarrado a mí, intentando no hacer ruido, ahogando el orgasmo en su garganta. Juro que nos está escuchando, es imposible no hacerlo.

El ruido de los tacones sale del baño y la puerta se cierra tras ellos. Y entonces los dos soltamos todo lo que tenemos dentro. Un gruñido suyo salvaje retumba entre aquellas estrechas paredes.

—¡Dios! —Tengo que sujetarme la cabeza— Joder, qué mareo... Me hago pis, levántate.

—¿Qué? —Protesta intentando recobrar el aliento— No puedo levantarme ahora mismo, Lucía.

Me deshago de los tacones para quitarme de encima. Al sacármelo de mi interior, los dos sentimos un escalofrío. Su pene erecto, totalmente impregnado de mí, todavía bombea sangre.

—Me meo encima, te lo juro.

Tengo que abrir la puerta y meterme en el de al lado agarrándome como puedo a las endeble paredes que tiemblan como nosotros. Me dejo caer sobre la taza, dejando las piernas flojas y apoyando la cabeza sobre mis rodillas. No siento mi cuerpo.

—¿Crees que sabrá quiénes éramos? —pregunta Cash desde el otro lado de la pared con la respiración entre cortada.

—Cash, acabo de tener el mejor orgasmo de toda mi vida...—tengo que detenerme para humedecerme la garganta con mi propia saliva—. Me da igual...

—¿El tuyo también ha sido el mejor de toda tu vida? —exhala, puedo ver sus piernas estirarse y salirse de su compartimento.

Capítulo 37

—Vale, yo salgo primera —propongo girándome hacia él— ¿cómo estoy?
—él se queda mirándome con el gesto torcido— ¿Qué?

—Hombre...—dice intentando arreglarme el pelo.

—A ver, no podemos quedarnos aquí para siempre. ¿Tú no eras el rey de la improvisación?

—Desaparecemos durante media hora y aparecemos los dos despeinados y con la ropa arrugada... ¿qué quieres que improvise, Lucía?

—¡Shh!

—¿Qué pasa?

—¡Shh! —insisto, me empiezan a sudar las manos— esa es la risa de Lola
—pego la oreja a la puerta— ¡vienen todas al baño!

—No jodas —Cash empieza a dar vueltas sin saber dónde meterse.

—¡Que vienen, que vienen!

—¿Y qué quieres que haga? —me dice nervioso.

—Escóndete ahí y no salgas —lo empujo dentro del último compartimento

— ¡Se te ven los pies! Súbete encima del váter.

—Lucía, nos van a pillar —lo escucho protestar desde el interior.

—¡Shhh, cállate! —abro el bolso y vacío todo el maquillaje sobre la encimera del lavabo.

La risa de Lola suena justo detrás de la puerta. Se abre. Yo me peleo con mi pulso para fingir que me retoco el maquillaje y me hago la sorprendida al verlas entrar.

—¡Hombre, chicas! —grito eufórica.

—¡Hey! ¿Dónde te habías metido? Te estábamos buscando.

—¿Dónde está *He-Man*? —dice Carmen, Lola y Nuria le ríen la gracia.

—¿Eh? —Contesto para ganar tiempo— ¡No, no entres ahí! —Freno a Lola antes de que abra la puerta donde está escondido Cash— Ese váter no traga,

está asqueroso —finjo una arcada.

Lola me mira unos segundos analizando mi actuación. Luego pone mi misma cara de asco y entra en el cubículo contigo.

Yo suspiro sintiendo que hasta se me ha bajado la tensión.

—No te imaginas cómo está Gonzalo...—dice Nuria sacudiendo la mano en el aire.

—¿Sí? —pregunto, recogiendo las pinturas.

—Hombre, imagínate...—dice Carmen ajustándose el vestido—. Chica, es que también a quien te has traído tú ¿No lo había más normalito?

Un pedo retumba en todo el baño. Carmen y yo nos giramos hacia Nuria, que la encontramos aflojándose la faja.

—¿Quién ha sido? —se ríe Lola desde su cubículo.

—Os juro que me estaba muriendo...—se excusa Nuria.

Luego suena el eco de otro desde el compartimento de Lola.

—Y yo, tía...—suspira aliviada.

Yo cierro los ojos pensando que Cash está aquí con nosotras. No sé si esto es lo que él se imaginaba que hacíamos las mujeres en el baño.

—Bueno —dice Lola saliendo del cubículo después de tirar de la cadena —, ¿les vas a presentar a Gonza o no?

Nuria le toma el relevo.

—No sé, ¿qué hago?

—Hombre, yo iría antes de que viniera él, la verdad —interviene Carmen.

—Yo lo dejaba sufrir un poco —sonríe Lola enjuagándose las manos.

—Anda ya, yo ya no tengo edad para jugar a esas cosas.

—No le des importancia y ya está —dice Nuria desde dentro del compartimento.

—Tía, disfruta, tienes a dos hombres pendientes de todo lo que hagas ¿no sería genial que se pelearan por ti?

—¡Lola! —protesto.

—Lucía, no le hagas ni caso. Ve y preséntaselo —dice Carmen.

—¡Qué tonta eres! No te vas a ver en otra igual —Porfía Lola— Venga, Nuria, vámonos, que empieza la barra libre.

Nuria tira de la cisterna y sale de su cubículo bajándose el vestido.

—¿Y tú qué, Lola? ¿Ya has fichado a alguien?

—Me han fichado varios.

—Uh... hazlos sufrir —le digo imitándola.

—Es más divertido tirármelos.

—Luego no se come nada —dice Carmen dándome con el codo.

—Ya veremos —replica encaminándose a la puerta.

Al abrirla, se gira hacia mí gesticulando algo que no logro entender. Y al salir detrás de ellas, me encuentro a Gonzalo de golpe. Me quedo sin saber qué hacer. Lola, a su espalda, se lleva las manos a la boca en mitad de una risa muda. Nuria y Carmen me levantan el pulgar.

—Hola —acierto a decir con una sonrisa asegurándome de cerrar la puerta a mi espalda.

—Hola —responde él.

Se queda en silencio hasta que desaparecen mis compañeras al final del pasillo. Luego se aclara la voz y vuelve a clavar sus ojos en mí.

—¡Hola, Gonzalo! —Digo en voz alta para que Cash pueda escucharme desde el interior y no se le ocurra salir— ¡No esperaba verte aquí, qué sorpresa!

Gonzalo arruga el entrecejo. No entiende nada. Debo parecer imbécil. O borracha. Juro que es el peor post orgasmo de mi vida.

—Las he visto entrar —dice señalando a las otras chicas— y he supuesto que irías con ella. Cosas de mujeres, no fallan —sonríe buscando improvisar algo gracioso.

—Sí, cosas de mujeres —sonrío con él, nerviosa por si en algún momento se abre la puerta.

—Quería hablar contigo... a solas.

—Ah, sí, claro, entiendo. Dime —propongo sin saber cómo colocarme realmente.

—Estás muy guapa —sonríe acariciándome el pelo—. Solo quería darte la enhorabuena, ya sabes, por tu novio —no puede evitar sonreír contrariado.

—Ah —no me lo esperaba—. Gracias, no he tenido tiempo de presentártelo, pero...

—No te preocupes, en realidad, me voy a ir ya.

—¿Te vas?

—Sí, mañana abro yo el bufet y...—se pasa una mano por la cabeza—, tengo, ya sabes, cosas que leer y prepararme.

—Vaya... ¿no te tomas una copa?

—Tengo que conducir —dice sonriendo al mismo tiempo que imita el gesto un volante.

Nuestras sonrisas se marchitan lentamente hasta que nos quedamos sin saber qué decir.

—Bueno —carraspea mientras que, torpemente, se acerca a mí para darme dos besos—, disfruta de la fiesta.

—Claro, sí, gracias —no sé cómo reaccionar—. Ten cuidado con el coche.

Se da media vuelta y comienza a caminar con la mirada puesta en sus pasos, hasta que desaparece por el pasillo.

Ensimismada y con una sensación extraña de vacío, sigo sus pasos para salir del baño cuando, de repente, recuerdo que Cash sigue escondido en el baño.

Abro la puerta girando el pomo con cuidado, y antes de asomar la cabeza, miro a ambos lados del pasillo.

—Cash —digo a media voz, él abre la puerta del compartimento en el que seguía escondido—, ya puedes salir.

Capítulo 38

El frío de una copa húmeda en mi espalda desnuda, congela el rostro apagado de Gonzalo en mi mente y me devuelve a la realidad de un sobresalto. Es Cash, que me ofrece un Vodka con limón. En la otra mano trae una copa de balón con hielo, lo que parece cola, y una rodaja de limón.

—Gracias —le digo en un intento de coger la copa, pero él la aleja ligeramente y acabo cerrando la mano al aire.

—Te la cambio por tus pensamientos.

Sonrío. Luego vuelve a ofrecérmela, esta vez de verdad, y se sienta a mi lado.

—Nada, es una tontería —digo, hundiendo un hielo en el vodka con mi dedo índice, luego lo saboreo y la acidez me produce un escalofrío en el paladar— Uhm, hacía tiempo que no me bebía uno de estos. ¿Qué bebes tú?

—Coca-Cola —dice, dándole un trago—. En copa de balón la gente no pregunta por qué no bebo alcohol, ¿sabes?

La verdad es que está guapísimo. Me encanta.

—¿Y por qué no bebes alcohol? —Él ya sabía que lo preguntaría, y sonrío— ¿No te deja tu dietista? —Cash frunce el ceño— Vamos, no me digas que no haces dieta para estar así.

—Es genética.

—Genética, ya...—me giro hacia el escenario dándole un sorbo a mi copa, donde el Dj pide un aplauso a la mujer que acaba de destrozar *Escándalo*, de Raphael.

—¿Es por Gonzalo? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Supongo —contesto.

El Dj pide a la siguiente pareja que suba al escenario. Mientras entre risas cogen los micros, arrancan los coros de *Que la detengan*, de David Civera y

la gente en seguida se pone a dar palmas. Yo vuelvo a beber para prepararme para un nuevo destrozo.

—No quería hacerle sentir mal —continúo repasando el borde de la copa con un dedo—. No sabía que se sentiría mal al verme con otro hombre.

—Entiendo.

—Siempre pensé que cuando llegara este momento, diría: “¡Qué se fastidie!” ¿Sabes?

—Pero te sientes mal —dice, aguantándome la mirada.

Sonrío.

—Si sigues mirándome así, no.

Sus ojos se resbalan hacia mis labios. Siento que mi lengua los humedece sin que yo tenga que decirle nada. Se acerca ligeramente. Nuestras sonrisas se enredan con nuestros nervios. Los dos nos inclinamos hacia el mismo sitio y tenemos que esquivarnos.

—Lo siento —pronuncio.

Sus labios se posan sobre los míos y se apaga el karaoke. Y las palmas. Y las luces. Solo estamos él y yo. Su mano choca con la mía sobre el banco. La otra acaricia mi barbilla.

—¡Lu!

La voz lejana de Carmen devuelve el ruido a mis oídos. Nos separamos y él sonrío. Yo con él, repasando mis labios con la lengua para seguir saboreando sus besos.

—Perdón, no quería interrumpir nada —se disculpa.

—No te preocupes —dice Cash, yo tenía que marcharme un segundo.

Yo lo miro sin saber a dónde va. Carmen, Lola y Nuria aprovechan el hueco que deja Cash para rodearme.

—¿Te has enterado? —dice Lola en plan confidencial.

—¿De qué? —me humedezco los labios con el vodka.

—Marisa —dice mirando a su alrededor por si alguien la escucha—, que fue al baño en mitad del almuerzo y se encontró a dos... dándole que te pego.

Casi me atraganto.

—¿En serio? —digo, siento como empieza a subirme el calor.

—Dice que entró justo cuando estaban los dos..., ya sabes.

—¿Y se sabe quiénes eran? —Pregunto nerviosa— qué poca vergüenza, en mitad de una boda.

—Pero es que eso no es todo —dice Nuria.

—¿Hay más?

—Digo que si hay más —continúa Carmen—, se han encontrado un juguetito de esos sexuales.

¡La bola! Pienso abriendo los ojos. No sé ni dónde me la quité.

—¿Qué juguete? —me tropiezo con mis propias palabras

—No sé, como una bola —dice Carmen con gesto extraño mirando a las demás.

—¿Quién creéis que ha sido? —dice Nuria mirando fuera de nuestro círculo.

—Uh, podría ser cualquiera —contesto.

—Hombre, cualquiera tampoco —dice Carmen—. A mí me viene mi marido con un cacharro de esos y salen los dos por la ventana, vamos.

—Por cierto, Lucía, el chófer ese que os ha traído...—Lola cambia de tema, no lo puede evitar, siempre quiere ser la protagonista.

—¡Bueno, la que le ha dado con el chófer! —protesta Nuria.

—Pero si es un niño —le digo yo.

—Hombre, por lo menos dieciocho porque tiene carnet de conducir. ¿Se va a quedar aquí toda la noche?

—Hasta que nos vayamos, supongo.

—Esto... ¿y cuándo os vais?

Una ola de aplausos nos sobrecoge a todas y las dos chicas que han estado compitiendo por ver quién desafinaba más, dejan los micros sobre la mesa del Dj y bajan del escenario intentando no caerse por las escaleras.

—A ver si te van a pillar a ti también —digo volviéndome hacia Lola.

Carmen nos manda a callar al escuchar mi nombre por los altavoces.

—¿Lucía? —Insiste el Dj— ¿Dónde está Lucía?

Mis amigas me miran. Abren el círculo y levantan la mano.

—¡Aquí! —le gritan al Dj.

La gente empieza a aplaudir.

—¡Que no, que no, que yo no he pedido ninguna canción!

Entonces aparece Cash, que me coge de la mano y me arrastra con él.

—¿Pero qué haces?

La gente se aparta para dejarnos pasar.

—¿Estás loco? No pienso subir ahí arriba —protesto, plantándome delante de la escalera.

Él me coge, me echa al hombro y yo intento que no se me vea nada.

—¡Bájame ahora mismo!

Sube las escaleras conmigo a cuestras.

—¡Un aplaudo para Lucía! —grita el Dj desde su cabina a través de los altavoces.

Cash me deja en el suelo. La gente aplaude más fuerte y Cash desaparece del escenario sin que pueda decirle nada.

—Nos han dicho que eres músico y que cantas muy bien —dice, acercándome un micrófono, la gente suspira sorprendida— ¿es eso cierto?

—No, que va —contesto acercándome el micro a la boca.

—¡Sí que lo es! —grita Nuria, creo, desde abajo, tengo que cubrirme de los focos con una mano.

—¿Qué canción quieres cantar? —me pregunta.

—Pero si yo no quiero cantar ¡Cash, te voy a matar! —le amenazo, buscándolo sin éxito entre la gente.

—¿Qué canción queréis que cante? —pregunta el Dj al público.

Empiezan a gritar títulos de canciones, pero no logro entender ninguna. Cash, desde abajo, me levanta los pulgares. Miro al Dj y este se encoge de hombros. Yo levanto las manos pidiéndole la palabra al público. Me siento como cuando el escenario y yo éramos uno. Como cuando la vida se me pasaba en furgonetas, carretera, tablas y canciones. Un viento de veinte años me sopla en la cara. Lo siento despeinarme. Tengo que agarrarme bien al micrófono para que no me arrastre con él mientras revuelve mis recuerdos. Las emociones saltan como minas anti personas: una risa por aquí, un llanto por allí, una alegría, una tristeza, un salto, un grito, un susurro que me eriza la piel, un foco que se enciende, un telón que se baja, un solo de guitarra, un platillo, un guiño de ojos.

—¿Lucía?

La voz del Dj me devuelve al escenario. Todos me miran en silencio mientras se dicen cosas en voz baja. Cash me mira desde abajo del escenario.

—¿Estás bien? —insiste el Dj.

Cuando los focos iluminan mi sonrisa traviesa, el público se tranquiliza conmigo.

—¿Queréis que cante, verdad? —todos se animan de nuevo volviendo a gritar un sí.

—Solo lo haré si sube Cash conmigo al escenario.

El vaquero no se espera aquello y, de un momento a otro, todo el mundo

corea su nombre para que suba. No puede oponerse. Así que comienza a caminar entre aplausos. Yo me acerco al Dj y le susurro el título de la canción al oído. Cuando Cash sube, le pido a un hombre del público que me alcance una de las sillas de madera que coloco en el medio del escenario, y pido a Cash se siente en ella. Me alejo de él y le digo al Dj que cuando quiera. La tarde cae y las luces se apagan. Solo queda un pequeño foco sobre el escenario.

El público se queda en silencio esperando a que empiece la canción. Cash me mira nervioso desde su silla. Primeros acordes. Se miran los unos a los otros. Intentando reconocer la canción. Les empieza a sonar.

Capítulo 39

*Birds flying high,
you know how I feel.*

Todo el mundo reconocer el famoso tema de Michael Bubl , *Feeling good*. Rompen silbidos y aplausos. Cash se lleva las manos a la cara. Yo comienzo a contonear mis caderas por el escenario mientras camino hacia  l.

*Sun in the sky,
you know how I feel.*

Me detengo frente a  l sobre mis tacones, con las piernas ligeramente abiertas. Lo miro desde arriba.  l se muerde el labio.

*Breeze driftin' on by,
you know how I feel.*

Acaricio su melena. Deslizo mi mano por su cara,  l me la besa, y yo tengo que corregirle para que no se mueva. La gente murmura. Juego con su pajarita hasta que de un solo gesto, me deshago de ella lanz ndosela al p blico, que grita.

*It's a new dawn.
It's a new day.
It's a new life
for me..*

Siento todo quedarse en el aire, como justo antes de caer en caída libre. Silencio. La respiración del público sostenida, Cash en tensión sobre la silla. Me inclino hacia él y me acerco el micrófono a la boca.

And I'm feeling good.

La fuerza de los bajos de la canción me recorre el cuerpo entero, hace que Cash se levante de su silla y el público rompa en un ensordecedor aplauso.

*Fish in the sea,
you know how I feel.*

La noche cae y la celebración continúa. El alcohol retira la vergüenza. Continúan las actuaciones, los chupitos y los juegos. ¿Qué dices? No me entero con el ruido. Un beso que se resbala por el cuello. Una mano en la cintura. Una risa tonta. No me sueltes. Vámonos de aquí.

*River running free,
you know how I feel*

En mitad de una carrera llegamos al coche. Espera, me duele la tripa de reír. Y los labios de besarte. ¿Dónde está el chófer? ¿No tienes su teléfono? Shh. Mira ahí. ¿Con quién está? ¡No te asomes, déjalos!

*Blossom on the tree
you know how I feel.*

Lola sale del coche ajustándose el vestido. Mira a un lado y a otro. No nos ve. Cree que nadie la ve. Y comienza a correr de nuevo hacia la fiesta sin despedirse de su amante. ¡No te rías, que te va a oír!

*It's a new dawn.
It's a new day.
It's a new life
for me...
And I'm feeling good*

Siéntate conmigo atrás. El chófer, despeinado y con la camisa arrugada mira por el retrovisor como nos comemos a besos, como dos adolescentes sin casa, locos el uno por el otro. Con esa fiebre del primer amor. De la primera vez.

*Dragonfly out in the sun,
you know what I mean.
Don't you know?*

Para el coche aquí. ¿Esto también es cosa de Natalia? No, esta vez no. Baja. ¿Qué haces? Sígueme. Estás loco.

*Butterflies all havin' fun
you know what I mean.*

Una habitación, por favor. No hace falta que me explique cómo funciona la tele, no la vamos a encender. Conmigo en su cintura sube la escalera. Nuestros dientes chocan. Salta impaciente el último botón de su camisa. Abre ya.

*Sleep in peace when day is done,
that's what I mean.
And this...*

Shh. No tan rápido. Quiero verte desnuda. Cierro los ojos. Adivino sus

labios sobre mi piel. Sus dedos.

*It's a new dawn.
It's a new day.
It's a new life
for me...*

Nuestra respiración se recompone sobre la cama aún caliente. Tiritando. De frío. De nervios. De miedo. ¿Qué hora es? No lo sé. Ven, abrázame.

And I'm feeling good.

Capítulo 40

Cuatro fortuitos golpes en la puerta me sobrecogen sobre la cama. Al abrir los ojos, el sol me obliga a cerrarlos de nuevo. Por un momento, nada me parece real. No reconozco la habitación. O al menos no la recordaba así, ahora con luz es super cutre. Y parece que hayan entrado a robarnos mientras dormíamos. Bueno, lo que hayamos dormido. ¿Qué hora será? En mi muñeca no encuentro el reloj. Me incorporo ligeramente sobre la cama para buscar por algún lado mi bolso, pero solo encuentro nuestra ropa tirada por el suelo. Cash duerme a mi lado como un tronco. Indefenso. Me despierta ternura verlo así. Ahora no sé si los golpes en la puerta eran reales o los he soñado. Intento concentrarme un momento, pero detrás de la puerta no se escucha nada. Así que vuelvo a tumbarme y me abrazo a su espalda. Él me siente aun en el mundo de los sueños y se agarra a mi brazo.

De nuevo, cuatro golpes hacen temblar la puerta de la habitación de aquel hostel.

—¡Ya es la hora, deben abandonar la habitación! —grita al otro lado una mujer con una voz de pito muy desagradable.

Tiro de las sábanas para sacarlas de debajo de Cash y me cubro con ellas.

—¡Un momento! —respondo yo— Cash... —le susurro—, Cash, que son las doce, despierta. Dios mío, las doce ya, yo debería estar en el bufet.

—¡No momento, abandonar la habitación!

—¡Qué sí, que ya vamos, un segundito, estamos vistiéndonos!

—¡Abandonar la habitación! —insiste.

No tiene acento español, igual ni entiendo lo que digo.

—¿Qué pasa, Lucía? —se despereza Cash.

—Que nos hemos quedado dormidos —le digo, nerviosa por la mujer que no deja de gritar histérica.

Cash mira desorientado a su alrededor. Luego se pasa una mano por la cara.

—No recuerdo haberme quedado dormido...

Sonrío.

—Ni yo.

La mujer vuelve a golpear la puerta, esta vez no sé cuántos golpes da.

—Esta mujer está loca, nos va a tirar la puerta abajo —le digo a Cash, levantándome de la cama— ¡Señora, por Dios!

—¡Abandonen la habitación!

—¡Que ya vamos! —le grita Cash.

—Venga, vámonos —insisto en voz baja.

Y otra vez vuelve a golpear la puerta.

—¡Ya es la hora!

Cash me mira en silencio. Esto debe ser una cámara oculta.

—¿Pero esta mujer está loca o qué le pasa?

—¿Hola? —vuelve a aporrear la puerta— ¡Es la hora!

Cash se levanta de la cama

—¿A dónde vas, Cash? ¿Qué vas a hacer? ¡Cash, estate quieto, no salgas que esa mujer está mal de los nervios!

Se dirige desnudo hacia la puerta. Gira el pomo y abre. De repente, la mujer se queda muda mirando el miembro de Cash, que tiene que chasquear los dedos para que la mujer salga del trance. Ella me mira, yo le sonrío sin saber cómo reaccionar. Es una mujer de nuestra edad, más o menos, de rasgos asiáticos y, al menos desde donde estoy, parece como que tiene bigote.

—Es... la hora... —balbucea.

—Ya sabemos que es la hora, casi nos tira la puerta encima ¿Así es como despertáis aquí a vuestros huéspedes?

La mujer se despista y vuelve al pene de Cash hasta que ella misma se corrige.

—Tengo que limpiar habitación.

—¿Dónde está tu jefe?

—No jefe, solo yo limpiar habitación —dice señalándose el reloj.

Cash se excusa un segundo para alcanzar su cartera de la mesita de noche. La mujer, hipnotizada, sigue sus pasos sin poder dejar de mirarle el culo.

—Nos vamos a quedar un rato más, ¿de acuerdo? —le dice, dándole un billete, la mujer asiente agarrando el billete— ¿hay algo para desayunar?

—No desayuno —contesta.

Cash vuelve a sacar otro billete que la mujer no tarda en agarrar.

—Desayuno —dice Cash—, por favor.

La mujer asiente y el vaquero cierra la puerta. Cuando se gira, yo tampoco puedo evitar mirarle el paquete. La puerta vuelve sonar, aunque esta vez más suave.

—¡Dios mío, no me lo puedo creer! —protesta girándose para abrir la puerta— ¿Qué quiere ahora, señora?

—Desayuno —la mujer le ofrece un papel y un boli para que le apunte lo que queremos.

—Ah, gracias —dice, apoyándose el papel sobre la mano.

Mientras escribe, los ojos de la mujer vuelven a resbalarse hacia el pene de Cash para fantasear con él. Yo tengo que aguantarme la risa.

Capítulo 41

Con las piernas llenas de agujetas, escapo de los brazos de Cash.

—¡Cash, por favor!

—¿Sí? —suenan la voz de Gonzalo al otro lado de la línea.

Le tapo la boca a Cash y lo aparto de mí.

—Gonzalo, buenos días —respondo, amable—. Bueno, tardes en realidad.

Cash empieza a morder el dorso de mi mano. Tengo que apartársela y salir de la cama. Pero él me lo impide. Me coge por la cintura y vuelve a tumbarme en la cama haciendo que se me escape un grito.

—¿Estás bien? —pregunta Gonzalo.

—Sí, sí, me he dado con la mesita de noche en la rodilla —improviso—. Luego tengo las piernas llenas de cardenales y no sé de qué son, ¿sabes?

Cash se ríe colocándose sobre mí. Yo le digo, poniéndome seria, que pare. Él pone cara de no tener ninguna intención de hacer nada.

—Qué te iba a decir... —intento retomar la conversación.

—Que te has quedado dormida —dice él.

—Sí. Lo siento, Gonzalo. Estoy saliendo ya para el bufet.

—No te preocupes... —suspira—, no eres la única.

Ahora me siento culpable.

—¿No ha llegado nadie?

—No.

Tengo que aguantarme una carcajada al sentir la barba de Cash pincharme la barriga. Al pobre le suelto un manotazo que yo misma me sorprende. Me incorporo para abrazarlo y darle un beso de consolación.

—Lo siento mucho —aparto al vaquero y me dirijo al baño—. En quince minutos estoy allí, si quieres almorzamos juntos —propongo.

Parece que se lo piensa un instante.

—Vale.

—Vale, pues te veo en un rato.

—De acuerdo. Hasta ahora —cuando me separo el móvil de la oreja para colgar, escucho que pronuncia mi nombre al otro lado de la línea— Dime, dime ¿Gonzalo?

—Tú crees que... —lo imagino frotándose el pelo como cuando está nervioso— ¿le apetecerá a Cristina comer con nosotros?

Aquello me coge por sorpresa con un pie dentro y otro fuera de la ducha. Tengo que apartar de nuevo a Cash, que venía a mi espalda dándome bocados en el culo.

—Se lo puedo preguntar... —titubeo.

—Vale. Vale, está bien. Ahora te veo.

—Hasta luego.

Me aparto el teléfono y observo en la pantalla que la llamada ha finalizado.

—¿Qué ocurre? —se preocupa Cash.

—No sé... —realmente no lo sé—, Gonzalo, que quiere almorzar con Cristina y conmigo.

Cash analiza mis palabras antes de hablar.

—Bueno, es su padre, sois su familia, es normal, ¿no?

—Supongo...

Hacía mucho que Gonzalo había dejado de proponernos almorzar juntos, siempre acabábamos discutiendo. En mitad de mis pensamientos, siento un golpe en mi pierna.

—Oh, Cash... ¿cómo tienes eso así otra vez?

Es su pene contra mi muslo. Él se encoge de hombros.

—Algo me echaste en la bebida —dice, entrando conmigo en la ducha.

—¡Cash, salte!

—Vamos a ducharnos juntos —dice.

—¡No, no! ¡Cash, que tengo que irme! ¡Cash, que enciendo el agua fría, eh!

—Va, venga, yo te enjabono a ti y tú a mí —dice, pegando su cintura a la mía.

—¡Cash!

Agarro la alcachofa y apuntándolo a él, abro el chorro de agua fría.

—¡Lucía!

Y no dejo de apuntarle hasta que sale de la bañera y corre de nuevo la cortina.

—¡Mira como lo has puesto todo! Verás tu amiga la china cuando lo vea —dice, secándose con una toalla.

Abro el agua caliente y espero a que se regule para volver a colgar la alcachofa.

—Si ves que protesta, vuelves a recibirla en pelotas y verás cómo se le pasa.

—Qué graciosa. Pues seguro que ella sí que quería darse un baño conmigo.

—Ahora cuando yo me vaya se lo propones —le propongo, metiéndome bajo el chorro.

Cuando termino de enjuagarme el champú mono dosis del hostel y abro los ojos, encuentro a Cash asomado entre la cortina con cara de pena. Me roba un suspiro.

—Venga, entra —le digo, poniendo los ojos en blanco y haciéndome la dura.

Y como un perrito, meneando el rabito, se cuele en seguida dentro de la ducha.

Capítulo 42

El coche de Cabify ya me está esperando en la puerta cuando salgo del hostel. El sol de mediodía me deslumbra, tengo que cubrirme con la mano. El chófer me abre la puerta de atrás y se queda mirando mis pintas. Un vestido súper arreglado, arrugado de haber pasado toda la noche en el suelo y andando como puedo con las dichas agujetas de haber estado haciendo el amor como si no hubiera un mañana, y como quien lleva dos años y medio sin hacerlo, claro. Le devuelvo la sonrisa sintiéndome como una esposa infiel que pasa la noche con su amante en un hostel de periferia para que nadie sospeche. No sé por qué pienso eso, pero es lo que se me viene a la cabeza. La puerta se cierra. Hace frío aquí dentro. No hace falta que le indique donde vamos porque ya lo sabe. Voy a pasar por casa para cambiarme de ropa y coger mi coche.

El móvil vibra.

Eduardo: ¿Te pasa algo conmigo? Por favor, dime algo.

Bloqueo el móvil sin abrir el chat y empiezo a pensar qué contestar mirando a través de la ventana. Sin mirar la conversación, no puedo recordar si le he puesto alguna excusa por mi distanciamiento. Se me hace lejano pensar en él, no lo sé. ¿Debería sentirme mal?

El móvil vibra de nuevo. Esta vez no es un mensaje, es una llamada. Por favor, que no sea Eduardo. Que no lo sea.

Llamada entrante: Natalia.

—¿De qué te ríes? —le pregunto en cuanto la oigo al descolgar el teléfono, sin poder evitar contagiarme.

—¿Qué tal por Francia? —me dice, cambiando de tema.

—No tan bien como en Sevilla, por lo que veo —la vuelvo a escuchar sonreír— ¿Qué? Venga, dime.

—¿Qué quieres que te diga? —se hace la loca aguantándose la risa.

—Eso digo yo... —le digo, remoloneando sobre la cama de la suite, con el azafato que termina de vestirse para volver a volar.

Resopla al otro lado del teléfono.

—Ahora mismo no puedo hablar —dice tapando el auricular con la mano —, pero estoy que no me puedo mover.

—¿Sí?

—Muerta, Natalia... —la escucho suspirar— Creo que tengo hasta fiebre.

—¡Qué exagerada eres!

—Oh... qué sabrás tú. Me duelen partes de mi cuerpo que yo no sabía ni que tenía —susurra, imagino que hay alguien cerca— Y ahora tengo almuerzo con Gonzalo y Cristina.

—¿Cómo? —me incorporo apoyándome sobre el cabecero.

—Yo qué sé.

—¿Te dijo algo ayer? Se arañaría toda la cara, ¿no? Porque Cash iba que menudo caramelito...

—Natalia, no seas mala.

—¿Te dijo algo o no?

—No, Gonzalo se fue.

—¿Cómo que se fue? ¿En plan marido celoso llamando la atención?

—No, no... se fue triste. Me dio pena.

—Lucía... —me pongo seria.

—Tranquila, Natalia.

—No, tranquila no. Que me ha costado mucho meter a otro hombre en tu vida como para que ahora des un paso atrás. Es que cojo el primer vuelo a Sevilla y te saco de ese almuerzo de los pelos.

La escucho reírse, pero a mí no me hace gracia.

—Natalia... de verdad que no tienes de qué preocuparte —pronuncia—. Cash es... —sonríe al recordarle, eso me tranquiliza—, no sabría decirte. ¿Te vale un: ‘me encanta’?

—Me vale, pero almuerzas y se acabó.

—Que sí.

—Más te vale.

—Anda, te dejo, que estamos llegando.

—Luego te llamo, que me tienes que contar todos los detalles.

—¿Todos, todos?

—Hombre, después de lo complicado que me lo habéis puesto los dos, quiero un informe detallado.

Se ríe.

—Vale.

—*D'accord, mon cheri*, llámame luego.

—Oye, Natalia.

—Dime.

—Gracias por todo. Hacía mucho que no... ¿Cómo decías tú? Me salía de la autopista y me paraba a visitar los pueblos.

Me hace sonreír.

—Pues ahora solo te queda ir a ese almuerzo sin retrovisores.

—De acuerdo.

—Tíralos.

Sonríe.

—Tirados.

—Más te vale. Venga, te dejo. Que se me enfría el desayuno —le digo, al comprobar que el niño está ya con su uniforme listo.

Dejo el móvil sobre la cama y me levanto para despedirme de él, que está guapísimo. A saber a cuántas pasajeras le rompe el corazón en cada vuelo.

—Hoy hago noche en Alemania.

Por un segundo, no sé por qué, barajo la posibilidad de coger un vuelo a Alemania y sorprenderlo.

—¿Ah, sí? —le ajusto la corbata— ¿tienes a otra sirena en aquel puerto?

—¿Te pondría celosa? —pronuncia.

—No soy de esas.

Intenta darme un beso en los labios, pero le giro la cara y acaba dándomelo en la mejilla. Él se separa de mí enarcando las cejas.

—Pero que te lo dé tu sirena de Alemania.

Se ríe, yo le guiño un ojo. El niño se deja arrastrar hacia la puerta, donde me da un fugaz beso en los labios. Cuando se gira, yo cierro la puerta. No me

gusta alargar las despedidas y que me vean mirando cómo se marchan. Vuelvo a la cama y busco a Cash entre los contactos huyendo de esa sensación de vacío que últimamente me asalta cada vez que me despido. Lo coge casi al instante.

—*Bonjour?* —contesta, anticipándose a mí.

—Huy, qué contento...

—¿Se me nota?

—¿Qué tal has dormido hoy? —pregunto, colocándome bocabajo sobre la cama.

Lo escucho sonreír.

—¿Ya has hablado con Lucía?

—Puede ser...

—¿Y qué te ha dicho?

—No sé, dímelo tú.

Se queda en silencio, pero puedo escucharlo suspirar.

—Parece que tenga veinte años —dice al fin en un suspiro que termina en una sonrisa.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—¡Lo sabes de sobra!

—¿Qué pasa? ¿Ninguno de los dos va a darme detalles? ¡Quiero detalles!

—Es que no es solo el sexo...

—¡Huy que no!

—A ver, claro que es el sexo también... pero no sé, hemos... —no encuentra las palabras— estos días con ella han sido una locura, está majara, está loca de la cabeza. Pero...

Ese *pero* me despierta un sentimiento que no termina de hacerme sentir cómoda.

—¿Pero qué?

—No sé, acaba de irse y... ya la echo de menos ¿te puedes creer?

—Huy, a ver si vas a tener veinte años de verdad...

—Estoy nervioso por volverla a ver —sonríe.

—No sabía que fuera tan buena en la cama.

Se ríe.

—Tú siempre pensando en lo mismo.

—¿Y en qué piensas tú?

Coge aire y lo suelta.

—Pues mira, igual es que estoy loco pero...—se aclara la voz—. Creo que... voy a pasar página.

Aquello me coge desprevenida. No sé bien cómo reaccionar.

—¿Cómo que vas a pasar página?

—De Elena, quiero decir... ya sabes.

—Guau...—acierto a decir.

No lo entiendo. ¿Qué ha hecho Lucía que no haya podido hacer yo en un año entero que me he llevado con él yendo cada día a rehabilitación? ¿Yo no soy suficiente?

—Me ha llamado el abogado —traga saliva—, me ha vuelto a insistir para recoger a Nala. O la recojo hoy, o la lleva a la perrera. Así que voy a recogerla ahora y... —coge aire y lo suelta, como si le quemara dentro— voy a hablar con ella. Voy a darle el divorcio. No me merece la pena seguir peleándome. Quiero ser feliz.

Mis oídos dejan de escuchar. Su voz suena de fondo, pero no puedo entenderla. O no quiero entenderla. Cada palabra suya me hace sentir sola. Vacía por dentro. ¿No esto es lo que yo quería? ¿Realmente quería que se enamoraran? Esto no era más que un juego. Pero, realmente, ¿ellos sabían que estaban jugando?

—¿Natalia?

—Sí, sí, estoy aquí —me aclaro la voz.

—¿Qué opinas?

—Tengo que volver a clase —miento, no quiero sorberme la nariz para que no me escuche.

—Vale —su tono de voz suena desconcertado—. Oye.

—Dime.

—Gracias por... estar loca.

Mi sonrisa se humedece en unas lágrimas que jamás le confesaré.

Sin decir nada más, cuelgo.

Me coloco bocarriba y me limpio estas absurdas lágrimas con las palmas de mis manos. Siento que el suelo se resquebraja bajo mis pies. Intento huir del vacío, no caer, pero la sensación de vértigo esta vez me paraliza. En un intento desesperado de no caer en él, abro Whatsapp. Busco al azafato. Lo encuentro *En línea*. Mis dedos se quedan paralizados sobre la pantalla. No sé qué decirle. Puedo ver cómo se desconecta delante de mis ojos sin que yo haga nada para evitarlo. Salgo del chat. Busco al camarero. Tengo un mensaje

suyo sin responder. *Buenas noches, ama.* Salgo de allí. No necesito un esclavo. No quiero un esclavo. Salgo. Entro en el del masajista. Amplío su foto. Aparece junto a su novia. Ya la había visto antes. Pero esta vez sus sonrisas me duelen. Como si se rieran de mí. Claro que se ríen, la otra soy yo, no ella. Un nudo en la garganta. No, ni pienso llorar más. Bloqueo el móvil y lo aparto de mi vista. Hundo mi cara en la almohada y con la mano, busco a tientas sobre la pared el interruptor para bajar las persianas de la habitación. Ahogo mis lágrimas en la almohada hasta que la oscuridad me hace desaparecer. Nadie va a verme llorar.

Capítulo 43

—De verdad, no sé estas reuniones familiares a qué vienen... —protesta Cristina.

—Hacía mucho que no almorzábamos los tres.

—¿Y no ha sido mejor así?

—Somos una familia —insisto buscando aparcamiento en el parking de Nervión Plaza—. Además, hemos elegido Friday's por ti.

—Claro, como tú ahora tienes a otro, ya se te ha olvidado todo.

Cuando termino de cuadrar el coche, tiro del freno de mano.

—A mí no se me ha olvidado nada —le digo, apago el motor y nos quedamos en silencio—, hay que aprender a perdonar.

No contesta. Pone los ojos en blanco y baja del coche. Yo hago lo mismo y cierro a distancia. Suspiro. Va a ser un almuerzo difícil.

—¿Vas a ir con ese pañuelo? —me pregunta.

—Sí —improvisado ajustándomelo a la garganta—, ayer cogí frío en la boda.

Cristina se ríe para ella misma. Sabe que es mentira. Sabe que lo que hay debajo del pañuelo son marcas de Cash.

—Ya... ¿ahora se le llama así, no? —dice, con tonito.

Yo finjo que no sé de qué me habla.

—Vamos a poner todos de nuestra parte para que el almuerzo de hoy vaya bien, ¿vale? —le propongo, parándome en el camino.

Ella me mira un instante y reanuda el paso hacia las escaleras mecánicas.

—Que sí —dice alargando las vocales.

—Siento el retraso —me excuso, dándole dos besos a Gonzalo.

—Bueno, esta vez solo han sido... —mira su reloj—, treinta y cinco minutos —sonríe, dándole dos besos a Cristina.

—Pero aquí estamos —sonrío tomando asiento.

—¿No tienes calor con ese pañuelo? —pregunta Gonzalo.

—No, no —me pongo nerviosa—, ayer cogí frío en la boda.

—Lleva toda la mañana tosiendo —me cubre mi hija, yo le sigo el rollo.

—¿A qué hora terminó el convite?

—Uh... nosotros nos fuimos sobre las siete —miento, luego me arrepiento de haberlo hecho porque puede constatarlo fácilmente con las demás.

El camarero llega y nos toma nota. Los tres pedimos lo de siempre.

—Nunca entenderé cómo vienes aquí y pides una ensalada, mamá.

—Ahora tiene que cuidarse —apunta Gonzalo, haciéndose el distraído revisando el móvil, luego levanta la vista de la pantalla y comprueba que no nos ha hecho gracia a ninguna de las dos—. Quiero decir, porque tiene a alguien que... —se detiene, bloquea el móvil para guardarlo en uno de los bolsillos de su chaqueta sobre el sofá y nos vuelve a mirar a las dos—. Lo siento, no quería decir eso —yo lo excuso con un gesto, Cristina se molesta un poco más y empieza a evadirse con la decoración del local. Gonzalo respira hondo y deja caer los brazos sobre la mesa—. Os echo de menos.

Sus palabras suenan como un disparo seco en nuestras conciencias. Cristina y yo nos giramos hacia él, que se esfuerza por disimular sus emociones.

—Y no quiero perderos —intenta continuar.

Tomo su mano sobre la mesa, está temblando. Él se agarra a ella. Intento consolarlo, pero con un gesto me pide de nuevo la palabra.

—Sabes que odio el derecho matrimonial, ¿lo sabes, no?

—Sí —sonríó—, te parece un circo rosa.

—Siempre me ha parecido una pantomima, un chiringuito de falserio, de lágrimas fingidas, de trapos sucios, infidelidades, donde lo único que importa en realidad, es el dinero. Por eso elegí el laboral, porque la gente va de frente. Va a por el dinero, punto. Y yo entiendo el dinero, por eso no hay ningún otro abogado como yo en mi campo. Pero ayer —le da un trago a su vaso de agua y aprovecha para ordenar sus pensamientos—, ayer me di cuenta de que estaba equivocado. La gente no va a por el dinero en un juicio matrimonial. No van por nada material en realidad, no hay nada cuantificable que pueda satisfacerles, por eso hay tantas apelaciones, porque lo que quieren no se puede materializar. ¿Cuánto vale una ruptura? ¿El piso de la playa? ¿Y unos cuernos? ¿Una pensión compensatoria? El honor, la dignidad... el amor, no se paga con dinero. No hay nada que un abogado, ni un juez, pueda ofrecerle a una persona a la que le han partido el corazón, a una persona que acaba de

descubrir que su vida era una mentira, que tiene que dejar de querer a la fuerza, que sobra en la vida de la persona a la que quiere, que es una carga, un trámite... nada. Por eso, los clientes del matrimonial son tan complicados, porque realmente no quieren dinero, quieren... —se encoge de hombros—, no sé lo que quieren realmente, y de verdad que yo llevo toda la vida pensando que era el dinero. Para mí el dinero lo es, o lo ha sido todo —se corrige—, pero te juro, os juro —mira a Cristina a los ojos— que ayer hubiera preferido descubrir mi cuenta en número rojos a verte siendo feliz con... otra persona. Me sentí tan fuera de tu vida, tan... prescindible, que me acojoné. Me sentí solo —con el dedo pulgar, acaricio el dorso de su mano—. Con dinero, con el coche de la gama más alta del concesionario... pero sin nadie con quien quisiera disfrutarlo de verdad.

El móvil comienza a sonar en mi bolso. Yo lo ignoro, pero Gonzalo, que necesita tiempo para coger aire y recuperarse, me pide que lo atienda.

—Lo siento, voy a mirar quién es y... —me excuso rebuscando en el bolso.

“Llamada entrante: Elena Clienta. “

Cuelgo.

—No te preocupes —le digo, volviendo a guardar el móvil en el bolso—, puedo llamarla después.

Él sonríe. Ninguno de los tres sabe cómo continuar y nos escondemos detrás de nuestros vasos al beber. Los tres entrantes del menú llegan alargando un poco más el tiempo para asimilar y pensar.

—No sé qué decir, Gonzalo —digo, finalmente antes de tocar la ensalada.

—Solo quería que lo supierais. No pretendo que...

El tono de llamada de mi móvil vuelve a interrumpirle.

—Lo siento.

—Cógelo, igual es importante —dice.

Vuelve a ser Elena. Me quedo mirando la pantalla un instante antes de descolgar.

—Hola, buenas tardes, Elena, ¿qué tal? —solo escucho un sollozo y una conversación lejana que no sé interpretar de alguien pidiéndole que cuelgue el teléfono— ¿Elena? —Me separo el móvil para ver si es la cobertura— ¿Elena?

Parece que se acerca el auricular.

—Carlos... —consigue arrancar en mitad de un llanto—, se ha presentado en casa y... —se sobre la nariz— le ha pegado a mi pareja, vamos para el Virgen del Rocío.

Gonzalo me nota en la cara que algo no va bien. Yo intento tranquilizarlo con un gesto con las manos.

—¿Cómo está? ¿Está bien? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —la voz le tiembla.

—¿A ti te ha hecho algo? Elena tranquilízate —no escucho nada al otro lado— Elena, escúchame ¿cómo estás? ¿Elena?

Escucho como un forcejo, el teléfono cambia de manos y de dueño.

—¿Perdona? —Es la voz de un hombre la que responde— Mira, ahora mismo Elena no puede hablar, está muy nerviosa.

—¿Eres su pareja? ¿Cómo estás? ¿Vais al Hospital?

—¡Elena, por favor! —le grita, yo tengo que separarme el teléfono de la oreja— No, no vamos a ir a ningún sitio.

Me quedo en silencio. Gonzalo y mi hija se preocupan, yo les pido silencio y me tapo el otro oído.

—Cuéntame qué ha pasado —le pido.

—¡Elena, tranquilízate! —Ella también le grita a él, pero no puedo entender lo que dice— Por favor, ¿puedes venir a hablar con ella?

—¿Pero qué ha pasado?

—¡No ha pasado nada! ¡Elena, por favor!

Escucho un forcejo. Un portazo.

—¿Hola? —pregunto, creo que no sabe que la llamada sigue abierta.

—¡Elena, ábreme!

La comunicación se corta.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Gonzalo.

—No lo sé —contesto—, el marido de una clienta se ha presentado en su casa y le ha pegado a su pareja. Creo, no lo sé. Tengo que irme.

—¿Quieres que te acerque?

—No —le pido permiso a Cristina para salir del sofá—, tengo el coche aquí abajo. Siento tener que irme ahora, Gonzalo —no sé qué más decir—. Perdóname.

—No te preocupes.

Le doy un beso a mi hija en la frente y, con una mirada, le digo que ni se le ocurra irse detrás de mí, que se quede allí con su padre hasta que terminen de

almorzar. Parece que me entiende. Le sonrío a Gonzalo excusándome una vez más y me coloco el bolso bajo el brazo para dirigirme hacia el coche.

Cuando salgo del aparcamiento, el móvil recupera la cobertura. Un mensaje nuevo.

Elena: Vamos para el Virgen del Rocío.

Capítulo 44

Aun tumbada sobre la cama, saco el brazo y a tientas busco el móvil en el suelo. Le doy la vuelta a la pantalla.

“Llamada entrante: Carlos.”

Cuelgo y vuelvo a darme la vuelta. El móvil insiste segundos después. De nuevo Cash. Cuelgo. No me apetece hablar con nadie. Pero vibra una vez más. Cojo aire y descuelgo.

—¿Qué te pasa, Cash?

—Tú lo sabías —me interrumpe con la voz oscura.

—¿Yo sabía qué, Cash?

—Deja de llamarme Cash —su voz suena con eco, como si estuviera en manos libres.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me incorporo sobre el cabecero.

—Sabías que Elena estaba con otro.

No soy capaz de respirar. No soy capaz ni de moverme.

—Estaba con él, Natalia. Los he pillado. He ido a por la perra y estaba con él. Me lo ha contado todo. Lleva con él desde que entré en el centro. ¡Están viviendo juntos, Natalia! ¡En mi casa! —sus gritos me hacen estremecer, noto como se me afloja la vejiga.

—Cash, por favor...—la voz se me quiebra, la culpa me ahoga.

—¿Por eso no venía a verme? Mientras yo intentaba salir de mi puta enfermedad por ella, porque salí por ella, ella estaba follando a otro en mi cama ¿Por qué no me lo dijiste? —Empieza a llorar— ¡Tuviste un puto año para contármelo! ¿Por qué no me dijiste la verdad? ¿Por qué nadie me dijo nada?

—Cash, por favor, relájate ¿dónde estás?

—¿¡Por qué no me lo dijiste!?

Escucho un frenazo y el claxon de un coche.

—¿Cash? —Silencio— ¡Cash, por favor, coge el teléfono!

Capítulo 45

Cuando llego al hospital, me conducen hacia una de las salas de enfermería. Dos agentes de policía, que están tomándole declaración a Elena, se giran hacia mí.

—Ella es mi abogada —dice.

Entro cerrando la puerta a mi espalda sin saber qué decir. Los agentes me hacen su saludo oficial y vuelven a girarse hacia ella. A su lado, su pareja abrazada a su brazo. Detrás de ellos, una enfermera muy joven rellenoando unos informes. Ellos dos son los únicos que están sentados. Uno de los policías está en cuclillas frente a Elena. El otro espera de pie, con la gorra entre las manos y un ligero movimiento de piernas. Me acerco a ellos y me hago hueco hasta Elena, que me coge en seguida de la mano. Tiene el rostro descompuesto y una cura en el pómulo.

—Está bien —dice el agente, incorporándose del suelo—, entonces no sabe dónde ha podido ir, ni dónde está viviendo actualmente su expareja.

—No, no lo sé —su voz suena adormecida, como si le estuviera haciendo efecto algún tipo de calmante.

—¿Tiene alguna foto de él que pueda facilitarnos? —pregunta.

—Sí, en el móvil tengo que tener alguna —con un gesto, le pide a su pareja que le acerque el bolso.

Desbloquea el móvil y accede a la galería. Empieza a pasar fotos con mucha parsimonia, adormecida. Parece que encuentra una. La amplía con torpeza.

—Este es —dice—, hace unos años de esa foto, pero está igual.

A mí empieza a faltarme el aire. Tengo que volver a asomarme a la pantalla. No puede ser él, yo lo dejé en el hostel esta mañana. Mi mano suelta la de Elena y sin fuerzas al vacío. Sí, es él. Siento que me falta el aire. Empiezo a ver estrellitas. Un sudor frío. El negro lo inunda todo. Me fallan las piernas. Tengo que agarrarme a uno de los agentes para no perder el

equilibrio. Me sientan. Me zarandean, pero no puedo escucharlos. Siento el latido de mi corazón retumbar en mis oídos.

Es Cash.